# Te espero en Casablanca

**Pedro Menchén**

# Te espero en Casablanca

**Pedro Menchén**

# TE ESPERO EN

# CASABLANCA

Pedro Menchén

# EL AUTOR Y SU OBRA

Pedro Menchén es un escritor español, nacido en 1952. Entre sus obras más importantes se encuentran las novelas de la *Trilogía del amor oscuro*: *Una playa muy lejana* (1999), *Te espero en Casablanca* (2001) e *Y no vuelvas más por aquí* (2005). También ha publicado dos libros de relatos: *¿Alguien es capaz de escuchar a un hombre completamente desnudo que entra a medianoche por una ventana de su casa?* (1988), con el que obtuvo el premio ciudad de Alcalá, y *Labios ensangrentados* (2002), además de una novela corta: *Buen viaje, muchacho* (1989), premio Ciudad de Barbastro, y una autobiografía: *Escrito en el agua* (2011), en la que relata su infancia en un pueblo manchego en los años cincuenta del siglo XX y su juventud en el Madrid de los setenta, durante la Transición de la dictadura franquista a la democracia, convertida ya en un testimonio "dolorido y sentimental" tanto de su travesía personal, como de su época.

Además de las ediciones impresas de sus obras, hay versiones de las mismas en audiolibro (www.audiomol.com) y en eBook (www.amazon.es).

En este momento están disponibles en inglés las novelas *A Distant Beach* y *See you in Casablanca*. Otros libros suyos se hallan en proceso de traducción y serán editados próximamente.

Desde hace muchos años, Pedro Menchén vive alejado voluntariamente de los círculos literarios y de los ambientes mediáticos en Benidorm, una ciudad turística española de la Costa del Mediterráneo.

Visita su website: www.pedromenchen.com

Imagen de la cubierta: Lienzo de Miguel Dorronsoro, titulado "Convénceme" (2010)

# NOTA DEL AUTOR

Esta novela es la segunda entrega de la *Trilogía del amor oscuro ,* que inicié en 1999 con *Una playa muy lejana* y concluí en 2004 con *Y no vuelvas más por aquí.* Independientes argumentalmente (pueden leerse en el orden que se prefiera) , he tratado de estudiar en cada una de ellas un aspecto distinto de la naturaleza del amor.

Deseo advertir, por otro lado, que ésta no es una novela al uso sobre Marruecos, sino *una novela de amor que casualmente tiene su escenario en Marruecos.* No busque, pues, el lector los consabidos mitos, ritos y leyendas, las costumbres y tradiciones, los colores, sonidos y sabores tan típicos y tópicos que, de forma inevitable, aparecen siempre en cualquier novela, antigua o moderna, ambientada en ese país, ya que no los hallará, como tampoco hallará la clásica relación de tipos pintorescos: el viejo oráculo, el contador de cuentos de la plaza Djemaa el Fna o el encantador de serpientes. No es eso lo que van buscando allí los personajes de este libro ni tampoco algo que le interese particularmente a su autor.

Sin pretender ignorar la realidad social y cultural de ese país, sin pretender hacer abstracción de un contexto tan peculiar, debo decir, sin embargo, que he querido escribir, sobre todo, una historia de sentimientos (transferibles, por tanto, a cualquier otro lugar), no un manual sobre el mundo islámico, y menos aún he querido pintar la bonita estampa de un país exótico con palmeras y camellos.

P.M.

—¿Te dijo que esta ciudad es una jungla?
—¡Sí! —exclamó Mark, dando un paso atrás en el umbral—. ¿Cómo lo sabe?
—Hay que tener cuidado. Cuando alguien te dice que estás en una jungla es que piensa devorarte.
—También me dijo que mi inconveniente es que no comprendo que el mal es más fuerte.
—¡Ah! —Lichterman echó atrás la cabeza y levantó los brazos al cielo—. ¡Pero se olvidó de la suerte!

# STEPHEN VIZINCZEY

## Un millonario inocente

# PRIMERA PARTE:

# TURISTAS EN EL PARAÍSO SEXUAL

# CAPÍTULO PRIMERO

Félix cogió un *petit taxi* en la avenida de Mohamed V y le pidió al conductor que le llevara al hotel Safir Siaha. El trayecto era corto y llegó allí en unos ocho o diez minutos. Quince dirhams. El taxista, un hombrecillo de piel aceitunosa, con bigote, no había puesto en marcha el taxímetro. Si lo hubiera hecho, éste no habría marcado ni seis dirhams. Diez eran más que suficientes, pero no era el momento de discutir y, además, tampoco le apetecía pensar en algo tan fútil y superfluo como el dinero. Así que Félix desembolsó los quince dirhams sin rechistar y salió del vehículo. Eran las ocho menos cuarto. Su cita con Rachid, el chico marroquí que había conocido la noche anterior, era a las ocho y media, pero prefería ir con tiempo de sobra para conocer el terreno que pisaba. Aparte de eso, a Félix le gustaba esperar. Disfrutaba de un modo muy particular cuando alguien llegaba con retraso a una cita y le regalaba unos minutos extras de espera. Nada comparable a esos minutos de incertidumbre y de tensión. Durante ese tiempo Félix soñaba, fantaseaba, sufría y gozaba recreando el momento del inminente encuentro, adornándolo con los elementos y la escenografía propios de una película antigua en blanco y negro. La escena, evidentemente, solía estar muy cargada de emotividad. Pero también había magia y misterio, peligro y fascinación. Y en absoluto tenía nada que ver con lo que se entiende por una escena cursi o romántica.

El Safir Siaha era un hotel de lujo, tranquilo y bien refrigerado, situado entre jardines, en algún lugar de las afueras, y nada más entrar en el bar y tomar asiento junto a la barra (avistó enseguida varios rostros europeos), se sintió cómodo y seguro, pues, de algún modo, Félix seguía temiendo alguna trampa, alguna celada por parte de aquel chico. Pero nada podía ocurrirle en un lugar como aquel, decidió. Había llegado en taxi y partiría de allí también en taxi.

Pidió una cerveza marroquí. Llevaba varios días sin probar la cerveza. Era casi imposible en Marruecos, ya que no la servían en ningún sitio. Sólo en algunos bares muy especiales o en los hoteles, lugares casi exclusivamente para extranjeros, que no le había

apetecido visitar. Bebió despacio, sintiendo una creciente excitación, no sólo por el alcohol que comenzaba a inundar sus venas, sino también por el motivo de su espera: Rachid, el chico moreno, casi negro, que de forma tan extraña había conocido la noche anterior.

Habían llegado a Marrakech, él y Manolo, sobre las once de la mañana, después de un largo viaje en tren desde Tánger, con una parada de tres horas en Casablanca para hacer transbordo, y, aunque estaban cansados, ya que no habían dormido apenas en toda la noche, prefirieron organizar el apartamento, antes que tumbarse a descansar un rato.

Faltaba una cama, además de una mesa y las consiguientes sillas (que tuvieron que comprar a toda prisa, sin apenas regatear, en algún lugar de la Kasbah). Faltaba un frigorífico, que encargaron en una tienda próxima a la plaza Djemaa el Fna y que llevó un curtido anciano en una carretilla y subió a hombros él solo hasta el segundo piso. Félix y Manolo no podían dar crédito a sus ojos cuando lo vieron llegar a la puerta cargado con tan voluminoso paquete a la espalda. De haberlo sabido, exclamaban, habrían bajado corriendo a ayudarle. No obstante, Manolo se permitió discutir con el pobre hombre acerca de su propina (pedía ciento cincuenta dirhams), pues aseguraba haber pagado ya en la tienda el precio del transporte.

—¿Qué te crees, que estás en España y que esa tienda es El Corte Inglés? —intervino Félix de pronto, apiadándose del viejo—. Dale los ciento cincuenta dirhams y que se largue. Se los merece de sobra.

—¡Ah, no! ¡La cosa no se va a quedar así! Ahora mismo voy a hablar con el dueño de la tienda.

Cuando el viejo comprendió lo que pasaba, se puso furioso, casi violento. Reclamaba sin más dilaciones sus ciento cincuenta dirhams. Aún así, Manolo consiguió convencerle de que se fuera y le esperara en la tienda. Poco después Félix y Manolo cogieron un taxi con el mismo destino.

Manolo entró en el establecimiento hecho un basilisco. Félix trataba inútilmente de contenerle. El propietario, un tipo moreno y regordete, se mantuvo imperturbable como una esfinge. Aseguró que en el importe del frigorífico no iba incluido el precio del transporte.

—Pero es que en España... —empezó a decir Manolo.

—Señor, esto no es España. Esto es Marruecos —dijo el tipo regordete y añadió—: Estamos en África, no en Europa —con lo que dejó zanjado el asunto.

Félix intervino para disculpar a Manolo, quien se había quedado callado de pronto. Expuso la teoría (no tan absurda, por otro lado) de que se había producido un malentendido, ya que Manolo no hablaba

árabe ni tampoco francés, *etc.* Estaba avergonzado de la tacañería de su amigo, en otras circunstancias tan generoso y espléndido.

—Te repito —le dijo entre dientes— que esto no es El Corte Inglés. ¡Dale a ese hombre su propina y larguémonos!

Manolo le dio al viejo cien dirhams delante del propietario del establecimiento y éste los cogió sin protestar. Cien era la norma, al parecer.

—Aquí, en Marruecos —dijo Manolo cuando regresaban al apartamento—, si eres débil, te toman por tonto y te engañan en todos sitios.

—Sí, pero total, por cincuenta dirhams... Entre taxis y demás, te has gastado...

—¡No son los cincuenta dirhams! ¡Es que no puedes permitir que te tomen el pelo! ¡Aunque no te guste, aquí tienes que regatear!

Llegaron a Guéliz, el barrio moderno donde reside la mayoría de los extranjeros en Marrakech. En el bulevar, enfrente del bloque de apartamentos, había un par de adolescentes, sentados a la sombra de las palmeras. Uno de ellos llevaba una gorrita y una camiseta roja de algún equipo de baloncesto americano. Félix no pudo evitar mirarle durante un instante y el chico le obsequió con una deliciosa sonrisa.

—¡No mires a esos chicos! —le reprendió Manolo—. Son de los que luego suben a aporrear las puertas cuando se va el portero y menudo compromiso. ¡Esos chicos son un peligro! Si se pegan a ti, luego no te los puedes quitar de encima.

—Pero yo... Yo no pretendía nada.

—¡Pero ellos sí! ¿Qué crees que hacen ahí?

El portero del edificio, un hombre de mirada afable y modales ceremoniosos, se hallaba sentado en el suelo de su cuchitril (un agujero húmedo de poco más de un metro cuadrado, debajo de la escalera), rodeado de cojines, al lado de una tetera, un infiernillo y un vasito de cristal. En aquel momento daba de comer sopas de leche a un par de gatitos de aspecto desnutrido que solían deambular por el patio de la entrada.

—*Bonjour!* —les dijo con una amplia sonrisa al verlos llegar.

—Explícale que tenemos la persiana de la terraza rota y que necesitamos urgente un carpintero —dijo Manolo.

Efectivamente, algunas de las tablillas de la persiana estaban rotas y ninguno de los dos había podido levantarla (por lo que el ambiente dentro del apartamento era irrespirable). El portero empezó a hacer gestos de duda y a decir que no era fácil conseguir que viniera un carpintero enseguida.

—¿Cómo es posible que no haya ningún carpintero disponible con

tanto paro? —protestó Manolo—. ¡Tiene que venir! —Félix traducía cada frase—. ¡Lo necesitamos ahora mismo!

Manolo se sacó veinticinco dirhams del bolsillo y se los entregó al portero.

—Haré lo que pueda —dijo éste—. Llamaré por teléfono a uno que conozco para que venga cuanto antes.

El carpintero llegó en menos de una hora y arregló la persiana. Aún así, el calor era tan agobiante dentro del apartamento que decidieron comprar un ventilador e instalarlo en el techo, para lo que fue preciso buscar a un electricista (que les procuró también el portero después de otra sustanciosa propina). Éste era un chico joven y simpático. Hablaba algo de español. Decía que había vivido en Murcia con un amigo durante algún tiempo.

Entre unas cosas y otras, cuando quisieron darse cuenta, se les había pasado el día sin disfrutar de nada y se les había hecho de noche. De modo que se ducharon con alivio cuando terminaron con todo, sacaron ropa limpia de sus maletas y salieron a dar una vuelta informal hacia la Kutubía.

Pasaban junto al parque Arset Moulay Abdesslam, cuando Manolo comenzó a gritar:

—¡Mira, tío! ¡Pero mira! ¡No te lo pierdas!

—¿Que mire qué?

—¿No lo ves? ¡Tío, estas ciego! ¡Mira a tu derecha! ¡Vamos! ¡Te lo estás perdiendo!

Félix, un tanto molesto por la forma de hablarle de su amigo, miró hacia donde éste le indicaba y vio a un tipo, no mal parecido, que caminaba próximo a ellos con la bragueta abierta y la polla en la mano.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Pero qué... qué es esto? ¿Por qué...?

—Esto es Marruecos. ¡Disfrútalo!

—Pero a mí no me gusta ver pollas de desconocidos por la calle —dijo Félix desviando la mirada—. Así que otra vez no te tomes tantas molestias en avisarme.

Manolo hizo un gesto de desesperación. Nunca había podido entender a Félix y nunca lo entendería. Sencillamente era tonto. El tipo, al ver que no le hacían caso, se internó en el parque, se situó detrás de un árbol y desde allí continuó mirándoles mientras se tocaba la polla en una actitud de lo más provocativa.

—¿Es eso muy habitual aquí?

—Bueno, a mí me han enseñado la polla incluso en la terraza de un

bar...

—¡Joder! E imagino que ese tipo estará casado y tendrá familia... Tenía que ver su mujer las cosas que hace cuando sale a la calle.

—¿Y qué te importa su mujer?

—Nada. Pero ya te puedes imaginar qué clase de persona puede ser un tío que va por ahí enseñando la polla a cualquiera. A mí, desde luego, no me interesa.

Manolo soltó un suspiro de resignación.

—Veo que te vas a ir de aquí sin hacer nada —dijo—. ¿Para eso querías venir a Marruecos?

—Lo siento, pero no se puede forzar el deseo. Además, estoy inapetente. Tanto tiempo sin hacer nada me ha desmotivado.

—Desmotivado... ¡Pues yo, con doce años más que tú, estoy siempre salido!

—A ti te gusta esto. Estás en tu elemento. Por eso te has venido a vivir aquí.

—Naturalmente. En España no eres nada. Nadie te mira, nadie se fija en ti. Pero aquí no paran de provocarte. El sexo está por todas partes. Además, te consideran importante: eres blanco, europeo y te creen rico, aunque no lo seas... Es la erótica del dinero y del poder. ¿No es maravilloso?

—Sí —dijo Félix con una sonrisa condescendiente—. No se me había ocurrido planteármelo desde ese punto de vista. Pero hay una diferencia entre tú y yo, y es que tú buscas un chico cada día, mejor dicho: una polla cada día...

—¿Una sola cada día?

—... mientras que yo lo que busco es un chico para toda la vida, una persona con la que hablar y todas esas cosas, aparte de hacer el amor, ¿entiendes?

—¡Un chico para toda la vida! —dijo Manolo con sorna— ¡Qué aburrido!

—Prefiero eso a estar con un chico diferente cada día, a ver una cara distinta cada día, no saber siquiera cómo piensa esa persona, no conocer su nombre... ¡No puedo imaginarme nada tan triste y desolador!

—¿Y crees que estos chicos van a querer estar contigo toda la vida? ¿Si te llevas alguno a España, crees que te será fiel toda la vida?

—No lo sé. Además, yo no he venido aquí buscando nada. Simplemente...

—Es la pobreza y la miseria la que les hace interesarse por nosotros. Nos ofrecen lo único que tienen, lo único que nos importa de ellos: el sexo. Pero cuando salen de la pobreza, cuando pueden escapar

de su país y... Lo mismo pasa en Cuba, en Tailandia o en Egipto.

Félix comenzaba a desmoralizarse. Manolo era siempre tan realista. Parecía regodearse haciéndole daño. En sus ideas nunca había un resquicio para el sentimentalismo. Todo era pragmatismo y utilitarismo.

Llegaron a la plaza Djemaa el Fna, que era un espectáculo a esa hora de la noche con las humaredas de los asadores de carne, los corrillos improvisados en torno a los diversos músicos o bailarines, los vendedores de zumos de naranja o las freidurías de pescado. Ya habían estado allí a las dos de la tarde comiendo en un restaurante, protegidos entonces por una lona del sol abrasador, pero ahora el ambiente era tan distinto, la algarabía de gente y de sonidos era tan tremenda, que sólo contemplarla le produjo a Félix una especie de conmoción. Aquello, se dijo, debía de ser la verdadera esencia de África, el Marruecos más genuino. Nada que ver con cualquier cosa que hubiera visto antes.

—¿Quieres un zumo? —le preguntó Manolo.

—Bueno.

Varias manos, desde los diversos puestos, reclamaron expresivamente su atención al verles llegar, conminándoles a que se acercaran. Félix se quedó paralizado e indeciso, pero Manolo se dirigió con resolución a uno de los puestos. Era horrible ver las caras de decepción de los vendedores rechazados, por muy agradable que fuera la sonrisa del elegido. Éstas eran las cosas que más le molestaban de Marruecos y a las que nunca se acostumbraría. Sin querer, se veía siempre obligado a tomar decisiones drásticas, a elegir, a saber decir que no, pues si dudaba, estaba perdido. En este tipo de situaciones Manolo se sabía desenvolver muy bien. Pero él siempre se sentía culpable después de cualquier elección.

Cuando acabaron de beberse los zumos, el vendedor les obsequió con un sorbo más a cada uno, prácticamente un tercio del vaso. El zumo era fresco, recién exprimido y estaba delicioso. Un verdadero lujo para el paladar a aquella hora de la noche, después del largo paseo. Manolo pagó cinco dirhams por los dos, dio uno más de propina y bromeó con el vendedor (un chico de unos veintipocos años, de pelo anillado y ojos pícaros), como era su costumbre, en una jerga imposible entre árabe, francés y español, que el vendedor entendía perfectamente y a la que correspondía con interjecciones y abundantes sonrisas.

—Ves —dijo Félix—. Éste sí que me gusta, pero...

—¿Quién? *Él.* También está disponible, si quieres. Sólo tienes que preguntarle a qué hora termina de trabajar.

—¿Tú crees?

—¡Claro! Seguro que no gana ni cuarenta dirhams al día y trabaja un montón de horas, así que le vendrá muy bien cualquier ayuda. ¿Quieres que le diga algo? Ya se lo está suponiendo. Mira cómo se ríe. Lo sabe todo. Son más listos que el hambre.

—No, no. No le digas nada. Vámonos, por favor. Tú crees que todo el mundo está pensando siempre en lo mismo. Eres tremendo.

—Es guapo, ¿verdad?, con esa piel tan morena y esos ojazos... También tú te vas a fijar en los más feos, ¿eh?

Félix vio que el muchacho le miraba y se ruborizó.

—*¡Éste dice que le gustas!* —le dijo Manolo en español. El muchacho sonrió y asintió con la mirada. Sin duda, comprendía.

Ya se iban, cuando les señaló el cartelito donde figuraba el número del puesto.

—Quiere que recordemos su número para que, cuando queramos otro zumo, no nos confundamos de puesto —dijo Manolo—. O para que vuelvas a buscarle más tarde.

Félix sonrió al muchacho y volvió a ruborizarse. Se fijó en el número y se dijo a sí mismo que procuraría no olvidarlo, pues había cientos de puestos semejantes a aquél en toda la plaza atendidos por muchachos muy parecidos.

Dieron una vuelta al azar por entre los corrillos de los músicos. Félix siempre había sentido una especie de rechazo por la música marroquí, pero esta vez, al escucharla en directo, se dejó llevar por el ritmo y, sin darse cuenta, notó de pronto que le embargaba una profunda emoción. Casi tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que se le escapara una lágrima. Nunca le había pasado nada semejante con ningún tipo de música, ni siquiera con las sinfonías de su querido y adorado Chaikovski. Pero aquello era diferente. Aquella música era algo más que música, se dijo. Era un grito telúrico, era la voz ancestral de un pueblo misterioso y extraño, cálido y sensual.

—Vamos a sentarnos un rato en el café de France —dijo Manolo—. No hemos dormido aún desde ayer y estoy muy cansado.

Félix abandonó un corrillo donde bailaban varios niños y una chica, acompañados por dos o tres adultos que tocaban diversos instrumentos de percusión a un ritmo cada vez más acelerado. Estaba intentando localizar a Manolo, cuando observó, entre el abigarramiento de cuerpos que le rodeaban, una mano que hacía una especie de trazo con el índice y el pulgar sobre los faldones de una camisa. No comprendió el significado de aquel gesto hasta que levantó

la vista y vio el rostro de un adolescente que le miraba fijamente, relamiéndose los labios, mientras dibujaba de nuevo sobre la tela de su camisa un supuesto pene de enormes dimensiones pegado a su pierna. La imagen, tan descarada como obscena, le dejó conmocionado y el corazón comenzó a golpear su pecho con violencia. Hubiera querido acercarse a aquel chico, decirle algo, proponerle algo, pero tuvo que darse prisa para seguir a su amigo, ya que tenía miedo de perderse entre la multitud que abarrotaba la plaza.

—Un chico se me acaba de insinuar —exclamó Félix, sin aliento, cuando se sentó a su lado en el café de France—. Hizo un gesto así, marcándose el pene sobre la camisa, a la altura de la bragueta, y...

—Como ése los hay así —dijo Manolo juntando expresivamente los dedos de la mano.

—Puede ser, pero a mí sólo me gusta ése. *Ningún otro*. ¡Joder, estoy temblando! ¿No lo notas? ¡Qué morbo! ¡Y lo he dejado escapar! ¿Qué puedo hacer para encontrarlo?

—No te preocupes. Aparecerá por sí solo.

—Ése, ése es el chico que estoy buscando desde que llegué a Marruecos. Un chico hermoso y vicioso que me destroce el corazón. ¡Dios, qué calentura! No seré feliz hasta que consiga verlo de nuevo. Pero ¿dónde estará? Si hay cientos de chicos como él, ¿cómo sabré distinguirlo? ¡Pero lo distinguiré! No puedo olvidar su mirada. Ni su boca, ni su cara. Me dejarás llevarlo al apartamento, ¿verdad?

—Sí, si no es menor de edad. No quiero problemas con menores. Ya lo sabes.

—Pues creo que es menor de edad. No debe de tener más de dieciséis años.

—Pues entonces búscate cualquier lugar por ahí y lo hacéis. A mí no me impliques con tus perversiones.

—¡Por favor! ¿De qué hablas? Ese chico sabe más que tú y que yo. Es él el que me ha provocado a mí, no yo a él. Y tiene cuerpo de hombre. Seguro que no es la primera vez que se lo monta con un tío. Además, no es delito si se hace con consentimiento. Es delito cuando se fuerza a alguien.

—Pero eso es en España, no en Marruecos. Aquí los menores son sagrados. Y la policía...

—¡Nunca he oído que detengan a un turista por estar con un menor! ¡Y todos esos críos se lo montan con tíos! Ese chico se busca la vida de esa forma, así que no me va a denunciar, ¿verdad? No tendría sentido. Además, ¿quién puede saber lo que hacen dos personas dentro de una habitación? Sin pruebas, ni siquiera la policía podría acusarme de nada, si yo lo niego todo. Podría decir que el chico vino a

mi casa a que le diera algo de comer...

—Muy bien. Tienes razón. Tú siempre tienes razón. Pero en mi casa no quiero a un menor de edad. Ya lo sabes. Es lo primero que te advertí.

—Voy a buscarlo. Tengo que encontrarlo. Si no doy con él esta noche, me moriré de desesperación. ¡Estoy salido! Ya sabes cómo soy de apasionado.

—¿Pero no decías que estabas "inapetente" y "desmotivado"?

—¡No, ya no! ¡Ese chico me ha puesto a cien! ¡Acabo de despertar del letargo!

—Tú mismo —dijo Manolo con una sonrisa burlona—. Yo te esperaré aquí sentado. Tarda lo que quieras. No tengo ninguna prisa.

Félix se alejó por la inmensa plaza y se perdió entre la multitud. Era fascinante saberse rodeado de tanta gente en medio de la penumbra, oír aquí y allá a los músicos ejecutar sus cálidas y tristes melodías, que ahora le parecían no sólo telúricas, sino esotéricas y primitivas. Había tanta gente extraña y misteriosa a su alrededor. Además, el peligro era evidente. Lo notaba. Cada vez que se detenía en algún sitio, notaba enseguida cómo unos y otros (niños y adultos) se le iban aproximando y lo rodeaban, lo cercaban ¿con afán de robarle?, ¿con intenciones libidinosas? Quizá un poco de todo. En una ocasión alguien le rozó con los genitales intencionadamente por detrás. Otra vez su mano tocó, sin querer, una bragueta que alguien aproximó adrede. Félix huía siempre de tales provocaciones, escapaba del lugar sin mirar los rostros de nadie. Se alejaba hacia el otro extremo de la plaza. Pero, cuando se acercaba de nuevo a cualquier corrillo, un momento después volvía a ocurrirle lo mismo. Manolo le había dicho que en los corrillos los hombres se masturbaban entre sí de la manera más habitual. No le había creído, pero ahora veía que era cierto. Dio varias vueltas de un lado para otro, desesperado, sin ver al muchacho. Finalmente creyó encontrarlo al reconocer el color de su camisa. Ya no le parecía el mismo. Dudó de pronto. Pero enseguida supo que era él. Lo era. Ambos se miraron, hicieron un gesto de asentimiento y se aproximaron. El corazón de Félix comenzó a latir a un ritmo desenfrenado.

—*Hola. ¿Cóme estai?* —dijo el chico intentando contemporizar en una mezcla de italo-español.

—*Ça va. Merci* —dijo Félix. Estaba nervioso porque la gente los miraba. Sabía que a los marroquíes les estaba prohibido hablar en la calle con los extranjeros y temía que alguno de aquellos tipos que había cerca fuera un policía. Además, era tan obvio el tipo de negocio que podían tener un adolescente marroquí y un hombre maduro

europeo que enseguida se sintió indigno y abyecto—. ¿Qué edad tienes? —le preguntó en francés.

—¿Qué edad crees que tengo?

—No lo sé. Si tú no me lo dices...

—¿Tú español? Yo habla un poco español. Tú vene conmigo —Félix notó un tono extraño, como de impertinencia o de amenaza, que le asustó. Le gustaba aquel chico, pero de pronto quiso escapar de él.

—Bueno, yo...

—¡Eh, vamos a un sitio que conozco! —dijo en francés y añadió en español—: Yo buona polla. Tú contento conmigo.

—No. Hoy no. Me están esperando. Mañana.

—¿Dónde? ¿A qué hora?

—Aquí. A esta misma hora.

—Vale —dijo el chico—. Enfrente del café Argana. ¿Lo ves? Allí está el Argana. A las diez —Félix asintió y comenzó a alejarse, pero el chico corrió detrás de él—. ¡Eh, dame diez dirhams! —hizo un gesto lastimero—. ¡Tengo hambre!

Félix sacó un par de monedas y se las entregó al chico. Podía haberle dado dos de cinco como una de cinco y otra de diez o tal vez dos de diez. Sea como fuere, el chico las miró cuando las tuvo en la mano y se mostró conforme. Félix dio un pequeño rodeo para despistarle y luego se dirigió al café de France. Manolo tenía cara de aburrimiento cuando se acercó a él.

—Hemos quedado mañana, a las diez, en esta misma plaza —dijo Félix, con un suspiro, cuando se sentó a su lado—. Me gusta, pero me da miedo. No sé por qué. Además, es demasiado joven. No debe de tener siquiera los dieciséis. Parecía un drogadicto, uno de esos chicos que esnifan pegamento.

—¡Joder!

—O lo mismo no. Pero yo veía algo raro en su forma de hablar o en su forma de mirarme. Aunque tal vez es un prejuicio racial. No lo sé. Tú, ¿qué opinas?

—No conozco al chico, pero el asunto me da mala espina. Tú sabrás. Ya eres mayorcito, ¿no? ¡Con lo sencillo que hubiera sido ligarte al chico de los zumos o a aquel otro del parque!

—Sí, pero a mí el que me gusta es ése. Sólo ése. No puedo evitarlo.

—Ya veo. Así que vas a acudir mañana.

—¡Claro! ¿No querrás que le deje plantado?

—¿Y dónde lo llevarás?

—Ése es el problema. A tu casa no, claro. No quiero crearte ningún compromiso. Además, volvería a buscarme allí, aunque yo no lo quisiera, y me tendría localizado. En un hotel tampoco, ya que no me

dejarían entrar con él. Y yo no quiero irme a un parque o al campo. Podría sacarme una navaja o darme un golpe. ¡Es horrible!, ¿verdad?

—¡Sí, horrible!

—Gracias. Me alegra saber que me comprendes.

Eran más de las doce cuando, cansados y soñolientos, regresaban de nuevo por la avenida de Mohamed V hacia la plaza 16 Novembre. La noche era agradable y pensaron que podía resultar más divertido caminar un rato, haciendo una parada en algún banco o terraza, que coger un taxi e ir directamente al apartamento. Además, por todas partes se cruzaban con chicos u hombres solitarios que les lanzaban miradas furtivas o gestos de provocación, lo que hacía que el paseo fuera de lo más excitante. Algunos chicos incluso les seguían durante un rato, si Félix cometía la imprudencia de corresponder a sus miradas. Otros les hablaban con cualquier disculpa. Apostados en las esquinas, sentados en los bancos, apoyados en los coches... Por todas partes había chicos esperando ligar a cualquier turista despistado. Muchos de ellos al final de la noche, tal vez, se irían a sus casas sin hacer nada, sin llevarse un maldito dirham al bolsillo, aburridos y decepcionados, después de haber ofrecido a los viandantes inútilmente sus encantos, ya que, al parecer, había más oferta que demanda. Un chico, al verles venir por la acera, se abrió de piernas y se acarició los genitales. Era un gesto desesperado. Ya no sabían qué hacer para seducir o llamar la atención. En cierto modo, aquello era un paraíso gay, el reino del amor mercenario, si bien a un precio bastante módico. Félix tuvo alguna que otra tentación, más por motivos humanitarios que sexuales: sencillamente le daban pena aquellos muchachos. Pero, por otro lado, no podía dejar de pensar en el chico de la plaza Djemaa el Fna. Él o ningún otro, se dijo. Hasta ese punto llegaba su sentido de la fidelidad.

Al final, cuando la calle se fue haciendo más oscura y solitaria, Félix se atrevió a manifestar cierto temor por su seguridad.

—No te preocupes —dijo Manolo—. Esta ciudad es una de las más seguras del mundo. Aquí nunca pasa nada. Toda su economía se basa en el turismo, así que tienen que cuidarnos. No obstante, por si surgiera algún problema, llevo esto —dijo sacando un pequeño bote del bolsillo.

—¿Qué es eso? ¡Un spray! ¿Dónde lo has comprado? ¿Desde cuándo lo tienes?

—Ssschhh. Es sólo por precaución, pero no nos hará falta. Lo traje de España.

—¿Y es legal? ¿Cómo se usa?

En aquel momento pasó un muchacho en bicicleta y Félix le lanzó una rápida mirada que el otro recogió al vuelo. Pero el chico desapareció al instante y no volvió a dar señales de vida. Siguieron andando en silencio.

—¡Qué raro! —dijo Félix, con un tono de burla, al cabo de un rato —, he mirado a un chico directamente a los ojos y no he vuelto a verlo por ninguna parte. Ya me extraña que no ande merodeando por aquí.

—¡Eh! —dijo Manolo cuando pasaban por debajo de unos árboles —, ¿no será aquél?

—¡Sí! —exclamó Félix de pronto. Un chico iba andando por la acera con la bicicleta en la mano y se hacía el remolón para que los otros le alcanzaran—. ¡Me está esperando! Y ahora, ¿qué voy a hacer? ¡Estoy tan nervioso!

—No pasa nada. Si es mayor de edad, te lo puedes subir al apartamento. Al ser nosotros dos y él uno, no pasará nada.

—¿De verdad que me permites subirlo al apartamento? Eres muy amable. Gracias.

—Sólo si es mayor de edad.

—De acuerdo. La verdad es que no me apetece hacer nada. No tengo ningún deseo sexual, pero si no lo intento hoy, me iré de Marruecos sin estrenarme.

—Bueno —dijo Manolo—. Yo subiré primero para ir preparando un poco aquello.

Se separaron al llegar a una bocacalle. El chico se había detenido en la esquina y le lanzó una mirada de complicidad. Era muy moreno, casi negro. Llevaba el pelo rapado, tenía unos labios carnosos, de lo más sensuales, unos dientes blanquísimos, que se adivinaban detrás de una leve sonrisa, y una mirada inquietante de delincuente que le hizo perder el sentido. Félix se acercó a él y le dijo:

—*Ça va?*

—*Ça va* —contestó el muchacho, seguro ya de tenerle en el bote.

—¿Cuántos años tienes? —continuó Félix en francés.

—Veinte.

No los aparentaba.

—¿Quieres subir a mi apartamento?

El muchacho asintió con la cabeza. Era una pregunta superflua que ni siquiera tenía que haber formulado. Félix se acordó entonces del tema del dinero. Manolo le había advertido que siempre, antes de hacerlo, debía aclarar con los chicos la cuestión del dinero. No había lugar a dudas sobre eso, ya que eran pobres y, por supuesto, nunca lo

hacían gratis.

—¿Cuánto quieres?

El muchacho oscuro lo miró con frialdad.

—Prefiero no hablar de dinero —dijo al fin, casi con desprecio. Su francés era bastante bueno, por lo que Félix dedujo que debía de tener cierta preparación. Sólo un veinte por ciento de los marroquíes hablaba bien el francés, según le habían dicho.

Félix permaneció callado, mirándole en silencio durante unos instantes. Se sentía torpe e inseguro. No estaba allí Manolo para ayudarle y tenía que arreglárselas por sí solo.

—Espérame aquí —dijo—, delante del número diez. Voy a hablar con mi amigo.

El chico asintió sin decir nada y se dispuso a esperar apoyando una pierna en la bicicleta.

—Me ha dicho que tiene veinte años —le dijo Félix a Manolo cuando subió al apartamento—, aunque aparenta menos. Además... dice que no quiere hablar de dinero.

—¡Pues entonces no te interesa! ¡Te pedirá después una cantidad desorbitada y habrá problemas!

Recogieron en un momento las cosas de valor y las guardaron en las maletas. A continuación metieron éstas en el altillo del cuarto de baño. Ambos empezaron a dar vueltas de un lado para otro por el salón sin un motivo concreto.

—Vuelvo enseguida —dijo Félix—. Voy a decirle que se vaya. La verdad es que no tengo ganas de hacer nada. Y me da un poco de miedo.

—¿Miedo?

—Sí. No lo sé. Hay algo extraño en él. ¡Estoy tan nervioso!

—¡Joder!

Félix bajó del apartamento y se encontró al chico esperando dentro del portal.

—¿Entonces no me puedes decir cuánto quieres? —insistió.

—No. Ya te he dicho que no quiero hablar de dinero.

—Es que no me gustaría que después... en fin, ya sabes, que hubiera algún problema...

—¿Problema? ¿Quieres problemas?

Félix miró al chico marroquí aterrorizado. Qué necesidad tenía él de meterse en aquellos líos, se dijo. Con lo tranquilo que estaba en España. O con lo fácil que hubiera sido coger un taxi en la plaza Djemaa el Fna y haber subido directamente al apartamento sin ver a nadie ni hablar con nadie. De pronto Marruecos le parecía un país odioso e insoportable. ¡Y Manolo aseguraba que aquélla era una

ciudad segura! ¡Pero si estaba llena de delincuentes! Casi estuvo tentado de echar a correr escaleras arriba y de abandonar al chico en la puerta. Pero pensó que tal vez eso le traería, a la larga, más problemas.

—¡No! —exclamó— ¡Precisamente lo que te digo es que no quiero tener ningún problema! De acuerdo. Vamos al apartamento.

Subieron el uno al lado del otro mirándose con recelo, el chico marroquí cargando con la bicicleta. Cuando Manolo abrió la puerta y lo vio de frente, exclamó:

—¡Ah, no!

—¿Cómo?

—¡Que ese chico no entra en mi casa!

—Pero ¿por qué? —preguntó Félix alarmado, temiendo quedarse él también fuera.

—Porque es menor de edad. ¿No te das cuenta?

El chico marroquí comenzó a mosquearse y preguntó qué pasaba. Félix le explicó en francés:

—Dice que eres menor de edad.

—Yo no soy menor de edad. Nací en 1980.

—Dice que nació en 1980.

—¡Ah!, ¿sí? Pues que me muestre el carnet de identidad. No me lo creo.

El muchacho se sacó de malhumor el pasaporte del bolsillo y Félix pudo ver en él su fecha de nacimiento: el 20 de abril de 1980.

—¿Lo ves? —dijo Félix mostrándole el pasaporte.

—De acuerdo —dijo Manolo franqueando la puerta.

Pero entonces, cuando el chico marroquí fue a introducir la bicicleta, de nuevo exclamó:

—¡Ah, no!

—¿Qué?

—¡La bicicleta no!

—Pero ¿por qué? No puede dejarla fuera. Se la robarían.

Ambos comenzaron a discutir y el chico marroquí les miraba cada vez más enojado.

—Está bien —dijo finalmente Manolo—. ¡Que pase, que pase con la bicicleta!

Acto seguido se retiró a la terraza armado del spray y se ocultó detrás de las cortinas para vigilar. Félix apagó la luz y dejó sólo la del baño para que tuvieran iluminación indirecta. El chico estudió detenidamente el lugar desde el centro de la habitación y luego dijo:

—*J´ai soif.*

—¡Cuánto lo siento! —se lamentó Félix, mostrando la nevera vacía

—, pero acabamos de llegar hoy y todavía no nos ha dado tiempo de comprar nada. Si quieres un vaso de agua del grifo...

—No, gracias —dio media vuelta y añadió—: Dijiste el apartamento número diez y éste es el doce.

—No. Te dije el número diez de la calle. Ni siquiera sé qué número tiene este apartamento. Acabamos de llegar.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama él?

—Manolo.

—¿Y tú?

—Félix.

—Muy bien. Y todo esto... ¿lo pagas tú o lo paga él?

—Él, pero...

De pronto se quedaron en silencio. Félix estaba ya conscientemente preparado para recibir cualquier golpe. Miraba las manos del muchacho esperando ver en ellas una navaja o algún objeto punzante. Sólo confiaba en que Manolo actuara rápido para evitar el mayor daño posible.

—¿Dónde está el baño? —preguntó al fin el chico marroquí.

—Ahí.

Cuando desapareció en el interior del baño, Félix corrió a la terraza y le susurró al oído a Manolo:

—Creo que vamos a tener problemas. Hace demasiadas preguntas y...

—¡Ah, pues que se vaya ahora mismo! ¡Te lo dije! ¡No quería que entrara!

—¡No! ¡No podemos echarle así como así! Esperemos a ver qué pasa. ¡Pero estoy tan asustado! ¡Ay, Dios mío!

Regresó al salón y se sentó en el sofá. El chico salió del baño poco después y se sentó a su lado. Le puso una mano en la pierna y le dijo al oído:

—¿Qué? ¿Quieres que hablemos ahora de dinero?

Félix sintió que le castañeteaban los dientes.

—Mira —dijo, sin poder controlar ya sus nervios—. Te daré lo que sea y lo dejaremos así, ¿vale? Yo no quiero hacer nada. Te pagaré igual. Pero no voy a hacer nada. No es preciso que hagamos nada.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y por qué? —preguntó el chico desabrochándole el primer botón de la camisa—. ¿Por qué no?

—¡Por favor! —imploró Félix. Nunca se había sentido tan ridículo. No quería que le quitara la ropa. Desnudo se sentiría aún más vulnerable. Estaba seguro de que aquel chico tramaba algo horrible y prefería enfrentarse a lo que fuera vestido. Pero el chico siguió desabrochándole uno a uno los botones de la camisa.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres hacerlo? Antes, cuando me miraste, sí que querías...

—Sí, pero ahora no. Si tú no quieres, no pasa nada. Eres muy guapo y me gustas mucho, pero... pero estoy muy nervioso. Hacía mucho tiempo que no...

Entonces el chico se inclinó y comenzó a besar su pecho, a restregar sus labios y su lengua por sus tetillas. Félix sintió un escalofrío. No comprendía nada de lo que estaba pasando. Las manos siguieron desabrochando los últimos botones de la camisa y luego se la arrancaron de un tirón.

—¡No, por favor! —rogó Félix—. No quiero desnudarme.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó el chico quitándose su propia camiseta. A continuación acercó su boca a la suya y le besó dulcemente, con una intensidad y una calidez que le dejaron sin aliento, luego lo arrojó sobre el sofá, se tumbó sobre él y comenzó a besarlo con una pasión rabiosa, desesperada, mordiéndole los labios, lamiéndole concienzudamente las encías y los dientes, introduciendo su lengua hasta el fondo de su garganta y emitiendo gruñidos angustiosos de placer.

De pronto se puso en pie y empezó a quitarse los pantalones. Le ordenó a Félix que hiciera lo mismo. Éste obedeció sin rechistar. Entonces se abrazaron desnudos y comenzaron a acariciarse. Félix nunca había tocado un cuerpo tan terso ni tan perfecto. De nuevo cayeron sobre el sofá y empezaron a besarse furiosamente. El chico marroquí le lamía por todas partes, le mordía las orejas, le pellizcaba en las tetillas o le apretaba con tanta fuerza por la cintura que casi le dejaba sin respiración, al tiempo que gritaba, mirándole a los ojos: "¡Qué guapo eres, qué guapo eres!" Félix se dejaba hacer completamente atónito. Aún no podía creer lo que estaba ocurriendo. Desconfiaba. Pensaba que aquello era parte de una estratagema, que aquel chico no podía desearle a él, un tipo maduro de más de cuarenta años, por lo que, de un momento a otro, pasaría de las caricias a las bofetadas, de los besos a las puñaladas. El miedo le tenía atenazado, le impedía desinhibirse y su pene colgaba fláccido y encogido entre sus piernas, lo que le humillaba de un modo muy particular, sobre todo al notar el pene del muchacho en su máxima potencia restregándose con tanta vehemencia contra su cuerpo.

—Lo siento —dijo Félix cuando el otro se dio cuenta—. No soy impotente. Tengo... tengo un buen... pero ahora estoy muy nervioso y...

—No te preocupes. No pasa nada —le dijo el chico, ahogando sus palabras con besos y apretándole con una fuerza inusitada entre sus

brazos. A continuación le obligó a darse la vuelta y comenzó a lamerle la espalda, la cintura y los glúteos. Luego colocó su pene en su ano e intentó penetrarle. No era algo que a Félix le entusiasmara.

—¡No, hoy no, por favor! —rogó—. ¡Otro día!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el muchacho—. No pasa nada.

—Gracias —dijo Félix—. Eres maravilloso, maravilloso.

Entonces el muchacho comenzó a restregarse contra sus glúteos mientras le besaba la nuca, las orejas y hasta la boca, forzando su cabeza en aquella posición tan difícil. Félix, por su parte, había agarrado una de sus manos y entrelazaba, frenético, sus dedos con los de él, mientras que con la otra le acariciaba la cabeza (su delicioso pelo rapado) o la espalda. Luego el chico comenzó a jadear y a moverse espasmódicamente, mientras seguía mordiendo y besando, gimiendo y gritando, hasta que eyaculó sobre él y ambos se quedaron así, sin moverse, durante un largo rato, uniendo en un prolongado beso sus respiraciones, bañados en sudor, sonriendo y mirándose a los ojos.

—¡Dios mío —exclamó Félix—, no puedo creerlo! ¡Sencillamente, no puedo creerlo!

—Venga —dijo el chico levantándose, con el pene todavía erecto —, vamos al baño. Vamos a ducharnos juntos.

Se metieron en la bañera y el chico parecía disfrutar lavándole la espalda y los glúteos. Jugaron con el agua y se besaron con los labios empapados. Félix, mientras tanto, procuraba taparse el pene con la mano, avergonzado de su flaccidez, pero el chico le apartó la mano diciendo:

—No te preocupes. Me gustas así.

Finalmente se secaron, se dieron un último beso y salieron al salón. Allí les estaba esperando Manolo con la luz encendida. Parecía furioso y de mal humor. Habían tardado demasiado, decía, y vaya gritos. Si se había enterado todo el barrio de la orgía. Y al lado vivía una familia marroquí, ¡seguro que se quejaban al día siguiente al portero! Además, estaba cansado y tenía ganas de acostarse. ¡Que se fuera ya aquel chico! ¡Que le diera cincuenta dirhams y se fuera!

—¿Qué le pasa a ése? —preguntó el chico mientras se ponía los pantalones.

—Nada. Es que no durmió la noche pasada y está cansado. No le hagas caso.

—Pues que se ande con cuidado. No me gusta nada.

—¡Vamos! —volvió a la carga Manolo—. ¡No os enrolléis tanto y acabad de una vez! ¡Págale y que se largue!

—Contigo no tengo ningún problema, ¿sabes? —dijo el chico—,

pero creo que voy a tenerlo con él. No me gusta nada ese tipo. No me gusta la gente que grita tanto.

—No, por favor. No le hagas caso. Está muy cansado. *Manolo* —añadió Félix en español—, *¿te quieres callar, por favor? No lo estropees. ¿Vale?*

Ambos estaban ya vestidos y el chico se dirigió a por la bicicleta.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Félix.

—Rachid.

—Es un nombre precioso —dijo acercándose a él y besándole en los labios, en los ojos y en la frente—. Y tú también eres precioso.

—¡No! —exclamó Manolo—. ¡Esto ya es demasiado! ¡Basta! ¡Que se largue!

—¿Quedamos mañana? —preguntó Félix.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—No sé.

—¿Tienes un bolígrafo y un papel? —Félix buscó nerviosamente ambas cosas por la casa. No encontró papel, sino un cartón de alguna caja de embalaje, pero sirvió de todos modos. El chico anotó una dirección y se la dio—. Es el café de un hotel. Coge un *petit taxi* y que te lleve allí mañana a las ocho y media.

—De acuerdo.

Salieron al rellano. Se miraron un momento indecisos y luego Félix introdujo en el bolsillo del muchacho un billete de cien dirhams que ya tenía preparado. El chico le dio un beso en la boca y dijo, con una sonrisa:

—*Ce n´est pas pour l´amour.*

A continuación agarró la bicicleta y comenzó a descender las escaleras.

# CAPÍTULO II

Camino del baño, Manolo encontró a Félix, de madrugada, sentado en la terraza con la vista perdida en las palmeras de El Harti. Aquella ciudad poco a poco comenzaba a deslumbrarle. El tono arcilloso de sus casas, sus palmeras y jardines, la elegancia de sus palacios, el misterio de sus noches, sus amaneceres frescos y tranquilos, la plaza Djemaa el Fna... Además, estaba en África, por primera vez pisaba el suelo de África, y aquella ciudad se encontraba en las mismísimas puertas del desierto, era como el último oasis antes de adentrarse en lo más remoto. ¡Y todo allí era tan jodidamente abigarrado y exótico! Siempre había creído que España era una especie de provincia de África, dada su proximidad geográfica con aquel continente, pero ahora se daba cuenta de que España, a pesar de todo, era Europa, una provincia más de Europa con todos sus defectos. Nada que ver con África, nada que ver con Marruecos. España era la aburrida Europa, la aséptica Europa, la fría Europa, la pragmática Europa. Un lugar donde se podía disfrutar del estado del bienestar, pero donde no quedaba ya sitio para el romanticismo o el amor. En Marruecos, sin embargo, todo era pasión y sensualidad, belleza y exuberancia. Manolo lo atribuía a la pobreza. Decía que todo aquello acabaría cuando subiera el nivel de vida. Le había ocurrido a otros países como Italia o Portugal, antaño también paraísos sexuales. Sea como fuere, lo cierto era que, todavía aquí, un chico cualquiera de piel oscura (un lujo para los sentidos) podía amarte a medianoche y hacerte soñar, podía devolverte de golpe la juventud y la alegría, podía hacerte sentir la emoción de estar vivo.

—¿Te has levantado ya? —le preguntó Manolo, con un bostezo—. ¡Son las seis de la mañana!

—No he podido dormir ni un momento en toda la noche.

—¿Por qué? ¡Ah, bueno...! —dijo recordando—. ¿Por lo de anoche?

Félix cerró los ojos con un gesto soñador.

—Oye, lo lamento si estuve un poco desagradable. Yo...

—Lo estuviste; estuviste muy desagradable, pero te perdono.

—No sé qué me paso. Bueno, ya me conoces.

—¡Dios, es que no puedo creerlo, Manolo, de verdad, no puedo creerlo! Es que me parece imposible que un chico como ése me deseara, un chico tan joven y tan precioso. Pensaba que todo era parte de una estratagema, de un ritual o qué sé yo... Seguro que es un prejuicio racial. A fin de cuentas, es la primera vez que estoy con un chico árabe, con un chico de piel tan oscura, casi un negro. No sé... Y, además, era tan extraño. Tenía una actitud tan amenazante al principio... Temía que pasara de las caricias a las bofetadas o de los besos a las puñaladas.

—Pues disfrutaste bastante, ya que no parabas de gritar y de gemir.

—¡No fui yo! ¡Fue él! Yo estuve callado todo el tiempo. Y ni siquiera eyaculé. No conseguí empalmarme. ¿Puedes creerlo? El que lo pasó bien fue él. Yo estuve aterrorizado todo el tiempo. Pero parece ser que yo le gustaba. Tanta pasión no se puede disimular. Además, no tenía por qué. Yo le hubiera pagado de todas formas.

—Los árabes son así. Les gusta el sexo. Pero todo lo hacen por interés. Ya te he dicho que ellos, cuando...

—¡No, discursos realistas no, por favor! ¡Ahora, no! Déjame disfrutarlo al menos esta mañana. Tú mismo lo dijiste: estoy en Marruecos...

—Vale, vale. Sigue soñando —dijo Manolo metiéndose en el baño.

—Es que no puedo entenderlo —continuó Félix cuando le vio salir, tratando de retenerlo antes de que volviera a la cama—, porque el caso es que yo le gustaba. Eso era evidente. No paraba de decirme guapo y todo ese tipo esas cosas. ¡Guapo yo! ¡A mis cuarenta y dos años! ¿Te lo puedes creer?

—¡Vaya! No seas tan modesto. No estás tan mal. Recuerda que yo mismo estuve loco por ti.

—Sí, pero eso fue hace más de veinte años. ¡Dios mío, ni siquiera había nacido él! Pero ahora estoy horrible con este pelo en el pecho y las canas.

—Puede que a él le gusten el pelo en el pecho y las canas. Puede que le gusten los hombres maduros. Además, eres blanco y europeo... A ellos les da tanto morbo eso como a ti los negros.

—Pero no era lo que se dice un gay. Parecía más bien heterosexual. Por eso no acabo de creerme que le gustara.

—Los términos “gay” o “heterosexual” no tienen sentido en Marruecos. Aquí sólo existe el deseo, existe el sexo y punto.

—Y me trató con tanta delicadeza... Ni siquiera le molestó que no me empalmara. Me dijo que le gustaba de todas formas. Y cuando

quiso penetrarme y me negué, lo aceptó sin más. No insistió. No quiso forzarme, y eso que hubiera podido hacerlo perfectamente. ¡Es que no puedo creerlo, no puedo creer lo que pasó! ¡Con razón no quería hablar de dinero! ¡No todos los marroquíes tienen un precio! ¡Seguro que algunos también valoran los sentimientos!

—¡Uy, uy, uy! Veo que te ha dado muy fuerte. Así que te has enamorado. Pero al final le diste dinero y lo tomó, ¿no?

—Sí —reconoció Félix con rabia—, pero él no me lo pidió. Se lo metí en el bolsillo casi a la fuerza —mintió—. ¿Y cómo no iba a tomarlo si es pobre? Pero me dijo que no era por el amor. ¿No es hermoso? ¡Qué chico, Dios, qué chico! Y hablaba tan bien el francés... Eso quiere decir, sin duda, que tiene cierta cultura, cierta clase. No es cualquier chico de la calle.

Desayunaron en un café popular de la avenida de Hassan II, donde Manolo era conocido desde hacía tiempo. El camarero se acordaba aún de su pastel favorito y también de la cantidad exacta de leche que quería con el café. Félix, por su parte, pidió otro pastelito y un té verde con menta, que era para él el auténtico sabor de Marruecos. Más tarde fueron a cambiar dinero y a hacer algunas compras por el centro de Guéliz. Aquel barrio le recordaba a Félix cualquier ciudad española o europea. En la plaza Abdel Mumen Ben Ali había varios cafés con las terrazas llenas de gente. Félix y Manolo se sentaron en uno de ellos, después de hacer sus compras, y se dedicaron a contemplar el ambiente. De pronto vieron a un tipo maduro que llevaba puesta una camisa a rayas, con colores muy llamativos, y Manolo dijo:

—Oye, ¿no son esos los colores del arco iris?

—¿Los colores gays? Sí, eso parece.

—Pues alguna mariquita cabrona le ha debido regalar al pobre hombre esa camisa, en agradecimiento por sus favores, y ahí le tienes, muy orgulloso, luciendo en su propio cuerpo, sin él mismo saberlo, la bandera gay.

—¡Y se creerá muy moderno por llevar tantos colorines encima! Pero ¿no sabrá el significado de esos colores?

—¡No, en absoluto! ¡Qué va! Ten en cuenta que se han puesto de moda muy recientemente. Ni siquiera todos los gays lo saben.

—Pues realmente, si es como dices, se trata de una broma muy cruel —dijo Félix con conmiseración, contemplando a aquel tipo.

Sin embargo, ninguno de los dos pudo contenerse y al momento estallaron en carcajadas.

Manolo dijo que tenía que ir al centro a hacer algunas gestiones y a comprar las últimas cosas que aún hacían falta en la casa, ya que había venido a Marrakech para quedarse, al menos por una larga temporada, y quería tener todas las comodidades. Félix podía acompañarle y echarle, de paso, un vistazo a la ciudad, pero tenía dos heridas en los pies a causa de las rozaduras que le habían producido unas sandalias que se compró en Tánger, y prefirió quedarse en la terraza del café Les Jardins de Harti, cerca del apartamento, esperando a que sanaran sus heridas, mientras leía *El pan desnudo*, de Mohamed Chukri, un libro que le había regalado el mismo Manolo cuando se reunieron en Madrid, unos días antes de iniciar su viaje.

Les Jardins de Harti era un café agradable y tranquilo. Estaba situado enfrente de un parque, las mesas se hallaban en varios niveles, protegidas por sombrillas y palmeras, y era el sitio perfecto para leer. Félix pasó allí prácticamente toda la mañana tomando té, leyendo el libro de Chukri y pensando en su experiencia de la noche anterior con Rachid. Cuando regresó Manolo, ya había leído la mayor parte del libro. Lo había devorado con avidez porque, de algún modo, le aproximaba al mundo de aquel muchacho y le abría las puertas de su país, un país tan lejano y extraño para él hasta entonces, pero que ahora comenzaba a descubrir y a entender.

Manolo estaba malhumorado. Decía que en un café del centro el camarero le había dado mal el cambio, que había reclamado lo suyo y había tenido que discutir hasta recuperarlo. ¡Engañarle a él! ¡Pues no era difícil eso! Por otro lado, había preguntado en una tienda, por curiosidad, el precio de una sartén y, cuando volvió para comprarla un rato más tarde, le querían cobrar un precio distinto. O sea: cuatro o cinco dirhams más. ¿Cómo era posible que los precios cambiaran tan deprisa? O mejor dicho: ¿cómo era posible que cada vez que preguntabas el importe de una cosa en un establecimiento te dieran un precio distinto?

—Marruecos es así —le dijo Félix, magnánimo—. O lo tomas, o lo dejas. No puedes aprovecharte de sus ventajas y eludir luego sus inconvenientes.

Él mismo era testigo, a veces, de los pequeños engaños y manejos y siempre los dejaba pasar con buen humor, sin apenas darles importancia. Los consideraba una especie de impuesto añadido por los favores recibidos. Aquella misma mañana había ido a una farmacia próxima a comprar una caja de tiritas. En apariencia, era una farmacia normal, como cualquiera en España. Incluso había un ordenador. Con la diferencia de que aquí atendían en el mostrador varias mujeres vestidas con *haik*. Félix pidió una caja de tiritas y sacó dinero para

pagar. Todo hasta aquí era fácil y sencillo. Pero, por lo visto, la empleada no era capaz de averiguar el importe de las tiritas. Preguntó a una compañera y ésta tampoco supo qué responder. Acudieron a una tercera. Durante un rato, la caja de tiritas fue pasando de mano en mano... Hasta que, al final, tres o cuatro mujeres se reunieron en conciliábulo. Félix se hizo entonces una recomposición de lugar y comprendió lo que pasaba: no es que no supieran cuánto costaba la maldita caja de tiritas; el problema es que aquellas mujeres no se ponían de acuerdo sobre cuánto debían cobrarle de más, *sobre cuánto debían robarle, en definitiva*. Él era europeo (*rico*, por tanto) y nadie deja escapar una presa así en Marruecos sin sacarle unos cuantos dirhams. Diecisiete dirhams fue el veredicto del conciliábulo. Prácticamente lo mismo que en España. Seguro que a un marroquí no le habrían cobrado ni cinco dirhams, pensó Félix indignado. Casi estuvo a punto de quejarse. El engaño era demasiado burdo. Pero si no era capaz de regatear en otros sitios, menos aún iba a serlo en una farmacia. No le parecía decoroso ni elegante.

—*¿"Decoroso", "elegante"?* —le remedó con un gesto de burla Manolo—. ¿Es acaso decoroso y elegante robar?

Regresaron al apartamento. Allí, Félix se dejó caer con indolencia sobre el sofá y contemplaba las aspas del ventilador con ojos soñadores, mientras Manolo preparaba la comida. Éste no quiso aceptar su ayuda. Incluso se empeñó en montar solo la mesa. Félix agradecía que su amigo no le presionara, ya que no se sentía con ganas de hacer nada. El calor de Marruecos le sumía en una profunda desidia.

Después de comer, se tumbaron a echar la siesta.

Y entonces, tímidamente, se oyeron unos golpes en la puerta. Félix se dirigió a abrir. Eran dos chicos de unos catorce años. Tenían carita de pena y pedían un vaso de agua.

—¿Quién es? —preguntó Manolo, despertándose.

—Unos chicos. Dicen que quieren un vaso de agua.

—¡Ah, no! —exclamó de pronto, levantándose—. ¡Qué se vayan, que se vayan!

—Pero...

—Esos chicos lo que quieren es otra cosa. ¿Es que no te enteras? ¡Qué se vayan, que se vayan! ¡Yo no quiero menores en mi casa!

—Pero si...

—¡Fuera, fuera! —gritó, furioso, Manolo a los chicos y les cerró la puerta en las narices—. Y no abras a nadie más, sin antes asegurarte. Esos chicos van de puerta en puerta llamando a los apartamentos. Los conozco muy bien. Se lo montaban con un americano del piso de

arriba y con un catalán de la puerta de al lado, pero ahora se han debido marchar y están buscando otros clientes. ¡Y yo no permito que entren menores en mi casa! ¡Los niños sólo traen problemas!

—Bueno —dijo Félix un tanto molesto—, yo no sabía que...

—Volverán a llamar. No esos, sino otros. No paran de llamar en todo el día —dijo volviendo a la cama—, pero no abras. ¿Entendido? ¡No le abras a nadie!

Sin embargo, no volvieron a llamar aquella tarde. Manolo se quedó dormido enseguida, pero él fue incapaz de dormir. No dejaba de pensar en Rachid. De pronto se dio cuenta de que se había olvidado de su rostro. Hizo un esfuerzo mental y casi consiguió recordarlo. Entonces sintió el impacto de aquella mirada tan extraña. ¿Qué significaba aquella mirada? Se preguntó por qué le había dado tanto miedo. Luego empezó a recordar sus besos, aquellos besos tan dulces y cálidos, y sus caricias y sus abrazos, y se dijo que nadie en su vida le había besado nunca como aquel chico, *¡nadie!*

Dos horas antes de la cita, Félix ya había comenzado a prepararse. Después de la ducha, se puso un pantalón Levi´s de color gris, bastante juvenil, y un polo blanco que, estaba seguro, le favorecía bastante al hacer contraste con su piel ligeramente sonrosada. Entonces se miró un momento en el espejo. Tenía una calva incipiente, la frente un poco despejada, pero no le sentaba tan mal. Le hacía parecer más interesante. Recordó que una amiga le dijo una vez, cuando miraban unas fotos antiguas, que estaba mejor así que cuando tenía más pelo. ¿Realmente era guapo? Según su propio criterio, no lo era en absoluto. Pero quién sabía. La belleza era relativa, dependía del gusto de cada cual. Aún así, tampoco era un tipo desagradable. No tenía barriga ni michelines, no tenía defectos físicos de ningún tipo. Era alto y bien plantado, como diría su madre. Tenía los ojos grandes y la boca y la nariz bien proporcionadas. Siempre había sabido que gustaba a las mujeres. Era el típico hombre maduro que gustaba a las mujeres. Podía enamorarlas con una tremenda facilidad, a veces sin él mismo darse cuenta, sólo con ser un poco afectuoso y amable (lo que formaba parte de su personalidad). Pero hasta hoy no había sabido que pudiera gustar también a los chicos. “¡Joder —se dijo—, me estoy volviendo un narcisista insoportable! ¡Debo tener cuidado; mejor ser modesto que engreído!” Sin embargo, estaba claro que aquel chico le había devuelto la autoestima y le había dado una inyección de orgullo y de moral.

Salió a la calle y se situó en la esquina de Mohamed V para aguardar a que viniera un *petit taxi*. Pasó un coche y vio cómo dos mujeres marroquíes, desde el asiento trasero, con las cabezas envueltas por pañuelos, volvían la cabeza para mirarle. Se preguntó por qué lo habían hecho, qué había en él que pudiera despertar la curiosidad de aquellas mujeres. Hasta que de pronto lo comprendió (no quería creerlo, pero lo comprendió): también ellas lo habían visto atractivo físicamente, ¡tanto como para volver la cabeza y seguir mirándole durante un rato! Sin poder evitarlo, sintió el prurito de la vanidad.

Por fin vio venir un *petit taxi* y lo paró. Félix le mostró al conductor la dirección anotada por Rachid en el cartón y aquél asintió con la cabeza. En ocho o diez minutos estaba enfrente del hotel. Félix pagó los quince dirhams que le pidió el conductor, salió del coche y se acercó a la entrada con cautela. El lugar le produjo buenas vibraciones. Atravesó el *hall* de la recepción y avanzó hasta el fondo buscando la cafetería. La encontró enseguida, a su izquierda. Era un lugar refinado y elegante, aunque no tanto como para hacer que se sintiera incómodo. Había algunos rostros europeos aquí y allá (británicos y franceses). En la barra, dos camareros hablaban con un cliente. Uno de ellos se acercó a él enseguida y le preguntó con deferencia qué deseaba tomar. Félix pidió una cerveza. El camarero le nombró varias marcas y eligió una marroquí. Estaba en Marruecos y quería probar todas las cosas del país. Resultó que era una buena cerveza. Félix permaneció un rato en la barra dándole pequeños sorbos y luego se sentó en un rincón desde donde podía tener una visión completa de la entrada. Entonces se dispuso a esperar. Tenía tres cuartos de hora para esperar. Tres cuartos de hora para soñar, para fantasear, para sufrir y disfrutar reconstruyendo el momento del reencuentro.

De pronto se le ocurrió: ¿Y si Rachid era un chico de la clase alta marroquí, un joven excéntrico que se había hecho pasar por pobre para tener una aventura nocturna con cualquier desconocido? Tal vez ahora se presentaría con unas vestimentas espléndidas, como un príncipe de *Las mil y una noches*, y le diría: “¡Toma, tus cien dirhams! ¿Qué creías, que era un chico cualquiera de la calle? ¡Yo no necesito tu dinero!” Había muchos elementos que podían avalar esa teoría y Félix se dedicó a enumerarlos, uno por uno, y a fundamentarlos. En primer lugar, hablaba perfectamente francés, cosa no muy habitual entre los marroquíes. La gente lo hablaba, sí, pero no tan bien como él. Por otro lado, estaba la delicadeza de su comportamiento, un cierto refinamiento aristocrático. En ese caso, su actitud amenazante del

principio podía ser sólo parte del juego o deberse al hecho de que se hubiera sentido humillado al ser tratado como un vulgar prostituto.

Félix movió un poco la butaca en la que estaba sentado para que al entrar Rachid pudiera verle su lado derecho. En las fotos siempre salía más favorecido desde su lado derecho que desde su lado izquierdo. Luego adoptó una postura relajada y suelta, de hombre de mundo. Se sentía joven, atrayente, fresco y limpio, en armonía con su alma y con su cuerpo. Tenía la sensación de que todo el mundo en aquel salón le observaba y sentía curiosidad por él. Qué sorpresa se iban a llevar cuando vieran que a quien esperaba era a un joven y hermoso príncipe árabe, en vez de a una elegante dama europea. Vio venir al camarero y le pidió, esta vez en inglés, otra cerveza. Desde luego, aquel chico no podía haber elegido mejor lugar para su reencuentro. Ésta era una prueba más de su posible origen aristocrático. Un muchacho vulgar de la calle le habría citado junto a la Kutubía o en la plaza Djemaa el Fna. Un príncipe árabe sólo podía citarle en el café de un hotel de cuatro o cinco estrellas.

Entraron en el salón un francés y un joven marroquí y se sentaron muy cerca de él tapándole la vista. Félix giró en varios sentidos su butaca pero nunca consiguió tener ya una visión completa de la entrada, lo que frustraba un poco sus expectativas. Y no había otro lugar mejor que aquél a donde cambiarse, pues casi todas las mesas estaban ocupadas. El francés era un empresario y el joven marroquí su abogado. Lo supo enseguida al oírles hablar y al ver el trajín de carpetas y papeles que se iban pasando y que comentaban minuciosamente. El hombre francés miraba de vez en cuando a Félix. Hablaba con su abogado pero le miraba a él, a veces durante un tiempo excesivo. Félix le aguantaba la mirada hasta que el otro la retiraba ruborizado. Le divertía el juego. Hoy se sentía un seductor y quería jugar a serlo.

Las ocho y cinco. Aún tenía casi media hora para soñar, para recrearse en tantas y tantas cosas, para pensar en lo que ocurrió la noche pasada o en lo que ocurriría a partir de ahora. ¿Acudiría Rachid a la cita? ¿Le dejaría tirado? No, sencillamente no podía plantearse esa posibilidad. Le habían dicho que los marroquíes eran informales y que a veces faltaban a sus citas, pero aquel chico no era de esos, estaba seguro. Aquel chico era alguien muy especial. ¡Y acudiría, claro que acudiría! ¡Tal vez con cinco o diez minutos de retraso (ojalá, pues eso le haría parecer mucho más interesante), pero acudiría! Si era un príncipe, su educación le impediría dejarle plantado por una cuestión de pura cortesía. Si era un muchacho pobre, acudiría aunque sólo fuera por la posibilidad de sacar algo. ¡Acudiría, claro que acudiría!

En media hora, de todas formas, la incertidumbre se habría acabado y, fuera príncipe o plebeyo, por fin estarían los dos allí juntos, sentados a aquella mesa, bebiendo y charlando alegremente. Félix sintió removerse algo en su interior, experimentó una profunda emoción al recrearse la escena: los dos allí juntos, el uno enfrente del otro, en un lugar tan elegante, con los camareros desviviéndose por atenderlos, envidiosos quizá de ver a aquel chico moreno, un compatriota suyo, recibiendo la atención y el cariño indisimulado de aquel hombre europeo. Se imaginó cogiendo furtivamente por debajo de la mesa la mano del muchacho y diciéndole: “No he podido dejar de pensar en ti ni un segundo desde anoche, Rachid. Eres el chico de mis sueños. Y a partir de ahora serás la razón de mi vida. Te amo”.

Y, efectivamente, en aquel momento Félix comprendió que ya estaba enamorado. Y, cuando eso ocurre, el destino se tuerce, la vida se convierte en una máquina descontrolada y sin frenos y ya no hay marcha atrás.

# CAPÍTULO III

Las nueve menos veinte. Un chico con una camiseta azul claro pasó de largo por el pasillo hacia el salón del fondo, donde un tipo con barba interpretaba música *rai*, acompañándose de un sintetizador. No era un príncipe, pero era él, *era Rachid*. ¡Por fin había llegado!

Félix se incorporó nervioso y salió a buscarlo. Lo encontró al final del salón. Se miraron dubitativos, con una sonrisa, y se estrecharon las manos. Buscaron un sitio dónde sentarse. No había apenas dónde elegir. Casi todo estaba ocupado. La mesa que había dejado Félix hacia un momento, también. Entonces un camarero se les acercó solícito y les llevó hasta una mesa para dos que había en un rincón. Era el lugar perfecto, discreto y bien situado. A Félix le gustaba muy particularmente que aquella mesa fuese sólo para dos.

El camarero les preguntó qué iban a tomar. Rachid pidió un zumo de naranja y Félix dijo que lo mismo.

Rachid era un chico pobre. Eso saltaba a la vista. Llevaba una camiseta bastante humilde. Pero, aparte de eso, se le veía limpio y sus modales eran correctos.

—Mi amigo Manolo —dijo Félix— me ruega que te pida disculpas por su comportamiento de anoche. La verdad es que ninguno de los dos habíamos dormido nada en dos días y estábamos muy cansados.

—*Ça va* —dijo el muchacho—. No tiene importancia.

—Además de eso, él tiene verdadera obsesión con los menores, ya que de pequeño le violaron e intentó suicidarse.

—¡Ah!, ¿sí?

—Lo pasó muy mal. Le violó un amigo de su padre, a quien luego denunciaron. Se formó un gran escándalo y Manolo intentó cortarse la yugular. Tenía unos doce años. Aún se le ve la cicatriz. De todas formas, estuvo algo antipático contigo anoche y...

—*Ça va, ça va.*

—Yo también estuve bastante nervioso. Es que...

—Tenías miedo, ¿verdad?

—¡No, no! —Félix no estaba dispuesto a reconocer que había tenido miedo; no era algo que pudiera favorecerle, así que debía

negarlo, y no obstante aún sentía algo de miedo; la mirada de aquel chico le inquietaba—. Sólo estaba nervioso. No sabía qué hacer. Ten en cuenta que era la primera vez, en muchos años (doce o trece), que tenía una aventura así con un desconocido en la calle. Yo llevo una vida muy tranquila en Madrid, apenas salgo de casa y... Conocerte fue una experiencia fuera de lo corriente. No es algo que yo haga cada día, como otros. Además, acabábamos de llegar a Marrakech, tú eras un extranjero para mí... O, mejor dicho: yo era el extranjero, y... Pero fue maravilloso conocerte. Me alegro mucho de que nos conociéramos, Rachid.

—Yo también —dijo el muchacho con una sonrisa. Ya no era el mismo chico de la noche anterior. No tenía el mismo aspecto amenazador. Parecía otro, pero seguía siendo igualmente guapo.

—Y qué extraña casualidad que pasaras por allí y nos viéramos. Un minuto después habríamos entrado en el apartamento y...

—Fue el azar.

—Sí, el azar. Yo vine a Marrakech a buscarte y tú saliste a la calle a encontrarme. Tuvimos la suerte de coincidir a la misma hora y en el mismo lugar.

El camarero llegó con los zumos. Félix pagó la cuenta y dejó una generosa propina.

—Cuéntame cosas de tu vida —dijo Rachid, mientras golpeaba con los dedos el tablero de la mesa, siguiendo el ritmo de la melodía que interpretaba el tipo del sintetizador.

—¿Qué te puedo contar? Soy un hombre maduro y aburrido. Trabajo en una empresa de importación y exportación, en la oficina. Y vivo con un chico desde hace algunos años, aunque no... no hay mucho ya entre nosotros.

—Y a Manolo, ¿de qué lo conoces?

Al chico marroquí le gustaba hacer preguntas. Félix pensó que tal vez no debería decir todas las verdades. No obstante, no tuvo inconveniente en ser sincero por esta vez:

—Fuimos amantes hace muchos años. Él se enamoró de mí. Hicimos el amor tres o cuatro veces y luego lo dejamos, ya que yo no me sentía atraído por él. Después comenzamos a ser buenos amigos y nos vemos, de tarde en tarde, para charlar, comer o hacer algún viaje. Cuéntame ahora algo de ti. ¿Tienes muchos hermanos?

—Somos ocho.

—¡Ocho!

—Sí. Seis chicos y dos chicas. Yo soy el penúltimo.

—¡Vaya! ¡Tienes un montón de hermanos! ¡Eso es estupendo! —exclamó Félix—. En España es horrible. Ya no nacen niños. La

mayoría de las familias solo tienen uno o, como mucho, dos. España es el país con menos natalidad del mundo. Dentro de poco seremos una sociedad de viejos. Por eso es bueno que vayan extranjeros allí. Yo soy partidario de que vayan todos los que quieran. ¿Y tú, has querido salir alguna vez de Marruecos?

—Sí, claro —dijo Rachid agachando la cabeza—. Estuve una vez en Ceuta intentando cruzar el estrecho. Pero no lo conseguí y tuve que regresar.

—¡Hubieras podido morir en una de esas pateras! ¡Todos los días muere gente! ¡Es muy peligroso! ¡Por favor, no lo intentes más! No me gustaría que te pasara nada. Si quieres ir a España, yo te ayudaré a conseguirlo.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto. Haré todo lo posible para que vayas a España. Aunque quizá a donde tú quieres ir es a Francia.

—No, en absoluto. Hablo francés, pero no me gustan los franceses ni tengo ningún interés en ir a Francia. A donde me gustaría ir es a América.

—Sí, claro. Todo el mundo sueña con ir a América. Yo tengo amigos allí. Algún día podríamos ir a visitarlos.

A Rachid se le encendieron los ojos. Félix recordó sus besos de la noche pasada y se le enterneció el corazón.

—Me gustaría tener una foto tuya, Rachid. Quiero mirarte cuando no estés conmigo. Esta mañana de pronto casi no me acordaba de tu rostro.

—Mira —dijo—, la foto de mi pasaporte —y añadió con ironía—: Seguro que anoche no te fijaste bien.

—No —reconoció Félix—, no me fijé bien. Ni siquiera vi tu foto. Estaba demasiado nervioso. Todavía no puedo creerlo, no puedo creer que tú y yo...

—Yo soy bisexual —dijo Rachid llevándose el vaso de zumo a los labios—. Me gustan las mujeres, pero también los hombres. Tengo novia, ¿sabes?, y la verdad es que estamos locos el uno por el otro. Tenía que decírtelo. Me gusta ser sincero. Espero que lo entiendas.

—Sí, claro. Te entiendo. Casi me lo imaginaba. En realidad, me gustas más así que si fueras completamente homosexual.

—Es como si uno come carne todos los días, pues al final te cansas, ¿no? Lo bueno es comer unos días carne y otros pescado.

—Es un buen ejemplo.

—Gracias.

Callaron un momento y echaron un vistazo al ambiente del salón.

—Toma —dijo Félix sacando una tarjeta—, ahí tienes mi teléfono y

mi dirección de España. También mi dirección de Internet —se sacó un bolígrafo y comenzó a anotar un número en el dorso—. Éste es el teléfono móvil de Manolo, al que me puedes llamar mientras esté en Marruecos.

—¡Ah, muy bien! —dijo Rachid—. Yo también te daré mi dirección de Internet. No tengo ordenador, pero suelo ir a un cibercafé.

Félix le dio el bolígrafo y el muchacho anotó en una hojita que le trajo el camarero su nombre y todo lo demás.

—Este número de teléfono —dijo— es de una cabina.

—¿Una cabina?

—Sí. Sólo me puedes llamar si lo acordamos previamente.

—¡Ah, entiendo! —exclamó Félix con una sonrisa. La idea le parecía tan simpática—. ¿Y qué haces? —le preguntó cuando Rachid le entregó el bolígrafo—. ¿Estudias, trabajas...?

—Estudio económicas. Aunque el año que viene voy a dejarlo para hacer otra cosa. ¿De qué me sirve estudiar economía en Marruecos?

—¿Quién sabe?

Rachid comenzó a golpear la mesa con los dedos, siguiendo graciosamente el ritmo de la música, y Félix le observó fascinado durante un buen rato. Casi parecía un negro. Pensó que debía de tener algún antepasado de esa raza (lo que hacía que aquel muchacho le pareciera mucho más adorable), pero no se atrevió a preguntárselo.

—Te gusta la música, ¿verdad? —dijo.

—Sí, sí. ¿Y a ti?

—Anoche, antes de conocerte, escuché una de esas canciones en la plaza Djemaa el Fna y me llegó al corazón. Fue muy emotivo.

—¡Ah —dijo el muchacho con una mirada pícara—, tienes que tener cuidado en esa plaza! ¡A veces puede ser muy peligrosa!

Félix hizo una descripción de los músicos y de la zona donde los había oído tocar, por si él los conocía.

—Sí, los conozco —dijo Rachid—. Son bereberes. Cantan en su propia lengua y ni yo mismo los entiendo.

—Es curioso. O sea, que para ti son casi tan extranjeros como para mí.

—Más o menos.

Se despidieron en la puerta del hotel. Félix puso en la mano de Rachid un billete de cincuenta dirhams con la recomendación de que cogiera un taxi, pero el muchacho se marchó andando. Él, por su parte, tomó un *petit taxi* y ordenó al conductor que le llevara a la plaza Djemaa el Fna. Tenía previsto encontrarse con Manolo en el café de France.

En Marruecos, cuando uno coge un taxi, lo correcto es sentarse en

el asiento delantero, al lado del conductor. Y eso fue lo que hizo Félix en aquel momento. Dado que lo tenía enfrente, observó que el taxímetro se hallaba apagado. Se lo dijo al taxista, pero éste no hizo ningún comentario.

—Por favor, ¿podría poner el taxímetro? —volvió a insistir Félix.

—Quince dirhams, señor —respondió el taxista—. Hasta la Plaza son quince dirhams.

—Sí, bueno —dijo Félix—, ¿pero le importaría poner el taxímetro en marcha?

El taxista simuló manipularlo. Lo encendió y lo apagó un par de veces seguidas, como pretendiendo demostrar que aquel aparato no funcionaba.

—Por favor —dijo Félix, irritado ante semejante burla—, ¿le importaría ponerlo en marcha? Lo ha apagado intencionadamente.

Tenía el propósito de dar una buena propina, pero, aún así, quería que se hicieran las cosas correctamente, más que nada por una cuestión de principios. Además, ya empezaba a estar harto de que le engañaran. El taxi se había alejado del hotel y circulaba, a extramuros de la ciudad, por una carretera oscura y solitaria. De pronto hizo un giro brusco, tomó un pequeño desvío y se detuvo debajo de unos árboles.

—¿Le pasa algo, señor? ¿Tiene algún problema, señor? —le dijo el conductor, mirándole fijamente con ojos vidriosos.

Era un tipo pequeño, de aspecto demacrado, con la piel oscura y arrugada y un gran bigote. Félix se quedó paralizado por la sorpresa. No podía creer lo que estaba sucediendo.

—Ningún problema —dijo—. ¡De acuerdo, quince dirhams! Lléveme a la plaza Djemaa el Fna, por favor.

—Muy bien, señor —dijo el taxista, poniendo el vehículo en marcha.

—¿Y qué querías que hiciera? —trató de justificarse Félix cuando se lo contó a Manolo. Éste se había puesto terriblemente furioso.

—Tenías que haberlo denunciado. ¿Te fijaste en su número de licencia?

—No. Y, además, ¿de qué me hubiera servido?

—O haberte bajado sin pagar cuando llegasteis a la plaza.

—Hubiera sido peor. La cuestión es que ese hombre era una especie de delincuente o de pirata. Y yo me sentí de pronto su víctima. Uno tiende a creerse seguro con un taxista. Uno nunca piensa que un taxista te va a amenazar de esa forma. ¡Me hubiera podido dejar

tirado en el campo o vete a saber qué! Aquí la gente debe de estar desesperada para llegar a esos extremos. ¡Quince dirhams! Para él, eso debe ser mucho dinero, por lo visto. Él tenía una oportunidad de sacar quince dirhams y por nada del mundo estaba dispuesto a perderlos. Si trabajaba a sueldo, al poner el taxímetro, sólo hubiera ganado la propina, mientras que de la otra forma se llevaba los quince dirhams limpios. ¡Y aún se permitió hablar conmigo sobre Marrakech, del calor tan insoportable que hace y de todas esas tonterías, como si no hubiera pasado nada! Me explicó que en invierno también hace frío aquí y que incluso ha nevado alguna vez. Pero no podré olvidar su mirada. Tenía los ojos amarillos como... ¡como los de una serpiente! ¡Ni tampoco podré olvidar sus palabras!: "¿Le pasa algo, señor? ¿Tiene algún problema, señor?" ¡No, claro, ningún problema! ¡Joder! ¡Que se quede con los quince putos dirhams!

# CAPÍTULO IV

—Quiero ver dónde vive la gente aquí —le había dicho Félix a Manolo—, no la zona de los turistas, que ya la tengo muy vista. No me importa ver pobreza y suciedad. Quiero conocerlo todo, quiero visitar los mercados, los arrabales, los callejones oscuros y abandonados, no los palacios y los monumentos, no todos esos lugares bonitos que vienen en los folletos.

—Está bien. Entonces vayamos a la medina. Allí está todo. Allí vive el pueblo. Verás pobreza, pero también riqueza. Hay tiendas que albergan verdaderos tesoros...

Y, efectivamente, así era. La medina era el Marrakech más genuino: un inmenso bazar, un laberinto gigantesco de calles interminables, unas cubiertas con lonas o con cañas y otras descubiertas o semidescubiertas. Calles y más calles, abarrotadas de los objetos más variopintos, cruzadas por otras calles más estrechas y menos transitadas. En unas predominaban los artesanos del cuero, en otras los del metal o los de la madera, aquí abundaban los orfebres y allí los alfareros, más allá estaban las tiendas de especias y a continuación las de alfombras... Por todas partes se veían muchachos ociosos sentados en cualquier sitio, niños cargados con bandejas de *brewat*, *mlouza*, o *mekrot*, hombres con chilabas y algún que otro casquete o turbante, mujeres con chador o simplemente con pañuelo y la cara o las manos tatuadas con *Khol*, burros cargados de esparto o de pieles recién curtidas, viejos que llevaban una pila de tortas en la cabeza... Ésa era la otra vida de Marrakech, la vida cotidiana que no presenciaban los turistas. De pronto Félix vio a un chico con una camiseta idéntica a la que llevaba Rachid la tarde anterior y exclamó:

—¡Y pensar que ese chico puede ser su hermano y que él vive por aquí, en una de estas casas! Tal vez su madre lleva velo y su padre chilaba... Fíjate, Manolo, en ese chico. Ese chico se parece mucho a Rachid. Podría ser su hermano.

—¡Ah, sí...! Bueno, si tienes su dirección, podrías comprobar si está por aquí su calle.

—Pero no tengo su dirección. No sé dónde vive. Sólo me dio una

dirección de Internet y el número de una cabina telefónica. Es como si no me hubiera dado nada. ¡Dios mío, si no me llama, jamás volveré a verle!

—¿Y por qué no te dio su dirección, si tú le diste la tuya? ¡Algo oculta!

—No lo sé. Tal vez no quiere que sepa dónde vive. Si es muy pobre, no le gustará que...

Pero Manolo ya no le escuchaba. Llevaba un buen rato buscando una peluquería donde le cobraran unos veinte dirhams por arreglarse el pelo. Le gustaba discutir y regatear. Así era la vida en Marruecos. Y él se había adaptado a las mil maravillas. No soportaba pagar precios de turista (el doble normalmente), ya que él no era un turista, sino un residente, pero eso obviamente era imposible, pues los marroquíes siempre le considerarían un turista. Por fin encontró la peluquería que buscaba. Había rechazado una donde le cobraban veinticinco. En ésta le cobraban veinte, pero dejaría diez de propina. No permitir que le engañaran era una cuestión de amor propio, más que de dinero. Un muchacho delgado y simpático empezó a trastear con las tijeras y el peine en su cabeza. No parecía dominar muy bien el oficio. Manolo intentó explicarle cómo quería que le cortara el pelo, pero al final desistió y le dejó que hiciera lo que le diera la gana. De vez en cuando le gastaba alguna broma y el muchacho sonreía. Félix se quedó en la puerta contemplando el ambiente de la calle. Estaba en una esquina, al lado de una fuente y mucha gente iba con cántaros o garrafas a cargar agua. Burros, chilabas, velos cubriendo el rostros de algunas mujeres, cabezas cargando fardos de telas o de pieles, mendigos descalzos pidiendo limosna, algún viejo de rostro ajado con casquete o turbante... De pronto Félix tuvo la sensación de estar en otra época. Una época muy remota.

Tenía sed. En la peluquería le dijeron que podía comprar una botella de agua casi al final de la calle. Félix se arriesgó a ir solo hasta allí. Mil ojos inquisitivos le observaban desde todas partes. Se sentía inseguro y vulnerable. Era el único turista en la calle: un intruso, un elemento extraño en aquella arteria de la ciudad. Se sentía ridículo con su pantalón corto, su camiseta de Zara y su gorra de los *yankees*. No encontró ninguna tienda, ningún bar donde pudiera comprar el agua. Aunque por allí las tiendas vendían de todo y era posible que alguna de ellas tuviera agua mineral fría. Se arrimó a un grupo de gente que había en torno al mostrador de lo que parecía ser una tienda de ultramarinos y esperó su turno. Entonces, un adolescente que había sentado en la acera de enfrente, junto a otros chicos, y que tenía unos ojos muy tristes (aunque tal vez no era tristeza, pensó Félix,

sino aburrimiento existencial), se acercó a él y le dijo en francés:

—Quieres una botella de agua, ¿verdad?

—Sí —contestó Félix.

El chico habló en árabe con el tendero y éste le entregó al momento la botella, sin necesidad de esperar en la cola, lo que de algún modo incomodó a Félix, quien hubiera preferido aguardar civilizadamente su turno. Tres dirhams. Félix pagó con una moneda de cinco y le dio los dos dirhams restantes al muchacho. Éste le miró con sus ojos tristes en señal de agradecimiento. ¿O acaso estaba enfermo? Félix tuvo la tentación de darle alguna moneda más, pero se contuvo. Podían acudir a él, en avalancha, una multitud de chiquillos y no sabría cómo controlarlos. Manolo ya le había advertido de los peligros de la excesiva generosidad. Se dirigió de nuevo a la peluquería. ¿Cómo era posible —se preguntaba admirado— que aquel muchacho hubiera adivinado exactamente lo que quería?

Manolo no estaba nada conforme con el corte de pelo, pero se lo tomó con buen humor. Le dio los diez dirhams de propina al muchacho y salió a la calle sacudiéndose los hombros y el cuello. Echaron a andar hacia cualquier parte, sin rumbo ni propósito. Daba igual hacia dónde fueran, pues todo era lo mismo. De pronto, al pasar por una tienda, alguien le agarraba de la mano y quería obligarle a entrar para mostrarle algo. Después de decir “No, gracias” cuatro o cinco veces, le soltaban. Félix no se enfadaba por estas cosas, pero Manolo sí. E incluso se enfadaba con él por ser tan educado y no rechazar a la gente con más energía. Entraron en un mercado donde tenían a las gallinas encerradas en jaulas y las sacrificaban en el momento de venderlas. Félix vio cómo le retorcían el cuello a una y quedó un tanto impresionado.

Llevaban más de una hora andando por la medina y, según Manolo, no habían hecho más que empezar.

De pronto se les acercaron dos chicos bastante jóvenes y se ofrecieron a servirles de guías. Manolo les dijo que se fueran, pero, naturalmente, no le hicieron ningún caso.

—No les mires ni les hables y ya se largarán —le dijo a Félix.

Pero los chicos hablaban, preguntaban, explicaban esto o aquello y era difícil mantenerse indiferente. Félix asentía con la mirada, observaba lo que los chicos le indicaban, sonreía. Manolo, no. De pronto se detuvo en una esquina y les dijo de un modo terminante que les dejaran en paz. Reanudaron la marcha y los chicos siguieron detrás de ellos. Se estaban convirtiendo en una pesadilla. Finalmente uno de los chicos desistió. Pero el otro era más obstinado y se empeñaba en asumir el papel de cicerone, aunque ni Félix ni Manolo le prestaban ya

atención. Entonces, herido y furioso, comenzó a insultar a Manolo.

—¡Racista! —le decía en español—. ¡Tú, racista! ¡Caradepolla! ¡Maricón! ¡Sí, tú, racista! ¡Y maricón! ¡Caradepolla!

Le dio por repetir las mismas palabras y las pronunciaba cada vez con más fuerza, aunque la gente, entre la algarabía, no se daba cuenta de nada. Manolo optó por ignorar al chico y lo hacía con una tremenda sangre fría. Eso le irritaba aún más y seguía gritando: "¡Caradepolla, racista, maricón!" Atravesaron varias calles pero los insultos y el acoso no cesaban. Luego salieron a una zona despejada y allí el chico se sintió todavía más a sus anchas. Daba vueltas alrededor de Manolo y seguía gritando los mismos insultos.

—Esto no hay quien lo aguante —dijo Félix—. Si sigue así, le voy a dar una bofetada y no me gustaría. Cojamos un taxi y larguémonos de aquí.

—¡No! —Manolo también era obstinado—. Espera que encuentre a un policía —se dirigió a una bocacalle y el chico fue detrás de él—. Espera que encuentre a la policía turística y verás cómo le detienen por molestarme.

—¿De qué serviría? El chico dirá que somos nosotros los que le hemos molestado a él.

—Nada de eso. Espera que venga la policía turística. ¡Se va a enterar este crío!

—¡Vámonos, por favor!

—¡Racista, maricón! —seguía gritando el chico.

Félix insistía en que debían coger un taxi, pero Manolo se negaba.

—Está bien —dijo al final, resignado—. Cojamos un taxi.

—Mira, ahí hay uno.

El chico siguió con los insultos incluso cuando se hallaban dentro del taxi. Manolo comenzó entonces a despotricar contra Marruecos. El conductor le oía y le observaba a través del espejo retrovisor. Entendía lo que decía y movía la cabeza con gestos de impotencia. Félix, desde el asiento delantero, le pidió a Manolo que se callara, pero por supuesto éste continuó hablando todo lo que le dio la gana.

Se bajaron en la plaza Djemaa el Fna y se sentaron en la terraza de un café para tomar refrescos. Se sentían dolidos, asqueados y humillados.

—Así es este país —decía Manolo—. Tiene cosas buenas, pero también hay otras que no hay quién las aguante. Te molestan, te acosan, te roban en todas partes. ¿Has visto algún bar donde te den bien el cambio? ¡Siempre, siempre, intentan engañarte! Y siempre tienes que estar discutiendo, regateando. Luego están esos horribles niños que a ti tanto te gustan...

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Que a mí me gustan los niños? ¿Quieres meterte ahora conmigo?

—¡Vaya un país insoportable!

—¡Tú sí que eres insoportable!

Habían proyectado almorzar fuera, pero de pronto se les quitó el apetito y decidieron comer un sándwich o cualquier cosa ligera en el apartamento, a donde regresaron dando un paseo por la avenida de Mohamed V. Vieron los habituales chicos en torno al parque insinuándose con la mirada o tocándose los genitales, pero los ignoraron por completo.

Después de comer y fregar los platos, se tumbaron a descansar. Manolo se durmió enseguida, como de costumbre, pero Félix se dedicó a contemplar, abstraído y con ojos soñadores, las aspas del ventilador, mientras pensaba en Rachid. ¿Habría sido él un niño tan obstinado y terrible como aquél? ¿Tendría experiencias habituales con otros hombres? Manolo le había dicho que el hecho de que no llevara carta de identidad, sino pasaporte, significaba que aquélla le había sido retenida por la policía al haber cometido algún delito. Ésa era la norma en Marruecos. Pero ¿qué clase de delito habría cometido? "¡Dios mío —se dijo— qué poco sé de él!" No conseguía imaginar su infancia, su vida doméstica, su casa, su habitación, su cama. ¿Tendrían en las casas mesas y sillas o se sentarían sobre cojines en el suelo? Tampoco conseguía imaginar a su madre o a su padre, ni a sus hermanas, aunque sí a sus hermanos: le bastaba con recordar a los numerosos chicos que veía por la calle. ¿Y qué habría de verdad en todo lo que le había dicho? ¿Realmente era bisexual y había disfrutado haciendo el amor con él o todo era parte de una estratagema para seducirle y volverle loco de amor? Pasó más de dos horas pensando en Rachid, fantaseando, divagando y recordando su experiencia sexual con él. Hoy se había permitido un descanso. Rachid le había sugerido que se vieran aquella tarde en el apartamento, pero Félix le había dicho que era imposible y le pidió que le llamara al día siguiente para acordar la cita. Pensaba que así el muchacho le echaría de menos. No era bueno que le tuviera tan seguro. Pero el que comenzaba a echarle de menos y, además de una manera desesperada, era él. "¡Qué tontería —se dijo—, desperdiciar una oportunidad de verle y de hacer el amor! ¡Jamás recuperaré la felicidad perdida!"

Llamaron a la puerta. Félix echó un vistazo a través de la mirilla. Eran dos niños sucios y desaliñados. Uno de ellos parecía tímido e inocente, pero el otro tenía cara de pillo. Volvió a la cama con sigilo,

procurando que no se oyeran sus pisadas. Los niños golpearon la puerta suavemente con los nudillos un par de veces más y luego se marcharon.

Después de la siesta, Manolo se dedicó a montar un armario de lona que había traído de España. Lo colocó en un rincón del salón y a continuación sacó su ropa de las maletas y comenzó a colgarla. A veces se volvía loco buscando alguna cosa que había tenido un momento antes en la mano. No siempre la encontraba y culpaba de su desaparición a Rachid. Félix callaba y pensaba con tristeza que su amigo se estaba volviendo senil. Él, por su parte, acabó de leer *El pan desnudo*. Poco después Manolo dijo que era la hora de prepararse. Así que se ducharon por turnos, se vistieron, salieron a la calle y se dirigieron a la plaza Djemaa el Fna. Nadie que viva en Marrakech puede escapar de su embrujo e inevitablemente se ve arrastrado hacia allí cada noche.

A Manolo le gustaba tocar pollas en los corrillos. Eso era prácticamente lo que le tenía tan enganchado a Marrakech. Cada noche se perdía solo por la plaza, se arrimaba a algún grupo de músicos y, tarde o temprano, alguien le rozaba o él rozaba a alguien y enseguida se producía el contacto. Las apreturas de la gente en torno a los músicos, la oscuridad y la confusión favorecían la más completa impunidad. Aquella noche Manolo estaba eufórico pues había tenido éxito: había hecho dos pajas en menos de una hora a tíos a los que, por supuesto, ni siquiera les había visto la cara, y siempre sin pagar (la norma en estos casos eran diez dirhams), algo a lo que él se negaba. Félix sentía verdadero rechazo por este tipo de actos, aunque no se atrevía a manifestarlo para que su amigo no le considerara un estrecho o un mojigato. Él era un sentimental y odiaba la promiscuidad. Tampoco entendía la fijación de algunos gays por las pollas. Para él era casi lo menos importante. Ahora que recordaba, ni siquiera se la había tocado a Rachid. Sea como fuere, Manolo estaba contento y ya había superado su rabia y su fobia de esa mañana por Marruecos.

Se dirigieron a un café que hacía esquina con la plaza, cuya terraza estaba siempre muy animada. Enfrente había una fuente rectangular (a esa hora apagada) y los chicos se solían sentar en el borde para tantear con la mirada a sus posibles clientes. No había ninguna mesa disponible, así que ocuparon dos sillas libres que encontraron entre mesa y mesa. El tipo que ocupaba una de las mesas resultó que hablaba español. Lo había aprendido, según dijo, en aquella misma

plaza improvisando amistades con españoles. Además, era hincha del Real Madrid. Se conocía de memoria el nombre de todos sus jugadores y estaba al tanto de los últimos fichajes y traspasos. Su jugador favorito, por supuesto, era Raúl. Había una gran afición en Marruecos por el fútbol español (Félix ya había podido observarlo por la proliferación de camisetas de los diferentes equipos). La gente conocía muy bien la Liga. Había muchos hinchas del Real Madrid, pero predominaban los del Barça. Aquél era un tipo simpático y Félix le pagó el café. Cuando se marchó, Manolo y Félix tomaron posesión de su mesa.

—¡Manolo, Manolo! —gritó Félix de pronto al oído de su amigo—. Acabo de ver al chico que conocí en la plaza el primer día, aquel con el que me cité, ¿te acuerdas? ¡Me ha reconocido y vuelve...! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué le diré por haberle dejado plantado?

—Nada. No vendrá hasta aquí —efectivamente, el chico se apostó en la fuente y se le quedó mirando, pero no se atrevió a acercarse—. ¿Quién es?

—Ése de la camiseta amarilla. Va con otro tipo. ¡Fíjate qué pinta tienen los dos!

—¡Desde luego, Félix...! —le reconvino Manolo—. ¿Cómo pudiste enrollarte con un chico así? Es menor y además parece un verdadero delincuente.

—¿Qué voy a hacer ahora? Ese chico no se va a ir de ahí hasta que yo me levante y luego...

—¡Te metes en cada lío!

—¿Has traído el spray?

—Sí, pero eso no se puede usar así como así, salvo que te ataquen. ¿Estás loco?

—¡Pues ese chico me va a atacar! ¡Estoy seguro!

—¡Vamos, no exageres! Pero que te sirva de lección: nunca más vuelvas a enrollarte con menores. Haz como yo, móntatelo con hombres de treinta o de treinta y cinco. Con esos nunca hay problemas.

—¡Por favor! ¡No sé qué voy a hacer! ¡Y seguro que él siempre está en esta plaza! ¡Ya no podré volver más por aquí!

A Manolo se le cerraban los ojos de vez en cuando y su aspecto era patético. Félix le observaba y al verle así se sentía todavía más desprotegido. Procuraba hablarle para que mantuviera los ojos abiertos, pero cuando se descuidaba, ya se le habían cerrado de nuevo y se quedaba dormido.

—Tenemos que irnos. No soporto estar así —dijo al cabo de un rato—. Levántate y que sea lo que Dios quiera. Espero que tengamos

suerte y podamos coger enseguida un taxi. Lleva el spray dispuesto, por si acaso.

Se levantaron. Félix quería ir por un lado y Manolo por otro. Al final fueron por donde decía Manolo. El chico estaba hablando con su amigo y no pareció percatarse de nada, pero luego, cuando descubrió que se iban, echó a correr detrás de ellos. Ya lo tenían encima y no había ningún taxi disponible en la plaza. Manolo le frenó el paso diciéndole:

—¡Eh!, ¿qué quieres tú?

—Yo hablar con él —dijo el chico en español.

Félix ni siquiera se atrevía a mirarle. Por suerte, vio venir un taxi y le hizo el alto.

—¡Él no tiene nada que hablar contigo! ¡Vamos, largo!

—¡Sube, sube al taxi! —le apremió Félix. El chico consiguió eludir a Manolo y llegó hasta él. Le agarró por la camiseta, pero sólo quería sujetarle para impedir que se fuera, no atacarle. No obstante, Félix dio un tirón y consiguió zafarse. Rápidamente se metió dentro del taxi. El chico hizo un gesto de furia con la mano y dio una patada en el aire.

—¡Dios! —se quejó Manolo cuando se alejaban de la plaza—. ¡Me haces pasar cada susto...! ¿Por qué te meterás en estos líos?

—Lo siento —se disculpó Félix—. No volverá a ocurrir.

—¿Y qué necesidad tenía yo...?

—¡Lo siento, lo siento!

—¡Joder! ¿Y dónde estaba la policía turística? ¡Nunca está cuando la necesitas! ¡Vaya país!

# CAPÍTULO V

Félix pasó todo el día pensando en Rachid y esperando su llamada. Sin embargo, el día avanzaba y Rachid no daba señales de vida. Félix no paraba de preguntarle a Manolo si el teléfono móvil estaba bien, si no se le habría acabado la batería. Al final tuvieron que hacer una llamada desde una cabina para cerciorarse de que, efectivamente, funcionaba.

Después de comer (cosa que hizo con desgana), Félix se hundió en la más profunda desolación y ya se sentía incapaz de reaccionar. Se tumbó en el sofá y se dedicó a contemplar con los ojos en blanco las aspas del ventilador. Estaba seguro de que no volvería a ver jamás al muchacho marroquí, ya que éste habría perdido el número del teléfono y no se acordaría de la dirección del apartamento...

Así que, cuando Rachid llamó a las siete de la tarde, Félix no podía creerlo. Le citó allí mismo a las ocho. Entonces revivió. Se duchó, se afeitó, ordenó el apartamento, se puso un pantalón corto y se probó varias camisetas hasta sentirse joven y guapo. Luego se tumbó de nuevo sobre el sofá para ver girar el ventilador.

—¡No laves ahora, no tiendas ropa en la cuerda! —le gritó a Manolo—. Es de una espantosa vulgaridad ver ropa tendida en una terraza y quiero que cuando él venga todo sea perfecto. Esconde tus zapatos debajo de la cama, no dejes prendas tiradas por ahí...

—¿Estás de broma o hablas en serio?

—¡Naturalmente que hablo en serio! ¿No me conoces? Yo soy así. Sabes que odio la vulgaridad. Además, hoy todo tiene que ser agradable y perfecto porque va a venir a visitarme mi joven príncipe árabe.

Manolo le miró con la boca abierta.

—No sabía que estuvieras tan enamorado. Te ha dado muy fuerte, ¿verdad? ¿Qué tiene ese chico que no tengan los otros?

—No sé lo qué tendrán los otros ni me interesa. Sólo sé que él me ha besado como nunca en mi vida me había besado nadie. ¿Te parece poco? ¡Joder! ¡Además, tiene fuego en el cuerpo y también en el alma! ¡Y es tan hermoso! ¡Dios mío!, ¿qué va a ser de mí cuando me vaya?

—Bueno, me alegro de que tu viaje a Marruecos no haya sido en balde.

Rachid llegó a las ocho en punto. Manolo aún estaba en el apartamento, pero dijo que ya se iba. No obstante, siguió dando vueltas de un lado para otro durante un rato buscando algo. Félix y el muchacho se sentaron juntos a esperar. Rachid acariciaba, mientras tanto, una de sus piernas. Luego vio el libro de Chukri sobre la mesa y le echó un vistazo. Dijo que ya lo había leído. En francés, pues en árabe estaba prohibido.

—¿Lo ves? —le dijo Félix a Manolo—. Dice que ha leído el libro. Este chico también lee libros.

Manolo no hizo ningún comentario. Ni él ni el muchacho habían estado muy efusivos en su reencuentro. Félix le explicó a Rachid que había visto hacía poco a Chukri en la televisión y que hablaba muy bien español.

—Tú también tienes que aprender español —añadió.

—Si me lo propongo, puedo aprenderlo en un mes —dijo el muchacho con convicción y Félix le creyó. Sabía de la tremenda facilidad de los árabes para los idiomas.

Por fin Manolo se marchó y ambos comenzaron a besarse y a acariciarse. Félix le desabrochaba ya el pantalón cuando el chico se incorporó y dijo que quería ducharse. Venía sudado y no le gustaba hacer el amor así. Félix hubiera preferido que no se duchara, pues le gustaba su olor e incluso su sudor, pero no se atrevió a decírselo o no supo cómo hacerlo. No obstante, corrió detrás de él y en la puerta del baño le abrazó y le besó una vez más. Félix tenía ya una potente erección y Rachid lo notó.

—Ahá —dijo el muchacho complacido—. Ahora sí.

Cuando Rachid salió del baño, Félix estaba tumbado sobre el sofá contemplando las aspas del ventilador en una postura calculadamente sensual, con el ombligo al aire, los brazos debajo de la cabeza, un pie en el suelo y el otro sobre un cojín... Por primera vez en su vida se sentía orgulloso de su cuerpo y seguro de sus posibilidades eróticas. Sonrió al ver el rostro moreno del muchacho. Era muchísimo más guapo de lo que recordaba. Se sintió afortunado. No todo el mundo tenía la suerte de encontrar un chico como aquél en Marruecos.

—Me gusta tu sonrisa —dijo Rachid—, me gusta esa mueca que haces con los labios cuando sonríes.

Félix se incorporó parcialmente, le cogió de la mano y lo atrajo hacia sí.

—Y a mí me gustas tú —dijo.

Se besaron. Aquel beso hubiera podido formar parte de una antología sobre el amor. Félix decidió que era ya el mejor beso de su vida. La experiencia más dulce, cálida y gozosa de su vida. Y a partir de entonces ya sólo quería repetir aquel beso, sumergirse en los abismos voluptuosos de otro beso, perder el sentido y la conciencia con un nuevo beso. ¿Besaban así todos los chicos de aquel país o solamente el que él tenía entre sus brazos? Había besado a unos cuantos chicos españoles, pero nada que ver con aquello. Nada que ver en absoluto. Y cuando uno probaba algo así, ya no quería nada más.

—*Mon petit enfant, mon petit Rachid* —decía Félix mirando el rostro del muchacho, completamente incrédulo, incapaz de asimilar tanta felicidad—, *je t´aime.*

—*Moi aussi* —decía Rachid con una deliciosa sonrisa en la que mostraba unos dientes tan blancos que Félix no podía resistir la tentación de lamerlos y besuquearlos.

Al final de una agotadora orgía, que duraba ya casi una hora, Rachid sugirió que coordinaran sus esfuerzos para alcanzar el orgasmo juntos. Lo intentaron de diversas formas, pero Félix no era capaz de conseguirlo. Se sentía todavía demasiado presionado. Algo bloqueaba aún su libido. Y entonces se le ocurrió que la cosa podía resultar mucho más fácil si se besaban; algo tan simple como eso: besar a Rachid mientras se masturbaba. No podía imaginar nada más placentero. Y fue así como lo consiguió al cabo de un rato. Sus gritos desesperados fueron ahogados por un beso oscuro y profundo que le sumergió en un abismo ciego de placer, un abismo de pantanosas sensaciones, de las que no hubiera querido despertar jamás.

Después de relajarle con unos cuantos besos más suaves, el muchacho le pidió que se diera la vuelta y empezó a lamer y a besar su espalda y sus glúteos. Lo hacía con una minuciosidad y una delicadeza exquisitas. Luego se colocó encima de él e inició la búsqueda del propio placer. Lo encontró pronto entre jadeos, mordiscos y besos angustiosos en su nuca, su oreja o su boca, que sorprendía fugazmente de soslayo. Luego eyaculó y se quedó así, durante un largo rato, empapado y extenuado, sobre su espalda.

—*Mon petit enfant* —decía Félix apretando una de sus manos, lamiéndole los dedos—, *mon petit enfant, dorme, dorme sur moi.*

Más tarde, se fueron juntos a la ducha y allí continuaron besándose y jugando con el agua. Rachid le lavó a Félix los glúteos y seguía

acariciando y contemplando su espalda. Al parecer, el muchacho tenía fijación por las espaldas de los hombres, o al menos por su espalda. Se secaron y volvieron al salón. Félix sacó de la cocina un vaso, una botella de whisky y una Coca-Cola. Sirvió poco whisky, ya que a Rachid no le gustaba mucho el alcohol. Ambos bebían del mismo vaso, procurando rozar con sus labios el mismo lugar por el que hubiera bebido el otro. Se tumbaron abrazados y se quedaron así mirándose a los ojos.

—Rachid —dijo Félix acariciando el pelo del muchacho—, cuéntame cómo fue tu experiencia en Ceuta. ¿Cómo se te ocurrió ir hasta allí? ¿Qué pasó? ¿Por qué no pudiste cruzar el estrecho?

El muchacho suspiró. Al parecer, no eran recuerdos gratos.

—Fui hasta allí en autobús con un par de amigos —dijo—. Estábamos aburridos de no hacer nada aquí... No teníamos trabajo ni dinero y ya estábamos hartos, ¿comprendes?

—Sí. Lo comprendo.

—Tampoco queríamos montar en una patera. Las pateras no salen de Ceuta, sino de otros lugares de la costa. Y, además, hay que pagar mucho dinero y, como te he dicho, no teníamos un duro. Bueno, lo justo para sobrevivir tres o cuatro días... Nosotros sólo queríamos entrar en Ceuta, en terreno español, ya que desde allí es mucho más fácil llegar a la península. Pero han puesto unas nuevas alambradas, dos alambradas electrificadas, con sistemas de alarma muy modernos, y ya es casi imposible cruzarlas. Nosotros llegamos cuando las estaban instalando y aún era posible saltar. Lo hicimos, la verdad es que lo hicimos —Rachid sonreía recordando la escena—, pero nos cogieron enseguida y nos devolvieron de nuevo para Marruecos. Lo volvimos a intentar otro día, pero no hubo suerte. Además, había mucha gente, gente por todas partes que llegaba allí de toda África, todos queriendo pasar... Aquello era... No te imaginas. Era...

—Lo siento —dijo Félix dándole un beso en la frente y apretando su mano—. Lo siento mucho, pero si hubieras pasado, yo no te habría conocido y no estaríamos ahora los dos aquí. Perdona.

—Quizás nos habríamos conocido en Madrid. ¿Quién sabe?

—Sí. Puede ser. Pero el azar sólo te da una oportunidad. Y nosotros ya hemos tenido la nuestra. No creo que hubiéramos tenido otra oportunidad en nuestra vida.

—Y a ti, ¿cómo se te ha ocurrido venir a Marruecos?

—Manolo me invitó y, bueno, hacía tiempo que él venía aquí y siempre me hablaba de este país... Pero yo vivía con mi amigo y era feliz y cuando quiero a alguien no me interesa nada más... Sólo que ahora estamos enfadados o, mejor dicho, distanciados. Ya no hay sexo

entre nosotros. Sólo somos dos buenos amigos. Él tampoco tiene otros amigos o amigas. En realidad es heterosexual, pero no se molesta en buscar una chica. Se ha vuelto un poco perezoso y... Bueno, imagino que a veces se irá de putas. No lo sé. Pero el caso es que ya no quiere rollo conmigo y yo... yo necesito amar a alguien, ¿comprendes? Él es, ante todo, un buen amigo. Y yo soy prácticamente su única familia. Le quiero. Pero eso no lo es todo, ¿verdad? No me gustaba mi actual vida, notaba cómo el deseo sexual se me iba apagando. Había perdido la motivación, los estímulos. Así que, cuando Manolo me invitó a hacer una gira por Marruecos, acepté y quise probar suerte. Y nada más llegar te encontré a ti... ¿No fue una extraña casualidad? Aún no puedo creerlo, Rachid. Eres demasiado maravilloso para mí, demasiado joven, demasiado...

Rachid ahogó sus palabras con uno de esos besos que a Félix le hacían perder el sentido.

—No eres tan mayor —dijo Rachid cuando tomaron un respiro—. Aparentas unos treinta y cinco.

—Gracias. Eres muy amable.

—Es la verdad. Cuando te vi por primera vez creía que tenías unos treinta y pocos. Pero no me importa que tengas cuarenta y dos. No me gusta la gente demasiado joven.

Félix le apretó con todas sus fuerzas y le besó las cejas y los párpados.

—¡Bendito seas, muchacho —dijo casi con lágrimas en los ojos—, tú sí que sabes hacerme feliz!

—¿Dices que vais a hacer una gira por Marruecos?

—Sí. Ya hemos estado en Tánger, después iremos a Fez y luego a Rabat y a Casablanca. Un amigo de Manolo nos espera en Fez, desde donde iremos en coche a Rabat y a los demás sitios. Pero luego volveré aquí a verte.

—¿Y por qué no dejas que se vayan ellos y tú te quedas todo el tiempo conmigo?

—No puedo. Ya hemos planeado el viaje. Pero volveré sólo para verte. Te lo prometo.

Ambos se quedaron en silencio un momento.

—Tengo hambre —dijo Rachid, de pronto, incorporándose—. ¿Hay algo de comer por aquí?

—Sí. Espaguetis. Están fríos, pero podemos calentarlos.

Sacó una gran fuente del frigorífico con los espaguetis que había hecho Manolo a mediodía, y la llevó a la cocina. Ambos se pusieron a trastear en los mandos. Encendían el fuego, pero éste se apagaba. Echaron un vistazo a la botella de butano. Todo estaba en orden, al

parecer, pero el fuego no se encendía.

—¡Es igual! —dijo Rachid—. Me los comeré fríos.

—¿Seguro?

—Sí —dijo el muchacho sentándose a la mesa con la fuente de espaguetis—. ¿Puedo comérmelos todos?

—Por supuesto —dijo Félix con ternura. Realmente, debía de tener mucha hambre.

El muchacho, a pesar de su apetito, no perdió la clase en ningún momento. Primero ofreció a Félix compartir la comida con él y luego, mientras comía, no paraba de mirarle y de sonreírle. Félix estaba profundamente conmovido. En ningún momento le había gustado tanto aquel chico como le gustaba ahora. Sin poder contenerse, se acercó a él y le dio un besó en la nuca. Luego regresó a la mesa y se sentó enfrente de él para contemplarle mientras acababa con los espaguetis.

—¿Te gustan las manzanas? —le preguntó cuando vio la fuente vacía.

—¡Sí, claro! —dijo Rachid—. ¿Conoces ese proverbio inglés que dice: *An apple a day keeps the doctor away?*

—No —dijo Félix con una sonrisa—. ¿También hablas inglés?

—Un poco. Las manzanas son muy buenas para la salud. Es la fruta más sana y la que más me gusta.

El muchacho se empeñó en compartir con él la manzana. Félix no tenía hambre, pero disfrutó dándole mordiscos a la fruta precisamente por donde el muchacho ya había clavado sus dientes. “Dios mío —se dijo—, si existe la felicidad, debe ser esto que estoy viviendo ahora mismo. No puedo concebir nada tan maravilloso como compartir con él una manzana”.

Cuando terminó de comer, Rachid recogió la mesa, fue a la cocina, echó los restos a la basura y se puso a fregar el plato y los cubiertos, aunque Félix le había pedido que no se preocupara y lo dejara todo en cualquier sitio. Félix contemplaba la preciosa figura del muchacho mientras éste fregaba y aguardaba con impaciencia a que saliera de la cocina y se sentara a su lado en el sofá. Cuando por fin estuvo junto a él, le dio un cariñoso abrazo. Rachid le correspondió con unos cuantos besos en el cuello y en la nuca que le hicieron retorcerse de excitación. Entonces empezaron a jugar, a reírse y a revolcarse como dos chiquillos.

—Seremos buenos compañeros si vivimos juntos en Madrid —dijo Félix cuando cesaron los juegos, ya más relajados—. Veo que no te molestan las tareas domésticas.

—Me han dicho que los españoles son muy racistas —respondió

Rachid con expresión muy seria—. Unos marroquíes que han estado en España me dicen que la gente allí les miraba con desprecio y que les llamaba *moros.*

Félix se sintió un tanto avergonzado.

—Bueno... —dijo—. Es posible que haya algunos españoles racistas. No voy a negarlo. En España hay gilipollas, como en todos los sitios, o quizá más que en otros sitios. No lo sé. Pero yo no lo soy, desde luego. Yo adoro tu raza. Y adoro tu país. Tú no tendrás ningún problema con nadie. Yo, desde luego, no lo permitiré.

—Una vez vi por la televisión cómo los españoles tiraban camiones enteros de fruta marroquí.

—¡Los franceses hacen lo mismo con la fruta española! Esa gente es estúpida. Pero tranquilo: el estado español ha indemnizado a los transportistas marroquíes. Veo que tienes conciencia social y está bien que así sea. ¡Dios mío —dijo acariciando el pelo del muchacho, cuya cabeza reposaba sobre sus piernas—, eres el chico más guapo del mundo!

—¡No exageres!

—Para mí sí que lo eres. Si vinieran ahora mismo Tom Cruise o Brad Pitt y me pidieran que hiciera el amor con ellos, les diría: “No, gracias; prefiero a mi Rachid”. O sea, que sí eres el chico más guapo del mundo. Y me gusta tanto el color de tu piel. Es preciosa.

—Pues a mí no me gusta nada.

—¿Cómo que no? Mucha gente que conozco va a la playa precisamente para estar como tú. No digas que no te gusta tu piel. Quiero que te sientas orgulloso de ser como eres.

El muchacho permaneció callado durante un rato. Parecía triste. Félix le dio varios besos muy suaves en las mejillas, en la frente y en los labios y luego se quedó durante un largo rato mirándole fijamente a los ojos.

—Tú has tenido algún otro amigo, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —dijo Rachid con desgana—. He tenido muchas experiencias. Pero sólo tres amigos. Uno francés y dos italianos.

—¡Sólo tres! —exclamó Félix con ironía—. ¡Yo no he tenido tantos en mi vida y te doblo la edad!

—Quería ser sincero contigo.

—Gracias.

—Hubiera sido demasiado fácil mentirte, ¿no?

—Está bien. Háblame de ellos.

—El francés fue el primero. Yo tenía unos quince años. Estuvimos saliendo un año, más o menos. Se iba a su país y volvía de vez en cuando. ¿Para qué quieres que te hable de ellos?

—Pues para sufrir. Soy tan feliz ahora que no puedo creerlo. ¡Joder, tenías sólo quince años! ¿Y los italianos?

—Más o menos, lo mismo. Uno de ellos estaba dispuesto a llevarme a Italia, pero yo no quise. No me gustaba. Creía que lo podía conseguir todo con dinero, ya sabes, y hay cosas que no se pueden comprar con dinero —Félix hubiera querido saber a qué cosas se refería, pero no dijo nada—. Al otro lo dejé cuando me enteré de que estaba enrollado con otro chico. Yo lo sabía, conocía incluso su nombre. Así que un día le llamé por teléfono diciéndole que era el otro y él ni se enteró. No distinguía nuestras voces. Luego, cuando nos vimos, le dije que tenía otro amigo y él lo negó. Entonces le recordé mi llamada telefónica y no tuvo más remedio que reconocer la verdad.

—Y tú, enfadado, le golpeaste...

—¡No! ¡Qué va! Rompimos, pero no pasó nada. *C´est la vie.*

—*Oui. C´est la vie* —dijo Félix con un suspiro—, pero yo nunca te seré infiel, mi pequeño Rachid. Yo no soy de esos —le dio un beso muy suave en los labios y se quedó contemplándole durante un rato.

—¡Quédate, quédate aquí el resto de las vacaciones! —dijo Rachid con una mirada triste—. ¡No te vayas a Fez!

# CAPÍTULO VI

—¿Y le has dicho que nos vamos? —preguntó Manolo mientras recogía cosas en una maleta. Por lo general, siempre estaba metiendo o sacando cosas de las maletas.

—Sí, pero no cuándo.

—Ni se lo digas. Hazle creer que aún te quedarás varios días más. Dile esta noche que te llame mañana por la tarde para quedar y cuando lo haga ya estaremos en Fez. Entonces le cuentas cualquier rollo, que tuvimos que adelantar el viaje por lo que sea y que volverás algún día por aquí... Además, estaréis comunicados por Internet, ¿no?

—Sí, pero...

—A los chicos así nunca conviene decirles toda la verdad y menos cuándo se va uno. Nadie lo hace. Es una norma generalizada. Pregúntale mañana a Alfonso. Él lleva viniendo a este país más de treinta años y lo conoce mejor que yo.

Un rato antes habían estado discutiendo porque Manolo no encontraba un reloj y culpaba de su desaparición a Rachid. Después descubrió que también le faltaba dinero (lo que ya era más grave), unos quinientos dirhams que tenía escondidos en una maleta que guardaba en el altillo del cuarto de baño. Félix se había enfadado muchísimo con Manolo. No podía creer que Rachid hubiera hecho eso. Sencillamente no podía creerlo. Luego se encerró en un profundo mutismo. Se sintió presa del terror y de la decepción, se tumbó sobre el sofá y se puso a contemplar con los ojos en blanco las aspas del ventilador.

—¿Le dejaste solo en algún momento? —le preguntó Manolo.

—Puede ser. No lo sé. Tal vez cuando fui a la cocina a por el whisky y la Coca-Cola. Y, bueno, cuando se estuvo duchando. ¡No iba a estar vigilándole mientras se duchaba!

—Pues sí. A los chicos así nunca hay que dejarlos solos ni un momento. Eres un poco imprudente, y perdona que te lo diga, además de un ingenuo. ¿No te das cuenta de que el chico te está tomando el pelo?

—¿Por qué?

—¡Joder! Te dice que dejó a su amigo italiano porque se la estaba pegando con otro. ¿No sería al revés? ¿No sería su amigo quien le dejara a él? Y también que le ofrecieron ir a Italia y que no quiso ir... Vamos, es que es de risa.

—Lo siento —dijo Félix por decir algo—. Te indemnizaré por el reloj y, bueno, dime exactamente cuánto dinero te falta y...

—No te preocupes por eso. No tiene importancia. Sólo te pido que tengas más cuidado esta tarde cuando venga. Y no le digas que nos vamos, ¿entendido? Hazle creer que te quedarás aún varios días. Si sospecha que te vas, te dará el palo. Seguro. ¿Le diste dinero ayer?

—Sí. Ciento cincuenta dirhams.

—Mal hecho. Sólo le tenías que haber dado cincuenta. Le estás malacostumbrando.

—Pero estuvo maravilloso y se lo merecía. Si fue sincero conmigo, se lo merecía. Si no fue sincero, también, pues hizo una magnífica interpretación. Le dije que no era por el amor, sino para un taxi.

Manolo le miró con una sonrisa sardónica.

—Bueno —dijo— si te lo tomas así...

—Es que no puedo creer lo que me dices. Yo sé que le gusto. Hay cosas que no se pueden disimular.

—Yo no digo que no le gustes. Es posible que el muchacho disfrute de verdad contigo. Pero no olvides que estos chicos son pobres y viven una realidad muy difícil. Así que aprovechan cualquier oportunidad. Y la supervivencia es para ellos más importante que el amor, ¿comprendes?

—Sí —dijo Félix dando un profundo suspiro—. ¡Dios mío, no voy a saber disimular cuando venga! Y ya no me apetece hacer el amor con él, si realmente es esa persona tan terrible que me pintas.

—Pues tienes que disimular, porque si descubre que tienes miedo o se entera de que nos vamos mañana...

—¿Cómo serían esos amantes que tuvo antes, ese francés y esos italianos? ¿Les besaría a ellos con tanta pasión como me besa a mí?

—No sé cómo serían, pero estoy seguro de que ninguno puede compararse contigo. Ninguno, seguro, le ha tratado con tanta generosidad ni con tanta amabilidad como tú. Y vete a saber cómo serían. Tal vez unos tipos asquerosos, gordos y viejos. Tú eres el mejor de todos con mucha diferencia. Vamos, pondría mi mano en el fuego. Hay poca gente como tú.

—¿De verdad lo crees así? No sabes cuánto me consuela oírte. Rachid dijo que aparentaba sólo treinta y cinco años.

—¡Quería adularte! ¿No te das cuenta? Bueno... tal vez aparentes unos treinta y nueve. ¡Pero no te vuelvas ahora un narcisista! ¡No

soporto a los narcisistas!

—Y si vieras con qué cara de pena me pedía que me quedara.

—¡Pues claro! Sabe que cada día contigo son unos ciento cincuenta dirhams. El sueldo de un trabajador normal y corriente es de cuarenta o cincuenta dirhams y él obtiene el triple sin hacer nada, sólo por besarte, así que imagínate si le conviene que te quedes.

—Eres horriblemente materialista. Tal vez el chico me ha tomado un poco de cariño.

Manolo no dijo nada. Su silencio era muy significativo.

—A pesar de todo, le quiero —continuó Félix—. Nadie, nunca, en mi jodida vida me había besado como él, nadie en mi horrible vida me había abrazado como él, nadie en mi puta vida me había deseado tan intensamente como él ni me había hecho sentirme tan a gusto conmigo mismo, y eso no podré olvidarlo.

—Tu vida no ha sido tan horrible como dices. No exageres.

—¿No? Pero lo será a partir de ahora. Cuando uno prueba algo bueno, ya no se conforma con cualquier cosa. ¿Sabes? Había olvidado ya lo que se siente cuando uno está enamorado y es tan... es una sensación tan... es algo tan... Uno se encuentra en el séptimo cielo. Es maravilloso. Es como la mejor droga. Si existe el paraíso, debe ser eso: la sensación que uno experimenta cuando está enamorado. Es que flotas. Es algo tan espiritual. Lo peor es cuando las cosas no van bien; entonces se sufre mucho, se sufre demasiado.

—Le he puesto un cebo en otra maleta. Pues hoy mirará las que no pudo mirar ayer.

—Te odio. ¿Cómo puedes ser tan desconfiado?

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué pasa con mis quinientos dirhams? Ayer estaban ahí y hoy ya no están.

—Los habrás cambiado de sitio sin darte cuenta. Últimamente no sabes dónde tienes tu mano derecha.

—Y tú eres demasiado inocente e ingenuo. Ése es tu problema. Y así no se puede ir por la vida.

—Hasta ahora no me ha ido tan mal.

—Quizá en España o en Europa pueda irte bien, pero aquí es otra cosa. Esto es otro mundo. Aquí hay que tener los ojos bien abiertos, y me temo que a ti se te ha atrofiado el instinto de supervivencia. Es lo que pasa con el estado del bienestar: que se adormecen los sentidos. Por eso, de vez en cuando, no viene mal darse una vuelta por África.

Rachid llegó a las ocho y media, tal como habían acordado. Manolo ya se había ido del apartamento y Félix escuchó con terror el

golpe de los nudillos sobre la puerta. Abrió con dedos tembloroso, quitó la cadena y dejó entrar al muchacho. Éste llevaba unas gafas negras, con cristales de espejo, que le daban un aspecto extraño, frío y distante.

—¿Estás solo? —le preguntó.

—Sí —dijo Félix, disimulando apenas la inseguridad que sentía.

—¿Cuándo os vais? —dijo echando un vistazo aquí y allá.

—Dentro de unos días. Tres o cuatro... Estamos pendientes de la llamada de ese amigo de Fez. Pero siéntate, ¿no?

Rachid se sentó a su lado en el sofá, pero ninguno de los dos hizo un gesto de aproximación y permanecieron así, durante un rato, sin tocarse. Félix se sentía ya exactamente igual que la primera noche, sólo que sin la presencia ni la ayuda de Manolo. Aquel chico iba a quitarse la máscara de un momento a otro y le iba a mostrar su verdadero rostro: "¿Qué creías, que soy un maricón como tú? ¡Vamos, saca ahora mismo todo el dinero que tengas, saca las cosas de valor o te mato! ¡No pensarías que estaba enamorado de ti! ¿Te has mirado bien la cara?"

—¿Este apartamento lo habéis alquilado a un marroquí o a un extranjero? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Lo alquiló Manolo.

—Toma, ponte estos auriculares —Rachid se sacó una minúscula radio del bolsillo y le colocó los auriculares. Se oía música electrónica.

A continuación el chico le puso sus propias gafas. Le miró para ver cómo le quedaban y sonrió. Félix se sentía ridículo con ellas y se las quitó. También se desprendió de los auriculares.

—*Ça va?*

—*Ça va* —dijo Félix—. ¿Quieres beber algo?

—Sí.

Félix fue a la cocina a por la botella de whisky, un vaso y una Coca-Cola y puso las tres cosas sobre la mesa. Entonces Rachid comenzó a servir el whisky. Siguió echando hasta que casi llenó el vaso. Luego abrió la Coca-Cola y sólo sirvió un escaso centímetro, lo suficiente para oscurecer el whisky. El día anterior Rachid le había dicho que no le gustaba el alcohol y ahora quería beber alcohol puro. Félix no se atrevió a hacer ningún comentario. "Ahora —pensó—, ahora se quitará la máscara. De hecho, ya se la está quitando".

Entonces Félix hizo un esfuerzo y decidió acariciarle. Tal vez así se ganaría de nuevo su confianza. Acercó su mano hasta la de él y le rozó con el mismo cuidado con que rozaría a una fiera que, de un momento a otro, te puede dar un zarpazo. Rachid correspondió a sus caricias tocándole la pierna con su mano libre. Luego, de súbito, acercó su

boca hasta la suya y le besó. Félix, sin embargo, seguía aguardando algún tipo de violencia, que no llegaba. Se sentía tan desconcertado como la primera noche.

—Voy a ducharme —dijo Rachid después del beso—. Escucha música mientras tanto —dijo colocándole los auriculares.

Pero cuando el chico estuvo dentro del cuarto de baño, Félix se los quitó. Enseguida oyó el agua de la ducha. Pero Félix no creía que Rachid estuviera duchándose. “Me toma por tonto. Me he mostrado tan sentimental con él que me considera un idiota. Quiere que me ponga los auriculares para que no oiga el ruido que hace al abrir las maletas”, pensó. Estuvo a punto de acercarse a la puerta del baño y husmear por el ojo de la cerradura, pero decidió que no era conveniente. Mejor, para su seguridad, no sorprenderle robando nada. La supuesta ducha se prolongaba demasiado. “¿Qué pasará ahora cuando salga?”, se preguntaba. Sabía que iba a ocurrir algo horrible. Si el chico no encontraba nada, le pediría por la fuerza dinero, joyas o tarjetas y... “Aún estoy a tiempo de escapar —se decía—. ¿Qué hago aquí? Debería irme ahora que todavía puedo salvar el pellejo. Debería salir corriendo y buscar a la policía”. Sin embargo, siguió allí sin moverse, como un cordero que sabe que lo van a degollar. El agua seguía oyéndose y la ducha se prolongaba y se prolongaba. Después el agua cesó de caer y pasaron unos minutos de insoportable silencio. Rachid salió al cabo de un rato, en calzoncillos, completamente seco. Ni una huella de humedad en su pelo o en su cuerpo. Tampoco sus pies descalzos dejaban marca alguna de agua en el suelo. Se acercó hasta la mesa y bebió un buen trago de whisky. Le pasó el vaso a Félix. Éste bebió un sorbo pequeño.

—¿No te quitas la ropa? —le preguntó Rachid.

Félix se quitó la camisa de manga corta, pero se dejó puesto el bermudas. Sabía que hoy no iba a conseguir una erección y quería postergar el momento del ridículo. El muchacho se acercó a él y comenzó a acariciarle el pecho y a besarle las tetillas, como el primer día. Olía a su propio gel. Tenía la piel fresca y suave. Sin duda, se había duchado, pero se había secado tan concienzudamente que no quedaba ni rastro de agua por su cuerpo.

—Espera —dijo Félix—, voy a apagar la luz. Dejaré encendida sólo la del baño.

Cuando regresó a su lado, el chico le agarró por la cintura, buscó su boca y comenzó a besarle. Fuera o no fuera un ladrón, aquel chico quería hacer el amor con él con la misma pasión de los otros días. “Tal vez no tiene ninguna máscara que quitarse —pensó Félix con alivio—. Simplemente este chico es así de extraño y de desconcertante. Lo

importante es que le gusto y que me desea”. Félix se entregó a los abismos voluptuosos de sus besos, perdió el miedo por fin y se dedicó al dulce juego de las caricias. Pero su pene seguía encogido y eso ya no tenía remedio. Rachid le arrancó el bermudas y se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —respondió Félix—. Es sólo que no he podido aguantarme y me masturbé un rato antes de que vinieras. Lo siento.

—No tiene importancia —dijo el muchacho estrechándole con más fuerza—. No pasa nada. Me gustas de todas formas.

—Gracias. De verdad, eres muy amable.

Después de eyacular en la posición de costumbre, Rachid se quedó un largo rato medio adormilado sobre su espalda, abrazándole, mordiéndole la oreja y besuqueándole los ojos, la nariz y las cejas.

—*Mon petit enfant* —decía Félix conmovido por su ternura—; *mon petit Rachid, dorme, dorme sur moi. Je t´aime.*

Después fueron juntos a la ducha y allí Félix procuraba taparse con la mano el pene fláccido, pero Rachid le apartaba la mano diciendo:

—No importa. No te preocupes.

Le lavó con especial cuidado la espalda y los glúteos, se secaron, se besaron brevemente en la boca y regresaron al sofá.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Félix.

Habían comprado atún por la mañana en el mercado de Guéliz y Félix había procurado dejar una buena porción para el muchacho. También había una estupenda ensalada de verano y abundantes manzanas, ya lavadas.

—¿Qué tienes?

—Pescado. ¿Te gusta?

—Sí.

—Atún frito con cebolla.

—¡Mmmmmm!

Félix sacó un gran plato lleno de pescado y una fuente con la ensalada. Buscó cubiertos, una servilleta y pan. Rachid le dio las gracias con una sonrisa y se sentó a la mesa, de frente a él.

—¿Tú no comes? —le preguntó.

—No. No tengo hambre. Gracias.

Félix admiraba el estilo y la delicadeza del muchacho.

—Hacía tiempo que no comía pescado —dijo llevándose a la boca un trozo pequeño de atún—. ¡Es tan caro en Marruecos!

—Sí. Es verdad. Más caro que en España. No sé por qué. En relación a los sueldos de aquí, debe ser un lujo.

—Y eso que los españoles vienen a pescar a Marruecos... —se sirvió un poco de ensalada—. ¿Quién la ha preparado?

—Manolo. Pero el atún lo he preparado yo.

—¡Mmmmmm!

Quería dar a entender que el pescado le gustaba mucho más por el hecho de haberlo preparado él y Félix se sintió muy halagado. Después, se empeñó en que compartieran una manzana. Cuando terminaron con la manzana, Rachid recogió la mesa, lo llevó todo a la cocina y fregó los platos y los cubiertos.

—Tengo esto para ti —dijo Félix, de vuelta ambos en el salón—. Es un polo y una camiseta. Están nuevos. Me los compré hace algún tiempo, pero son demasiado juveniles para mi gusto y nunca me los he puesto.

Eran prendas caras que Félix había comprado el año anterior en una boutique. Las había llevado a Marruecos precisamente para regalarlas a algún chico. Rachid las observó con admiración. Se las probó, una detrás de otra, y ambas le quedaban muy bien.

—Estás guapísimo con esas prendas —dijo Félix—. Me alegro de que te gusten.

—Muchas gracias —dijo el muchacho.

Se acercó a él y le dio un beso especialmente tierno. Félix le agarró por la cintura y se fundieron en un abrazo. El chico le hizo cosquillas adrede y los dos acabaron riendo y revolcándose por el sofá. Después se quedaron así, con las caras juntas y las piernas entrelazadas.

—Te quiero tanto, Rachid —dijo Félix.

—Y yo a ti. Eres distinto a todos los que he conocido.

—Gracias. ¿Has conocido a algún otro español?

—Sí. Uno. Pero no se parecía en nada a ti. Tú eres mucho mejor.

—Claro, ¡qué vas a decir!

—Es verdad.

—Gracias.

Se besaron de nuevo y luego se quedaron callados.

—¡No quiero que te vayas! —dijo Rachid, al cabo de un rato, con gesto lastimero.

—Volveré lo antes posible. El Ramadán... me han dicho que este año cae entre noviembre y diciembre. Tú, ¿qué haces durante el Ramadán? ¿Por las noches puedes...?

—¡No, no! —dijo Rachid incorporándose súbitamente, como impulsado por la fuerza de un resorte—. ¡Los demás pueden hacer lo que quieran, pero yo durante el Ramadán no practico el sexo, ni siquiera de noche! Ya sé que hay quien no lo respeta, pero yo...

“Este chico tiene principios —pensó Félix—. Y si los tiene con la

religión, los tendrá también en las demás facetas de la vida".

—Entonces procuraré no venir durante el Ramadán —dijo con una sonrisa—. Vendré antes, en octubre tal vez. Me tomaré una semana y vendré expresamente para verte.

—Oye —dijo Rachid—, ¿en tu casa, tu familia...? ¿La gente sabe que tú...?

—Sí —dijo Félix—. Todo el mundo lo sabe. Porque yo lo he dicho, claro. Mis amigos, mis vecinos, mis compañeros de trabajo... Todo el mundo lo sabe. Y no les importa. En España no pasa nada. Se habla mucho de eso en los libros, en la televisión, en las películas. La gente empieza ya a acostumbrarse.

—Pues aquí nadie habla de eso. Ni una palabra. Ese tema no existe.

—Es curioso. Aquí no habláis de ello, pero lo practicáis. En España, sin embargo, se habla mucho, pero no se hace nada.

—Aquí esas cosas se mantienen siempre en secreto.

—Sí, el secreto, el misterio... Son costumbres muy árabes. Sin embargo, en España, en Europa, se sabe todo, se dice todo. Precisamente hay una prensa que se llama del corazón y que se dedica a desvelar públicamente cualquier secreto, sobre todo de los famosos: con quiénes se acuestan, qué hacen y todo ese tipo de cosas.

—Aquí la intimidad es sagrada —dijo Rachid.

De pronto empezaron de nuevo con las caricias y los besos. Félix se arrodilló junto al sofá y comenzó a besar, centímetro a centímetro, todo el cuerpo de Rachid. El muchacho tenía tanta sensibilidad en la piel que no podía evitar reírse o retorcerse a cada beso. Estaba superexcitado de nuevo, pero Félix desatendió su pene y se dedicó a lamer y a besar sus pies, algo que, por lo visto, nadie le había hecho antes, pero que le gustaba, ya que le oyó decir entre dientes, como hablando para sí:

—*Comme j´aime ta tendresse.*

Finalmente el muchacho eyaculó en la boca de Félix y éste se tragó su esperma. Le preguntó con la mirada si podía besarlo a continuación y Rachid hizo un gesto como diciendo: "Por supuesto", así que acercó su boca a la de él y ambos se sumieron en un beso oscuro, abismal, ciego, laberíntico, interminable, que les dejó sin respiración, al borde de la conciencia. Luego se tumbaron el uno al lado del otro, abrazados, mientras escuchaban con emoción los latidos de sus corazones.

—*Je t´aime* —le dijo Félix al oído, rozando con la nariz el pelo de su sien, aspirando su delicioso olor, aquel olor único e inconfundible, el olor de Rachid—. Te amo —repitió en español— y siempre te

amaré.

—*Yo también, amigo* —dijo Rachid en español.

Estaban medio adormilados, cuando regresó Manolo, así que tuvieron que incorporarse, se vistieron en silencio y salieron a despedirse al descansillo.

—Llámame mañana para quedar —le dijo Félix—. No sé todavía a qué hora podremos vernos.

El muchacho asintió y Félix metió en su bolsillo un billete de doscientos dirhams. Entonces su mano rozó algo que parecía una navaja automática. Podía ser un mechero, pero Rachid no fumaba y los mecheros solían ser de plástico y más anchos, mientras que aquel objeto era metálico, fino y alargado. Tal vez no era una navaja, pero tenía toda la pinta de serlo. Félix sacó la mano rápidamente del bolsillo y dijo:

—*Ce n´est pas pour l´amour.*

Rachid le lanzó una extraña mirada (Félix pensó que nunca lograría adivinar el significado de aquella mirada), luego le dio un beso rápido en la boca y comenzó a descender las escaleras.

# CAPÍTULO VII

El autobús de Fez salía a las seis y media de la mañana. A las cinco Félix y Manolo ya estaban en pie. No habían dormido apenas. El calor durante la noche había sido insoportable y se habían levantado un montón de veces a beber agua. El ventilador tampoco había dejado de girar ni un sólo segundo. Recogían las últimas cosas, cuando apareció el reloj de Manolo. Estaba en el suelo, debajo de su cama, junto a un zapato.

—¡Eso no quiere decir nada! —se apresuró a advertir Manolo—. ¡Aún me faltan los quinientos dirhams!

—Pero le habías culpado de robar ese reloj. ¡Y yo, *yo también le había culpado mentalmente!*

—Bueno, no te pongas tan dramático. Ayer miró en otra maleta. Puse algunas trampas y picó.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Pero te falta dinero?

—No.

—¿Entonces?

—Tal vez no le mereció la pena o se dio cuenta de que era un cebo. Esos chicos son muy listos.

—¿Por qué tienes que decir "esos chicos"? Él no es un colectivo, no es un tipo estándar. Él es Rachid. Como tú eres tú y yo soy yo.

—Está bien. Coge tus cosas y vámonos. No tenemos tiempo para discusiones.

Ya en la calle, pararon enseguida un *petit taxi* que les llevó a la parada del autobús de la CTM. Tenían tiempo de sobra. Sacaron los billetes y se sentaron en la terraza de un bar próximo a tomar café. Había mucha gente ociosa en torno a la estación, muchos ayudadores mezclados con los viajeros, todos ellos árabes (Félix y Manolo, al parecer, eran los únicos europeos). Un joven con los dientes renegridos, destrozados por la caries, comenzó a insinuarse a Félix con la mirada. Pero él sólo tenía sus pensamientos en Rachid. ¿Por qué había vuelto a mostrar una actitud intimidatoria, haciéndole tantas preguntas, la noche anterior? ¿O no era acaso una actitud intimidatoria, sino simplemente su manera de ser? Pero llevaba una

navaja. ¿Habría tenido el propósito de atacarle con ella?

—No puedo olvidarme de su mirada. Casi me asustaba un poco, ¿sabes? —le dijo Félix a Manolo—. ¿Qué había en su mirada? ¿Qué significaba aquella mirada? Tú te fijaste en él, ¿no?

—Te diré lo que veías en su mirada. Veías la tristeza de la pobreza. Eso es lo que veías en su mirada. Nada más.

—*La tristeza de la pobreza*. ¡No se me había ocurrido! ¡Joder, Manolo —exclamó Félix de pronto—, puede que tengas razón! ¡Sin darte cuenta, has dicho una frase genial!

—Hay que llevar años viniendo aquí para captar eso. Tú sólo tienes ideas románticas sobre esos chicos, sobre ese chico... pero se te escapa la realidad.

—*La tristeza de la pobreza*. ¡Joder! ¡Has dado en el clavo! ¡Así que era eso lo que veía en sus ojos!

—La pobreza puede ser muy triste a veces, amigo.

—Sí, claro. Pero ¿hasta qué punto son pobres? Tú eres rico, pero yo no. Yo también soy pobre. Sólo tengo un trabajo, una casa y poco más. Necesito un sueldo para vivir.

—Pero tienes trabajo, un buen trabajo, y ellos no. Tienes un sistema de salud que te protege, si caes enfermo, mientras que aquí no. Aquí, si vas a un hospital, te puedes morir porque ni siquiera hay sábanas limpias. Tú tienes un subsidio de desempleo si pierdes tu trabajo. Tienes tantas y tantas cosas de las que ni siquiera te das cuenta y de las que ellos carecen.

—Está bien. No sigas. Me deprimes.

—Como quieras.

Félix miró por casualidad al joven de los dientes cariados y éste se acercó rápidamente a su mesa. Les preguntó de dónde eran, si iban a volver a Marrakech y todo lo demás.

—Siéntate y toma algo —le invitó Félix—. Pide lo que quieras al camarero. Mi nombre es Félix ¿y el tuyo?

—No te lo podrás quitar de encima —le advirtió Manolo—. Esas tácticas humanitarias son muy peligrosas.

—Tranquilo, hombre, no podrá seguirnos hasta Fez.

—Es un vulgar chapero de estación. No se si te habrás dado cuenta.

—No, ni me importa. No me gusta ni me interesa. Pero me impresiona ver en sus ojos la tristeza de la pobreza. Déjale ser feliz durante un rato.

El joven, que tendría unos treinta años y estaba ya bastante deteriorado físicamente, se sentó a su lado, muy ufano, y echó un vistazo en busca del camarero. Se sacó papel y boli y comenzó a

escribir su nombre, dirección y teléfono.

—Cuando vuelvas, llámame —le dijo a Félix en francés. Desde el principio intuyó que con Manolo no tenía nada que hacer.

—De acuerdo —dijo Félix guardándose el papel.

El camarero no venía y ellos tenían que irse ya, así que Félix le dio al joven marroquí diez dirhams para que se tomara un par de consumiciones. Desde lejos le vio pedir al camarero un café. Pero éste se mostraba renuente. No parecía creer que aquel tipo tuviera dinero para pagarlo.

El autobús hizo varias paradas en las puertas de Marrakech. Félix, desde el cristal de la ventanilla, contemplaba embelesado las murallas de la ciudad, las azoteas de las casas y las cumbres nevadas del Atlas al fondo. Le invadía una profunda desolación y una gran tristeza. Hacía un tremendo esfuerzo por no llorar.

—¡Adiós, mi pequeño Rachid! —decía para sí—. ¿Te volveré a ver algún día? *Adieu, adieu, mon petit enfant!*

El aire acondicionado apenas funcionaba en el autobús, y eso que pertenecía a la mejor línea de Marruecos. El calor comenzaba a hacerse insoportable. La temperatura de fuera superaba los cuarenta y cinco grados y la de dentro probablemente los treinta. Manolo no paraba de removerse y de quejarse. Sin embargo, ningún marroquí protestaba. Todo el mundo permanecía callado. Félix tampoco se quejaba. Estaba dispuesto a soportar cualquier cosa con estoicismo y no le preocupaba ni le interesaba nada. Pensaba en Rachid. Recordaba la primera noche, la forma en que se habían conocido. Recordaba sus besos tan dulces y sus abrazos, recordaba la suavidad de su piel, el corte de su pelo, el timbre de su voz. ¿Qué más daba el calor? También recordaba sus ojos, su mirada, aquella mirada oscura, triste, pero en absoluto resignada. Sí, era la *tristeza de la pobreza*. Eso era lo que veía en su mirada. Ahora lo comprendía. Ahora creía conocer un poco más a Rachid. Sí, desde luego, aquel muchacho le había deseado, quizá incluso le había amado, pero tampoco podía ignorar que, ante todo, era un superviviente y que, como decía Manolo, la supervivencia debía de ser para él mucho más importante que el amor. Por eso había robado los quinientos dirhams. No podía ignorar tampoco que el amor era para muchos chicos una forma de subsistencia.

Al cabo de varias horas, hicieron una parada en algún lugar perdido del campo. Entraron en un café con columnas de hierro

forjado pintadas de rojo y mesas y sillas de madera pintadas de color verde. Félix no recordaba haber visto en mucho tiempo un lugar tan agradable ni tan bien cuidado. En la barra dos chicos jóvenes se afanaban en servir refrescos, té o café. Tenían media hora y Manolo se había perdido por ahí para echar un vistazo (seguramente en los servicios). Félix aguardaba en la cola junto a una joven marroquí vestida a la europea. Era tan bonita y delicada, que no podía apartar sus ojos de ella. La chica le dirigió una sonrisa y enseguida empezaron a hablar de esto y de aquello. Le contó que vivía en París y que iba a visitar a su familia en un pequeño pueblo, cerca de Beni Mellal, donde pasaría algunos días. Se sentó a una mesa con su batido de frutas y Félix, cuando obtuvo su té, le preguntó si le permitía compartir la mesa. Ella dijo que sí, encantada. Reanudaron la conversación. Ahora hablaban de Marruecos. Félix expresó su fascinación por el país. Ella, por su parte, tenía una visión mucho más crítica y negativa de todo. Cuando quisieron darse cuenta, se les había hecho tarde y tuvieron que regresar al autobús. Félix se separó de la chica con lástima. Le hubiera gustado conocerla un poco más, intercambiar direcciones y teléfonos para poder volver a verse algún día.

—¡Qué chica tan maravillosa! —le dijo a Manolo—. ¿Has visto? Con una chica así no me importaría hacer el amor. Te juro que me sentía verdaderamente atraído por ella.

—Es una puta.

—¿Cómo dices?

—Que es una puta. ¿No te has dado cuenta?

—¡Joder! ¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé. Eso es todo.

—Aún así, me gusta. Y no me importa que sea puta. Nunca me había sentido tan atraído por una mujer.

—Venga, no te hagas ahora el heterosexual.

—Te lo digo de verdad: me gusta esa chica. Físicamente. Me siento atraído por ella. Y no puedo evitarlo. Además, si a Rachid le gustan también las chicas, ¿por qué a mí no? Debe ser propio de esta tierra la confusión sexual. Nunca me había ocurrido nada semejante.

—¡Joder! —dijo Manolo con una carcajada—. ¿Estás de broma o qué? ¡A ti no hay quien te entienda!

—No me digas que es puta esa chica. Tiene demasiada clase como para eso.

—Pues lo es. *Lo es*.

—¡Ah!, ¿sí? Y tú eres horrible. ¿Lo sabías?

—¿Horrible yo? ¿Por qué?

—Porque no tienes sensibilidad ni hay el menor rastro de

romanticismo en tu alma. Por eso.

Llegaron a Beni Mellal a media mañana. Manolo tenía allí un amigo al que quería saludar y decidieron hacer una parada hasta las cuatro de la tarde, cuando salía el siguiente autobús para Fez. Se acercaron a la consigna para dejar las maletas y se encontraron con varios hombres charlando y tomando té. Uno de ellos, nada más ver a Félix, le entregó un vaso lleno hasta arriba de un líquido amarillento y le dijo:

—Toma, whisky marroquí. ¿No has probado el whisky marroquí?

—¡Ah!, ¿pero existe el whisky marroquí?

Félix bebió un trago y descubrió al momento que era té.

Los hombres se rieron a carcajadas.

—¡Ah! —dijo riéndose él también—, no está nada mal el whisky marroquí.

Se sacó una moneda de cinco dirhams para entregársela al hombre que le había dado el té, pero éste la rechazó, así que Félix le dio las gracias y se la guardó. Manolo, sin embargo, consideraba que debía darle la moneda de todos modos.

—Mi amigo dice que debo pagar el té —explicó a los hombres en francés—, pero yo acepto vuestra invitación y si no queréis cobrarlo, no insistiré.

Los hombres hicieron gestos expresivos en señal de asentimiento.

—¿Cómo? ¿Es que no les vas a dar la moneda? —dijo Manolo, enojado.

—No. Ni ellos quieren tomarla ni yo quiero dársela. Hay cosas que no se pueden pagar, amigo mío, y ésta es una de ellas. Además, me apetece tomarme un té gratis. Gracias —añadió en francés, después de tomar el último sorbo—. El pueblo marroquí es muy amable y hospitalario.

—Nosotros no somos marroquíes —dijo entonces uno de ellos—, somos bereberes.

—¡Ah! ¿Y qué más da? —dijo Félix—. A fin de cuentas, todos somos humanos, ¿no?

Los hombres movieron las cabezas, como diciendo: “Sí..., pero no”.

—Los bereberes son como los catalanes en España —le explicó Manolo—. Se sienten diferentes y no quieren que les consideren marroquíes.

—Bueno, amigos —dijo Félix estrechándoles la mano a cada uno de ellos—. Gracias de nuevo por el té. Nos veremos más tarde.

Beni Mellal era una ciudad de provincias algo sucia y desangelada. Sin embargo, la gente aquí tenía la sencillez y la ingenuidad propias de la gente de provincias de cualquier parte del mundo. Era muy distinta, en cualquier caso, de la que Félix había conocido en Tánger o en Marrakech. No había turistas y, por lo tanto, no existía el comercio del sexo ni la cultura del acoso. Mucha gente con la que hablaron se permitía el lujo de rechazar una invitación, algo inconcebible en Marrakech.

El amigo de Manolo no estaba en Beni Mellal o no pudieron localizarlo; sin embargo, se entretuvieron con un tipejo que Manolo conocía de viajes anteriores, el cual, según le dijo éste a Félix, podía proporcionar al interesado chicas o chicos, hachís o cualquier cosa que quisiera. Había vivido en Portugal algunos años, de modo que se entendían con él en portugués. Zascandileaba entre la estación de autobuses y los hoteles que había enfrente, daba información sobre cualquier asunto a los pasajeros de los autobuses o a los clientes de los hoteles y ése era su trabajo. Félix y Manolo estuvieron sentados con él en la terraza de un hotel durante casi una hora y resultó ser un tipo de lo más divertido y simpático.

Después de pasear un rato por el centro de la ciudad, cogieron un taxi y fueron a un parque que había a las afueras, junto a unas cascadas, donde comieron *tajine* de cordero en un chiringuito, sirviéndose de una caja de fruta como mesa, al pie de un retorcido y añoso olivo. Era fiesta, por lo visto, y mucha gente había ido a pasar el día en el campo. Muchos niños jugaban, correteando de acá para allá, mientras que los hombres sesteaban, los jóvenes conversaban o escuchaban música en sus radiocassettes y las mujeres preparaban sus *tajines* o lavaban la vajilla en las acequias.

El taxista que les trajo de vuelta les contó que había conseguido cruzar el estrecho en una patera, pero que la policía española lo detuvo en la carretera de Málaga, nada más llegar, y lo devolvió de nuevo a Marruecos. Un contrato de trabajo era lo único que necesitaba para volver a España y les suplicó que se lo consiguieran. ¿Por qué quería irse, si tenía un buen empleo?, le preguntó Félix. No, no era un buen empleo, dijo el taxista. Ganaba poco y trabajaba muchas horas.

Tomaron café en la terraza de uno de los hoteles que había enfrente de la estación y el camarero, cuando supo que eran españoles, también les pidió que le consiguieran un contrato de trabajo en España. Todo el mundo en aquel lugar estaba loco por ir allí.

Poco después se levantó un viento terrible y una nube de polvo envolvió por completo la ciudad. A duras penas podían respirar con

tanto polvo. Con gran esfuerzo, medio arrastrados por el viento, consiguieron cruzar la ancha calle y llegar a la estación.

En la consigna ya no estaba el hombre que le había dado el té a Félix, pero sí sus dos compañeros. Uno de ellos le entregó una hoja con su nombre y su dirección, diciéndole que siempre que viniera a Marruecos tendría allí su casa. Félix se guardó el papel conmovido y le dio las gracias.

—Estas cosas no ocurren ya en ninguna parte del mundo —le dijo a Manolo—. ¿Dónde has visto que alguien que sólo ha hablado contigo cinco minutos y que no te conoce de nada te ofrezca su casa?

En el andén, un hombre alto y delgado, que iba acompañado por un niño, les estuvo observando durante un rato. Poco después se dirigió a Félix y le saludó en español. Había trabajado varios años en los invernaderos de El Ejido, le dijo. Tenía permiso de residencia en España pero no quería volver nunca más por allí. No le gustaba. Estaba harto. Quería irse a Francia, donde vivía su novia. También soñaba con emigrar algún día a América. El hombre parecía culto e inteligente y Félix le deseó suerte. Estaba seguro de que conseguiría cualquier cosa que se propusiera.

El aire acondicionado funcionaba mucho mejor en el autobús de la tarde y, a pesar de que éste iba a rebosar de pasajeros y equipaje y el conductor tenía puesta la radio a todo volumen, el trayecto resultó mucho más agradable. Por otro lado, cuando atravesaban las estribaciones del Medio Atlas, empezó a llover y se refrescó bastante el ambiente.

El teléfono móvil sonó sobre las siete.

—Rachid —dijo Manolo, pasándoselo a Félix. Éste lo cogió con manos temblorosas.

—*Allô, comment ça va?* —oyó que decía el muchacho.

—Muy bien, Rachid. Gracias —dijo Félix.

—¿Puedo ir al apartamento sobre las ocho?

—¿Cómo? No, lo siento, Rachid. No... no es posible. Yo... Estoy en el autobús de Fez. El amigo de Manolo tenía prisa por ir a Rabat y...

—¿Qué estás en el autobús? ¿Te diriges a Fez?

—Sí. Lo siento, Rachid. Yo...

—Me dijiste que aún te quedarías varios días más en Marrakech.

—Sí, pero el amigo de Manolo nos llamó y...

—Yo pensaba que...

—No dependía de mí... ¿comprendes? Espero volver pronto a Marrakech... Mira, no puedo hablar ahora. Hay mucha gente aquí y...

Te llamaré mañana a la cabina, ¿de acuerdo?

—O.K.

—¿A qué hora quieres? ¿Te parece bien a las cinco?

—Mejor, a las cinco y media.

—A las cinco y media. De acuerdo. Hablaremos entonces con más calma. No quiero que gastes dinero en el teléfono. Espera mañana a las cinco y media en la cabina y te llamaré.

—O.K.

—Lo siento, Rachid.

—Vale. No importa.

—*Au revoir, mon ami.*

—*Au revoir.*

—¡Joder —exclamó Félix cuando acabaron de hablar—, quisiera morirme! Ha sido horrible. ¡El chico estaba tan decepcionado! Le llamaré mañana a las cinco y media. No sé qué voy a decirle entonces, pero... Lo siento por tus quinientos dirhams, lo siento, pero le sigo queriendo. No puedo evitarlo. Mañana te los daré. Te lo prometo. Aunque no quieras cogerlos, te los daré —Manolo sonreía, condescendiente—. Toma el teléfono. Ya no lo necesitaré de momento. ¡Joder! ¿Te das cuenta? ¡Estoy temblando!

# CAPÍTULO VIII

En algunas calles de la parte moderna de Fez, Félix tenía la sensación, a veces, de estar en Madrid o en Barcelona. La parte antigua, la medina, declarada patrimonio de la humanidad, era gigantesca e impresionante: varias veces más grande que la medina de Marrakech, un laberinto con más de mil callejones sin salida, donde, si uno no llevaba guía, se podía perder y no encontrar la salida jamás. Félix y Manolo fueron allí a la mañana siguiente, después de hablar por teléfono con Alfonso, quien se alojaba en casa de Ahmed, su amigo marroquí, y acordar reunirse con él a la hora del almuerzo.

Pero antes de ir a la medina desayunaron en un café, cerca del hotel, donde entablaron amistad con el camarero, que era bereber y no tardó ni un minuto en hacer ostentación de ello. La noche anterior, ya tarde, antes de acostarse, habían ido a tomar un bocadillo a un local parecido y enseguida habían iniciado una conversación sobre fútbol con dos chicos que estaban sentados en la mesa de al lado. Y en la puerta del hotel, la gente que había merodeando por allí les saludaba al verles entrar o salir y les daba constantemente la bienvenida. En Marruecos (Félix lo estaba comprobando) era imposible salir a la calle, entrar en un café, rozarte con la gente por la acera y no hablar con alguien, improvisar amistad con cualquier desconocido. Por eso, cuando fue a un kiosco de prensa a comprar unas postales y un señor alto y bien vestido se le acercó y le habló sobre el catálogo de una exposición, no se extrañó en absoluto. No tuvo inconveniente en escuchar su propuesta, sino todo lo contrario. Casi se sentía halagado. Aquel tipo decía que era artista, tenía su estudio por allí cerca. ¿Podría acompañarle para echarle un vistazo a sus cuadros?

—Me encantaría —dijo Félix—, pero tendrá que ser en otro momento. Si quiere, podemos quedar para más tarde. Ahora me están esperando.

Entonces llegó Manolo, furioso por su retraso, y aquel hombre, nada más verle, desapareció.

—¡Qué cosa tan extraña! —dijo Félix, decepcionado—. Ese tipo me

estaba diciendo que es pintor y quería que le ayudara a hacer un catálogo o algo así. Quería que fuera a su estudio a ver sus cuadros. ¿Cómo podía saber si yo tengo o no conocimientos de arte?

—Sólo quería follar contigo. ¡Vámonos!

—¿Cómo follar? ¿Tan temprano? ¡Sólo son las ocho y media de la mañana!

—¡Aquí la gente siempre quiere follar!

—No puedo creerlo. Parecía tan convincente. Y yo... yo no le había hecho ninguna insinuación.

—¡No te enteras de nada! ¡Tienes que espabilar!

—Pero, sinceramente, ¿me ves a mí, en este momento, cara de querer follar?

—Vámonos. Querías ver la medina, ¿no?

Nada más entrar en la medina empezaron a acosarles los guías. Félix sentía fascinación por los laberintos y estaba dispuesto a perderse dentro de aquél durante varias horas. Le garantizaba a Manolo que encontraría una salida antes de la hora acordada para reunirse con Alfonso. Sin embargo, los guías de aquí eran todavía más osados e insistentes que los de Marrakech y no estaban muy decididos a permitirles una aventura tan fascinante, por lo que se vieron obligados a coger uno, aunque sólo fuera para ahuyentar a los otros.

—Veinte dirhams —le dijo Manolo al guía, un tipo de mediana edad, enjuto y con las mejillas hundidas—. Luego no me pidas más. *¡Veinte dirhams!* —repitió—. Y no queremos una visita comercial. Nada de talleres, tiendas, fábricas o cualquier sitio parecido. No queremos comprar nada. Sólo dar una vuelta y echar un vistazo. ¿Comprendes?

—Sí, sí —asintió.

Comenzó llevándoles por una calle muy concurrida y luego, de pronto, les metió en una especie de palacio para que pudieran ver, desde la azotea, las vistas. Al bajar, en un bonito patio interior lleno de alfombras, un señor gordo con chilaba les invitó a tomar el té.

—¡No, nada de eso! —gritó Manolo del modo más descortés—. ¡Vámonos de aquí!

—¿Por qué? Tan sólo quiere ofrecernos una taza de té.

—Es un negocio de alfombras, ¿no te das cuenta? ¡Después del té empezará a mostrarte las alfombras y no podrás irte de ahí en toda la mañana!

Salieron a la calle y en el siguiente recodo el guía les quería meter en un comercio de objetos de marroquinería.

—Te he dicho *visita no comercial* —le gritó Manolo—. Visita

*turística, no comercial* —recalcó—, ¿entendido?

El hombrecillo asintió impasible con la cabeza. Les llevó ante la entrada de una mezquita y les dijo que observaran el arte con que estaban labradas sus puertas. Dos minutos después, Félix miró a su alrededor y no lo vio.

—El guía nos ha abandonado —dijo—. Debe ser que no le convienen las visitas turísticas. Sólo las comerciales.

—¡Pues muy bien! —dijo Manolo—. ¡Mejor!

Entonces comenzaron a caminar al azar, tal como le gustaba a Félix. Pero los nuevos guías no tardaron en llegar. Y ahora eran mucho más jóvenes. Algunos se parecían demasiado a los terribles niños-guías de Marrakech.

—Yo conocer salida. Yo llevar a salida —decían en español los muchachos.

—Acabamos de entrar y ya nos quieren mostrar la salida —dijo Félix—. Debemos de tener un tremendo aspecto de desorientados. Movámonos con seguridad y decisión, aunque no sepamos exactamente hacia dónde vamos.

—No es eso. Es que aquí, una vez que entras, lo más importante es saber salir. Y ellos te dicen que te ayudarán a salir cuando quieras, no precisamente ahora mismo.

—Pues contrata a uno de esos muchachos. Se están poniendo muy pesados. Es la única forma de que nos dejen en paz.

—Nada de eso. Yo no quiero nada con críos marroquíes. Ya sabes lo horribles y problemáticos que son.

Uno de los muchachos debía entender español, pues dijo con expresión enojada:

—Tú racista. Tú no gustar marroquíes.

—¡Ah, no! —exclamó Manolo, plantándose en medio de un callejón—. ¡Esto ya es demasiado!

—Esto me recuerda a cierta escena... —dijo Félix—. ¿Qué hacemos?

—Ignóralos y sigamos andando.

—Eso es lo que decidimos la vez anterior y no funcionó.

—Tú haz lo que quieras, pero yo no voy a contratar a ninguno de esos muchachos.

Echaron a andar y el grupo de chavales corrió detrás de ellos.

—¡Vayámonos de aquí! —dijo Félix—. ¡Renuncio a ver la medina de Fez! ¡No lo soporto más! ¡Cojamos un taxi!

—¿Qué taxi? ¡Tú no sabes lo que dices! Por aquí no hay taxis, sólo burros cargados de pieles o de esparto, ¿no lo ves? Para coger un taxi tienes que salir de la medina. Y ése es nuestro problema: que no

sabemos salir de la medina ni queremos que nadie nos ayude a salir.

—¡*Tú* no quieres que nadie nos ayude a salir!

—¡Ni tú! Dijiste que te arriesgabas a perderte y a encontrar la salida antes de la hora de comer. Eso dijiste, ¿no?

—Y lo mantengo. Pero esos muchachos...

—Olvídate de ellos y sigamos andando.

—Alfonso, te presento a Félix. Félix, te presento a Alfonso.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

—Es su primer viaje a Marruecos y ya se ha enamorado —dijo Manolo con un tono de burla.

—¡Ah!, ¿sí? Entonces no será la última vez que vengas. Aquí vienen dos clases de turistas. Unos: los que se sienten fascinados por el país y vuelven una y otra vez; y otros, esos a los que no les gusta nada y no vuelven nunca más. Pero, si te has enamorado, eso quiere decir que volverás...

—Pudiera ser...

—Él es de los que buscan un chico para toda la vida... ¡Y, al parecer, ya lo ha encontrado!

—No te burles del muchacho —dijo Alfonso—. No todos son tan putas como tú y como yo.

Félix le dirigió una mirada de simpatía a Alfonso. Parecía un buen hombre. Le gustaba su aspecto deportivo y desenfadado, con su camisa ancha, sus gafas de aumento y los pantalones arrugados de lino. Estaba seguro de que se llevarían bien.

—La experiencia de hoy en la medina ha sido demencial —dijo Manolo—. Es de las que pueden inducir a cualquiera a no volver nunca más a este país.

—¿Qué ha pasado?

Manolo hizo un gesto de desaliento.

—¡Qué va a pasar! Lo de siempre. Ya sabes. ¡Y el otro día lo mismo en Marrakech!

Debatían en una esquina a qué restaurante ir a comer cuando se les acercó un chico morenito y les preguntó, en perfecto español, si podían decirle en qué fecha caía la Semana Santa, si era en marzo o en abril. Alfonso le explicó que no había un calendario fijo para la Semana Santa, que unos años podía caer en marzo y otros en abril, dependiendo de la Cuaresma, que era una fiesta previa a la Semana Santa, la cual empezaba el Miércoles de Ceniza, etc., *etc.* El chico observó a los tres hombres con mirada implorante, mientras recibía la

explicación, después les dio las gracias y se retiró. Optaron finalmente por un restaurante cercano, en el que Manolo y Alfonso ya habían comido otras veces. Estaban sentados, esperando a que llegara el camarero con la carta, cuando dijo Manolo:

—Bonito chico, ¿verdad? Seguro que te gustaba. A éste le gustan así de jóvenes.

—Desde luego ha tenido una forma ingeniosa de acercarse —dijo Alfonso—. El chico se lo sabe montar muy bien.

—No entiendo. ¿Qué queréis decir? ¿Es que él...? —preguntó Félix.

—¡Pues claro! ¿Qué te pensabas? Lo de la Semana Santa era una excusa para acercarse a nosotros, y la explicación que yo le daba seguro que no le interesaba lo más mínimo. ¿No viste cómo nos miraba?

—Sí, ahora que lo dices, vi que nos miraba de una forma... —"Creí ver en sus ojos la *tristeza de la pobreza*", estuvo a punto de decir Félix, pero prefirió callarse.

—Te gustaba, ¿verdad? —dijo Manolo.

—Sí. Era precioso.

—Aquí son un poco más sutiles que en Marrakech —explicó Alfonso—. Allí simplemente se tocan la polla al verte. Pero aquí, como no tienen prohibido hablar con los extranjeros, se las ingenian de alguna forma para entablar conversación. No todo en Marruecos es igual. En cada ciudad la cosa funciona de una manera distinta.

—¡Es verdad! —exclamó Félix—. Esta misma mañana un tipo ha querido ligarme contándome una extraña historia sobre un catálogo, y yo ni siquiera me enteraba. Pero era tan temprano... ¿Cómo puede la gente pensar en el sexo tan temprano?

—¡Aquí siempre tienen ganas de sexo!

—¡Eso mismo es lo que le he dicho yo! —apuntó Manolo.

El camarero llegó con la carta.

Alfonso solía visitar Marruecos con mucha frecuencia, desde hacía más de treinta años. Era director de una sucursal bancaria y tenía en Fez una empresa de construcción a medias con su amigo Ahmed, a quien había conocido en Madrid hacía más de una década, cuando el marroquí estudiaba en la Universidad Autónoma. La familia de Ahmed adoraba a Alfonso. Le alojaba siempre en su casa y le invitaba a todas sus fiestas. Viudo y sin hijos, Alfonso no tenía ya familia en España. Sus padres habían muerto hacía tiempo y no sentía especial afecto por su único hermano, de modo que consideraba a la familia marroquí como su única familia. Él aún trabajaba en España, pero le quedaban

sólo dos años para jubilarse y entonces tenía el propósito de establecerse definitivamente en Fez, donde ya había iniciado la construcción de una casa en el mismo solar donde Ahmed construía también la suya. Alfonso aseguraba que nunca había tenido ninguna relación sexual con Ahmed, que sólo eran amigos, además de socios. Pero Manolo no se lo creía e insinuaba, con una sonrisa maliciosa, que Ahmed era el gran amor de Alfonso.

Después de comer, Alfonso les llevó en su coche a la urbanización donde estaba el edificio que acababan de construir. Era la primera obra que hacían desde que fundaron la empresa, habían invertido en ella mucho dinero y ahora esperaban recoger los frutos con la venta de los pisos. El edificio, de cuatro plantas, estaba casi terminado. Sólo necesitaba algunos retoques aquí y allá. Ahmed, quien había sido advertido previamente por Alfonso de su llegada, les estaba esperando en la puerta. Era un joven guapo y simpático, dinámico e inteligente. Hablaba español apenas sin acento. Una a una, les fue mostrando todas las dependencias del edificio, desde el garaje hasta la azotea, donde se quedaron un rato para contemplar las vistas.

—En este lugar es donde sacrifican los corderos en la fiesta del Aid el Kebir —le dijo Alfonso a Félix—. Las familias suben sus corderos y los degüellan aquí. Es una fiesta muy importante en Marruecos.

—Pero... —dijo Félix con un gesto de asco— se pondrá todo esto perdido de sangre.

—Sí, pero lo limpian muy bien. ¿Ves los desagües? El suelo está preparado para eso. Es de cemento. Todo de una pieza. No hay baldosas.

Eran las cinco y cuarto y Félix comenzó a ponerse nervioso.

—Tengo que llamar por teléfono —dijo—. Necesito buscar una cabina.

—No te preocupes. Llama desde mi móvil —le dijo Alfonso.

—Gracias. Esperaré aún unos cinco minutos.

Ahmed le explicaba algo a Manolo en el otro extremo de la azotea. Alfonso, mientras tanto, le señalaba a Félix el lugar donde estaban construyendo sus casas, no muy lejos de allí. De momento, sólo se veían los cimientos.

—Parece buen chico Ahmed —dijo Félix—. ¿Vive aún con sus padres?

—No, qué va. Está casado y tiene dos niñas. Pero no se lleva muy bien con su mujer. La conoció en España, ¿sabes? Es árabe también, pero aún conserva las costumbres europeas y no se adapta a las tradiciones de Marruecos. No le gusta ponerse velo y todo eso y su suegra siempre se lo está recordando. Ahmed la amenaza a veces con

casarse de nuevo y meter en la casa a otra esposa.

—¿Por no ponerse el velo?

—No, no exactamente. Es que dice que se ha vuelto un poco vaga y...

—¿Y tendrían que convivir las dos mujeres en la misma casa? ¡Pero eso sería tremendo! ¿Ocurre muy a menudo?

—No, no mucho. Bueno, un hermano de Ahmed tiene dos mujeres.

—¿Lo ves? Éstas son las cosas que no me gustan de Marruecos. Tampoco que tengan que degollar a los corderos y todo eso.

—Bueno, cada país tiene sus costumbres —dijo Alfonso. Se quedó en silencio un momento y luego añadió—: Manolo te dirá que estoy enrollado con Ahmed, que es mi amor platónico y todo eso, pero no es verdad. Ya sabes cómo exagera las cosas.

—Entiendo.

—Sólo somos amigos. Además, no todo tiene que ser sexo, ¿verdad?

—Eso mismo es lo que digo yo.

Félix miraba su reloj cada dos o tres segundos, se frotaba el pelo y no podía estarse quieto ni un momento.

—Toma, toma el teléfono. Estás tan nervioso... Llámale de una vez. ¿Tan enamorado estás?

—No lo sé. Supongo que sí —dijo Félix temblando—. Ya te contaré cómo lo conocí. Fue todo tan... ¿Cómo funciona esto? No sé manejar estos aparatos. Lo siento.

—Dime el número y lo marcaré yo.

—Está bien.

Alfonso marcó el número y Félix volvió a recoger el teléfono móvil con manos temblorosas.

—Quédate aquí y habla tranquilo —dijo Alfonso alejándose hacia el lugar donde estaban Manolo y Ahmed.

—Gracias —dijo Félix apoyándose en la barandilla.

Aguardó algunos segundos hasta que empezó a oír las señales de llamada. Pero nadie respondía. Al parecer, no había nadie en la cabina. Aguardó un momento más y luego pulsó el botón que Alfonso le había indicado para colgar. Suspiró profundamente. Miró su reloj. Las cinco y treinta y dos minutos. Rachid ya debería estar allí esperando. El corazón le latía de un modo descontrolado. “Por favor —suspiró—, por favor”. Tenía que volver a llamar, pero no sabía cómo hacerlo. Se acercó a Alfonso en busca de ayuda. Éste pulsó el botón de rellamada y Félix regresó al otro extremo de la azotea. Sonaron las señales de llamada, pero nadie cogía el teléfono en la cabina. De pronto se oyó un ruido.

—*Allô!* —Félix creyó reconocer la voz de Rachid.

—¿Rachid?

—Oui. C´est moi.

—Rachid, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, bien. Pero te echo de menos.

—Yo también —dijo Rachid.

—Te necesito, Rachid.

—Yo también. ¿Cuándo vas a volver?

—Rachid, voy a regresar a España. Ya no me apetece hacer la gira que habíamos propuesto, si tú no estás a mi lado. Me iré a España mañana o pasado para arreglar allí algunas cosas y volveré a Marruecos lo antes posible. ¿Comprendes?

—¿No vas a venir a Marrakech?

—Sí, pero no ahora. Quiero continuar la gira por Marruecos contigo. Me gustaría que fuéramos juntos a Casablanca. Allí los marroquíes podéis ir por la calle con los extranjeros, ¿no? Alquilaré dos habitaciones en un bonito hotel, una para ti y otra para mí, aunque utilicemos sólo una, ¿entiendes? Iremos juntos a pasear y comeremos en los mejores restaurantes... Quiero que me des a conocer la comida de tu país y que...

—¡Ven pronto, por favor!

—Te quiero, Rachid.

—Yo también, de verdad. Te echo mucho de menos.

—Gracias. Fue una suerte conocerte. Me has hecho muy feliz.

—Tú también a mí.

—Estaremos en contacto. Por favor, mándame un par de fotos lo antes posible. Quiero ver tu rostro cada día, cada hora, cada minuto...

—Te las mandaré por Internet. Así, cuando llegues a Madrid, ya las tendrás allí.

—¡Sería estupendo! ¡Es una buena idea!

—Si quieres, puedes llamarme el sábado que viene a la misma hora.

—De acuerdo. Lo haré. Entonces ya estaré en España. A las cinco y media, hora de Marruecos.

—De acuerdo. Al mismo número.

Los dos se quedaron callados, sin saber qué decir.

—¿Qué vas a hacer después? ¿Vas a salir a dar una vuelta con tus amigos?

—No. Ahora voy a casa y más tarde jugaré un partido de fútbol.

—¿Juegas al fútbol?

—Sí. Estoy en un equipo de mi barrio.

—¡Pero eso es maravilloso! ¡Cómo me gustaría verte jugar!
—Soy medio izquierdo. Y mi equipo favorito es el Barça.
—¡Ah!, ¿sí?
—Cuando meta el próximo gol, te lo dedicaré a ti.
—Gracias. Me vas a emocionar.
Los dos volvieron a quedarse callados.
—Rachid… —dijo Félix finalmente.
—Sí…
—Por favor, no te olvides de mí. Yo no me voy a olvidar de ti.
—No te olvidaré, Félix. Te lo prometo.
—Te quiero.
—*Moi aussi*.
—Bueno, tengo que colgar.
—*Au revoir*.
—*Au revoir, mon amour*.

# CAPÍTULO IX

Habían previsto salir de Fez al día siguiente por la mañana, muy temprano, pero Alfonso y Ahmed tuvieron que hacer algunas gestiones en el banco y la salida se fue retrasando bastante. Félix y Manolo esperaban, mientras tanto, sentados en una terraza del bulevar Mohamed V y se divertían contemplando el ambiente.

Eran ya las doce del mediodía cuando el coche de Alfonso se dirigía, por fin, por la autopista, en dirección a Rabat. Para Manolo y Alfonso era un simple y rutinario viaje de placer, como tantos otros que hacían a lo largo del año, ya fuera juntos, separados o con otros amigos. Después de Rabat querían ir a El Jadida, Essauira, Agadir y a cualquier otro sitio que se les antojara de la costa. Para Félix era el final de su viaje. Sólo pensaba pasar un día en Rabat y, ya de madrugada, tomar el tren de Tánger, desde donde cogería el ferry para la península.

Alfonso y Manolo conversaban sobre sus asuntos. Félix, sentado en el asiento trasero, con los ojos semicerrados (el paisaje no ofrecía nada interesante que ver), procuraba no escucharles y se recreaba morbosamente en el recuerdo de Rachid.

—Félix —oyó de pronto que decía Alfonso—, ¿es cierto eso que me cuenta Manolo, que el chico ése os cogió de la maleta quinientos dirhams?

Félix abrió los ojos de súbito y contempló con rabia y estupor la aridez del paisaje. El hechizo se había roto. Ahora era el momento de pensar, de razonar, de hablar, algo que no le apetecía en absoluto.

—Sí, bueno, no sé...

—Hombre, ¿cómo que no sabes? —protestó Manolo—. El dinero estaba allí y desapareció después de que él viniera a casa.

—Bueno, no te preocupes —dijo Félix queriendo zanjar el asunto —. Ahora, cuando lleguemos a Rabat, te devolveré los quinientos dirhams. Te dije que te los daría, ¿no?

—Sí, pero no es eso.

—Claro que no, hombre —intervino Alfonso—. La cuestión es que hay que tener mucho cuidado con esos chicos. Tienes que saber con

quién tratas. Veo, y perdona que te lo diga, que eres un poco ingenuo, un poco sentimental, y la gente puede abusar de ti... Me caes bien y no me gustaría que te metieras en ningún lío.

—Gracias.

—Aquí no es como en España. Esos chicos se las saben todas, están a la que salta. Son...

—Sí, son *supervivientes* —dijo Félix—, ya me lo ha advertido Manolo. Pero también son personas, ¿no? No todos son iguales. Y, bueno, no soy tan tonto como parezco. Ese chico me quería.

Alfonso y Manolo se miraron el uno al otro y sonrieron.

—¡Por favor! —exclamó Alfonso—, ¿cómo un chico de veinte años va a querer a un hombre de cuarenta y tantos? Seamos realistas. Sólo tenemos que mirarnos un momento en el espejo.

—Ese chico no se habría enrollado contigo si le hubieras conocido en España o en cualquier otro sitio. Sólo la pobreza y la desesperación le han inducido a fijarse en ti —añadió Manolo.

—Muchas gracias. Eres muy amable.

—Tiene que hablarte claro para que lo entiendas —dijo Alfonso.

—Pero es que, aunque fuera pobre, yo le gustaba. Lo sé. Hay cosas que no se pueden disimular.

—¿Tú crees? Mira, dicen que los árabes son los mejores amantes del mundo hasta que consiguen lo que quieren.

—¿Y qué puede querer él conseguir de mí?

—Dinero, que le saques de Marruecos, todo lo que ya le estás dando, todo lo que le has prometido. ¿Te parece poco? A ver, suma lo que le has dado en total desde el primer día hasta el último.

—Quinientos dirhams exactamente.

—¿En cuántos días?

—Hemos hecho el amor tres veces, si es a eso a lo que te refieres.

—¡Pues es una barbaridad!

—¡Sólo son unas nueve mil pesetas!

—Sí, pero en Marruecos eso es mucho dinero.

—A mí no me importó dárselo. Yo creo que se lo merecía. Además, ni siquiera me lo pidió. Se lo di yo porque quise. Y siempre decía que no era por el amor...

—¿Lo ves? Todo eso forma parte de la estrategia de seducción. No quieren parecer interesados ni materialistas. ¡Pero seguro que es así como consiguen más dinero!

—También le dijo que aparentaba sólo treinta y cinco años, ¿qué te parece? —dijo Manolo con sorna.

—No debes olvidar —continuó Alfonso— que ellos están desesperados por salir de aquí. No tienen trabajo, no tienen un duro.

¿Es que no lo comprendes? Sólo te pueden ofrecer sexo. Intentan seducirte con el sexo. Y lo hacen muy bien. En eso son unos artistas. Conocen las sutilezas del sexo y del amor mejor que nadie, ya que es su medio de vida. Así que cuando dan con alguien un poco ingenuo que se entusiasma demasiado, se agarran a él y no lo sueltan.

—¡Qué ilusión que se agarre a mí y no me suelte! ¡Si precisamente lo que más temo es que se canse de mí y me deje!

—No te dejará, no te preocupes. No, hasta que te lo lleves a España.

—¡Exacto! —dijo Manolo—. Allí es donde conocerás al verdadero Rachid. ¡Cuéntale el caso de ese amigo tuyo! ¡Vamos, cuéntaselo!

Alfonso contó varios casos terribles, tremendos, escabrosos. Uno de ellos, el de un amigo suyo que se había gastado un montón de dinero en abogados y había luchado muchísimo durante meses y meses hasta conseguir que las autoridades españolas le concedieran el permiso de trabajo a un chico de Marruecos, el cual, cuando por fin llegó a España y se instaló con él, empezó a trabajar, entabló muy buenas relaciones con los vecinos, se ganó la confianza de todo el mundo, etc., y luego, un buen día, cogió todo lo que había en el piso, absolutamente todo, lo metió en un camión, ayudado por unos compatriotas suyos, se largó y no volvió a dar señales de vida. El amigo de Alfonso sufrió tal conmoción que aún estaba en tratamiento psiquiátrico. Luego contó el caso de un hombre que amaba muchísimo a un joven marroquí, un chico dulce y cariñoso, con el que vivía en Madrid desde hacía algún tiempo. Pero aquel hombre, ay, cometió la estupidez de dejar la casa y todo lo que tenía a nombre del chico y éste, al día siguiente de que firmara el testamento, lo asesinó a sangre fría. Había muchos otros casos de felonías semejantes: chicos que abandonaban a hombres mayores (los cuales se habían gastado mucho dinero en sacarlos de Marruecos) para irse a vivir con otros más jóvenes, maltratos, abusos y todo tipo de vejaciones.

—Y lo peor —continuó Alfonso—, es que uno siempre cree que su caso es distinto. Cree que esas cosas sólo le pasan a los otros, que el chico que uno ha conocido es diferente...

—Está bien —dijo Félix cerrando los ojos e intentando contener las lágrimas—. Lo habéis conseguido. ¿Os habéis quedado contentos?

Acababa de recibir el toque de gracia. Claudicó. Se sumió en un profundo mutismo. Los otros dos también callaron.

Sólo media hora después, próximos ya a Rabat, Manolo intentó consolarle diciendo:

—Bueno, puede que al chico le gusten los hombres maduros, quién sabe. Y, desde luego, si no te lo llevas a España, siempre tendrás aquí

a un perfecto amante.

—Siempre y cuando no deje a mano un puñado de dirhams —respondió Félix con sarcasmo—. Olvídalo, por favor, no intentes arreglarlo.

—¡Bah, considera ese dinero una propina extra por sus servicios! Si tan bien se lo montaba... Pero no te dejará, seguro. No te preocupes por eso. Siempre lo tendrás disponible.

—De todas formas, deberías tomártelo menos en serio —dijo Alfonso mirando a Félix por el espejo retrovisor—. ¿Por qué comprometerte con un chico, por muy guapo que sea, habiendo tantos? ¡Acuérdate de ése que se nos acercó en Fez! ¿No te hubiera gustado montártelo con él? ¡Pues como ése hay a montones en Marruecos! ¿Y por qué enamorarte de nadie? ¿Acaso hay quien lo merezca? El amor sólo trae problemas y sufrimiento.

—Pero él no es así, Alfonso, no te molestes —dijo Manolo—. Le conozco bastante bien y sé que él no es así. No le gusta la promiscuidad. No es como nosotros. El sexo no le basta. Dice que le produce desolación o algo así estar con alguien y no ver bien su cara o no conocer su nombre... ¿No era eso lo que dijiste: "Desolación"? Tú y yo, Alfonso, lo podemos hacer en un parque o en un servicio con cualquier desconocido, pero él no. A ninguno de los dos nos gusta repetir con la misma persona. Pero él no es así, ¿entiendes? A él lo que le horroriza es cambiar de persona.

Félix oía a Manolo y no sabía realmente si hablaba en serio o si se estaba burlando de él. Creía notar una cierta ironía en sus palabras, pero tampoco le importaba mucho. Que dijera lo que quisiera. Mientras que él no se viera obligado a hablar, podía decir lo que quisiera. Ya todo le daba lo mismo. No le interesaba nada. Sólo quería regresar a España, volver a su vida de siempre, olvidarse cuanto antes de Marruecos y de aquel muchacho, olvidarse de aquel amor absurdo e imposible. Se sentía ridículo. Se sentía patético.

—Quiero ir a algún sitio donde pueda tomarme una cerveza —dijo Félix cuando aparcaron el coche, cerca del puerto—. Es lo único que os pido, por favor.

—Me parece una buena idea —dijo Alfonso—. A mí también me apetece tomarme una cerveza.

—Mira —dijo Manolo—, vayamos al café de ese hotel. Ahí podremos beber todas las cervezas que queramos. Tiene una terraza donde creo que las sirven, cosa poco habitual aquí.

Entraron en el hotel y pasaron a un jardín interior, donde

ocuparon una mesa a la sombra de un ficus. Había muchas más mesas y casi todas estaban ocupadas por extranjeros. La temperatura aquí era suave y agradable. Nada que ver con la de Fez o Marrakech. La brisa marina movía levemente las hojas de los árboles y despeinaba sin piedad el cabello ralo y canoso de los tres hombres. Cuando el camarero depositó las tres cervezas sobre la mesa, Félix agarró la suya con avidez y le dio un gran sorbo. Sintió una deliciosa sensación de alivio, como si se arrancara de pronto una adherencia molesta pegada a su cuerpo. Tomó aire, miró el vaso de arriba abajo y volvió a beber otro gran trago de cerveza. Sintió ahora una dulce y remota sensación de consuelo. Manolo y Alfonso le miraban con curiosidad.

—No os alarméis —dijo Félix—. No voy a montar ningún número. Tranquilos.

—Está bien esta cerveza de Marruecos —dijo Manolo, por decir algo.

—Sí, bastante bien. ¿Quieres otra? —le preguntó Alfonso a Félix.

—Sí, por favor.

Alfonso llamó al camarero y le pidió otra cerveza.

—Si os parece —dijo Manolo—, después de esto, podíamos ir a comer, luego buscamos hotel y a continuación le mostramos Rabat a Félix. Ya que sólo va a estar un día...

—Podrías venirte con nosotros a El Jadida —dijo Alfonso—. ¿Por qué tienes tanta prisa por marcharte? Si te quedaras una semana más, podríamos volver juntos a Madrid en mi coche.

—No, no puedo. Gracias —se disculpó Félix—. Además, llevo aquí unos doce días y mi plan era estar dos semanas, así que, en realidad...

—¡No has visto casi nada!

—¡Bueno, ya he estado en cuatro o cinco ciudades!

—Pero el verdadero Marruecos está en los pueblos.

—Rabat te gustará —dijo Manolo—. Es una ciudad tranquila y elegante. Su medina es pequeña, pero está muy bien. No tiene nada que ver con las de Fez o Marrakech. Aquí nadie te molestará. Ya lo verás. Esto es totalmente distinto. Mucho más europeo en cierto sentido.

—Aunque se liga igual —apostilló Alfonso.

—Pues qué bien —dijo Félix con la mirada ausente.

El camarero trajo la otra cerveza.

Comieron de modo informal, en un *Fast Food*, cerca del puerto, por menos de treinta dirhams cada uno. Después fueron a alojarse al Grand Hotel, un hotel de lujo hoy venido a menos, aunque todavía

presentable. Al menos, conservaba cierto glamour y el encanto rococó de su decoración.

Félix y Manolo cogieron una habitación doble, como era su costumbre cada vez que viajaban juntos, ya que el primero no soportaba dormir solo, y Alfonso tomó una individual. Después de cepillarse los dientes y cambiarse de ropa, se reunieron en la recepción.

—Callejearemos después —dijo Alfonso—, pero ahora prefiero que vayamos en coche a echar un vistazo por los alrededores de la ciudad.

Los llevó a ver la Torre de Hassan y el Mausoleo de Mohamed V. Contemplaron desde allí la panorámica de la ciudad y luego se alejaron con el coche hacia el sur, bordeando la costa. En la playa, salpicada de rocas negras, había aquí y allá gente bañándose, niños jugando y hombres pescando. Se había levantado un fuerte viento y las olas se estrellaban con violencia contra la playa, formando un velo de bruma. De pronto se detuvieron en lo que parecía un hotel y entraron en un salón, desde cuya terraza se divisaban unas magníficas vistas. No encontraron ninguna mesa libre, por lo que le pidieron a un hombre que estaba sentado solo que les permitiera compartir su mesa con ellos. Resultó que hablaba español. Al parecer, tenía un negocio de alfombras en la provincia de Alicante, y repartía su tiempo entre aquella ciudad y Rabat. Manolo y Alfonso entablaron una larga conversación con él sobre economía. Félix, mientras tanto, callaba. Miraba la playa, bebía cerveza y callaba. Había encontrado consuelo en la cerveza. No quería volver a pensar nunca más en Rachid.

El marroquí se empeño en invitar las consumiciones de los tres españoles y se marchó. Ellos aguardaron allí un rato más y después regresaron a Rabat.

—Ahora vamos a ver la medina —dijo Alfonso.

—Muy bien —dijo Félix con indolencia.

—Tenemos tiempo aún para ver muchas cosas —dijo Manolo.

Alfonso había quedado con Hamid a las nueve de la noche para ir a cenar a un restaurante francés. Hamid era un hombre plácido, de mirada humilde. Su rostro desprendía honestidad y bondad.

Tanto Alfonso como Manolo tenían amigos en casi todas las ciudades de Marruecos y los llamaban, de vez en cuando, para tomar el té, charlar, hacer algún pequeño viaje o comer juntos. Intercambiaban noticias, regalos o mensajes de los amigos ausentes. No eran amantes, sólo amigos. Aunque en algún tiempo lejano, tal vez, habían sido amantes eventuales.

Félix y Hamid simpatizaron enseguida el uno con el otro. Se miraban afectuosamente, se decían palabras corteses y se sonreían. Hamid sólo hablaba francés, además de árabe, así que Manolo, que no hablaba apenas francés, se limitaba a observar y permanecía un poco al margen. Aunque, a veces, Félix o Alfonso le traducían alguna palabra.

La forma en que Alfonso había conocido a Hamid era bastante curiosa. Un día en Madrid, en la estación de Chamartín, unos chicos marroquíes se acercaron a él y le dijeron que se habían quedado sin dinero y no podían pagar el pasaje del tren de uno de sus compañeros. Alfonso hubiera podido darles una moneda cualquiera, como hace la gente en esos casos, y seguir andando, pero, en lugar de eso, se sacó la cartera del bolsillo y les preguntó cuánto necesitaban exactamente. Los chicos se lo dijeron y él les dio un billete que superaba con creces tal cantidad. Acto seguido se marchó de allí sin esperar siquiera a que le dieran las gracias.

Varios años después, en Rabat, un joven quiso hablar con él en una avenida muy transitada y Alfonso lo rechazó creyendo que era un mendigo o un vagabundo, uno de esos tipos que sólo pretenden molestarte. El chico, no obstante, insistió en hablar con él y, al final, como no veía otra forma de conseguir que le escuchara, gritó:

—¡Chamartín, Madrid!

Entonces Alfonso se paró en medio de la acera y volvió la cabeza. Miró a aquel joven, pero no lo reconoció.

—Usted nos pagó el pasaje de tren en Chamartín —oyó que le decía el desconocido—. No fue a mí, sino a mi compañero, pero le he reconocido y quiero darle las gracias. Mis amigos también querrán saludarle si saben que está aquí.

¿Cómo era posible, se preguntaba Alfonso, que aquel chico, Hamid, le hubiera reconocido después de varios años, si sólo le había visto el rostro durante unos breves segundos? Son esas cosas raras que a veces pasan en la vida.

Fueron a un café a celebrar el reencuentro. Se rieron y rememoraron la anécdota. Más tarde, Alfonso quedó con los otros chicos, que ya eran hombres, y el que recibió el dinero quiso devolvérselo, pero Alfonso no lo aceptó.

Hamid era ahora uno de los mejores amigos de Alfonso en Marruecos. Tuvieron una experiencia sexual al principio, que no se repitió (ya que Alfonso raramente repetía con la misma persona), pero al final, después de diez o quince años, ninguno se acordaba de aquello y ahora sólo quedaba la amistad.

Hamid era un pequeño comerciante. Tenía dinero y quería pagar la

cuenta del restaurante, pero Alfonso no le dejó. Era difícil pagar nada si se encontraba allí Alfonso para impedirlo.

Después de la cena y de tomar café en la terraza de un hotel, donde mantuvieron una tormentosa discusión política, los tres españoles se despidieron de Hamid y fueron a dar un paseo informal por algunas calles donde había *ambiente*.

Entre las sombras, aquí y allá, sorprendían las miradas furtivas de muchos hombres solitarios que iban a la caza de otros hombres. Alfonso debió interesarse por alguien, ya que les abandonó en algún punto del camino.

Félix y Manolo subieron directamente al hotel.

—¡Escucha, tengo algo que decirte! —gritó Manolo, de pronto, cuando Félix empezaba a quedarse dormido.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre esto —dijo Manolo agitando un sobre en la mano.

—No entiendo. ¿Qué pasa?

—¡Los quinientos dirhams! ¡Han aparecido! ¡Estaban en este sobre! Lo debí esconder tan bien que... ¡Y lo acabo de encontrar ahora!

Félix se incorporó sobre la cama y soltó un largo suspiro.

—¡Joder! —dijo.

—Lo siento.

—Así que han aparecido.

—Lo siento. De verdad.

—Yo lo sabía. *Lo sabía*.

—Tampoco estoy seguro de que mirara en las otras maletas, si he de serte sincero.

—¡Ah!, ¿no? ¡Eres muy amable al decírmelo! ¡Gracias!

—Es que no sé qué me pasa últimamente. Con tanto hacer y deshacer maletas, me lío y luego no encuentro las cosas.

—Está bien —dijo Félix magnánimo; ya, ¿qué importaba?—. No te preocupes.

—No podía acostarme sin decírtelo.

—Gracias.

Los dos se quedaron callados. Félix se levantó de la cama y se asomó al balcón. Manolo comenzó a guardar en la maleta las cosas que había sobre su cama.

—Al menos, sabes que no es un ladrón.

—Sí, aunque no creo que eso cambie mucho las cosas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Todo aquello era demasiado bonito para ser verdad,

¿no te parece? Yo soy un ingenuo y me lo creo todo, incluso mis propios sueños. Pero ahora... ahora no estoy seguro de que le gustara. ¿Cómo un chico así podría fijarse en mí? ¡Tengo cuarenta y dos años! ¡Podría ser su padre! Besaba bien, es cierto; era cariñoso y hacia muy bien el amor, demasiado bien, pero tal vez sólo era una técnica bien aprendida. Es lógico que desconfíe de él.

—¿Por qué? Lo mismo le gustas.

—¡Joder! ¡No hay quién te entienda! ¿Me quieres volver loco o qué? Antes dijiste que todo era por interés, que los marroquíes...

—No lo sé. Su único delito es ser un chico pobre. Lo mismo he sido algo injusto con él. Si le gustas, eso debes saberlo tú mejor que nadie.

—Sí, supongo que sí. Pero llevaba una navaja en el bolsillo la última noche que fue al apartamento. Imagino que en un principio tenía malas intenciones, pero que luego se arrepintió, le di lástima o no le mereció la pena. Ese chico era tan extraño.

—¿Cómo una navaja? En Marruecos los chicos no suelen llevar navajas.

—Tenía algo en el bolsillo, algo metálico que me pareció una navaja automática. No estoy muy seguro, pero me lo pareció.

—Eso son fantasías tuyas. Sería un bolígrafo o algo así.

—Bueno, estoy muy cansado —dijo Félix regresando a su cama—. Necesito dormir. Aunque no sé si podré dormir. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Manolo removiendo cosas dentro de su maleta—. Por cierto —añadió al cabo de un rato, después de apagar la luz—, hay algo que te quería decir. No me atreví a contártelo mientras estábamos en Marrakech por si te asustabas.

—¿Qué es?

—No, no es nada sobre Rachid. Simplemente que el edificio donde vivíamos... Bueno, pues que hace unos pocos meses... En fin, que mataron allí a un hombre. Un extranjero. Inglés o americano. No lo sé. Por lo visto, abusó de un niño muy pequeño y éste le chantajeó. Tal vez el tipo no pagó todo lo que le pedían o... ¡Vete a saber! El caso es que una mañana lo encontraron degollado en medio del salón. Por eso los niños me disgustan tanto, ¿comprendes? ¡No puedo soportar siquiera que se me acerquen!

—Sí, pero a mí no me gustan los niños. ¿Por qué se te ha metido esa idea en la cabeza? Yo soy una persona normal. No tengo esa clase de vicios. Me gusta la juventud y la belleza, como a todo el mundo, pero nada más. No tengo morbosas inclinaciones.

—Ya lo sé. Es que...

—Por cierto, ¿no sería en nuestro mismo apartamento donde mataron a ese hombre?

—...

—Mientras estuve allí, no paraba de sentir extrañas vibraciones. Y hubo momentos, cuando me quedé a solas con Rachid, en que tuve verdadero terror. Era algo que no podía explicarme, que no tenía razón de ser —Manolo permanecía callado—. Fue allí, ¿verdad?

—...

—¡Joder! ¿Y cómo se te ocurre alquilar un apartamento donde han matado a un hombre?

—...

—¡Dios mío! ¡Nunca más podré volver por allí!

—Yo no sabía nada. Me enteré después.

—Sí, ya. ¡Pues tienes que dejar ese apartamento! ¿Me oyes? ¡Tienes que dejarlo!

# CAPÍTULO X

Tánger. De nuevo Tánger. Los marroquíes la llaman la Puerta de Europa. Para Félix era más bien la Puerta de África, pues era aquí donde había entrado en contacto por primera vez con África, donde quedó deslumbrado de pronto ante aquel abigarramiento humano, ante el colorismo exuberante del mundo islámico. El *petit taxi* le llevaba por calles que había frecuentado solamente durante dos días, pero que ya le resultaban familiares. Tánger... Dos semanas antes de llegar allí ni siquiera hubiera sido capaz de situarla en el mapa. Fue Manolo quien lo hizo, trazando una burda señal con un rotulador rojo, cuando se reunieron en Madrid para planear los detalles del viaje.

—De Madrid, en autobús, a Algeciras —decía—. De Algeciras a Tánger, en ferry. En Tánger nos quedaremos un par de días y luego...

Luego venían Marrakech, Beni Mellal, Fez, Rabat y Casablanca.

Félix seguía el trazado con interés. Marrakech era la ciudad que quedaba más al sur. La imaginaba ya en pleno desierto.

—Bueno, no exactamente —decía Manolo—. Aunque hace mucho calor. ¡Luego no te quejes del calor!

Habían estado hablando del viaje durante años. Manolo iba a Marruecos muy a menudo. Al principio, una vez al año; luego, cada seis meses, y finalmente un mes sí y otro no. Hasta que le comunicó que había alquilado un apartamento y que se iba a quedar allí a vivir durante largas temporadas.

—Estarás más cómodo en mi casa que en un hotel —le decía Manolo—. Tendrás más libertad para subir a alguien si te apetece. No hay ningún problema. Marruecos es un país seguro. Estando dos en la casa, no pasará nada.

Cada vez que se veían o hablaban por teléfono, Manolo no paraba de sugerirle que le acompañara en su próximo viaje. Pero Félix siempre encontraba una excusa para decir que no. Sentía rechazo y antipatía por el sur. Él prefería los países *civilizados* del norte de Europa. Como mucho, podía ir a Portugal, a Grecia o a Italia. No podía imaginar (ni soportar) nada más al sur, nada más lejano y exótico que el sur de Europa. A él lo que de verdad le gustaba era

Gran Bretaña. Había vivido allí algún tiempo y siempre soñaba con regresar. Soportaba el frío mejor que el calor, le gustaban el té y las costumbres inglesas. Ya vivía en España, que estaba en el sur, en el sur profundo de Europa.

Pero luego, un día, de pronto, Félix dijo sí, de acuerdo, iré contigo la próxima vez. Lo dijo por decirlo, simplemente porque estaba harto de su vida en Madrid, porque quería salir de su pequeño mundo y no sabía adónde ir, o no quería ir a cualquier otro sitio solo. Se había enfadado con Enrique. Éste le había decepcionado una vez más y el viaje sería una forma de desconectar, de liberarse de él. Félix le seguía amando. Le seguía considerando el compañero ideal. Sólo que ya habían cortado las relaciones sexuales (relaciones que no fueron muchas y ni siquiera satisfactorias). Aunque eso era lo de menos. Félix había acabado acostumbrándose. Pues Enrique no se iba con mujeres ni, por supuesto, con otros hombres. Pero eran felices viendo películas juntos, preparando la comida juntos, tomando cerveza juntos, durmiendo uno al lado del otro, en camas separadas, pero tan juntos. Félix no podía concebir mayor felicidad que la de estar al lado de Enrique, leer un libro sentado en su sillón, mientras Enrique dormía o veía un partido de fútbol. Enrique era como un niño. No había madurado ni maduraría nunca. No era probable que encontrara a una mujer, ya que ni siquiera la buscaba. Al parecer, no tenía tampoco una gran necesidad sexual. Tal vez se masturbaba una vez a la semana o cada quince días. Era un chico guapo, pero carecía del menor sentido del erotismo. Félix le quería porque el chico le necesitaba. Sabía que, sin él, Enrique no era nada. Su madre había muerto cuando era un niño y su padre vivía en otra ciudad con una prostituta. No sabían nada de él desde hacía años. Un hermano suyo vivía en Barcelona y estaba enganchado a la heroína. También había perdido el contacto con él. Así que Enrique no tenía en el mundo a nadie más que a Félix. Lo había pasado mal en su infancia. No había recibido cariño de nadie, no estaba acostumbrado a las caricias y, por lo tanto, tampoco las necesitaba. Había estado mucho tiempo en la calle, había vagabundeado en compañía de su padre por diversos pueblos y ciudades. Había mendigado incluso. Sabía lo que era pasar frío y hambre, soledad y miseria. Aunque nunca quería hablar de ello. Pero, por eso mismo, porque nunca había tenido un hogar, Enrique ahora sólo se sentía a gusto dentro del hogar que Félix, con tanto afán y cariño, había creado para él. Sólo quería estar en casa. Salía del trabajo y se iba corriendo para casa. No se demoraba nunca ni un segundo en ningún sitio. Si acaso, y muy excepcionalmente, se tomaba una cerveza en el bar de la esquina, antes de subir y encerrarse hasta

el día siguiente. Y los sábados y domingos tampoco salía de casa. Su idea de la felicidad consistía en tumbarse en el sofá, beber cerveza y ver la televisión. A veces ponía música de grupos radicales y se sentaba en la terraza a escucharla. Se sabía de memoria las letras de montones de canciones radicales que hablaban de marginación, desarraigos y violencia gratuita. Algunos amigos o compañeros de trabajo le llamaban a veces, le buscaban, le invitaban a salir, pero él casi siempre se negaba a acompañarles. Decía, muy ufano, que dónde iba a estar mejor que en casa. Y Félix se llenaba de orgullo y de satisfacción al oírle hablar así. No podía imaginar nada más agradable que estar al lado de Enrique, en casa, contemplándole furtivamente, adorándole, sintiéndose acompañado por él.

Pero las cosas tomaron un rumbo distinto cuando Enrique aprobó el carnet de conducir y se compró un coche. Éste se convirtió para él en una especie de juguete fantástico al que dedicaba todos sus anhelos. Era la primera cosa que Enrique poseía en su vida y por ello mismo se apegó a ella y le tomó un cariño enfermizo. Ahora Enrique paraba menos en casa. Se iba por ahí sin decir nada y ni siquiera invitaba a Félix a acompañarle. Y éste se quedaba solo las tardes enteras y también muchos sábados y domingos. Preparaba la comida, pero Enrique no venía a casa y al final tenía que comer solo. Muchas noches Enrique también llegaba bastante tarde, a menudo borracho. Y entonces Félix cayó en una profunda depresión. Tal vez Enrique no era el compañero de su vida, se dijo. Ni siquiera se comportaba ya como un amigo. No hablaban, no se veían apenas y Félix se sentía cada vez más solo. Así que Félix empezó a replantearse su relación con él. Decidió que debía salir. Decidió que debía buscar un nuevo compañero. Decidió reiniciar, aunque fuera con prostitutos, cierta actividad sexual. Un día contrató a un chapero y descubrió que era grato, después de todo, abrazar otro cuerpo. Sin embargo, tampoco había sentido apenas deseo sexual por aquel chico. La culpa era suya. Lo sabía. No se trataba de un problema de impotencia. Sencillamente tenía baja la libido. El deseo es como una planta: si no la riegas, se seca. Pensó que se le estaban atrofiando los instintos. Está bien carecer de deseos; así no sufres y estás más tranquilo. Pero él no era tan mayor. No podía apagarse tan pronto. Además, sabía que el sexo, la práctica del sexo, te mantiene vivo, alegre, joven y dinámico. Tenía que hacer algo, tenía que cambiar de vida. Tenía que...

—De acuerdo —le dijo a Manolo—, me iré contigo a Marruecos.

Y así fue cómo empezó todo, los laboriosos planes, las llamadas telefónicas para concretar esto o aquello. Hasta que por fin llegó el día acordado y se dirigieron a reservar los billetes. Y luego hubo que

hacer las maletas y movilizar tantas y tantas cosas.

Tomaron el autobús nocturno de Algeciras. Se dirigían al sur, a Andalucía, pero Félix aún no podía creer que al final llegasen a Marruecos. Se dio cuenta de ello, tal vez, cuando estaban en el ferry y veía a su alrededor más marroquíes que españoles.

El ferry atracó en el puerto de Tánger y Manolo dijo que el hotel estaba muy cerca y que harían el trayecto andando. Muchos hombres, jóvenes o viejos, se les acercaban para ayudarles, pero Manolo los rechazaba de un modo desagradable.

—¡Esto es ridículo! —se quejó Félix—. ¿Por qué no cogemos un taxi? ¡Yo lo pagaré! ¡No te preocupes!

—No es por lo que cueste. Es que, si puedo evitarlo, nunca cojo un taxi. Los taxistas son la mayor gentuza del mundo. Aquí y en todas partes. Me han engañado muchas veces. Siempre acabas discutiendo con ellos y ya estoy harto. Además, el hotel queda cerca.

Pero no quedaba cerca. Tuvieron que andar más de un kilómetro. Se detuvieron en el primer café que vieron, totalmente agotados y empapados de sudor. Se dejaron caer en dos sillas de la terraza y fue allí donde Félix recibió de pronto el primer impacto visual de Marruecos. “¡A sólo dos horas de barco y cómo cambia el mundo!”, se dijo. “Es todo tan jodidamente abigarrado y exótico —le escribió en una postal a un amigo—, que ni te lo imaginas”. Había cientos de limpiabotas (¿desde cuándo no había visto Félix un limpiabotas en España? ¡Veinte años, como mínimo!), había músicos ambulantes, saltimbanquis, tipos curiosos que improvisaban cualquier número en medio de la calle por unos cuantos dirhams, había montones de niños sucios y una procesión interminable de mendigos (la suciedad y la pobreza también eran una forma de exotismo), había vendedores de todo tipo de baratijas ¡y chilabas, muchas chilabas, chilabas de mil colores!, hombres tocados con el famoso fez y mujeres con velo y pañuelo, cubriendo por completo sus rostros. Pero también había hombres y mujeres vestidos a la europea o en combinaciones mixtas, de la manera más extravagante: pantalones vaqueros y encima una chilaba, zaragüelles blancos y una chubasquera roja o azul... (a pesar del tremendo calor, la gente parecía cómoda con prendas de abrigo, como si fuese pleno invierno). Y, sobre todo, había mucha gente, gente ociosa o en constante movimiento por todas partes. Félix observó también que ellos no pasaban desapercibidos. Mucha gente les sonreía, les hablaba o intentaba llevarles las maletas. A veces alguien les hacía algún gesto desde una esquina o desde el otro extremo de la calle, gesto que Félix no comprendía y que le desconcertaba, pero poco después se dio cuenta de que no había

ningún afán de burla o de rechazo en tales gestos, sino una simple y natural manifestación de simpatía humana.

De pronto llegó un mendigo, un paralítico, y le tendió la palma de la mano a Félix para que le diera una limosna:

—No le des nada. No des nada a los mendigos o no te los podrás quitar de encima —le dijo Manolo.

Félix hizo un gesto negativo con la cabeza dos o tres veces y al final el hombre se marchó a la mesa de al lado, donde un joven marroquí, un chico pobre que un momento antes les había contado que quería irse a España a trabajar con un hermano suyo de chapista, se sacó un dirham del bolsillo y se lo dio al mendigo. Félix se sintió terriblemente herido y humillado.

—No me digas otra vez qué es lo que debo o no debo hacer —le dijo a Manolo—. Si quiero dar limosnas, las daré.

Y a partir de entonces procuró tener siempre el bolsillo lleno de monedas para ir dando a todos los que le pedían.

Según pudo comprobar después, todo el mundo en Marruecos daba limosnas a los mendigos, incluso los más pobres las daban. La limosna allí era una costumbre, una tradición y una forma de vida.

Siguieron andando aún un buen trecho hasta llegar al hotel. Éste quedaba justo enfrente del paseo marítimo. Pero, para entrar en él, tuvieron que subir aún un tramo de escaleras por una calle perpendicular llena de escombros y suciedad por la que vieron bajar corriendo una rata. Manolo se apartó con un gesto de asco y dos chicos que había sentados en el poyete de una puerta se rieron a carcajadas.

Era todo un espectáculo sentarse en la terraza de cualquier café del Zoco Chico y ver pasar a la gente. Simplemente eso. Sentarse y observar. Pero a veces puede ser peligroso mirar a alguien, aunque la mirada sea casual e inocente. Un limpiabotas, un chico de unos doce años, vestido con un chándal color naranja, muy sucio y desastrado, se acercó a ofrecer sus servicios a Manolo y luego a Félix. Vio que ambos llevaban sandalias y se apartó de ellos perezosamente. Pero Félix sintió pena de él al verle tan sucio y le obsequió con una sonrisa de disculpa, como diciendo: “Lo siento, no llevamos zapatos, no podemos darte trabajo; otra vez será”. Y entonces el chico comenzó a merodear en torno a él. Iba y venía por la acera, se apostaba en una esquina próxima, le hacía algún gesto o le lanzaba miradas implorantes.

—¿Qué le pasa a ese niño? —preguntó Félix—. ¿Por qué nos mira así? ¿Qué quiere?

—Estará esperando a que te lo montes con él. ¿Qué va a querer?

—¡Por favor! ¡Es sólo un niño!

—Pero le has debido mirar quizá demasiado amablemente y se ha hecho ilusiones.

—¿Tan jóvenes empiezan?

—¡Y no creas que tú serías el primero! Son muy peligrosos esos niños. Ten cuidado con mirarles demasiado o con darles confianzas. Luego no te los podrás quitar de encima ¡y menudo compromiso!

En eso, a la larga, Félix no tuvo más remedio que darle la razón.

Manolo sabía del terrible problema psico-sentimental-sexual de su amigo, así que trataba de ayudarle a que se divirtiera en Marruecos.

—Mira ése —le decía de vez en cuando—, ¿no te gusta ése?

Félix le miraba un momento y luego decía:

—No. No me gusta nada.

—¿Y aquél?

—No. Tampoco.

—Veo que te vas a ir de Marruecos sin hacer nada. Si no te gustan ésos, es que no te gustan los hombres.

Pero a veces alguien le atraía un poco y Manolo se apartaba para que Félix y el otro iniciaran el acercamiento. Muy a menudo el tipo se aproximaba, pero entonces Félix miraba rápidamente para otra parte o se alejaba de allí despavorido y dejaba al tipo plantado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntaba Manolo.

—No lo sé. No estaba muy seguro.

—¡Pues sí que eres complicado!

Al segundo día, por la tarde, después de comer, iban caminando por una calle al azar, cuando se cruzaron de pronto con un chico tan guapo que Félix no tuvo más remedio que volver la cabeza para mirarle. Curiosamente, el chico también había vuelto la cabeza y poco después ya les estaba siguiendo. Félix y Manolo comenzaron a subir entonces hacia la parte moderna de la ciudad y el chico les seguía a cierta distancia por la otra acera. Subían y subían, giraban a la derecha o a la izquierda y el chico desaparecía de pronto o reaparecía donde menos lo esperaban, hasta que al final Manolo decidió alejarse y dejar solo a Félix para que se entendiera con él. En aquel momento estaban el uno enfrente del otro, separados por la calzada, y Félix le hizo un gesto al muchacho para que viniera y se sentara con él en una terraza.

El chico se acercó sonriente y le estrechó la mano con energía. Se llamaba Adil y no era de Tánger, dijo. Acababa de llegar justo en

aquel momento de una ciudad o pueblo próximo para comprar un producto naturista que necesitaba alguien de su familia que estaba enfermo. Vestía unos pantalones Levi´s y una camiseta Nike. Tenía unos dientes blanquísimos y un aspecto inmejorable. Pidieron dos zumos de naranja. Félix estaba ya pensando cómo preguntarle a aquel chico cuánto le cobraría por llevarle a la cama, temía incluso que le pidiera demasiado, cuando vio que el otro se sacaba del bolsillo un gran fajo de billetes para pagar los zumos.

—No, por favor —dijo Félix—. Pagaré yo.

Sin embargo, el chico se empeñó en pagar y Félix no pudo impedírselo. Entonces éste se dio cuenta de que en realidad aquel chico no era un prostituto, sino un homosexual que se había sentido atraído por él. “No todos aquí venden amor —se dijo—, no todos aquí son pobres, aunque tengan la piel oscura”.

Se sintió muy halagado de que un chico como aquél, tan joven, tan guapo y con tanta clase, se hubiera fijado en él y se hubiera tomado tantas molestias en seguirle por la ciudad. Sin embargo, descubrió de pronto que ya no le gustaba. Precisamente porque se sentía atraído por él, ya no le gustaba. Y decidió que tenía que quitárselo de encima lo antes posible. Aunque no sabía cómo. Pensó en varias excusas poco convincentes, hasta que se le ocurrió contarle la historia de que su amigo (el hombre que había visto con él) era muy celoso, iba a regresar en cinco o diez minutos y se pondría furioso si le veía hablando con otro hombre, por lo que debían separarse. Lo lamentaba mucho, ya que él le gustaba, pero no tenían más remedio que separarse. Aunque, si quería, podía darle su número de teléfono y ya le llamaría cuando tuviera una oportunidad. El chico se sintió muy decepcionado. Llegó a explicar, en un intento desesperado, que los medicamentos que había ido a comprar a Tánger no eran para él, sino para un familiar, temiendo quizá que se hubiera producido algún malentendido. Pero Félix fue implacable. Su amigo iba a volver de un momento a otro, repetía, y se pondría furioso si le veía hablando con él, si sospechaba que estaba intentando serle infiel, etc., *etc.* Así que Adil no tuvo más remedio que marcharse. Félix no lo lamentó en absoluto. Al contrario, sintió de pronto que se había quitado un gran peso de encima. Cuando se lo contó a Manolo, éste sencillamente no podía creerlo.

—¿Pero has dejado escapar a ese bombón sólo porque le gustabas? —le espetó.

—Puede ser.

—¿O es porque tenía un montón de dinero?

—Sí —dijo Félix sin la menor intención de parecer irónico—. Debe

ser que me gustan pobres.

—¿Y no será que te gustan un tanto peligrosos?

—¡No lo sé! Sólo sé que ése no me gustaba. Al principio sí, pero luego no. Él no es el chico que estoy buscando, no es el chico de mis sueños.

—¡Ah!, ¿pero estás buscando al chico de tus sueños? Yo creía que sólo buscabas alguien con quien follar.

—¡No seas vulgar! Por supuesto que busco al chico de mis sueños. Busco alguien especial. Alguien que me haga vibrar, ¿comprendes? El chico que a mí me guste tiene que ponerme nervioso, ¿comprendes?, y ese chico en cinco minutos ya me estaba aburriendo.

—Hay un hotel por aquí cerca que en realidad es una casa de citas, un burdel de tíos —le dijo Manolo cuando salían a la calle, poco después de dejar las cosas en la habitación—. Lo dirige un viejo de más de ochenta años, un español. Si no se ha muerto, el hotel seguirá abierto. Podemos ir luego a hacerle una visita y a echar un vistazo. Tú te quedas, si quieres, un rato, pero yo me iré y nos reunimos luego en cualquier sitio.

—Me parece una gran idea —dijo Félix, a quien tales instituciones le producían cierto morbo—. Estoy abierto a todo tipo de experiencias y sensaciones.

Se dirigían hacia allá cuando un hombrecillo pequeño y desdentado se les acercó y saludó a Manolo como si fuera un amigo de toda la vida. Luego estrechó la mano de Félix y le dijo:

—¿Qué? ¿De Madrid, de la Puerta del Sol?

—Bueno, no exactamente.

—Pues si necesitan cualquier cosa... Ya saben, paro por aquí.

Manolo puso una moneda en la mano del hombrecillo y se alejaron.

—¿Qué es lo que quería decir? ¿Qué es eso de la Puerta del Sol? —preguntó Félix.

—Sólo era una insinuación. Ya sabes la movida de Sol. Ese tipo te consigue todo lo que quieras. Vive de eso. Te busca el chico de tu gusto y además el hotel donde llevarlo. Pero le tienes que dar comisión y es una tontería cuando hay tanta gente que se te va a ofrecer sin intermediarios.

—¿Pero hay tipos que se dedican a eso? —exclamó Félix—. ¡Es tan pintoresco! Me parece... no sé cómo decirlo... tan de entreguerras o tan decimonónico.

—Marruecos es todavía un tanto decimonónico. En ello reside su

encanto.

El burdel estaba en una calle escondida, a la subida de una pronunciada cuesta. Era una casa blanca de cuatro plantas, con rejas artísticas en las ventanas, lo que le daba cierto aspecto andaluz. Les abrió la puerta un hombre pequeño y delgado, de ojos vivos y penetrantes, pálido y con la piel arrugada. Tenía varios anillos de oro con brillantes en ambas manos y vestía una chilaba bordada, casi transparente, de un tono azul claro. Era Angelito, el propietario. Llevaba más de cincuenta años viviendo en Tánger y no sabía ni una palabra de árabe. En su casa sólo se hablaba español. Les hizo pasar y les ofreció asiento junto a una mesa en el salón. Manolo se excusó. Dijo que sólo había ido a saludarle y a presentarle a su amigo. Intercambiaron algunas frases corteses y luego se marchó. Félix tomó asiento junto a otro hombre, un portugués algo amanerado que hablaba español con acento andaluz. Un marroquí de edad indefinida, con expresión de aburrimiento, estaba sentado en el otro extremo del salón y buscó enseguida complicidad en la mirada de Félix. Pero éste decidió que aquél no era el chico de sus sueños y optó por ignorarlo cruelmente.

Angelito reapareció con un perro pequeño, un cachorro de alguna mezcla rara con pastor alemán. Comenzó a darle de comer mientras le hacía arrumacos. Le contó a Félix cómo un amigo le había conseguido el perro. Era una historia triste y conmovedora de perro abandonado, a la que Félix no prestó demasiada atención, ya que no sentía demasiada simpatía por los perros (siempre había preferido los gatos). El portugués y el joven marroquí comenzaron a hablar y él, sin querer, se vio de pronto implicado en la conversación. El marroquí intentaba llevarle a su terreno, atraer su atención. Pero Félix se mantuvo siempre en un tono de calculada indiferencia. Luego bajó por las escaleras un adolescente con cara de pilluelo. Angelito le regañó por alguna pendencia cometida y le obligó a dejar un par de billetes en el mostrador. Por lo visto, los había robado a algún cliente anterior. El chico aguantó el sermón con estoicismo y aparente humildad, luego recuperó su carta de identidad y se marchó. Félix se sintió inmediatamente atraído por él, sobre todo por la maldad que transmitían sus ojos, pero como acababa de estar con otro, no le pareció decoroso solicitar sus servicios.

—Son muy malos —se quejó Angelito—, la mayoría de estos chicos son muy malos, pero conmigo no les vale. Ya saben que el que la hace, la paga.

—¿Y no... no les tiene usted miedo a esos chicos, estando aquí solo? —le preguntó Félix.

—No está solo —dijo el portugués—. Tiene a su amigo y nos tiene a nosotros.

—¿Miedo yo? ¡Vamos, que se atreva alguno siquiera a rechistarme! ¡Es que lo muelo a bastonazos! ¡Tengo un bastón que más de uno ya ha probado! ¡Miedo! ¡Si ellos son malos, más malo soy yo!

Félix observó al viejo con admiración. Su fragilidad sólo era aparente. Era valiente y había estado soberbio en su exhibición de gallardía. Sus ojos inquisitivos y sus manos cargadas de anillos, que más bien parecían garras, le daban cierto aire de halcón.

El marroquí que había sentado al fondo del salón se ausentó un momento y Angelito le dijo a Félix:

—Sube con él. Tiene un buen rabo.

El portugués avaló con un gesto tal afirmación.

—No, no —dijo Félix asustado, levantándose bruscamente—. Lo siento. Es que yo...

—Como quieras, hombre —dijo el viejo, mirándole con curiosidad. "¡Qué tipo más raro, este madrileño!", parecía pensar. "¡Se asusta cuando le hablan de un buen rabo!"

Llamaron a la puerta y entró un tipo afeminado, un tanto repelente, con el pelo teñido de rubio, acompañado de un joven de aspecto sencillo y humilde, que mantenía la cabeza gacha. El viejo les dio una llave, después de recoger la carta de identidad del joven, y ambos comenzaron a subir las escaleras. Los clientes del hotel podían, por el precio de su habitación, subir a todos los chicos que quisieran y aquél, según comentaron, ya llevaba tres o cuatro aquella tarde.

—¿Puedo venir en otro momento? —preguntó Félix.

—¡Claro! Abro a partir de las nueve de la mañana. La mejor hora es después de comer, sobre las tres y media o las cuatro. Ahora la mayoría de los chicos están ocupados.

—Vendré mañana entonces a hacerle una visita —dijo Félix con aire de disculpa.

—Como quieras, hombre.

Félix le dio las gracias y salió de la casa. Se dirigió al café donde se había citado con Manolo. Allí pidió un té y se dispuso a esperar mientras observaba a la gente que pasaba por la calle. Un niño limpiabotas se le quedó mirando desde la acera con intenciones obvias. Estaba tremendamente sucio, pero también era tremendamente guapo. Félix intentó imaginarse practicando con él alguna perversión. No lo consiguió. Ya ni los instintos más bajos funcionaban.

Manolo no tardó en llegar.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nada.

—¿No has encontrado todavía al chico de tus sueños?

—¡No te burles de mí, por favor!

Félix volvió al burdel varias veces al día siguiente con idénticos resultados. Había muchos chicos sentados en el salón, pero ninguno le gustaba. Realmente, se dijo, no tenía ningún deseo sexual, por eso no se sentía atraído por nadie. ¿Habría dejado de ser homosexual? ¿Qué le estaba pasando?

Tomaron el tren de Marrakech a las doce y media de la noche. El viaje fue lento, aburrido y accidentado. En Casablanca tuvieron que aguardar tres horas para hacer transbordo y tomar otro tren. Llegaron allí a las cinco de la mañana y reiniciaron el viaje a las ocho. Tres horas tirados en el andén viendo amanecer, tomando café de vez en cuando en vasos de plástico para no quedarse dormidos. Otros viajeros no habían tenido la suerte de encontrar un banco como ellos y deambulaban, ociosos, de un lado para otro hasta que se dejaban caer rendidos sobre el suelo, apoyándose en sus equipajes. Había muchos jóvenes montañeros que iban al Alto Atlas: españoles, franceses, británicos y norteamericanos.

Por fin llegó el segundo tren. Félix y Manolo se metieron en un compartimento de primera y nadie, afortunadamente, les molestó hasta el final del trayecto. Manolo se tumbó a dormir, pero Félix prefirió quedarse sentado y mantener los ojos abiertos para contemplar el paisaje, que era, por lo común, feo, sucio y simple. No tenía nada de interés. Pero Félix necesitaba verlo, quería saber por dónde se desplazaban, cómo era aquella región de Marruecos.

Casi al final, llegó el revisor y Manolo, que se había despertado y se sentía de buen humor, comenzó a bromear con él. Era un chico gordo y desgarbado. No paró de dar vueltas por el pasillo hasta que al final volvió a entrar en el compartimento y se sentó a hablar con ellos. Pero, en realidad, quien le interesaba era Manolo, el cual se daba a veces aires de gran señor. Ambos conversaron durante un buen rato utilizando a Félix como traductor. Intercambiaron teléfonos y prometieron verse algún día en Marrakech.

—¿Lo ves? —le dijo Manolo cuando el joven se marchó—. Ésta es la gente que a mí me interesa: sabes dónde trabaja, puedes localizarle cuando lo deseas y no te da ningún problema.

—El chico no era ninguna belleza.

—Ya lo sé, pero es que yo no estoy buscando al chico de mis sueños. Sólo alguien con quién follar. ¿Comprendes, querido?

—No, no te comprendo. No te comprenderé jamás.

—¡Ni yo a ti tampoco!

Llegaron a Marrakech sobre las once de la mañana y, aunque estaban cansados, ya que no habían dormido apenas en toda la noche, prefirieron organizar el apartamento, antes que tumbarse a descansar un rato.

Faltaba una cama, además de una mesa y las consiguientes sillas (que tuvieron que comprar a toda prisa, sin apenas regatear, en algún lugar de la Kasbah), faltaba un frigorífico, que encargaron en una tienda próxima a la plaza Djemaa el Fna y que llevó un curtido anciano en una carretilla...

# SEGUNDA PARTE:

# A ESTE LADO DEL PARAÍSO

# CAPÍTULO XI

Félix no se dio cuenta realmente de lo cansado que estaba hasta que llegó a Madrid, abrió la puerta de la casa y dejó caer las bolsas de viaje sobre el suelo del pasillo. De pronto sintió una sensación de náusea o de vértigo. Creyó incluso que estaba enfermo. Pero no, sólo estaba cansado, cansado del largo viaje desde Rabat a Madrid. Un viaje en tren, barco y autobús, que había durado demasiadas horas.

Regresar a casa después de un largo viaje, cansado y con un montón de ropa sucia en la maleta, produce siempre cierta sensación de derrota o de fracaso. Algo de nosotros se ha quedado para siempre en el camino, un jirón de nuestra alma enganchado en la rama de un tamarindo o de un baobab, un recuerdo olfativo o una antigua melancolía: unos granos de cilantro diluidos en un vaso de cerveza amarga. Cuando uno regresa a casa, después de un largo viaje, ya no es el mismo que se marchó. Salió una persona y regresa otra. Entonces, te dejas invadir por una desoladora sensación de extrañamiento. "¿Es aquí donde yo vivía antes?", te dices. "¿Éste es mi sitio? ¿Es aquí donde debo quedarme?" ¡Qué raro te parece todo! Crees que no volverás a acostumbrarte a tu antigua vida. Te irrita la falsa sensación de comodidad que te ofrece tu sillón y la perspectiva que se divisa desde esa ventana. Sientes de pronto una terrible nostalgia por lo que dejaste, por los paisajes que viste y que tal vez no volverás a ver jamás, por la gente que conociste y que nunca más reencontrarás.

No, no es una sensación grata la del regreso. Es una sensación terrible, angustiosa. Intentas paliarla durmiendo. Es en lo primero que piensas cuando regresas de un largo viaje: en ir a la cama para sumirte en un profundo sueño. No te gusta lo que encuentras. Detestas la realidad y quieres ignorarla, ya que no tienes fuerzas para luchar contra ella.

Pero antes, como eres una persona sensata, sacas la ropa sucia y la metes en la lavadora. Colocas esto aquí y lo otro allá, te encuentras con algún extraño objeto que compraste en algún sitio, al que de pronto no sabes dónde ubicar, e intentas borrar las huellas de ese

largo viaje colocándolo entre las cosas más habituales para que mañana, cuando te despiertes, ni siquiera puedas detectarlo, diluido y amalgamado entre las cosas viejas. Y así, el viaje, ese largo y fascinante viaje a un mundo tan lejano y exótico, ese viaje lleno de aventuras y de experiencias nuevas, acabará convirtiéndose con el tiempo en una especie de fantasía o de ensueño, de entelequia, quizá, de utopía, de quimera.

Félix descubrió enseguida que Enrique no estaba en casa. Era viernes. Las diez de la noche. Después del trabajo, se habría duchado y habría salido a dar una vuelta por ahí con el coche. Ahora lo único que le importaba a Enrique era su coche. Sólo vivía para él. Félix no le había avisado del día ni de la hora exactos de su regreso, así que era lógico que no estuviera esperándole. Mejor. De momento, no le apetecía verlo. Aquel viaje había estado motivado precisamente por su comportamiento frío y distante de las últimas semanas, de los últimos meses. Acabó de recoger algunas cosas, dobló y guardó en el altillo del armario las bolsas de viaje, se hizo un bocadillo con un poco de queso que encontró en la nevera y un trozo de pan reseco; luego se duchó, se limpió los dientes, se tomó un té sentado en su sillón (sin querer, poco a poco se iba familiarizando con sus cosas) y por fin se marchó a la cama.

Enseguida se quedó profundamente dormido. Pero a las tres de la mañana abrió un instante los ojos, miró en la cama de al lado y vio que Enrique aún no había llegado. Volvió a dormirse de nuevo. Después notó un ruido, abrió los ojos y vio que el reloj digital marcaba las cinco y cuarto de la mañana. Cerró los ojos. Enrique acababa de entrar en la casa. Estaba ahí, al lado. Félix notó que se acercaba. Y de pronto sintió cómo lo abrazaba y lo besaba; lo besaba repetidamente por toda la cara, por las mejillas, por los ojos, por la frente.

—¿Ya estás aquí? —oyó que decía Enrique, mientras seguía dándole besos torpes y babosos de borracho, los primeros y únicos besos que Enrique le había dado en su vida, después de ocho años de convivencia juntos—. ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto! ¡Te he echado tanto de menos! ¡Perdóname, Félix, sé que fui un cabrón, lo sé! ¿Me perdonas?

Félix callaba. Por una vez, se permitió con Enrique un gesto de indiferencia, de frialdad. No abrió los ojos para verle. No movió una sola mano para rozarle o acariciarle. No correspondió a sus besos ni a sus caricias. Tan sólo se dejó hacer, se olvidó de él y se sumergió de nuevo en un profundo sueño.

Cuando se despertó, estaba amaneciendo y Enrique dormía plácidamente en la cama de al lado. Comenzaba a refrescar a esa hora de la mañana, así que le cubrió con una sábana. El momento de cubrir a Enrique era siempre para él uno de los momentos más dulces y emotivos del día. Sin poder evitarlo, le embargaba la ternura. A veces, muy superficialmente, le pasaba después la mano por la cabeza y rozaba sus cabellos con la yema de los dedos, de forma que Enrique ni siquiera se diera cuenta (pues estaba seguro de que no le hubiera gustado saber que le tocaba), y a veces, cuando se sentía muy osado o cuando Enrique había bebido mucho y dormía muy profundamente, acercaba sus labios hasta su pelo y lo besaba, aspirando su olor con verdadero éxtasis. Sólo con eso Félix podía ser feliz y dichoso para el resto del día. Pero hoy no. Ya no. Ahora no tenía ningún deseo de acariciar o de besar a Enrique. Se limitó a cubrirlo con la sábana y lo contempló con más lástima que cariño. Ahora Enrique le parecía un pobre chico patético. Después de los besos y las caricias de Rachid, después de aquel torrente de pasión sexual, Félix ya no podía conformarse con menos, ya no le bastaba cualquier caricia furtiva.

¡Rachid! Félix suspiró al recordar al chico marroquí.

Entonces corrió hasta su estudio y encendió el ordenador. Tal vez le había mandado ya las fotografías. Esperó con impaciencia a que se estableciera la conexión con Internet. Hoy era sábado, ya era sábado, y había quedado en llamarle a las cinco y media, las siete y media en España. No iba a poder hacer nada útil hasta entonces. Se conocía. Estaba ya tan nervioso. ¡Rachid, Rachid! Aquel chico sí que le ponía nervioso. Y eso era así porque le gustaba, claro. "¡Dios mío! —se dijo—, ¿qué va a ser de mí a partir de ahora? Mi vida ya no podrá ser igual. ¿Y qué haré con Enrique? No puedo decirle que se vaya. Sencillamente no puedo hacerlo. No puedo echarlo de lo que él considera ya su hogar. ¡Dios mío!"

Los mensajes comenzaron a llegar a la bandeja de entradas de Outlook: uno, dos, tres, cuatro... seis, siete... Había siete mensajes, *¡dos de ellos de Rachid!* Félix se levantó nervioso y comenzó a dar vueltas por la habitación. Aún no estaba preparado para una emoción semejante. Antes de ver sus mensajes, *¡uno de ellos con documento adjunto; o sea: con las fotografías!,* decidió ir a la cocina a prepararse un café.

"¡Rachid! —susurró—. ¡Mi precioso niño, perdóname por haberme ido así de Marrakech, perdóname por haber huido de ti, por haber desconfiado de ti!"

Volvió junto al ordenador con una taza de café hirviendo, sin leche ni azúcar. Le dio un sorbo. No le gustaba demasiado el café, pero hoy

no estaba para té. Necesitaba algo más fuerte. Bebió otro sorbo, dejó la taza en la mesa y cogió el ratón.

Hizo clic primero en el mensaje con documento adjunto. Sólo había un icono, una sola fotografía. El texto era muy breve: *Voici la photo que je t´avais promis. Ton Rachid.*

Félix se levantó y dio una vuelta por la habitación. Tenía que hacer clic sobre el icono, sólo eso, y volvería a ver a Rachid, volvería a ver al chico de sus sueños. Sólo tenía que hacer clic. Pero postergaba el momento, asustado ante la fuerza con que latía su corazón. Miró a través del balcón. La calle estaba tan solitaria... Volvió a la mesa y agarró de nuevo la taza de café, la acercó a sus labios y bebió un pequeño sorbo. "¡Dios mío! —se dijo—, ¿qué puedo hacer? Quiero a este chico, estoy loco por él, pero ¿qué voy a hacer con Enrique? Si el otro viene aquí, ¿qué haré con él?" Volvió a sentarse y pinchó el siguiente mensaje. El asunto decía: *Bon voyage!* Félix hizo clic y maximizó el texto:

"Querido Félix —escribía Rachid—, deseo que hayas tenido un buen viaje hasta Madrid, que hayas llegado sin ningún problema. Espero con impaciencia que regreses pronto a Marruecos. Te echo mucho de menos. Tengo muchas ganas de volver a verte. Créeme que te digo la verdad. Espero que tú sientas por mí lo mismo que yo por ti. Llámame el sábado a las 5,30 h. Tengo ganas de oír tu voz. Te abraza y te besa muy fuerte tu pequeño Rachid".

Félix leyó el texto con escepticismo. Era bonito, parecía convincente y natural, pero no podía creérselo. Tal vez el chico fuese sincero, pero él no podía creerlo. No podía creer que le echara tanto de menos ni que necesitara oír su voz.

Volvió al otro mensaje y pinchó el icono de la foto. Lentamente, muy lentamente, el rostro del muchacho comenzó a llenar la pantalla. Era un primer plano, una foto muy bien hecha, tal vez por alguno de sus anteriores amantes: una leve sonrisa (¡ay, aquella boca deliciosa!), con los dientes tan blancos y los labios tan sensuales, la piel oscura, aunque no demasiado, el pelo corto, moreno y rizado, y aquellos ojos llenos de misterio, aquella mirada triste... El rostro de aquel muchacho desprendía bondad y ternura. Estaba lleno de vida. Transmitía pasión, energía e incluso nobles sentimientos. Entonces ¿por qué había visto en él a un chico peligroso?, se preguntó Félix. ¿Por qué había desconfiado de él? ¿Por qué había huido de él? ¿Quizá debido al contexto, a la forma en que se habían conocido aquella noche, tan tarde, en la calle oscura de una ciudad extraña, de un país extraño? Tenía que releer el mensaje, tenía que estudiar minuciosamente cada una de sus palabras, mientras le miraba a los ojos en la pantalla, y tal

vez entonces... tal vez entonces acabaría por creerle.

¡Rachid, Rachid! ¿Realmente aquel chico sentía algún cariño por él, se acordaba de él y le echaba de menos? Nunca llegaría a saberlo.

Dio orden para que se imprimiera la imagen. Después, cuando estuvo impresa, cogió la hoja con cuidado y la colocó sobre la mesa, apoyándola sobre unos libros para poder verla mejor. Quería redactar un mensaje, pero primero fue a la libreta de direcciones y anotó los únicos datos que tenía de Rachid: su dirección de Internet y el número de la cabina telefónica. Entonces se tropezó con el trozo de cartón donde Rachid había anotado el lugar de su primera cita: "Hotel Safir Siaha. 8,30 h." Félix estudió la letra de aquel breve texto. Era una letra clara y segura, la letra de un estudiante aplicado. Decidió guardar aquel pequeño trozo de cartón entre sus cosas más preciadas. Era lo más personal que tenía de Rachid. Al ver aquella letra, al tocarla, podía sentirle muy cerca. Cogió el ratón e hizo clic en "Redactar mensaje". Cuando llegó a la casilla del asunto, se quedó indeciso un momento, sin saber qué poner. Siempre era fastidioso rellenar este campo y a veces lo dejaba en blanco. Pero ahora no. "Nos vemos en Casablanca", escribió. Pero cambió de idea enseguida, borró la frase y escribió: "Te espero en Casablanca". "Nos vemos" era demasiado impreciso y él quería transmitir la idea exacta y rotunda de un inminente encuentro en Casablanca. Comenzó a redactar el mensaje:

"Querido Rachid —escribía—. Ya estoy aquí en Madrid. He llegado bien. Gracias. He leído tu mensaje y he visto tu foto. Gracias, muchas gracias. Yo también te echo de menos. Más de lo que te puedes imaginar. Te llamaré esta tarde. Será emocionante oír tu voz. Aunque estaré muy nervioso, así que perdóname si no hablo demasiado. Rachid, mi pequeño Rachid. No sólo eres el chico de mis sueños, sino la razón de mi vida. Te quiero y te querré siempre, durante el resto de mi vida, al menos mientras que tú me soportes. No puedo imaginar mayor felicidad que la de estar a tu lado, la de contemplarte, la de besarte y abrazarte. Aún me quedan dos semanas de vacaciones y voy a regresar a Marruecos inmediatamente. Cada segundo sin ti se me hace ya insoportable. Me gustaría volver a Marrakech, pero quiero que nos veamos en otro sitio donde podamos ir juntos por la calle, donde podamos alojarnos en un hotel, sin problemas, a ser posible en una habitación doble, no en dos habitaciones separadas. Iré a Casablanca. Te espero en Casablanca. No visité esa ciudad en mi gira para poder ir allí contigo. Voy a reservar hoy mismo la habitación y luego te diré el nombre del hotel..."

Félix contempló un momento la fotografía y se levantó. "¡Rachid,

Rachid!”, suspiró. Se dirigió con ella al salón y se sentó en su sillón. La puerta de la alcoba estaba abierta y desde allí podía distinguir el cuerpo de Enrique sobre la cama. Su presencia, al contrario que otras veces, le produjo ahora una profunda sensación de tristeza. Enrique se había vuelto a destapar. Parte de la sábana yacía sobre el suelo. Tal vez la había apartado él mismo, ya que empezaba a hacer calor. Félix contempló su hermosa espalda desnuda, una espalda que él nunca había acariciado. Entonces miró de nuevo la fotografía que tenía en sus manos. Contempló intensamente aquel rostro adorado. “¡Rachid, Rachid!”

Hizo un esfuerzo de voluntad y se levantó. Se dirigió hasta su mesa de trabajo. Se sentó, cogió la taza y le dio un sorbo al café. Estaba frío. Frío y amargo. Miró a través del balcón. La ventana de enfrente tenía la persiana bajada. La familia que vivía allí seguramente se había ido de vacaciones. Volvió la vista hacia el ordenador. Dirigió el puntero del ratón hacia la palabra “Enviar”. Quería hacer clic, iba a hacer clic, pero se contuvo. Miró de nuevo a través del balcón. Qué vacía, qué silenciosa estaba la calle. Puso de nuevo sus ojos en la pantalla. Movió el ratón. Sin querer reflexionar en lo que hacía, borró el mensaje, desconectó Internet y apagó el ordenador.

# CAPÍTULO XII

Enrique se acababa de ir. Una chica un tanto descarada había venido a buscarlo. Cuando Félix abrió la puerta, se coló en la casa con absoluta naturalidad, sin que él hubiera llegado a invitarla a pasar.

—¿Quién eres? —le preguntó ella a Félix. Al parecer, Enrique nunca le había hablado de él.

—Eso es lo que debería preguntarte yo a ti, ¿no te parece?

—¿Vives aquí?

—¡Claro! Ésta es mi casa —entonces Enrique apareció en el pasillo, todavía en calzoncillos, medio adormilado, rascándose la cabeza—. Mejor dicho, *nuestra casa.* Los dos vivimos aquí.

—¡Estupendo! —dijo ella con una sonrisa divertida. No, no era una chica descarada. Simplemente un poco desinhibida, una de esas chicas sin complejos. A Félix ya le caía bien. La invitó a pasar al salón y le ofreció algo de beber. No, no quería nada. Había venido a buscar a Enrique. Habían quedado para ir a la piscina.

—Así que vives aquí —dijo ella dejándose caer sobre su sillón. Enrique, un tanto azorado, se dirigió a la alcoba para vestirse—. ¡Y ese cabeza de chorlito ni siquiera me había dicho nada!

—No habrá tenido ocasión —le disculpó Félix. Aun así, estaba un poco dolido. Sintió una punzada en la antigua herida, allí donde antes hubo decepción, desilusión, y donde ahora sólo quedaba ya tristeza. Pero no indiferencia. No, todavía no.

Entonces Félix comenzó a comprender muchas cosas.

Enrique se fue con la chica sin decir ni media palabra. Él era así. No tímido, sino retraído. Y, además, siempre se levantaba de mal humor. No podía evitarlo. Si hubiera hablado, habría dicho cualquier tontería. En cuanto a lo de anoche... Pero estaba borracho y ahora ya ni se acordaría o se avergonzaría de lo que dijo, de los besos que le dio, de los abrazos. Se avergonzaría de tenerle un poco de afecto, de haberle echado de menos.

Félix cayó en la cuenta de que también hoy tendría que comer solo, como antes de irse a Marruecos. Enrique estaría, mientras tanto, bañándose y divirtiéndose en la piscina con aquella chica. ¡Pues salía

con una chica! “Pero ¿dónde la habrá conocido? —se preguntó—. ¿Y cuándo? ¿No será aquella chica que daba clases con él en la autoescuela, aquella de la que me habló?” Ahora comprendía el porqué de sus ausencias. Estaba muy claro. Era ella y no sólo el coche. Por eso no le invitaba a salir con él, por eso volvía siempre tan tarde. Pero qué callado se lo tenía. Tal vez no había querido hacerle sufrir. Pensaría que él no podía aceptar que saliera con una chica. ¡Hasta ese punto le desconocía! Y aquella chica habría dormido en su casa más de una vez mientras que él estaba fuera —no, no sentía celos—. “Bien, muy bien —se dijo—. Él es heterosexual y debe hacer su vida, debe formar su propio hogar —se sintió de pronto generoso y magnánimo —. Es lo que siempre había querido para él: una buena chica, y ésa lo parece, aunque sea un poco descarada. ¡Pues muy bien! Que se case y tenga su propia familia. Que él haga su vida, que yo también haré la mía”, se dijo, dolido, dirigiéndose hacia la cocina.

Mientras ordenaba y guardaba papeles (notas con direcciones o números de teléfonos garrapateados a mano, recibos de cajeros automáticos, tarjetas de hoteles, folletos turísticos, varios planos de Marruecos; entre ellos, uno de la ciudad de Marrakech), Félix se encontró con el trozo de papel donde había escrito su número de teléfono aquel joven marroquí que había conocido en el autobús, un poco antes de llegar a Madrid. Por lo visto (según supo luego), ambos habían hecho el mismo trayecto juntos desde Rabat: habían tomado el mismo tren, habían cruzado el estrecho en el mismo ferry y habían cogido el mismo autobús en Algeciras con destino a Madrid. Sin embargo, Félix no había reparado en él hasta la última parada, cuando apenas quedaban cuatro o cinco viajeros y ambos se sentaron juntos en la barra de aquel bar de carretera y se miraron por casualidad. Soufiane (ése era su nombre) tenía unos treinta y cinco años. Era alto, delgado y bien proporcionado. Casi resultaba extraño verlo tan limpio (parecía incluso recién afeitado), a pesar de que vendría, como él, de algún lugar lejano de Marruecos. No se detectaba una sola arruga en su ropa, mientras que él (después de veinticuatro horas de viaje, sudado, sin afeitar, sucio y desastrado) tenía la sensación de parecer una especie de vagabundo. Por otro lado, el rostro de aquel joven marroquí provocaba simpatía humana. Tenía la mirada humilde y la expresión honesta y resignada de las personas acostumbradas a sufrir. Se veía en sus ojos *la tristeza de la pobreza.*

Realmente, se dijo Félix, era muy difícil estar al lado de una persona así y no sonreírle o no dirigirle la palabra. Y Félix hizo ambas

cosas: le sonrió y le dirigió la palabra. Enseguida iniciaron una larga conversación sobre cualquier cosa (sobre el viaje, sobre Marruecos, sobre España). El tema era lo de menos. Hablaban por hablar. Soufiane parecía muy halagado de que aquel señor se hubiera fijado en él, siendo, como era, un pobre inmigrante marroquí. Hasta tal punto llegaba su humildad. Félix, por su parte, también se sentía agradecido de que aquel joven marroquí se mostrara tan receptivo con él. Después del largo viaje sin hablar con nadie, le apetecía un poco de contacto humano.

Acabaron los cafés, volvieron al autobús y, una vez allí, se sentaron juntos para seguir hablando. Durante las dos horas restantes de viaje no pararon de hablar ni un solo segundo. Ambos aprendieron muchas cosas el uno del otro y, cuando llegó el momento de separarse, Félix se dijo a sí mismo, parafraseando a Humphrey Bogart en *Casablanca,* que aquello sólo había sido el comienzo de una hermosa amistad.

Soufiane llevaba viviendo en España unos tres años. Durante todo ese tiempo sólo había vuelto a Marruecos una vez para ver a su familia. Estaba casado y tenía tres hijos. Sus papeles estaban en regla. Un argelino que vivía en Marbella, un millonario (antiguo jefe suyo en Marruecos), le había proporcionado un contrato y le había conseguido el permiso de residencia. Pero, al cabo de unos meses, el argelino se tuvo que marchar de España y, después de algún tiempo en Italia, Soufiane regresó a España y comenzó a trabajar como mayordomo de un amigo de su ex jefe, un contratista de obras de origen italiano, en un castillo, cerca de Segovia.

—¿Un castillo? —preguntó Félix, incrédulo, temiendo haber oído mal.

—Sí, *Castilio* —repitió Soufiane—. Mucha *pedra*, mucho polvo. Siempre polvo. *Castilio* viejo, mucho polvo.

—Y tú tienes que limpiar el polvo, claro.

—Siempre limpiar polvo. *Castilio* viejo*,* mucho polvo. Yo siempre limpiar polvo.

El contratista no era gay, como había supuesto Félix maliciosamente, sino un simple explotador, un esclavista. Vivía en el castillo con su mujer, que estaba paralítica (había sobrevivido a un accidente), una hija adolescente y su suegra, una vieja chiflada. Aparte de Soufiane, había cuatro o cinco empleados más en el castillo, todos ellos extranjeros. Él cobraba sesenta mil pesetas al mes por trabajar once o doce horas diarias, sin parar, desde que se levantaba, bien temprano, hasta que se acostaba, ya tarde. Se pasaba todo el día, no sólo quitando polvo, sino también limpiando coches, regando el jardín, sacando brillo a la plata, sirviendo las comidas (para lo que

debía ponerse un frac), *etc.* ¡Sesenta mil pesetas sin contrato ni derechos de ningún tipo!

—¿Sesenta mil pesetas? —preguntó Félix con asombro.

¡Sí, sesenta mil pesetas! De ellas, Soufiane mandaba cincuenta mil cada mes a su familia y él se quedaba con las diez restantes para tabaco, maquinillas de afeitar, calzado, ropa y cosas así. No había podido ahorrar prácticamente nada en tres años. El mes de vacaciones que se acababa de tomar para ver a su familia ni siquiera se lo habían pagado, por supuesto, y, como había ido a Marruecos sin apenas dinero, un hermano suyo le había tenido que prestar para poder regresar.

Félix le fue sacando toda esa información al joven marroquí después de numerosas preguntas, sin que él se atreviera a emitir una sola queja, ya que consideraba su situación no sólo normal, sino incluso afortunada. No tenía contacto con sus compatriotas, vivía aislado del mundo en el campo, ya que apenas iba a la ciudad (sólo de vez en cuando le llevaban en coche a un hipermercado para cargar víveres, pero no se entretenían en ningún sitio y enseguida regresaban al castillo), así que no sabía nada de contratos de trabajo, Seguridad Social, subsidios de desempleo, vacaciones retribuidas o pagas extras.

—Pero ¿cómo no te has ido de ahí? —le preguntó Félix—. ¿Cómo no te has buscado otro empleo? Ese hombre por el hecho de vivir en un castillo debe de creer que aún está en la Edad Media.

Soufiane le explicó entonces, ingenuamente, las ventajas de aquel trabajo: le trataban bien, comía cuanto quería, era como de la familia y tenía una habitación para él solo en la torre del castillo. ¡Ah, también le daban libre la tarde de los viernes!

—¡Pero eso no puede ser todo! —dijo Félix—. Tú tienes derecho a un horario normal y a un sueldo decente. ¡Una tarde libre a la semana! Esa gente no es tu familia. Te lo hacen creer para explotarte, para que no te vayas. Estoy seguro de que si les dices que te vas, te ofrecerían cien mil, como mínimo, ya que no encontrarían a otro como tú.

Soufiane le miró desconcertado, sin saber qué decir. No estaba acostumbrado a reivindicar sus derechos ni a defenderse de los explotadores. Todo lo que le decía Félix debía de parecerle peligroso e incluso irreal. Comenzó a hablarle de su mujer y de sus hijos (dos niñas y un niño de entre cinco y ocho años). Quería traerlos a España, decía. No soportaba vivir tan lejos de ellos. Pero en Marruecos no había trabajo y él no podía quedarse allí. Todos sus hermanos, cuñados, primos y amigos estaban parados. Además, a él le gustaba España. Todo el mundo le trataba bien en España. Había vivido en

Italia cinco o seis meses, antes de ir al castillo, y allí sólo había tenido problemas, muchos problemas, problemas con la gente, con la policía, con sus propios compatriotas... En España estaba mucho más tranquilo. Nadie se metía con él. Él mismo se sentía ya un poco español. Se había dado cuenta de ello después de viajar a Marruecos, ya que la comida marroquí ahora le sentaba mal. Su estómago no podía soportar tantas especias. Su mujer no sabía qué prepararle, ya que todo le sentaba mal. Había otras cosas que no le gustaban ya de Marruecos. Por ejemplo, que sus amigos le cogieran de la mano, como era costumbre allí, cada vez que iban juntos por la calle. Rechazaba con furia a todos los que le ponían la mano en el hombro o en la cintura, pues en Marruecos los hombres siempre se estaban tocando unos a otros. La gente, sus amigos y sus familiares, se habían extrañado mucho de su comportamiento. Pero él era así. En ese sentido, era ya más español que marroquí. También le gustaba la libertad que había en España. Le gustaba poder mirar a los ojos de la gente cuando hablaba. En Marruecos eso no era posible. Mirar a alguien fijamente a los ojos era una impertinencia o una provocación, sobre todo si la persona a la que mirabas era alguien superior a ti en la jerarquía social. En España, por el contrario, lo que estaba mal era no mirar a la gente cuando te hablaba, según le había dicho su jefe.

—¿Y qué pasa con las mujeres —le preguntó Félix—. Las mujeres en Marruecos son prácticamente unas esclavas de los hombres. No tienen derechos de ningún tipo.

Soufiane dijo que eso no era verdad. La mujer en Marruecos era muy respetada. El mismo Corán exigía un gran respeto para las mujeres, mucho más respeto incluso que para los hombres. Una madre en Marruecos era sagrada. Él había venerado a su madre, lo mismo que todos sus hermanos. La madre era la figura central de la familia. ¡Lástima que hubieran muerto sus padres sin hacerse una fotografía! Pero eran tan pobres que nunca se les había ocurrido hacérsela. Nunca habían pensado en eso y, cuando se dieron cuenta, ya era tarde. No tenía, pues, ni una sola imagen de ellos, no tenía una pequeña foto, como todo el mundo, aunque fuera en blanco y negro, para poder mirar a sus padres de vez en cuando. A veces le costaba recordar sus rostros. Los ojos de Soufiane se humedecieron. Los de Félix, también. Ambos callaron un momento, eludiendo sus miradas. Los padres en Marruecos, dijo Soufiane, nunca eran abandonados en la vejez, como ocurría en España. Ésa si que era una buena costumbre de Marruecos. Allí los padres vivían con los hijos, en la misma casa, hasta que se morían. Y, cuanto más viejos, más les querían, más les respetaban y consideraban todos sus consejos. Los viejos nunca se quedaban solos,

nunca eran abandonados por los hijos. Vivían felices, rodeados siempre de toda su familia. Después empezó a hablar de su mujer. Estaba enferma, dijo con gesto apesadumbrado, y nadie sabía qué le pasaba. Le había dado por engordar y apenas hablaba. ¡Tanto tiempo sin verla! ¡Y cómo había cambiado en tres años! ¡Con lo guapa que había sido en otros tiempos y ahora casi parecía una vieja! Se había puesto muy gorda. No es que le importara mucho. A los marroquíes les gustaban las mujeres gordas. Pero ya casi no hablaba ni sonreía como antes. Por las noches, durante el tiempo que él había estado en Marruecos, no había parado de llorar. Se había tirado todo el tiempo abrazada a él llorando. En cuanto a sus hijos... ¡Cómo olvidarse de sus besos y abrazos cuando tuvo que despedirse de ellos! Aún podía oír sus gritos pidiéndole que se quedara. De nuevo los ojos de Soufiane se humedecieron. Félix le vio secarse una lágrima furtiva con el dorso de la mano y le dio una palmada afectuosa en el hombro.

—Tienes que cambiar de trabajo —le dijo, para darle ánimos—. Con un contrato legal, podrías traer a tu mujer y a tus hijos a España. Un buen abogado podría conseguírtelo en seis meses o en un año, como mucho. Pero tienes que justificar unos ingresos para que los dejen venir y eso sólo es posible dándote de alta en la Seguridad Social. ¡Manda a ese jefe cabrón a la mierda! Yo podría conseguirte un trabajo de camarero o algo así. Tal vez de conductor. ¿Tienes carnet de conducir? Toma —le entregó una tarjeta—. Llámame un día de estos. Ven a Madrid y ya veremos qué se puede hacer.

—¿Tú crees que ellos pueden venir?

—¡Pues claro!

Soufiane se guardó la tarjeta en el bolsillo, se llevó la mano al corazón y le miró con ojos agradecidos. No acababa de creerse su buena suerte.

—Con un contrato legal —continuó Félix— tendrás no sólo un sueldo decente, sino también varias pagas extras al año, subsidio de desempleo, si te quedas parado, y todo ese tipo de cosas, ¿comprendes?

—Los españoles son muy buenos conmigo —dijo Soufiane—. Yo nunca tiene problema con españoles. Ellos nunca son racistas conmigo.

Félix pensó: “Claro, a una persona como él, con un rostro así, que provoca tanta simpatía humana, es imposible mostrarle ningún rechazo. Pero no todos tienen ese rostro”.

—Cuando yo vive en Italia, muchos problemas —dijo Soufiane—. Allí siempre problemas. No me gusta Italia. En España...

—¡Está bien! —le cortó Félix, un tanto molesto, ya que sentía

pasión por Italia—. Llámame un día de estos, ¿vale? Podemos quedar algún viernes por la tarde. Suerte que tienes el permiso de residencia. Ya verás cómo todo se arregla.

Anotó el teléfono en su agenda personal y luego guardó el papelito en un pequeño cofre, junto a los otros teléfonos y direcciones. El cofre (una pequeña joya que encontró un día en un anticuario) era el lugar adonde iban a parar todos esos papeles que, aunque no le sirvieran de nada, tampoco se atrevía a tirar. No pensaba llamar. Ya llamaría el mismo Soufiane, si le interesaba. Aún así, esperaba que lo hiciera, pues deseaba volver a verlo. Aquel marroquí no era una persona corriente, se dijo. Se veía a la legua que era honesto y leal. Una de esas personas que nunca te defraudan.

—¡Cómo te brillan los ojos! —exclamó Ángela, nada más verle entrar en la tienda—. ¿Qué te ha pasado? ¡Ah, Marruecos! —dijo, recordando.

—¿Tanto se me nota que estoy enamorado?

—¡Sí! ¡Te veo totalmente cambiado! ¡Te brilla la mirada!

—¡Ay, Ángela —dijo Félix abrazándola—, tienes que ir allí! ¡Aquello es...! ¡Hay tantos chicos preciosos! ¡No te lo imaginas! ¡Y he conocido a uno que...!

—Olvidas que ya tengo novio —dijo ella con afectada resignación —. A quien tienes que buscarle uno es a Yolanda.

Tanto Ángela como Yolanda eran dos amigas de Félix de toda la vida. Las dos eran ricas, pero no sabían cómo divertirse ni en qué gastar su dinero. Ángela se había divorciado al poco de casarse (había descubierto a su marido haciendo el amor con la asistenta, en su propia cama, el mismo día en que regresaba de bautizar a su hija) y Yolanda se había quedado viuda hacía poco de un holandés mucho mayor que ella, del cual había heredado su fortuna. Las dos eran todavía relativamente jóvenes y atractivas. Ángela se ocupaba de una tienda de ropa para niños, más que nada por distraerse, pensaba Félix, ya que estaba claro que aquel negocio no daba beneficios (entre otras cosas, porque no había niños en el barrio). En cuanto a Yolanda, su único afán era cuidar de su perrito (un chucho viejo y delicado, al que no paraba de llevar al veterinario), ya que no tenía hijos.

—¿Recibiste mi postal? —le preguntó Félix— En ella te hablaba de Rachid! ¡No te imaginas lo guapo que es!

—No. No la he recibido todavía. Pero, entonces, ¿qué pasa con

Enrique?

Enrique, claro. Todo el mundo creía que estaba enrollado con Enrique. Hasta sus mejores amigos lo creían. No importaba que él lo negara una y otra vez. Nadie era capaz de entender que pudieran convivir el uno con el otro sin ser amantes. Al mismo Enrique le daba igual lo que pensara la gente. Ni siquiera se molestaba en desmentir los falsos rumores. No acostándose con él, lo demás le daba igual.

—¡Pero Enrique no es mi amante! Y, además —dijo despechado—, está saliendo con una chica. Ayer vino ella a mi casa y me preguntó, con todo el descaro, quién era yo. ¡Figúrate! La ha debido meter allí durante mi ausencia y ni siquiera le ha hablado de mí. Para él yo no pinto nada. ¡Que haga su vida, que yo ya haré la mía! Voy a arreglarle los papeles a Rachid y lo traeré a vivir conmigo. Estoy totalmente decidido.

—¡Qué locura! ¡No sabes lo que haces! ¡Meter un marroquí en tu casa!

—¡Por favor, no seas racista! Ese chico es muy especial. ¿Y qué pasa porque sea marroquí? Es encantador, es inteligente, es educado. ¡Y no sabes cómo besa! Ayer hablé con él por teléfono. Voy a regresar de nuevo para verle.

—¡Ay, ay, ay! ¡Tú estás loco! ¿Vas a regresar de nuevo a Marruecos?

—¡Sí! ¡Le echo tanto de menos! ¡No puedo soportar ni un minuto más sin él!

—¡Félix, Félix! Casi no te reconozco —dijo Ángela, alarmada—. Eres un hombre hecho y derecho, pero te comportas como un adolescente.

—Ya que no viví mi adolescencia en su momento, quiero vivirla ahora.

—¿Qué no viviste tu adolescencia? ¿Pues qué hiciste entonces?

—Perder el tiempo. Eso es lo que hice. No tuve amores así. Fui demasiado formal. No hice locuras. Por eso quiero hacerlas ahora. Si te has enamorado alguna vez, deberías entenderlo.

—Pero ¿cómo puedes estar enamorado de un chico al que acabas de conocer?

—Por favor. No lo racionalices todo. El amor es así, ¿no? Es algo que no se puede explicar ni tampoco evitar.

Yolanda entró en aquel momento en la tienda cargada, como siempre, con la cesta del perrito. Tampoco ella había recibido su postal. Aunque sólo fuera por llevarle la contraria a Ángela (había vivido varios años en Holanda y presumía de ser muy liberal), se puso enseguida de parte de Félix. No paraba de exclamar, cuando éste le

contó la historia de Rachid:

—¡Qué romántico, qué romántico!

Salieron a la calle y se sentaron en la terraza de la cafetería de la esquina, desde donde Ángela podía ver la entrada de la tienda. Ocuparon el sitio habitual. En la cafetería le reservaban la mesa a Ángela, ya que era una magnífica consumidora y se pasaba allí buena parte del día acompañada por su novio (un viejo rockero de segunda fila, ya retirado) o por cualquiera de sus numerosos amigos. Félix la visitaba una o dos veces por semana. Y algunos días, si su novio no estaba, la solía acompañar, cuando cerraba la tienda, hasta su casa, haciendo paradas de bar en bar.

—Sin amor, la vida no tiene sentido —dijo Félix mirando a Yolanda con pena. De pronto, al verla con el perro en el regazo, le pareció más patética que nunca—. Ángela tiene novio, un novio estupendo. Yo tengo novio. ¡Por fin tengo novio! Pero ¿y tú? Tú también deberías buscarte otro novio. Ya le has guardado bastante luto a tu marido, ¿no te parece?

—Sí, sí. Bueno, a veces voy a las discotecas... La semana pasada conocí a un hombre. Parecía un señor interesante, pero...

El hombre, que tendría unos cincuenta años y estaba casi calvo, resultó ser un guarro y un sinvergüenza. Por lo visto, cuando fueron a hacer el amor, ella le sugirió que se pusiera un condón y él, ofendido, le dijo: “Mi picha está más limpia que tu coño”. Entonces ella abrió la puerta de la casa y le dijo a aquel tipo que se largara inmediatamente.

—Pero ¿qué forma es ésa de hablar? —exclamaba, furiosa—. ¿Cómo un hombre de esa edad puede hablar así a una mujer? Ni que yo fuera una puta. Si en lugar de “picha” hubiera dicho pene...

—A ti lo que te conviene es un buen amante —dijo Félix—. Alguien, sin compromisos, que te visite una o dos veces por semana. Un cubano, por ejemplo. Hay muchos en Madrid y estarían encantados. Un cubano de cuarenta o cincuenta años. Un negro. Los negros son deliciosos. ¡Y olvídate de esos españoles groseros y maleducados! Se lo tienen muy creído. Un buen negro es lo que tú necesitas. Un cubano amable, cariñoso y apasionado. Los cubanos dicen “pinga”, no “picha”. Suena mejor pinga que picha, ¿no?

—Sí, pero ¿dónde están esos cubanos que tú dices? ¿Dónde están esos negros “cariñosos y apasionados”? Yo sólo he conocido a dos cubanos y eran blancos, de abuelos gallegos.

—No te preocupes. Cuando conozca a alguno, ya te lo presentaré. Te prometo que te buscaré un novio.

—Está bien. A ver si es verdad.

# CAPÍTULO XIII

—¿Por qué Casablanca? —le preguntó Manolo cuando Félix le llamó por teléfono—. En esa ciudad hay mucha delincuencia. Es un caos, está muy sucia y no tiene nada interesante que ver, como no sea la mezquita esa que inauguró Hassan II.

Félix no supo qué responder. ¿Cómo decirle a Manolo que Casablanca...? ¿Cómo decirle incluso que el mismo nombre de *Casablanca*, todo lo que implicaba la película... significaba tanto para él? Seguramente, le consideraría un cursi.

—Allí los marroquíes pueden ir libremente por la calle con los extranjeros, según me han dicho —argumentó.

—Sí, pero no sólo allí. También en Tánger y en Fez, y son lugares mucho más interesantes. ¡Vamos! ¿Por qué no vuelves a Marrakech? ¿Dónde vas a estar más seguro que aquí? ¿Y para qué quieres ir con ese chico por la calle? Lo que a ti te importa es estar con él en la cama, ¿no? ¿Y qué vas a hacer tú solo con ese chico en Casablanca?

—¿Crees que no debería fiarme de él?

—Yo no sé nada de ese chico. Tú mismo. Tú le conoces. Pero dijiste que tenía una navaja en el bolsillo, ¿no?

—¡Joder, Manolo! ¡No me asustes!

—¡Vuelve a Marrakech! ¡Vuelve a la ciudad roja! Esto te gusta, ¿no? Y en Casablanca... Estar con un chico todo el día aburre mucho. ¿De qué vais a hablar? ¿Qué vais a hacer? Gastar dinero, claro, mucho dinero. Estarás comprándole cosas todo el día. Su compañía no te va a salir de balde, te lo aseguro. Mientras que aquí no te gastarás nada. Tú y yo podemos salir, podemos pasear, charlar... Y por las tardes me iré a la Plaza y os dejaré solos en el apartamento para que hagáis el amor.

—Pero yo no quiero ir a ese apartamento. Yo no puedo vivir en un sitio donde han matado a alguien.

—¡Aquí no han matado a nadie! Te dije que mataron a alguien en el edificio, pero no en mi apartamento. Fue en otra planta. En la de arriba, creo.

—De todas formas, yo sentía allí extrañas vibraciones. Y ahora comprendo que fue por eso. Porque, aunque no me lo quieras decir...

—¡No, nada de eso! Las extrañas vibraciones te las producía el chico ése, no mi apartamento. ¿Quién sabe qué vida llevará, qué habrá hecho? Te mostró el pasaporte, ¿verdad? No tenía la carta de identidad porque se la había retenido la policía. Aquí la policía le retiene la carta de identidad a las personas que tienen pendiente algún proceso, a las personas que han cometido algún delito. Cuando alguien te muestra el pasaporte, ¡malo!

Félix se quedó pensativo un momento. Estaba muy confuso y no sabía qué decidir. Dudó incluso de su deseo de volver a Marruecos.

—¿Y bien? ¿Aún sigues ahí? —le preguntó Manolo con ironía, al cabo de un rato. Conocía sobradamente el significado de sus silencios.

—Déjame pensar. Aún no sé lo que voy a hacer.

—Está bien. Te llamaré yo mañana. Pero de noche, que es más barato. Y decídete con una cosa o con otra, porque si no vienes, me marcharé a Essauira. Allí me espera Abdelmajid. Tiene veintinueve años. Es más joven de lo que a mí me gustan, pero se lo monta tan bien que casi me he enamorado. Quiere llevarme a un pueblo del Atlas para que conozca a su familia. Celebran no sé qué fiesta y me ha invitado. No le va mal aquí. Se dedican, él y su hermano, a la compraventa de coches usados. Pero, por supuesto, lo que le interesa es irse a España, como a todos, y quiere que yo le ayude.

—Así que te has enamorado. ¡No puedo creerlo!

—Uno no es de piedra, pero ya te digo que a mí no me engañan. Los veo venir.

Tres *e-mails* de Rachid, dos de ellos en blanco. Dos intentos fallidos. Tal vez no había mandado correos electrónicos, hasta entonces, a nadie más que a él y sólo había utilizado Internet para navegar. Su texto era breve. Se disculpaba por el retraso en contestarle. Esperaba que estuviera bien de salud y todas esas cosas. Deseaba verle lo antes posible en Marrakech para que pasaran "buenos momentos juntos". Sí, podía escribir todo lo que quisiera, ya que nadie más que él tenía acceso a su cuenta de Internet. Finalizaba con la expresión: *"I miss you"*.

En un mensaje anterior, Félix le había preguntado si podía hablarle claramente, sin inhibiciones, pues estaba loco por decirle cuánto le amaba. Luego, en una llamada telefónica, le había sondeado sobre Casablanca y el chico le había dicho lo mismo que Manolo: que no era una ciudad interesante y que había mucha delincuencia. Tampoco a él le parecía buena idea que se reunieran allí. Lo del hotel era muy complicado. Así que Félix aceptó ir de nuevo a Marrakech, aunque sin

poner ninguna fecha. Félix mandó su mensaje de amor y Rachid estuvo varios días sin dar señales de vida. Félix le echaba de menos pero, poco a poco, su pasión por el chico marroquí se iba enfriando, ya que sus mensajes eran tan convencionales que acabaron produciéndole una cierta decepción.

Enrique, por el contrario, estaba ahora muy amable y cariñoso con él. Le dedicaba más tiempo que nunca. Cuando llegaba del trabajo, lo primero que hacía era sacar dos latas de cerveza de la nevera y darle una a él para que bebieran juntos. Félix le habló de su viaje a Marruecos y al final no pudo evitar comentarle, aunque fuera de pasada, su experiencia con Rachid.

—Así que te has ligado a un moro —le dijo Enrique despectivamente, mientras se liaba un porro. Cuando acabó, fue a la cocina a por otras dos latas de cerveza. Él era así: decidía siempre por los dos. A Félix le encantaba su manera de ser. Era la persona con la que más a gusto se había sentido en su vida. Sólo que Enrique ya no quería acostarse con él. Y, además, tenía novia.

—¡No hables así! ¡No seas racista!

—Te habrá puesto contento, ¿eh?

—Ya tenía ganas de que alguien lo hiciera, ya.

—Los moros tienen un buen rabo, ¿no? A esos les da igual un tío que una tía.

—¡Qué tontería! Ellos son como todo el mundo. Parece mentira que tú mismo... ¿Y a cuento de qué viene ahora esa actitud racista y xenófoba?

—¡Moros! —dijo entre dientes, mientras ponía una cinta en el radiocassette.

—¡Eh! ¿Qué pasa contigo? ¿Me has oído a mí, acaso, meterme con tu amiguita?

—¡Ni se te ocurra!

—¡Pues que no se te ocurra a ti tampoco meterte con mi amigo! ¡Ni con ninguno de su raza!

—¡Eh! ¿Qué mosca te ha picado? —refunfuñó Enrique, alejándose hacia el otro extremo del salón.

Parecía sorprendido por su reacción. A menudo decía las cosas más absurdas y los mayores disparates sin que Félix le reprendiera por ello, ya que se divertía escuchándole (hablaba tan poco que, cuando lo hacía, disfrutaba de cada una de sus palabras). Pero Enrique era muy contradictorio. A veces tenía actitudes de lo más tolerantes. Simpatizaba con los hippies y con los ecologistas, apoyaba cualquier actitud ácrata o de rebeldía frente al Estado, pero a veces también podía tener opiniones fascistas, propias de un cabeza rapada. Eran

tales contradicciones, imposibles de tomar en serio, las que tanto le divertían a Félix. Comprendió de pronto que Enrique estaba celoso y se sintió halagado. Le vio salir a la terraza, sentarse en una mecedora y poner los pies en la mesa.

La terraza era amplia y estaba acristalada. Poco a poco la habían ido llenado de plantas y ahora casi parecía un invernadero.

Normalmente era Enrique quien cuidaba de las plantas. Las regaba, les quitaba las hojas secas y las fumigaba con un spray para matarles los bichos. De algún modo, Enrique, que había vivido su infancia en el campo, se hacía la ilusión de estar en un huerto o en un jardín. Por eso a veces plantaba en alguna maceta tomates o pimientos. Aunque su planta preferida, por supuesto, era una marihuana que no se decidía a cortar. Félix le sorprendía a veces hablándole con cariño: "Eh, Carmela, ¿un poco más de agua?", o "¿Qué te pasa a ti, hoy? ¡Tienes las hojas amarillas!" Solía cortar las marihuanas cuando se secaban o se morían por sí mismas, al cabo de dos o tres años, y ni siquiera se las fumaba. Poco después traía unos cuantos cañamones, los plantaba en el mismo lugar y unas semanas más tarde ya había nacido una nueva planta, a la que llamaba Manuela o Casimira, y a la que dedicaba todos sus anhelos durante otros dos o tres años. De algún modo, la marihuana, por el hecho de estar prohibido su cultivo, era para Enrique un símbolo de su propia rebeldía.

Félix le siguió hasta la terraza y se sentó a su lado. Los dos bebieron de sus latas en silencio, sin mirarse, con la vista perdida al fondo de la calle. No parecía que Enrique tuviera hoy el propósito de salir. Movía los pies y la cabeza al ritmo de la música. Era una canción espantosa de algún grupo radical. El soporte: una maqueta, comprada quizá en algún puesto del rastro o a la salida de alguna estación de metro, ya que Enrique odiaba los grupos comerciales. Félix soportaba con resignación ese tipo de música. A fin de cuentas, se decía, tenía otros muchos momentos del día en que estaba solo y podía oír la música que le gustaba (como *jazz* o clásicos de los cincuenta). Así que, cuando Enrique ponía aquellas cintas, procuraba abstraerse del ruido y leer algún periódico o revista atrasada. Podía encerrarse en su habitación y trastear en el ordenador o pedirle a Enrique que bajara el volumen de la música, pero casi siempre le dejaba hacer lo que le diera la gana y permanecía a su lado, en la terraza. Media hora después, quizá, se metería en el salón a ver la televisión. A pesar de todo, el sacrificio no era tan grande. Félix se iría entonces a la cocina a preparar la cena o se sentaría en su sillón, si aún no tenían hambre, a leer un libro. Y luego, después de cenar, mientras veían una película, Enrique tal vez se quedaría dormido y Félix le cubriría con una manta

o una sábana, bajaría el volumen de la televisión y permanecería así, un buen rato, contemplándole, adorándole. Estos eran los momentos que le habían dado sentido a su vida durante mucho tiempo. Félix había vivido momentos así, al lado de Enrique, de auténtica felicidad. La gente decía que no existía la felicidad, que ésta sólo se dejaba atrapar un instante, pero él había sido feliz varios años seguidos al lado de Enrique. Los mejores años de su vida. La cosa se estropeó cuando éste aprobó el permiso de conducir y se compró un coche. O tal vez no había sido el coche, sino la chica, aquella chica un tanto descarada con la que salía. Pero ¿realmente era una buena chica? ¿No sería un poco frívola? Félix temía que pudiera jugar con los sentimientos de Enrique y le hiciera daño. No podía soportar que nadie le hiciera daño. Pues, aunque Enrique parecía un poco bruto, en realidad era hipersensible. No sabía cómo comportarse con las mujeres y era muy torpe en sociedad. A duras penas, mantenía una conversación coherente y, bueno, Félix pensaba que nadie más que él era capaz de entender y valorar sus supuestas cualidades.

Tuvo el deseo de pasarle la mano por el pelo, de darle quizá un beso en la frente. Necesitaba mostrarle alguna forma de ternura o de cariño, igual que hace un padre con un hijo (pues Enrique podía ser su hijo), pero no se atrevía. Enrique no hubiera sabido interpretar aquel gesto de cariño. No era deseo sexual lo que Félix sentía ya por él, pero hubiera pensado que era eso exactamente lo que lo motivaba. ¡Y era tan doloroso tener que inhibirse, tener que reprimir sus sentimientos! ¡Con lo fácil que era besar, abrazar y acariciar a otras personas, mostrarles un poco de afecto! ¿Y qué había de malo en ello? ¡Joder con los complejos!

¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Que Enrique saliera con aquella chica, que viviera con ella, si le daba la gana! Él iba a dejar de preocuparse. El éxito o el fracaso de su relación no era algo que le incumbiera. Cada uno tenía que arriesgarse, hacer su vida. Pero el pobre Rachid tenía razón: ¡Los españoles eran unos racistas! ¡No acababa de hablarle de él y Enrique ya le había llamado *moro!*

Félix postergó tanto su viaje a Marruecos, que al final Manolo se había marchado al pueblo del Atlas con su amigo de Essauira. Dijo que le dejaría las llaves al portero, pero Félix no se atrevía a meterse solo en aquel apartamento con Rachid. Le pidió al muchacho que buscara él mismo un hotel donde le dejaran entrar o donde pudiera colarse. Rachid respondió una semana después diciendo que le había salido un *petit travail* en un pueblo cercano y que había estado ausente

todo ese tiempo de la ciudad (de ahí su demora en contestarle), pero que ahora había regresado y su único propósito era hacerle feliz cuando llegara a Marrakech. Sí, conocía un hotel donde podría colarse. Sólo tenía que decirle las fechas de su estancia para hacerle la reserva. Félix le dijo que probablemente llegaría allí el 3 de agosto, aunque aún no estaba seguro, por lo que le pedía que mirara todos los días el correo, por si tenía alguna noticia que darle, ya que no disponían de otro medio para comunicarse. Rachid contestó:

(27 de julio. 8:03 p.m.) "O.K. Buscaré tus mensajes cada día. Te espero con impaciencia en Marrakech. Por cierto, ¿podrías traerme un teléfono móvil? He oído que en España son mucho más baratos que aquí. Recibe un besazo de tu pequeño Rachid".

(28 de julio. 2:16 a.m.) "Querido Rachid —le escribió Félix—. Pensaba comprarte un chándal Adidas o Nike, pero si tú prefieres un teléfono móvil, eso es lo que te llevaré. Ignoro cuánto cuesta, aunque supongo que será más o menos lo mismo que el chándal. Yo nunca he comprado un teléfono móvil. No me gustan ni sé usarlos. Ignoro aún cuándo llegaré a Marrakech. Te lo diré mañana o pasado. Hoy precisamente tengo una entrevista con un abogado para hablarle de ti. Te abrazo muy fuerte. Félix."

(29 de julio. 7:35 p.m.) "Querido Félix. Te agradezco mucho que pienses en mí. Dime qué es lo que te ha dicho el abogado, si ya ha hecho la solicitud de mi demanda al Gobierno o no. Por favor, infórmame, pues tú sabes que soy pobre y que tengo mucha necesidad de un trabajo. Mi sueño es ayudar a mi familia, sobre todo a mis hermanos. Necesito por eso ir a España. Haz un esfuerzo por mí. No quiero que pienses que te amo por tu ayuda, en absoluto. Si te amo, es por tu personalidad y por ti mismo, créeme que te digo la verdad, nada más que la verdad. *With love.* Rachid".

(30 de julio. 1:45 a.m.) "Querido Rachid, ya hago un esfuerzo por ayudarte. No me olvido de tu situación. Confía en mí. Saldré de Madrid el viernes 3, en autobús, y llegaré a Marrakech el sábado 4 sobre las 9 de la noche. *I need your kisses, my love.* Félix".

(31 de julio. 12:33 p.m.) "Eres realmente un amigo. Por eso te amo y vas a tener una vida muy feliz conmigo. Conozco un hotel donde podemos pasar todas las noches juntos sin que nadie nos moleste. Es el hotel de la Place, al lado del café de France, que tú ya conoces. Te echo mucho de menos. Rachid".

(1 de agosto. 4:52 p.m.) "Querido Félix, de nuevo soy yo, Rachid, tu pequeño adorable. Olvidé decirte que vienes precisamente cuando tengo que ausentarme un día, el sábado 4 de agosto, con motivo de un viaje con mi novia. Gracias por tu comprensión".

(3 de agosto. 12:11 a.m.) “Querido Rachid, he decidido no ir de momento a Marruecos. Así que te puedes ausentar dos días o una semana con tu amigo, si quieres, ya que yo no voy a molestarte. Pues tienes otro amigo, estoy seguro de ello, y quieres pasar con él el fin de semana. No creo que una chica en Marruecos se pueda ir con un chico de viaje y pasar la noche con él fuera de casa. Es totalmente inverosímil. Yo soy bueno, pero no estúpido. Félix”.

(5 de agosto. 5:39 p.m.) “¿Por qué me hablas así? ¿Es mi culpa acaso por haberte dicho la verdad? Dime cuándo vas a venir. Tú sabías que yo tenía novia. Creo que ya te dije la verdad el primer día de nuestro encuentro y tú no estabas en contra de ella. ¿Qué ha pasado ahora? Creo que me has comprendido mal. Respóndeme deprisa, por favor. Rachid”.

(6 de agosto. 6:31 p.m.) “Querido Félix, me has juzgado mal y me haces sufrir pues si he viajado ha sido porque tú no estabas aquí. Si hubieras estado, yo no habría hecho ese viaje. Te amo y pienso en ti, créeme que te digo la verdad. No quiero perderte porque es difícil tener un amigo fiel como tú. No me hagas sufrir con tu silencio. Sabes que lo eres todo para mí. Sé comprensivo y ayúdame, por favor. Pero si quieres que nuestra relación acabe aquí, me lo dices y no te molestaré nunca más ni te enviaré más mensajes. Espero por mi Dios que encuentres un amigo mejor que yo. Tu pequeño Rachid”.

(6 de agosto. 7:23 p.m.) “Querido Rachid. Lo siento. Pensaba que tenías otro amigo. Eso es todo. Pero yo no estoy en contra de tu novia. La respeto y tú lo sabes. Simplemente tenía celos porque te amo y era duro para mí pensar que podías irte con otro hombre de viaje el sábado estando yo allí, en Marrakech. Eso es todo. Sabes que te adoro y que no soportaría vivir sin ti. ¿Podrías reservarme ahora una habitación en ese hotel del que me hablaste para los días 9, 10, 11 y 12 de agosto? Te abrazo muy fuerte, mi pequeño Rachid”.

(7 de agosto. 7:13 p.m.) “Mi pequeño Rachid. Lamento que no me hayas respondido todavía, ya que debo saber, antes de sacar mi billete de autobús, si hay habitación en ese hotel y si tú podrás estar conmigo los días que te dije. Quería salir mañana, e iré en un autobús directo desde Madrid a Marrakech, ya que no me gusta el avión. Si no me respondes, tendré que anular el viaje. Te amo. Félix”.

(8 de agosto. 3:19 p.m.) “Querido Félix. Disculpa mi retraso en contestarte, pero tenía miedo de tu respuesta y por eso no he mirado el correo en dos días. Yo tampoco quiero perderte y no te imaginas lo contento que me he puesto cuando he leído tu mensaje. He ido a preguntar al hotel y me han dicho que tienen habitaciones libres para esas fechas. Te amo y te espero con impaciencia. Rachid”.

(8 de agosto. 4:12 p.m.) “Mi amor, soy el hombre más feliz del mundo después de leer tu mensaje. Gracias. Voy a reservar el billete enseguida en una agencia de viajes. Es ya muy tarde, pues el autobús sale a las nueve y media, pero confío en que aún habrá plazas. Espérame en la parada de la CTM mañana sobre las nueve de la noche (tarda unas veinticuatro horas). Te necesito desesperadamente. Félix”.

(8 de agosto. 5:32 p.m.) “El autobús está completo. Es una pena. Ahora tendré que ir por mi cuenta hasta Algeciras, desde allí coger el barco hasta Tánger y luego tomar un tren o un autobús hasta Marrakech. Ignoro a qué hora llegaré. Espérame cerca del hotel o en el café de France entre las 9 y las 11 de la noche. Echaré un vistazo, antes de partir, por si me mandas algún mensaje. Te quiero. Félix”.

El último mensaje de Rachid llegó cuando Félix ya había partido para Marruecos. Estaba escrito en francés y en español. Decía así:

(8 de agosto. 7:21 p.m.) *“Soyez le bienvenu à Marrakech. Je vais t´attendre avec impatience.* Tú serás muy feliz. Ya verás. Tú muy feliz conmigo en Marrakech”.

Más que un saludo de bienvenida, pensó Félix cuando lo leyó a su regreso, tenía todo el aire premonitorio de una amenaza.

# CAPÍTULO XIV

En la agencia de viajes le dijeron a Félix que había un autobús para Algeciras a las siete de la tarde, aunque no podían reservarle el billete, ya que no trabajaban con su empresa de transportes. No tenía, pues, más opción que ir a la Estación Sur, hacer cola en la ventanilla (a pesar de que iba con el tiempo justo) y arriesgarse a que luego no quedaran plazas libres. Menos mal que ya tenía la maleta hecha. Aun así, debía hacer un montón de cosas, como ducharse y afeitarse, mandar el correo a Rachid, llamar al compañero que le sustituiría en el trabajo (un tipo aburrido que se prestaba a todo, pero al que tenía mareado con tantos cambios de planes), guardar comida en el congelador, hacerse un bocadillo para el viaje, *etc.* Ya en la calle, confiaba en tener suerte y encontrar un taxi enseguida. Dado que había creído que partiría a las nueve y media, se había confiado demasiado y ahora todo se le echaba encima. También tenía que ir a un cajero a sacar dinero (aunque eso podía hacerlo en la estación), ya que debía pagar en efectivo los diversos medios de transporte hasta Marrakech, contrariamente al plan previsto: pagar con tarjeta en la agencia de viajes un billete de ida y vuelta por todo el pasaje. Pero, además, Enrique no había venido aún a casa y no sabía nada de su viaje, así que también tendría que escribirle a él una nota.

Félix creyó de pronto que iba a sufrir un infarto. No se había visto sometido a tanta presión en toda su vida. Y, por otro lado, estaba la inseguridad, la incertidumbre, el terror que le causaba ir solo de viaje a un país extraño para encontrarse, en una habitación de hotel, con un tipo al que acababa de enojar con sus celos, ironías y desplantes, un tipo al que amaba, pero del que seguía desconfiando.

Finalmente, Félix no le había comprado el teléfono móvil. ¿Con qué dinero iba a poder pagar luego las llamadas?, se dijo. Si en España eran caras, todavía lo serían más en Marruecos. Un teléfono móvil sólo podía servirle para recibir llamadas; es decir, para mantenerle localizado por sus eventuales amantes. Mejor, pues, que siguiera desconectado. Ellos ya estaban en contacto por Internet. El sistema funcionaba y era muy barato. Así que le compró un chándal Nike, que

era una prenda útil y práctica. Le llevaba también una camiseta de seda de su equipo favorito, el Barça, con el 11 de Rivaldo. Félix era del Real Madrid, pero le gustaban mucho algunos jugadores del Barça y no podía imaginar mayor morbo que el de abrazar y besar a su chico con aquella camiseta. También le llevaba un CD con los grandes éxitos de Freddie Mercury, una gorrita con su propio nombre y algunas chucherías más. Todo ello le había costado, como mínimo, el importe de dos teléfonos móviles, pero, aún así, se sentía inseguro y no sabía cómo reaccionaría Rachid al ver que no le llevaba el dichoso teléfono móvil.

Las cosas sucedieron mucho mejor de lo que Félix había imaginado. Nada más salir de su casa, encontró un taxi en la esquina, que le llevó en menos de un cuarto de hora a la estación. Una vez allí, ni siquiera tuvo que hacer cola para sacar su billete, ya que sólo había dos personas en la ventanilla, y no tardaron mucho en ser despachadas. No obstante, aún tuvo que sufrir algunos minutos de incertidumbre, ya que la empleada no estaba muy segura de que quedaran plazas libres en el autobús de Algeciras. Era nueva o algo así. No entendía bien el programa del ordenador y tuvo que recurrir a uno de sus compañeros para que le explicara alguna cosa. Al final resultó que sí quedaban plazas libres en el autobús y Félix pudo respirar tranquilo. Las siete menos veinte. Aún disponía de tiempo suficiente para sacar dinero del cajero, ir al servicio y después al bar a tomarse un té. Éste se lo bebió casi hirviendo, pero no le importó, ya que, una vez en el autobús, empezó a notar una grata sensación de bienestar que atribuyó a la infusión. El autobús salió de la estación a las siete en punto. Tenía por delante un largo viaje de once horas. Más o menos, llegarían a Algeciras a las seis de la mañana, según le habían dicho. Perfecto. Casi era mejor que ir en el otro autobús, pues llevaba dos horas de adelanto. Una vez en Algeciras, tomaría el primer ferry disponible, cruzaría el Estrecho en apenas dos horas y, ya en Marruecos (donde debía retrasar su reloj dos horas), esperaba coger sin problemas cualquier tren o autobús para Marrakech.

Pero la cuestión era: ¿merecía la pena todo eso por ver a un chico, un chico moreno y precioso, sí, un chico dulce y cariño, pero una especie de prostituto, a fin de cuentas, como había tantos otros, incluso en Madrid?

Durante los últimos días Félix había llegado a dudar de sus propios sentimientos. Perdió el deseo y las ganas de ver a Rachid. Se había vuelto a acostumbrar a Enrique, a la rutina, a su vida doméstica y tranquila. No quería faltar a su trabajo, no quería pedir favores a ningún compañero, no quería gastar tanto dinero, y volver a

Marruecos era una especie de trastorno, en todos los sentidos, que implicaba a mucha gente. Por otro lado, sin la presencia de Manolo en Marrakech, le parecía una temeridad volver allí.

Félix consultó con Ángela y con Yolanda. La primera seguía pensando que era una locura hacer aquel viaje, aunque se mostraba comprensiva con sus sentimientos, sobre todo después de ver la foto de Rachid ("Parece un ángel", le había dicho). La segunda no quiso pecar de timorata y, como consideraba que aquélla era una historia romántica, dijo:

—Déjate llevar por tus sentimientos, Félix. Vívelo mientras puedas. Sigue los impulsos de tu corazón.

Y su corazón le decía que debía volver a Marruecos para encontrarse con Rachid. Pues, si lo dejaba perder, ¿cuándo volvería a encontrar otro chico como él? ¿Cuándo volvería a encontrar a alguien que le hiciera vibrar como él? Había muchos otros chicos, sí, pero ninguno le había gustado desde hacía tiempo tanto como él. Ninguno le había fascinado ni le había producido tanta inquietud, tanto nerviosismo (síntomas inequívocos de la pasión) como él. Sabía que el muchacho no podía amarle como él lo amaba. No estaba tan ciego como para no darse cuenta de la realidad. Pero, aún así, ¿quién sabía si le quería de algún modo? ¿Quién sabía si, después de todo, era una persona honesta y acababa convirtiéndose en un buen compañero y en un buen amigo? Pero eso sólo podía averiguarlo tratándolo un poco más, conociéndolo un poco más. O sea, volviendo de nuevo a Marruecos.

Una parada en medio de ninguna parte, tal vez en Andalucía. Ya era de noche y Félix se despertó de pronto sobresaltado. No sabía cuándo, se había quedado dormido. Sólo recordaba que aún entonces era de día. Tenían media hora para descansar.

Después de ir al servicio, Félix se acercó a la barra. Un marroquí pedía alguna cosa que el camarero no entendía o no quería entender y le trataba con desdén. Félix contempló la escena irritado. Pidió a otro camarero un donut y un té y salió a la terraza, ya que dentro hacía demasiado frío a causa del aire acondicionado. Se sentó a una mesa, cerca de un grupo de jóvenes marroquíes. Había en el autobús tantos españoles como marroquíes, pero Félix prefería estar cerca de estos últimos y observarles furtivamente: cómo hablaban, cómo vestían, cómo se desenvolvían, qué tomaban. Los marroquíes, sin embargo, no reparaban en él, no le miraban, aunque le tenían al lado. ¡Qué diferentes eran estos marroquíes europeizados de aquellos otros que

nunca habían salido de su país! En Marruecos era imposible pasar desapercibido. Imposible que alguien no le sonriera o no intentara hablar con él, con alguna pretensión oculta, claro, con algún oscuro propósito, pero también con una curiosidad y un interés puramente humanos.

El autobús siguió su marcha en medio de la noche. Félix volvió a dormirse enseguida.

Una nueva parada. Esta vez no se molestó en bajar del autobús, lo mismo que mucha gente. Estaba demasiado cansado y quería guardar energías para mañana.

Luego vino un largo período de vigilias y duermevelas. Veía luces en la autovía o al fondo del paisaje, adivinaba pueblos, árboles, casas aisladas en medio del campo, cruzaban un río, bordeaban una colina o se internaban en un valle.

Volvió a dormirse de nuevo profundamente y, cuando despertó, con un terrible dolor de cuello, ya estaban en la estación de Granada. Félix bajó del autobús y se aventuró en los servicios. Los demás viajeros, al igual que él, deambulaban de un lado para otro como sonámbulos. Muchos se quedaban un rato en el andén para estirar las piernas, otros daban vueltas en torno a los vehículos o se sentaban en los bancos. Él subió directamente al autobús y se arrellanó en su asiento.

Hasta Málaga mantuvo todo el tiempo los ojos abiertos. Pensaba en Rachid. Se lo imaginaba viviendo con él en Madrid, ocupando el lugar que ahora ocupaba Enrique (era triste, era duro pensar en eso, pero así era la vida; si Enrique hubiera sido un poco más afectuoso con él...) Se imaginaba con Rachid de compras en El Corte Inglés. Se lo imaginaba a su lado, paseando por la Gran Vía. Se imaginaba a sí mismo presentándolo a sus amigos, llevándolo a cenar a algún bonito restaurante, besándolo en el ascensor, revolcándose con él por el suelo del salón. Todo era maravilloso al lado de Rachid, pero había algo que no encajaba: no se imaginaba a sí mismo, tranquilo y feliz, durante las horas de trabajo, cuando se ausentaba de casa. ¿Por qué? ¿Por qué no podía confiar en Rachid?

Málaga. Un poco más, sólo un poco más, y pronto estarían en Algeciras, se dijo, cerrando los ojos. Notó cómo el autobús salía de la estación y enfilaba hacia la calle. Seguiría pensando en Rachid. No tenía ningún sueño. Rachid no hablaba español, así que tampoco iba a ser fácil conseguirle un buen empleo. No podía imaginarlo de camarero, de cocinero o de albañil. No podía imaginarlo sucio y estresado. Sólo podía imaginarlo haciendo el amor. Tal vez porque eso era lo único que sabía hacer, lo único que había hecho durante toda su

vida. Sin darse cuenta, volvió a quedarse dormido.

Cuando despertó, estaban en el mismo puerto de Algeciras. Ya había gente bajando del autobús. Se levantó con una extraña sensación de incertidumbre, de vértigo o de náusea y, ya fuera, una corriente de aire frío y húmedo, proveniente del mar, le atravesó los pulmones. Tenía seca la garganta y le dolía el cuello. Esperó, como todo el mundo, para recoger su equipaje, una bolsa deportiva bastante grande y pesada, y a continuación entró en las dependencias del puerto. Allí todo era muy sencillo, le había dicho Manolo. Sólo tenía que leer las indicaciones y seguir las flechas. Eso fue lo que hizo. No tardó en encontrar una compañía naviera donde sacó el pasaje del ferry. A continuación se dirigió a la aduana, pero ésta estaba cerrada. Faltaba casi una hora para que saliera el próximo barco, le dijeron. Se sentó en un banco de la sala de espera.

Casi eran las nueve cuando el ferry comenzó a alejarse del puerto de Algeciras, mucho más tarde de lo previsto. Más o menos, llegarían a Tánger a las once de la mañana (las nueve en Marruecos). Félix permaneció en la cubierta de arriba, al aire libre, un buen rato, observando las maniobras del barco y oteando en el horizonte, entre la bruma, las costas de África, que a veces creía divisar. Bajó después al interior y deambuló por los diversos compartimentos y salones, en busca de un sitio cómodo donde sentarse. Por fin encontró una mesa libre en la cafetería, dejó junto a ella su bolsa, se dirigió a la barra y pidió un té verde con menta.

Una voz femenina anunció por megafonía, en árabe y en francés, que había que rellenar una ficha y entregarla, junto con el pasaporte, a la policía. Era un trámite un tanto molesto (por la larga cola y la consiguiente espera) que Félix ya había sufrido en su viaje anterior. No tenía bolígrafo y se lo pidió prestado a un joven marroquí que había en la mesa de al lado, al que había oído hablar español con otras personas. Cuando fue a devolvérselo, el marroquí le dijo que podía quedárselo ya que tenía tres o cuatro más en el bolsillo de la chaqueta. Era un gesto excesivo que no supo cómo agradecer. No obstante, dio origen a una breve conversación que reiniciaron en algún otro momento a lo largo de la travesía.

El chico debía de ser de la clase alta, a juzgar por su estilo y su forma de vestir. Se dirigía a El Jadida a pasar unas breves vacaciones con su familia. Estudiaba en Madrid y decía que le gustaba mucho España, donde tenía novia y un montón de amigos. Los padres de ella y sus hermanos le querían y le consideraban ya como un miembro más

de la familia. Pero sus propios padres querían que regresara a Marruecos y asumiera la dirección de un negocio, algo que a él no le entusiasmaba demasiado. Intentaba darles largas, pero cada vez le presionaban más. Si no regresaba a Marruecos, dejarían de mandarle dinero, tendría que abandonar la universidad sin acabar la carrera de Derecho y perdería el permiso de residencia. Le habían puesto de plazo hasta final de curso y éste había terminado ya.

Cuando llegaron a Tánger, poco antes de bajar del ferry, en la pasarela, Félix y el chico intercambiaron sus números de teléfonos y prometieron verse algún día en Madrid.

Félix se dirigió sin perder ni un minuto a la aduana. Había una larga fila, al final de la cual, uno a uno, iban mostrando el contenido de sus fardos y maletas todos los marroquíes. Él era, al parecer, en aquel momento, el único extranjero. Entonces, un tipo alto y fornido, que estaba junto a los policías uniformados, se le acercó y le preguntó, en español, si era turista. Félix dijo que sí y el tipo le indicó que saliera de la fila y le siguiera hacia otro lugar. Con gran alivio, Félix agarró su bolsa y se fue detrás de él. Caminaron por un largo pasillo, atravesaron algunas dependencias vacías y polvorientas, donde no había nadie, lo que comenzó a extrañarle, y, cuando se dio cuenta, estaban fuera de la aduana, en la parte de atrás del edificio.

—¿Español? —le preguntó el tipo.

—Sí —respondió Félix, mirándole con prevención. Probablemente era un policía secreta, pero ¿por qué le había llevado allí, en vez de a una oficina?

—¿Va a estar mucho tiempo en Tánger?

—No, no. Voy a Marrakech. Tengo que coger un tren o un autobús para Marrakech. Aunque todavía no sé a qué hora. ¿Cree que habrá algún tren o algún autobús esta mañana para Marrakech?

—Hoy no hay trenes ni autobuses para Marrakech.

—¿Cómo?

—No hay trenes ni autobuses para ningún sitio.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó Félix alarmado—. ¡Yo tengo que estar esta noche en Marrakech! ¡De un modo o de otro, tengo que estar allí!

—Hoy se celebra una fiesta muy importante en Marruecos, una gran fiesta para los musulmanes, y todo está paralizado. ¿No lo sabe? ¡Hoy no se puede viajar a ningún sitio!

Félix se sintió de pronto desolado.

—Pero... ¿cómo es posible? —exclamó—. Aun cuando sea fiesta, debería haber algún medio de transporte. No puede paralizarse un país por una fiesta. ¿No lo entiende? Yo... ¡yo tengo que estar esta

noche en Marrakech!

—No se preocupe. Puede dormir hoy en Tánger y mañana ya irá a Marrakech. Déjeme que le acompañe. Le llevaré a un hotel de confianza y luego puede visitar el zoco. Yo le acompañaré. No tiene por qué preocuparse de nada. El mercado de hoy es muy importante, hay cosas que sólo podrá encontrar hoy en todo el año.

—¡Pero yo no quiero ir a ningún mercado! —dijo irritado—. ¡Yo lo único que quiero es ir a Marrakech!

—No es posible. No hay trenes ni autobuses —dijo el tipo, a todas luces un embaucador. Félix se dio cuenta en aquel preciso momento. Lo que no comprendía era cómo podía estar al lado de la policía y que ésta le dejara actuar tan impunemente. ¿Sería acaso él mismo un policía que intentaba ganarse algún dinero de extranjis?—. Yo conozco un buen hotel, donde tú pasas la noche, y ahora nosotros vamos a visitar el zoco. Yo te acompaño para que no te engañe nadie. Hay cosas preciosas en el zoco...

—¡Por favor! —exclamó Félix—. ¡Yo no soy esa clase de turista! Yo no he venido de compras a Tánger. ¿Es que no lo entiende? ¡Tengo que ir a Marrakech!

—Ven conmigo —dijo el tipo insistente, cogiéndole ya del brazo—. Yo te llevaré a un buen hotel. Y luego te acompaño al zoco. El mercado de hoy es muy importante. El más importante de Marruecos. Sólo una vez al año.

—No, gracias —dijo Félix desasiéndose, ahora un poco más tranquilo. Si aquel tipo era un embaucador, él también podía ser un cínico—. Además, ¿qué mercado es ése? ¿De qué me hablas? —y pensó: "¡Joder, me había olvidado de pronto de que esto es Marruecos! ¡Ya no estoy en España! *¡Esto es Marruecos! ¡Son ese tipo de cosas que pasan en Marruecos!"*— Tengo amigos aquí, en Tánger, amigos muy importantes, que podrían alojarme en sus casas —cogió su bolsa y comenzó a alejarse—. No es la primera vez que vengo a Marruecos, ¿sabe?, y ellos nunca me han hablado de esa fiesta. Nunca me han dicho que tengan que suspenderse todos los medios de transporte por ninguna fiesta.

—Bueno... —dijo el tipo resignado, soltando ya a su presa—, es probable que salga algún autobús para Marrakech. No lo sé. Pregunte a la salida del puerto, en la CTM.

—¡Muchas gracias! —dijo Félix, sardónico, recuperando el buen humor. Estas cosas le ayudaban a uno a estar alerta, a agudizar los sentidos y la inteligencia. ¡Ay, si le hubiera visto Manolo...! Después de todo, no se había desenvuelto tan mal. Ni siquiera a él le engañaban fácilmente—. ¡Y seguro que también hay trenes!, ¿verdad?

Comenzó a caminar hacia la salida. Dos chicos morenitos, con pantalones cortos, le hacían saludos y alguna insinuación obvia desde la escollera. Dos chicos que, con unos pocos dirhams, cualquiera podía llevarse a la cama. Ay, suspiró Félix, también se había olvidado de que había vuelto al paraíso sexual. En unos minutos acababa de presenciar las dos caras de Marruecos. Pero una compensaba con creces la otra.

"¡Es tremendo! —se dijo, incrédulo—. Ni siquiera he pasado por ningún tipo de control. Nadie me ha pedido el pasaporte ni me ha registrado el equipaje. Un tipo, que al final no ha conseguido embaucarme, me ha liberado de todo. ¡Así es Marruecos!"

Todavía dentro del puerto, Félix se dirigió a la oficina de cambio y, una vez convertidas sus pesetas en dirhams, se repartió el dinero disimuladamente por los diversos bolsillos del pantalón y la camisa y salió a la calle. Vio venir un *petit taxi* y lo paró.

—Hay un tren para Marrakech esta mañana, ¿verdad? —le preguntó al conductor, un viejecito con casquete.

—Sí, señor —dijo éste en correcto castellano—. Hay uno a las diez. Tiene tiempo de sobra, ya que son las nueve.

—¡Lo suponía! —dijo Félix metiéndose dentro del taxi—. Pues, ¿sabe?, un tipo me ha querido liar. Me ha dicho que no hay trenes ni autobuses para ningún sitio, hasta mañana, por motivo de no sé qué fiesta. ¡Si le llego a hacer caso, me hubiera quedado tirado! ¡Y tengo que estar en Marrakech esta tarde!

El taxista esbozó una sonrisa indulgente.

—Lléveme a la estación de tren, por favor —dijo Félix.

—Amigo mío —dijo el viejecito con acento filosófico—. ¡En este mundo no hay que fiarse de nadie! —puso el vehículo en marcha y añadió—: ¡De nadie, ¿sabe usted?, de nadie!

No paró de decir todo el tiempo que no había que fiarse de nadie, "¡absolutamente de nadie!", hasta el punto de que Félix llegó a preguntarse si tampoco tendría que fiarse de él. Y, cuando le dio un billete de cincuenta dirhams (no tenía otro más pequeño) y el hombre tuvo que ir a cambiarlo a la estación para poder cobrarle los ocho que marcaba el taxímetro, Félix aceptó con resignación que le engañaría en el cambio. Pero no fue así, y eso le dejó un tanto confuso. Le dio siete dirhams de propina.

—Que tenga buen viaje —le dijo el taxista con una sonrisa sardónica—. Y ya sabe, amigo: ¡no se fíe de nadie!

—¡Gracias! —dijo Félix, avergonzado, pues el hombre se había dado cuenta de que también había desconfiado de él.

Después de sacar su billete, Félix salió al andén de la pequeña estación y se sentó al sol, tranquilo y ensimismado, mientras aguardaba la llegada del tren. Era un sol suave, matinal, y le gustaba sentirse acariciado por él. Había ya unos cuantos viajeros esperando, la mayoría extranjeros, jóvenes sobre todo: alemanes, holandeses, franceses y algunos americanos. Félix pasó delante de ellos sin mirarlos. Sus cabellos rubios y sus ojos azules le parecían casi obscenos. También le desagradaban su afectado civismo, sus latas de Coca-Cola (de las que bebían como en un anuncio televisivo) y los *best sellers* que pretendían leer. Él se había echado algún libro en la bolsa de viaje, pero no pensaba leer. Ya lo haría cuando estuviera en casa, solo y aburrido, se dijo. Se sentó en el suelo, lo más lejos posible de la gente, y contempló la humilde estación: sólo dos vías y una pequeña caseta de mampostería, donde estaban las taquillas, a través de la cual se accedía al andén, sin ni siquiera una sala de espera, un kiosco de prensa o una cafetería, algo inconcebible en una ciudad tan importante como Tánger[1].

Prácticamente había conseguido su objetivo, lo que le parecía sorprendente e increíble. Ahora sólo tenía que subir a un tren y esperar a que éste le dejara en Marrakech sobre las nueve o las diez de la noche. Todo había salido a pedir de boca. Había enlazado el autobús con el barco y el barco con el tren de un modo casi continuado, como si estuviera programado (dejándole incluso el tiempo justo para moverse de un sitio a otro), cuando en realidad todo ello había sido obra del azar. Por eso Félix creía en el azar. No siempre éste era el caos, a veces tenía su propio orden y sus propios designios. Por otro lado, el azar siempre le había deparado a él las mejores sorpresas y las aventuras más inolvidables.

Llegó el tren y todo el mundo corrió hacia él, aunque no tenía que partir hasta dentro de media hora. Félix caminó detrás de la gente por inercia, sintiéndose estúpido por la prisa innecesaria. Pero tampoco tenía sentido seguir sentado en el suelo del andén, se dijo. Buscó un compartimento cualquiera de primera clase, donde no había nadie, y, después de colocar su bolsa en el portaequipajes, se sentó junto a la ventanilla. Aquél era el momento de comerse el bocadillo, decidió. No había probado apenas bocado desde el día anterior.

Poco después de arrancar el tren, apareció en el compartimento un francés de mediana edad, algo amanerado, vestido como cualquier bohemio del París de principios de siglo. Iba acompañado por dos jovencitos marroquíes muy delgados, de ojos tristes pero bien vestidos y calzados. Uno de los chicos no paraba de mirar al francés (quien parecía enojado por algo) y de acariciarle la mano cariñosamente. El

otro escuchaba música de un *walk-man* a todo volumen y no le prestaba atención a ninguno de los dos. Al cabo de un rato, los tres se levantaron de improviso y se marcharon, tal como habían venido, sin mirar a Félix ni dirigirle una sola palabra. Éste se alegró de que le dejaran solo.

Media hora más tarde entraron en el compartimento un chico y una chica. Los dos eran franceses, aunque él de padre asturiano, por lo que hablaba español. Había vivido parte de su adolescencia en Madrid y conocía muy bien la zona donde trabajaba Félix. La chica no hablaba español, aunque decía entenderlo. Se veía que los dos jóvenes estaban muy enamorados. Iban a ver unas ruinas, pero regresarían a Tánger por la tarde. Félix supuso que no eran turistas, sino residentes. Cuando le preguntaron a él por el motivo de su viaje, no tuvo ningún inconveniente en explicar que iba a visitar a un chico que había conocido en su viaje anterior.

Daniel, el joven francés, aseguraba haber conocido a Paul Bowles dos años antes de su muerte.

—Estaba con un chico muy joven y muy guapo —dijo.

Por lo visto, alguien los había presentado en una fiesta y habló con él durante un buen rato, sin saber que era Paul Bowles.

También había conocido, por casualidad, a Juan Goytisolo, en Marrakech. Un día buscaba mesa libre en un café de la plaza Djemaa el Fna y cuando, después de dar varios tumbos, la encontró, resultó que en la mesa de al lado estaba Juan Goytisolo. Había leído un libro suyo, que le había recomendado su padre, un libro muy pesado y aburrido, que no le gustó nada, aunque cuando habló con el escritor le aseguró todo lo contrario.

—Vaya —le regañó Félix—. Eso no estuvo nada bien. Tenías que haber sido sincero. O, al menos, haberte callado.

—No quería herir sus sentimientos —se justificó Daniel.

Otra vez conoció a un escritor polaco en un tren. Tenía la fatalidad de encontrarse siempre con escritores.

Llegó el revisor. El billete de Félix era de primera, pero el de los jóvenes franceses era de segunda. ¿Lo habían comprado de segunda por error o se habían metido en el vagón de primera por error? Sea como fuere, el revisor les dijo que podían seguir sentados donde estaban. No pasaba nada. Era la típica actitud de tolerancia complaciente con los turistas, tan habitual en Marruecos.

—Estas cosas no ocurren en España —dijo Félix—. Seguro que allí os habrían mandado rápidamente al vagón de segunda.

—No sé en España —dijo Daniel—. Allí tampoco son tan rígidos. Pero seguro que sí en Francia o en Alemania.

—Yo no puedo imaginar a un revisor español permitiendo a unos viajeros que tienen billete de segunda seguir sentados en primera.

Daniel no estaba de acuerdo. Decía que a él, en España, le habían tolerado muchas cosas parecidas. Tenía una idea romántica de lo español, que Félix no compartía. Los españoles ya no eran, según él, sentimentales ni románticos.

La conversación derivó de un tema a otro del modo más natural. A veces pasaban del francés al español o del español al francés, sin darse cuenta. La chica no hablaba mucho, aunque no paraba de sonreír, y los tres se mostraban encantados por la improvisada amistad. Así que, cuando llegó el momento de decirse adiós, fue inevitable el intercambio de teléfonos, direcciones electrónicas y todo lo demás. Prometieron llamarse y escribirse.

Félix lamentó la separación de los dos jóvenes como si fueran amigos de toda la vida. Salió al pasillo y se asomó a la ventanilla para despedirlos una vez más. Tanto la chica como el chico no pararon de agitar sus manos hasta que el tren se puso en marcha y se perdieron de vista.

Félix le preguntó a unos chicos marroquíes si sabían cuánto faltaba para llegar a Sidi Kacem, donde tenía que hacer transbordo para ir a Marrakech. En la estación de Tánger le habían dicho que allí debía cambiar de tren y él había asentido con la cabeza, sin darle importancia a este hecho, pero ahora se dijo a sí mismo que, si nadie se lo indicaba, podía pasar de largo dicha estación y seguir una ruta equivocada. Los chicos le indicaron que aún faltaban varias horas para llegar a Sidi Kacem y que no se preocupara porque allí bajaba mucha gente y se iba a dar cuenta enseguida. Félix les dio las gracias. Iba a encerrarse ya en su compartimento, cuando uno de los chicos le preguntó si era español. Félix dijo que sí y el chico volvió a preguntarle cuál era su equipo favorito, el Real Madrid o el Barça.

—El Real Madrid, por supuesto —dijo Félix con una sonrisa.

—¡Yo también Real Madrid! —exclamó el chico, efusivo, quien hablaba un poco de español—, pero este, del Barça —señaló con un gesto despectivo a uno de sus compañeros, un chico muy guapo, que no paraba de sonreír. Los tres llevaban chándal Addidas y botas deportivas Nike. Sin duda, pertenecían a la clase alta marroquí. La clase popular no puede permitirse el lujo de viajar en primera.

Un tipo pelirrojo que estaba en la puerta de otro compartimento quiso incorporarse a la conversación al saber que Félix era español. Él era de Estados Unidos, californiano, y daba clases de inglés en Madrid.

Pero su español era peor aún que el del chico marroquí y Félix decidió que no le interesaba en aquel momento ningún norteamericano, así que centró toda su atención en los chicos marroquíes, quienes realmente eran muy simpáticos.

—¡Eh —dijo Youssef, el chico que había hablado con él—, ven con nosotros! Tú traes tus cosas aquí y nosotros te dicen cuando llegas a Sidi Kacem.

A Félix le pareció una idea genial. Fue a por su bolsa de viaje y la metió en el compartimento de los chicos. Nada más sentarse, le abordaron con todo tipo de preguntas. Youssef, en español; Abdellah, el chico guapo (aunque los otros tampoco eran feos), en francés, ya que no hablaba español, y el otro, Mohamed, en árabe, que le traducían al español o al francés, pues no hablaba ninguno de tales idiomas. Los tres eran amigos, universitarios, tenían entre dieciocho y diecinueve años y viajaban por el país, de vacaciones, con el permiso y el dinero de sus papás. Su primer destino era Meknes, donde vivía la novia de Youssef, y después Fez.

Youssef decía que sentía mucha simpatía por España y por los españoles. Tenía varios amigos españoles, uno de los cuales le había invitado a pasar en España las fiestas de Navidad. Abdellah era un poco más crítico con España. Tenía una visión más política de las cosas y Félix estaba de acuerdo con él en la mayoría de sus opiniones. Mohamed, al no poder expresarse en ninguna lengua occidental ni querer que le tradujeran todo el tiempo, no tenía opinión.

Félix les dijo que no conocía mucho Marruecos, pero que ya había echado un vistazo por ahí, en otro viaje, y notaba que algo estaba cambiando, tal vez debido al nuevo rey. Estaba seguro de todo iba a ir bien en el futuro. Además, ellos eran el futuro de Marruecos, de modo que el país estaba en buenas manos. Los tres chicos sonrieron halagados.

Tenían el pelo muy corto, como todos los marroquíes, y podían percibirse en su cuero cabelludo las numerosas marcas de antiguas cicatrices. Se las habían hecho de niños tirándose piedras.

—Cosas de niños —dijo Youssef—. Los niños siempre juegan en Marruecos con piedras.

Él mismo tenía una ceja partida a causa de una pedrada, lo que le daba a su rostro cierto magnetismo sexual.

Félix dijo que tenía que ir al servicio y dejó su bolsa al cargo de los chicos, de quienes se fiaba completamente. Entonces Abdellah se ofreció a acompañarle, lo que le extrañó un poco. ¿Aquel gesto amable no ocultaría una segunda intención?, se preguntó Félix. Tal vez, pero debía tener cuidado, ya que los chicos de la clase alta no necesitaban

nada de él y, por lo tanto, no eran tan receptivos sexualmente como los otros chicos. Llegaron al extremo del vagón y Abdellah le indicó dónde estaba el servicio, algo por lo demás innecesario. Félix le dirigió una sonrisa de oreja a oreja. El chico también le sonrió, pero se apartó de la puerta, adivinando sus intenciones

Con gran pena, se separaron en Sidi Kacem. Los chicos seguían en el mismo tren hasta Meknes y él debía bajar y coger otro para Marrakech. Cada uno de ellos le dio a Félix su dirección, su número de teléfono y su *e-mail*. Le rogaron encarecidamente que fuera a Tánger algún día, pues querían volver a verle y mostrarle bien su ciudad. Félix les prometió que lo haría durante las próximas vacaciones. Era muy halagador saber que tres chicos tan simpáticos y agradables se interesaban por él y deseaban conservar su amistad; más aún, sin que hubiera ningún interés por medio.

El tren de Marrakech tardó casi media hora en llegar. Esta vez, sin embargo, Félix no pudo encontrar un compartimento para él solo. Por lo que se acomodó junto a un anciano muy serio y atildado, que viajaba con un tipo más joven, una especie de criado o ayudante. Poco después cayó por el compartimento el tipo pelirrojo y Félix se resignó a entablar conversación con él. Se llamaba Kevin y le comentó que iba a visitar Marrakech, aunque no tenía hotel reservado ni conocía a nadie en dicha ciudad. Después seguiría, a la aventura, por cualquier parte de Marruecos. No parecía gay. Más bien, daba la sensación de ser un miembro rezagado de la generación *Beat*, a juzgar por su indumentaria pseudohippy, su perilla, su mochila de tela y todo lo demás. El viejo, mientras tanto, leía un periódico tras otro, unas veces en árabe y otras en francés. En la siguiente estación, entraron dos chicas en el compartimento y Kevin inició una tímida conversación con ellas. Eran azafatas o algo así, muy guapas y elegantes, y hablaban bastante bien el inglés.

Casablanca. Media tarde. Las dos chicas se quedaban allí. Después de dos horas hablando con ellas, a Kevin ni siquiera se le había ocurrido pedirles el número de teléfono o darles el suyo, aunque tanto ellas como él lo habían estado deseando. La timidez era horrible a veces. Félix sintió lástima por aquel tipo, que ahora le parecía un tanto patético. Él también era tímido, claro, ¡pero no en Marruecos! Las relaciones humanas eran tan fáciles allí que era estúpido desaprovecharlas por culpa de la timidez.

Después de Casablanca, el viaje comenzó a hacerse cada vez más largo y pesado. Parecía interminable, infinito. Félix se sentía ya

incómodo dentro de su propio cuerpo. Se cansaba de estar sentado y se cansaba de estar de pie. Le dolía la espalda, le dolían el cuello y los brazos. No le apetecía hablar con nadie, pero se aburría si permanecía callado. Intentó dormir, pero fue imposible. El asiento no tenía orejeras donde apoyar la cabeza y ésta se le iba de un lado para otro. Además, experimentaba cierto pavor ante la proximidad de su encuentro con Rachid. No se sentía preparado para verle nada más llegar (tan sucio, tan cansado), ni tampoco para hacer el amor, ya que ni siquiera tenía deseo sexual.

Settat. El viejo atildado y su criado bajaron del tren. Kevin y Félix se quedaron solos en el compartimento. Entonces corrieron la cortina de la puerta para que no les molestara nadie. Estiraron las piernas y los brazos, bostezaron, bebieron un poco de agua y se relajaron. Al venir ambos de Madrid y dirigirse también ambos al mismo lugar, se había producido entre ellos una especie de confraternización. Tenían la sensación de ser dos viejos amigos, más que dos desconocidos que, por azar, coinciden en un tren. Las azafatas habían creído que viajaban juntos y ninguno de los dos se había molestado en desmentirlo.

Las siete y media de la tarde. Llevaban nueve horas y media viajando y aún faltaban dos o tres horas más para llegar a Marrakech. Félix no recordaba que el mismo viaje con Manolo se le hubiera hecho tan largo ni tan aburrido.

Kevin se tumbó a lo largo de tres asientos e intentó dormir. Félix, sin embargo, prefirió seguir sentado, contemplando el paisaje, que en aquel momento era una especie de erial cubierto de basura.

¿Por qué sentía tanto pavor ante el inminente encuentro con Rachid —se preguntaba—, cuando debería sentir alegría y entusiasmo?

Sacó un libro de la bolsa e intentó leer.

# CAPÍTULO XV

¡Marrakech! ¡Marrakech! ¡Ya estaban en Marrakech! El tren había comenzado a ralentizar la velocidad un rato antes. Se había parado incluso en algún sitio de las afueras, generando confusión, haciéndoles creer que ya habían llegado. Pero no. ¡Y ahora se había detenido definitivamente! ¡Así que ya estaban en Marrakech! Las nueve y diez. Sólo habían tardado once horas desde Tánger. Había tomado, en Madrid, el autobús de Algeciras a las siete de la tarde y había llegado a Marrakech a las once de la noche del día siguiente (hora de España). ¡Veintiocho horas de viaje! Con razón estaba cansado, sucio y asqueado de sí mismo. Sin dormir apenas, sin comer (sólo un bocadillo, un donnut y una chocolatina que le había ofrecido Kevin), sin lavarse o peinarse durante todo ese tiempo.

Cogió cada uno su equipaje y salieron del vagón. Se encontraron de pronto con el abigarramiento propio de Marruecos, que en una estación de tren, como la de Marrakech, es más que abigarramiento: es confusión, revoltijo, barullo y caos. Numerosas personas de acá para allá cargando fardos o maletas. Porteadores, taxistas ofreciendo sus servicios, familiares que se abrazan, gente que grita y se saluda, ayudadores espontáneos que quieren cargar con maletas ajenas, mendigos, turistas despistados, vendedores de chucherías o de refrescos, policías, funcionarios, embaucadores y oportunistas de todo tipo.

Félix se negó a coger ninguno de los taxis que le ofrecieron en la estación. Todos los taxistas tenían pinta de impostores. Salieron a la calle y esperaron a que pasara un *petit taxi* con la luz verde. No tardaron en ver uno y le hicieron el alto. Félix le pidió al conductor que les llevara a la plaza Djemaa el Fna.

El taxista sólo tenía que seguir de frente por la avenida de Hassan II (donde estaban) y luego continuar por Mohamed V hasta la plaza Djemaa el Fna, pero dio una larguísima vuelta, por la avenida de la Menara. Félix se percató enseguida del engaño, pero prefirió callarse.

Un poco antes de llegar a la plaza, le pidió al taxista que se detuviera junto al hotel Alí. Félix lo conocía porque había estado una

vez en el cibercafé que hay en la planta baja para mandar un mensaje a su oficina. No parecía caro y había visto allí muchos turistas británicos, de modo que tal vez era un buen lugar para Kevin. El joven californiano dijo O.K. cuando lo explicó y le dio las gracias por su ayuda. Quiso aportar dinero para el taxi, pero Félix se lo impidió. Era la hora de despedirse, así que los dos hombres se miraron fijamente a los ojos y se estrecharon las manos. Habían compartido muchas horas de tren juntos y tenían la sensación de conocerse de toda la vida. Pero, de algún modo, estaban deseando perderse de vista. Se parecían demasiado en el carácter. Se respetaban, pero no se atraían. Esperaban verse algún día por ahí, dijeron, tal vez en Sol o en la Gran Vía. No obstante, ninguno se molestó en darle al otro su número de teléfono.

—*Hotel de la Place, s´il vous plait* —dijo Félix, con tristeza, viendo a Kevin desaparecer entre la marabunta.

—*Oui, monsieur*.

A pesar de la larga vuelta, el importe del trayecto no pasaba de los doce dirhams (unas doscientas pesetas). Félix le dijo al conductor que se cobrara quince.

La plaza estaba en aquel momento en pleno bullicio, con cientos de personas moviéndose por todas partes, las largas humaredas, en forma de volutas o penachos, extendiéndose por el cielo crepuscular (síntoma inequívoco de que estaban a pleno rendimiento los asadores de carne y las freidurías de pescado), los vendedores de zumos de naranja animando a acercarse a los eventuales clientes, los tipos curiosos, los charlatanes, los policías camuflados, los limpiabotas, los hombres viciosos arrimándose a los corrillos de los músicos, los carteristas, los timadores, los turistas de cualquier país o raza, los mendigos, los locos hablando solos, los vagabundos, los niños chaperos, las echadoras de cartas, los contadores de historias, las prostitutas... y, en medio de todo eso, los cánticos, las voces, los gritos, las risas, los sonidos de toda clase de instrumentos. Y, bordeando la plaza, los automóviles, las motos, los *petit taxis*, los *grand taxis*, las bicicletas, los coches de caballos, los carros tirados por burros o por mulas, los hombres arrastrando carretillas o cargando inmensos fardos en sus cabezas o espaldas. Y, ya en las aceras, los cafés y las terrazas.

Félix bajó del taxi y echó un vistazo en los alrededores. Había unos cuantos chicos ociosos apoyados en la pared del hotel, pero Rachid no era ninguno de ellos. Miró en otras direcciones, pero era prácticamente imposible encontrarlo entre tanta gente, se dijo. Echó un rápido vistazo en la terraza del café de France, que estaba abarrotada. Tampoco lo vio allí. Entonces se dirigió directamente al

hotel.

Atravesó un estrecho portal enjalbegado y, al fondo, a la derecha, detrás de un pequeño mostrador, se encontró con un chico de aspecto cansado, con el pelo desgreñado, vestido con un chándal azul un tanto sucio y desastrado.

—Tengo reservada una habitación —le dijo Félix en francés. El chico no pareció comprender nada. Félix repitió dos veces su nombre e insistió en que alguien había ido a reservarle una habitación el día anterior.

El chico miró perezosamente algún papel arrugado. La recepción de aquel hotel no tenía libros, cuadernos o archivadores. No tenía mesa ni silla. No tenía ni siquiera teléfono.

—Es igual —dijo Félix—. ¿Tiene una habitación?

—Sí.

—¿Cuánto cuesta?

—Ciento setenta dirhams.

—Sólo quiero una habitación individual.

—De acuerdo, ciento veinte dirhams —entonces, de pronto, recordó—. Bueno —dijo rascándose la cabeza—, ayer vino un marroquí a preguntar... Pero él no puede subir. Los marroquíes no pueden subir a las habitaciones.

—Está bien —dijo Félix.

El chico cogió una llave y le acompañó hasta una habitación del segundo piso, con vistas a un patio.

—Aquí es —dijo.

—¿No tiene con vistas a la calle?

—No. Todas están ocupadas.

La habitación era decepcionante. Una pila de lavar en un rincón, un armario medio derruido, sin perchas, una cama grande y destartalada y un baño sin ventilación, con el lavabo y el inodoro de cualquier color menos blanco a causa de la suciedad. Y, por supuesto, no había jabón, papel higiénico o toallas. Aún así, Félix se conformaba con que las sábanas de la cama estuvieran limpias. Pero no lo estaban. Echó un rápido vistazo, antes de que el chico se fuera, y vio manchas amarillas y algunos pelos, entre las arrugas de la tela, aquí y allá.

—Por favor —dijo Félix, con desaliento—, ¿podrías traer sábanas limpias? Éstas están sucias. Fíjate. Yo no puedo acostarme ahí. Hay pelos y...

El chico puso cara de duda, como si nadie hubiera cuestionado jamás la higiene de aquel antro. Entonces Félix se sacó un billete de cincuenta dirhams y se lo plantó en la mano.

—Sábanas limpias —dijo con una sonrisa—. Por favor.

El chico se guardó el billete y se marchó. Félix se dirigió al baño y trasteó en los grifos. Quería asegurarse de que había agua caliente. No, no la había. Un instante después vio el cable suelto del calentador eléctrico y lo enchufó. Tendría agua caliente en media hora, si funcionaba aquel chisme. No podía ducharse con agua fría y quería estar limpio cuando llegara el momento de abrazar a Rachid.

Se oyeron unos pequeños golpes en la puerta. "Será el recepcionista con las sábanas limpias", pensó Félix y fue a abrir, pero se topó con un tipo desconocido. Entonces se dio cuenta de que era Rachid. Félix le miró aterrorizado. ¿Cómo había conseguido adivinar el número de su habitación?, se preguntó. Pues, desde luego, no se lo había dicho el recepcionista.

—¡Rachid, Rachid! —dijo, con más miedo que deseo, sin atreverse a abrazarle o a tocarle todavía—. ¡Mi pequeño Rachid!

—¡Félix, Félix! —dijo Rachid cerrando la puerta con cuidado, mirándole a los ojos de aquella manera que tanto le desconcertaba.

¿Cómo podía llamarle "mi pequeño Rachid" —se preguntó Félix—, si aquel chico era más alto y más fuerte que él? Iba vestido con un traje gris, de excelente calidad, que alguien, sin duda, le había regalado. También llevaba un sello de oro bastante grueso en el dedo anular, una esclava de plata en su muñeca derecha y un reloj, bastante caro, que no recordaba haberle visto antes. Félix se acercó para abrazarle y, al tocar su cuerpo, sintió cierta frialdad. No se atrevió a llegar a su boca y sólo le besó el cuello. Se apartó para mirarle una vez más. ¿Era aquél el chico que había conocido en su anterior viaje? Más que un adolescente, parecía ya un verdadero hombre. Estaba mucho más negro, mucho más maduro y, tal vez (a pesar de la ropa y las joyas), un poco más feo. Pero ¿cómo podía haber cambiado tanto en tan poco tiempo? ¡Aquél no podía ser el mismo Rachid que le escribía los mensajes por Internet! (¿lo haría otra persona en su lugar?) ¡Aquél no era el mismo chico, pobre y misterioso, del que él se había enamorado!

Llamaron a la puerta. Félix le explicó a Rachid que debía de ser el recepcionista y se encerró en el cuarto de baño.

El recepcionista le entregó una sola sábana, todavía más sucia que las que había en la cama, muy amarillenta y pringosa y tan raída que se transparentaba, la cual había sido arrancada probablemente de otra cama.

—Por favor —suplicó Félix—. Esta sábana también está sucia. ¿No lo ves? *¡Yo quiero sábanas limpias! ¡No me puedo acostar con sábanas sucias!*

"Éstas son las cosas que odio de Marruecos —pensó, enojado—.

¿Qué puede costar un poco de detergente? ¿Qué puede costar lavar unas cuantas sábanas? ¡Nada! ¿Es que acaso no hay aquí servicio de limpieza? Y, si lo hay, ¿qué clase de persona puede arreglar una habitación y no pasarle siquiera un estropajo al lavabo o a la taza del váter? No es ya la pobreza. Es el abandono y la desidia. La pobreza no tiene por qué estar reñida con la higiene".

El recepcionista se marchó sin decir nada y Rachid salió al momento del cuarto de baño.

—Fíjate —le dijo Félix—. Le he pedido sábanas limpias y me trae ésta que está todavía más sucia. Yo no puedo meterme en esa cama. Fíjate, hay pelos...

—¡Qué más da! —dijo Rachid—. Para cuatro días que vas a estar...

—Le he pedido al recepcionista que me traiga otras sábanas.

—Olvídalo. No vendrá.

—Por favor... —dijo Félix, quitando los pelos de la cama a manotazos. Aquello era repugnante, pero comenzaba ya a resignarse, a aceptar los hechos.

Se abrazaron y se besaron con dulzura en la boca.

—Tengo que ducharme y afeitarme —dijo Félix, apartándose—. Estoy sudado. He hecho veintiocho horas de viaje. Pero el agua está fría y...

—¡Vamos —dijo Rachid, apremiándole—, date prisa!

Félix comenzó a afeitarse con la puerta del baño abierta. Rachid se quedó cerca de él observándole.

—¿Es cierto que tuviste una entrevista con un abogado para arreglarme los papeles? —preguntó.

—Sí, claro —dijo Félix con un temblor de voz—. Me estoy gastando mucho dinero con tu abogado.

—¿Cuánto dinero?

—Qué más da. No sabría traducirlo en dirhams. ¿Es que no me crees?

Rachid permaneció callado, observándole.

—Me dijo que tengo que entregarle una fotocopia de tu pasaporte. Sin tus datos, no puede hacer nada.

—Date prisa —insistió Rachid.

—Está bien —dijo Félix, cerrando la puerta del baño. No entendía a qué venía tanta prisa. El agua aún estaba fría, así que no iba a ducharse, pero al menos podía lavarse las axilas, el sexo y los pies. También se lavó la cara y el cuello con abundante agua y se cepilló los dientes. Suerte que se le había ocurrido traerse una toalla. Pero a partir de ahora sabía que jamás viajaría por Marruecos sin sus propias sábanas.

Cuando salió del baño, Rachid estaba ya dentro de la cama. Desnudo era otra vez el Rachid que recordaba, su *pequeño Rachid*.

—Mira —dijo Félix, acercándose a la bolsa de viaje—. Te he traído algunos regalos.

Le explicó por qué le había comprado el chándal, en vez del teléfono móvil, y Rachid lo comprendió perfectamente. El chándal era azul y él dijo que siempre le había gustado el color azul. Le quedaba un poco grande, pero afirmó que a él le gustaban las prendas un poco grandes. No conocía a Freddie Mercury. Nunca había oído hablar de él, pero le agradecía el regalo de todos modos. La camiseta del Barça le quedaba divinamente. Félix le pidió que se la dejara puesta durante un rato. Las demás cosas las metió Rachid en una bolsa, con cierto desdén, después de darle las gracias.

Venciendo su repugnancia por las sábanas, Félix se metió en la cama con el muchacho y comenzó a besarlo con pasión.

—¡Rachid, Rachid —suspiraba—, mi pequeño Rachid! ¡No sabes cuántas ganas tenía de volver a verte!

—*Moi aussi* —decía Rachid—, *moi aussi*.

Apenas habían terminado de hacer el amor cuando Rachid se levantó de la cama y comenzó a ponerse los calcetines.

—¿Por qué te vistes? —le preguntó Félix, extrañado.

—Tengo que irme.

—¿Cómo? Pero... ¿no te vas a quedar conmigo toda la noche?

—No, no puedo —dijo Rachid evitando su mirada.

—Teníamos tanto de qué hablar. ¿Y tampoco puedes venir conmigo a cenar?

—Me temo que no es posible. Ya sabes que los marroquíes no podemos ir por la calle con los extranjeros —sin embargo, aquella explicación le pareció a Félix sólo una disculpa, ya que podían ir andando por separado, si el restaurante quedaba cerca, o en un taxi, si quedaba lejos, y no hubiera pasado nada.

—Vaya —dijo Félix angustiado—. He venido desde España para verte. He hecho un montón de horas de viaje para estar contigo y me abandonas al cabo de media hora. ¿Ni siquiera puedes acompañarme a cenar? Llevo dos días sin comer y, la verdad, no me gustaría ir a cenar yo solo.

Rachid se tumbó a su lado y le acarició el pelo del pecho.

—Por favor... —rogó Félix, casi a punto de llorar.

—Lo siento —dijo Rachid—. No tengo tiempo. Debo irme. Pero mañana te haré muy feliz. Ya lo verás.

—Mañana... —sin embargo, Félix no se atrevió a protestar. No tenía ningún derecho a hacerlo, se dijo, y tampoco deseaba nada que no le quisieran dar.

El chico le miró a los ojos y dijo:

—Estás triste porque me voy, ¿verdad? Vale. Me quedaré. ¿Quieres que me quede toda la noche?

—¡Claro! ¡Eso es lo que me decías siempre en tus mensajes, que te quedarías conmigo todas las noches!

—Sí, pero no puedo. No puedo quedarme en el hotel. Si se enteran de que estoy aquí...

—¿Quién se va a enterar? Tú mismo me buscaste este hotel porque decías que podías pasar aquí todas las noches sin problema.

—Lo siento —dijo Rachid incorporándose de nuevo—. Tengo que irme. ¿A qué hora quieres que nos veamos mañana?

—No lo sé —dijo Félix con desaliento. Ya todo le daba igual.

—¿A esta hora, por la noche?

Félix se dijo: "¿Y qué voy a hacer yo todo ese tiempo hasta que vuelva él mañana?" Estaba completamente desolado.

—No —rectificó Rachid, adivinando sus pensamientos—. Vendré antes. Vendré después de comer, a la hora de la *siesta*. O antes aún. Espérame aquí a la una. ¿Vale? Deja la puerta entornada, sin echar la llave, pues no puedo entretenerme en el pasillo por si me ve la chica de la limpieza. Vendré a la una. ¿Vale?

Félix le sonrió con tristeza, desesperanzado.

—Mañana te haré muy feliz —insistió Rachid—. Muy feliz. Ya lo verás.

Se vistió pausadamente y luego, después de darle un beso, se dirigió hacia la puerta.

—Espera —dijo Félix, incorporándose de la cama y acercándose a él. Le entregó la bolsa con los regalos y le metió trescientos dirhams en el bolsillo. No quería darle todos los días dinero, después de hacer el amor, ya que era como si le pagara un servicio. Había decidido darle trescientos el primer día para sus pequeños gastos y quinientos el último día, cuando se despidieran. Quería explicárselo, pero no supo cómo hacerlo y al final desistió—. *Ce n´est pas pour l´amour* —dijo.

—*Merci beaucoup.*

—*Je t´aime.*

—*Moi aussi* —dijo el chico dándole un beso suave en los labios.

—*Au revoir, mon amour* —dijo Félix abriéndole la puerta.

¡Las diez de la noche! Había llegado a la estación de Marrakech a las nueve y cuarto, había visto a Rachid poco después en el hotel y ahora, treinta o cuarenta minutos más tarde, estaba de nuevo solo. Y aún debía estar solo otras catorce horas en aquella ciudad, encerrado en aquella horrible habitación, hasta que volviera a ver a Rachid. ¡No estaba seguro de poder soportarlo! Era obvio que Rachid tenía otro amigo, se dijo, un amigo con más dinero y más poderío que él, un amigo al que estimaba y respetaba mucho más que a él. Bastaba con echarle un vistazo a las prendas que llevaba, a ese reloj y a ese sello de oro. ¡Y con qué desdén había recibido sus regalos! Debían de haberle parecido minucias, comparados con los regalos del otro. Y ahora se habría ido a dormir con él, claro, a pasar la noche con él, a hacer el amor con él. Se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido, por haberse enamorado de un tipo así.

Salió del hotel y se dirigió a un restaurante próximo, donde habían ido a comer él y Manolo en su anterior viaje. Se sentía tan terriblemente desolado y patético, que se le quitó el apetito y comprendió de pronto que no iba a ser capaz de tragar un solo bocado, aunque había hecho ya el pedido al camarero. Imaginaba a Rachid con el otro tipo, lo imaginaba besándole y sonriéndole, mientras que él, que había venido desde España, que había viajado durante veintiocho horas para verle, se encontraba allí, solo y abandonado. Él no merecía ese trato, se dijo. Pagó la cuenta al camarero por los platos que no había comido y regresó al hotel. La plaza estaba llena de gente. Todo muy abigarrado, todo muy exótico, sí, pero a él no le interesaba nada en absoluto. Tal vez había un montón de chicos con los que ligar, pero no le interesaban. Ya no le interesaba nadie, ni siquiera Rachid. Sentía odio por aquella ciudad y por aquel país. Mañana, se dijo, regresaría a España.

El recepcionista estaba en la puerta del hotel hablando con otros tipos. Félix se esforzó por parecer tranquilo y feliz cuando se cruzó con él y le dijo *"Bonsoir"*. Pero, una vez dentro de la habitación, de nuevo se dejó llevar por la desesperación. No tenía sueño y, sin embargo, debía meterse en aquella cama asquerosa y pasar allí toda la noche. Se estaba quitando la ropa cuando alguien tocó la puerta con los nudillos. ¿Sería Rachid? No, no podía ser.

—¿Quién es? —preguntó Félix a través de la puerta.

Se oyó alguna palabra imprecisa. No, no era Rachid. No obstante, Félix quiso asegurarse:

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

De nuevo, alguna palabra o algún nombre imprecisos. Tal vez era el recepcionista o alguno de los tipos con los que lo había visto a la

entrada. Alguien que iba a ofrecerle un poco de amor. El recepcionista estaba bien. Si supiera que era él... Casi estuvo tentado de abrirle, pero luego se dijo que lo que él menos necesitaba en aquel momento era otra experiencia sexual.

—¡Déjeme en paz! —gritó malhumorado—. ¡Yo sólo quiero dormir! ¡Por favor, váyase y déjeme en paz!

# CAPÍTULO XVI

La una y cuarto de la madrugada. No llevaba ni dos horas durmiendo y ya se había despertado. Pero lo raro no era eso. Lo raro era que hubiera conseguido dormirse a pesar de todo. Tal vez de puro cansancio. Quería volver a dormirse para olvidarse de todo, para olvidarse de dónde estaba (en qué cama, en qué ciudad), para olvidarse de lo que había ocurrido y de lo que podría ocurrir mañana. Pues mañana tendría que decidir si regresaba inmediatamente a España o si se quedaba los cuatro días previstos en Marrakech. Ése era el verdadero asunto. Quedarse, en la actual circunstancia, no era nada seductor. No estaba Manolo y no tenía con quién hablar. Él no era promiscuo y, aunque había montones de chicos disponibles, no le interesaba ninguno. Por otro lado, no le compensaba hacer el amor con Rachid durante media hora, si después le dejaba solo y abandonado el resto del día. Para hacer el amor con un chico, por muy guapo que fuera, no merecía la pena venir desde tan lejos, se dijo.

Rachid tenía otro amigo. Hasta un ciego podía verlo. Y, a la hora de elegir, por lo que fuera, prefería al otro, antes que a él. Así que no le quedaba más remedio que aceptar los hechos, renunciar a aquel chico y volverse a España. Tampoco era tan grave la cosa, después de todo. Sólo había sufrido un pequeño fiasco. La culpa era suya por ser tan ingenuo y tan confiado, por enamorarse del primer chapero que había conocido en la calle. Peor hubiera sido que Rachid fuera un delincuente y le hubiera robado, liado o engañado de algún modo. Pero no. En realidad, era un buen chico. De alguna forma, casi lo quería. Félix no podía ignorar su ternura, su delicadeza e incluso su elegancia, su saber estar. Desde luego, en ese sentido, era un amante experto y un compañero maravilloso. Sabía besar, sabía conversar, sabía seducir, sabía calar en tu corazón y en tus sentimientos y volverte loco de pasión. Pero, claro, era pobre y tenía que elegir la opción más favorable para él. Y, en ese sentido, también podía ser cruel. Pues había sido cruel y despiadado al dejarle solo y abandonado en aquella habitación de hotel. Aún así, le había prometido hacerle

feliz mañana, *muy feliz*. Bueno, debía darle aún un margen de confianza. Quizá mañana se aclararía todo. Y, bueno, si iba a venir a la una, no era tan tarde. Tenía toda la mañana para pasear por la ciudad, para comer algo. Y luego, si se quedaba con él varias horas, si hablaban y aclaraban su situación, tal vez todo se arreglaría. Se sintió un poco más esperanzado al llegar a esta conclusión y un rato después volvió a dormirse. Se despertó a las tres y luego, de nuevo, a las cinco y después a las seis. Entonces ya no pudo dormir más. Así que se levantó. Se ducho (por fin había agua caliente), se puso la ropa menos arrugada que encontró en su bolsa de viaje y salió a la calle.

¡Marrakech! ¡Marrakech! ¡Qué agradables las terrazas de los cafés! Sentarse en cualquier sitio y observar el espectáculo de la calle era ya una experiencia inefable. Lástima que no pudiera tomar algo de alcohol pues, más que té o café (ya se había tomado varios), ahora le apetecía una cerveza. Pero Marruecos era así. ¡Nada de alcohol! Ya lo tomaría cuando volviera a España. ¡Y necesitaba urgentemente coger una buena borrachera!

Caminando por la avenida de Mohamed V, llegó hasta el barrio de Guéliz. Pasó justo por el lugar donde había conocido a Rachid. Se detuvo en la esquina e intentó rememorar aquel encuentro y las emociones que había sentido aquella noche, su miedo y su desconfianza, pero también su fascinación por aquel muchacho extraño y adorable. Su gesto de desprecio cuando le preguntó cuánto cobraba, como si fuera un vulgar prostituto. “Prefiero no hablar de dinero”, le había dicho. Y luego, ya en el apartamento, su cinismo cuando le susurró al oído, poniéndole una mano en la pierna: “¿Qué? ¿Quieres que hablemos ahora de dinero?” ¡Qué distinto era todo de día! ¡Y qué distintas eran también ahora las circunstancias! No deseaba acercarse por el edificio del apartamento. Aquella casa le producía malas vibraciones. Rachid no se las había producido en el hotel, de modo que era la casa. Aunque, ahora que lo pensaba, tal vez podría pedirle la llave al portero y mudarse allí. Al menos, tendría una cama limpia, un baño limpio y mayor comodidad. Pero no se imaginaba viviendo él solo en aquel apartamento, un apartamento donde, seguramente, habían matado a un hombre. Por otro lado, los recuerdos serían insoportables. Se acercó, no obstante, para saludar al portero. El hombrecillo estaba en la puerta de la calle y le reconoció enseguida.

—*Bonjour, monsieur* —dijo nada más verle— ¡Qué casualidad! ¡El señor acaba de salir!

—¿Qué señor?

—¿Quién va a ser? Su amigo.

—Pero ¿está aquí? ¿No se había ido de viaje?

—Sí, pero regresó anteayer.

—Vaya, eso sí que es sorprendente. Gracias. Pasaré a verle más tarde.

Así que Manolo estaba en Marrakech. Eso cambiaba mucho las cosas. Pero tendría que hablarle de Rachid y le molestaba reconocer ante él su decepción. Se lo imaginaba diciéndole: "¡Claro! ¿Qué esperabas? Ya te lo decía yo. Esos chicos son así".

Siguió caminando hacia el centro de Guéliz. Ya había estado en la medina, haciendo un pequeño recorrido a media mañana. Allí, dos adolescentes se le habían acercado en un callejón poco transitado para preguntarle dónde había conseguido su gorra, de qué país era y todo lo demás. Al final les había regalado la gorra (de hecho, la habían cogido para probársela y no la soltaban) y eso le había trastornado un poco, ya que el sol le molestaba en los ojos y no tenía una gorra de repuesto ni sabía dónde comprarse otra. Los chicos hubieran seguido dándole la lata toda la mañana. Estaba claro qué era lo que querían de él. De hecho, la gorra había sido sólo una disculpa. De modo que tuvo suerte cuando vio venir un grupo de turistas, se mezcló con ellos, dando a entender que formaba parte del grupo, y se los quitó de encima. Y ya, una vez fuera de peligro, aprovechó la ocasión para salir de la medina, un lugar poco apto para almas tristes y solitarias.

Después, un tipo se le había insinuado en la terraza de un café, mientras desayunaba, tocándose la entrepierna. Y otro había parado su moto en una esquina y le había estado aguardando a que pasara junto a él, igual que hizo Rachid, así que éste no había sido tan original. Pero Félix desviaba la vista para otro lado cuando le hacían alguna provocación y procuraba simular que no se había enterado de nada. No podía imaginarse a sí mismo en la cama con otro tipo. Sólo Rachid tenía aún un sitio en su corazón.

Más tarde se detuvo en un café de la plaza Abdel Mumen Ben Alí para tomar un agua mineral. Y allí, en la mesa de al lado, un caballero francés, uno de esos hombres de mundo que suele encontrarse uno en cualquier parte (preferentemente en los cafés) y que tan deseosos están de conversar con desconocidos, observó a Félix un momento y a continuación le preguntó (en realidad era un pretexto) si también él era francés.

—No —dijo Félix—. Soy español.

—¡Ah, español! Pues cuando le oí hablar pensé que era francés. Encantado de todas formas —dijo estrechándole la mano—. Mi nombre es Maurice.

—Encantado. El mío es Félix.

Los dos hombres disfrutaron durante un buen rato charlando de lo divino y lo humano. Maurice era sutil, inteligente y divertido. Se le veía tan seguro de sí mismo que Félix comenzó a sentirse mucho mejor después de hablar con él. Al final no pudo evitar contarle el motivo de su viaje a Marrakech y la decepción que le había producido Rachid la noche anterior. El francés se mostró comprensivo con él:

—Amigo mío —le dijo—, la fidelidad es un lujo que esos chicos no se pueden permitir. Imagínese. Hacen nuevos amantes cada día. Muchos de ellos regresan para verles al cabo del tiempo y a veces se encuentran con el problema de tener que atender a dos o tres al mismo tiempo. Son listos y se lo montan bien. Pero no siempre pueden satisfacer a todos.

—Comprendo —dijo Félix con un suspiro—. Así que yo soy uno más de su lista. Pero es que se mostraba tan apasionado conmigo y decía que tenía tanto miedo de perderme...

Le habló a continuación del hotel donde se alojaba. El francés lo conocía. Era un lugar muy famoso. El sitio donde todo el mundo llevaba a sus ligues. Por lo visto, tenía un café con vista panorámica en la azotea, cualquiera podía entrar en el hotel con la disculpa de subir allí y colarse luego en las habitaciones.

—La próxima vez que venga a Marrakech, alójese en la pensión de Monsieur Antoine —le dijo—. Tiene mucha más clase.

La pensión de Monsieur Antoine era también un lugar de citas. Pero muy limpio y seguro. Incluía la alimentación (comida francesa), de modo que era un poco caro, pero merecía la pena. Por el precio de la habitación, uno podía subir cuantos chicos quisiera, sin ningún gasto adicional. Y para los marroquíes que compartían habitación con los europeos tenían un precio especial, mucho más barato.

Le entregó a Félix una tarjeta de la pensión y otra con su nombre y dirección en Francia. Félix le dio otra tarjeta suya y prometió que le llamaría, para volver a verle, antes de regresar a España. Tuvo la seguridad de que había hecho un nuevo e interesante amigo al despedirse de aquel viejo caballero.

Ya que quedaba cerca, se dirigió a la estación de ferrocarril para informarse de los horarios de trenes para Tánger. Salían varios a lo largo del día: a las tres de la tarde, a las cinco, a las siete y a las nueve.

Desde la estación cogió un *petit taxi* para la plaza Djemaa el Fna y,

una vez allí, se sentó en el café de France, donde tomó un zumo de naranja.

Aún no era la una, pero estaba nervioso, temiendo que Rachid adelantara su visita y él no estuviera en la habitación para abrirle la puerta.

El recepcionista se hallaba sentado en una silla, junto a la entrada, y le sonrió con simpatía. Félix se entretuvo un rato hablando con él. Le había extrañado verle a primera hora de la mañana y le preguntó cuántas horas trabajaba. El chico estaba allí prácticamente todo el día. No dormía apenas, por eso tenía aquel terrible aspecto de cansado. Sin embargo, hoy llevaba un chándal limpio y parecía recién duchado. Félix deseó que hubiera sido él quien golpeó su puerta la noche anterior y lamentó no haberle abierto. Cada vez que lo miraba, le gustaba un poco más. "A un chico así, sí que merecería la pena llevarlo a España", pensó. La chica de la limpieza merodeaba por la escalera. Era joven y canturreaba mientras arrastraba un cubo y una escoba. "¡Menuda guarra!", pensó Félix, recordando sus sábanas sucias y la porquería incrustada en la taza del váter y en el lavabo de su cuarto de baño.

Finalmente abrió la puerta de su habitación, se metió dentro y cerró, aunque sin echar la llave. Lo primero que hizo fue limpiarse los dientes. Quería tener la boca limpia para besar a Rachid. Después se tumbó en la cama con la vista clavada en la puerta, adoptó una postura sensual y se dispuso a esperar.

Esperó, esperó y esperó...

Y siguió esperando...

Pero Rachid no llegaba. Félix se incorporó y comenzó a observar el movimiento en el pasillo (bastante transitado, ya que era vía directa hacia la azotea), a través de la celosía de la ventana, la cual se hallaba junto a la puerta.

Ya era casi la una y media y Rachid no llegaba. La espera comenzaba a hacerse angustiosa. La chica de la limpieza pasó un par de veces por allí, pero luego desapareció, así que ella no podía ser el impedimento, pensó Félix. ¿Le habría negado la entrada el recepcionista? Algo, sin duda, tenía que haber ocurrido para que Rachid no viniera.

Las dos menos cuarto. Félix siguió esperando. Las dos. Entonces comenzó a desesperarse. Volvió a tumbarse en la cama. Había aguardado de pie casi media hora y estaba cansado.

Las dos y cuarto. Félix sabía que Rachid ya no vendría, pero, aún así, seguía esperando. Seguía esperando por inercia. Además, no tenía otra cosa que hacer.

Las dos y media. ¡Llevaba hora y media esperando! Las tres menos veinte. Las tres menos cuarto...

¿Por qué, en lugar de estar encerrado en la habitación, no salía a la calle?, se preguntó. Tal vez Rachid no había podido entrar por algún motivo y estaría esperándole fuera.

Salió por fin de la habitación y bajó a la calle. El recepcionista no estaba en la puerta. Se habría ido a comer, así que nadie le impedía la entrada. Tenía que haber otra razón. De haber venido y no haber podido entrar, estaría por allí, aguardándole a que saliera, pero Rachid no estaba por ningún sitio. Félix se dirigió a un café próximo, desde donde tenía una visión completa de la entrada del hotel. Desde el café de France no podía verla bien a causa de un toldo.

Y fue entonces, sentado en aquel café, cuando Félix lo comprendió todo: *"Mañana te haré muy feliz. Ya lo verás"*. ¡Efectivamente, le estaba haciendo muy feliz! ¡Ya lo creía! ¡Le había citado adrede para dejarle plantado y burlarse de él! Le había tomado el pelo, eso estaba claro, y ahora, seguramente, se estaría riendo de él a carcajada limpia. Le había tomado por un imbécil al hacerle esperar tanto tiempo dentro de aquella sórdida habitación, con la puerta abierta. Eso era lo que había ocurrido, se dijo Félix, abrumado por la angustia y la desesperación. Pero ¿por qué?, se preguntaba una y otra vez. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Se dirigió al restaurante donde había estado la noche anterior. Pidió *tajine* y una ensalada y comió. No tenía hambre en absoluto, pero, aún así, hizo un esfuerzo de voluntad y comió. Sentía que algo le desgarraba las entrañas. Tenía un nudo en el estómago, pero comió. Llevaba demasiado tiempo sin comer, se dijo. Sólo había tomado un pastelito por la mañana y no podía permitirse el lujo de caer enfermo. Si cogía el tren de regreso por la tarde, ¿cuándo volvería a comer?

El camarero era muy amable con él. Parecía adivinar su estado de ánimo y por eso le trataba con mayor dulzura. Félix adoraba a los camareros marroquíes. Eran siempre tan deferentes y tan serviciales (que no serviles) y le hacían sentirse tan bien. A éste le dejó una buena propina y, ya al salir, le dio un fuerte apretón de manos.

Se sentó a una mesa de la misma terraza, ya que no sabía qué hacer. Tenía que darse tiempo a sí mismo para asimilar aquello, se dijo, y tomar una decisión. Sabía que Rachid no vendría, pero, aun así, seguía vigilando la entrada del hotel.

Pasaron dos chicos en moto y el que iba sentado detrás le guiñó un ojo. Félix echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que era él

el destinatario de aquel gesto y no otra persona. Sí, eso parecía. Los demás clientes del café eran todos marroquíes, la mayoría viejos y muchos de ellos con chilabas. Nadie dio muestras de haber captado nada. Un rato después, la misma moto volvió a pasar, esta vez un poco más cerca, y ahora el chico de detrás le lanzó un beso sin ningún tipo de recato. Félix recordó entonces que estaba en el paraíso sexual. Sí, eso parecía, el paraíso sexual... Pero él permaneció frío e impertérrito. Lástima de beso perdido, se dijo. No había sido lanzado a la persona adecuada.

*Adiós, adiós, manojos de gracias y donaires.*

(Recordó de pronto, sin un orden, los versos de Cernuda)

*Adiós, adiós, compañeros imposibles.*

*Seguid, seguid así, tan descuidadamente,*

*atrayendo al amor, atrayendo al deseo.*

*No cuidéis de la herida que la hermosura vuestra y vuestra gracia abren*

*en el transeúnte inmune en apariencia a ellas.*

Echó a andar, sin rumbo, hacia la Kutubía. Cruzó la calle, sin mirar en ningún sentido, y un coche pasó rozándole a toda velocidad. Lo había sentido vibrar a su lado, incluso había sufrido un pequeño golpe en la mano. Unos milímetros más y el coche le habría arrollado. Félix siguió avanzando, no obstante, por la calzada, sin preocuparse mucho por los otros coches, los cuales le pitaban, frenaban súbitamente o le soslayaban como podían. No quería morir debajo de la ruedas de un coche, no quería morir destrozado por los cascos de un caballo, pero tampoco quería vivir. No había bebido, pero estaba como borracho. Borracho de dolor y de angustia. Y encontrarse en aquella ciudad, tan lejos de casa, aún incrementaba más su dolor.

Ya en la acera, caminó por Mohamed V hacia Guéliz. Sin gorra, a aquella hora de la tarde y recorriendo un trecho tan largo, el sol abrasador le quemaba la cabeza, pero eso no le importaba en absoluto. Casi era un placer sufrir por algún motivo físico. El sufrimiento físico le consolaba de algún modo, paliaba el dolor de su alma.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Manolo, con cara de asombro, nada más abrirle la puerta—. ¿Qué te ocurre? ¡Vamos, pasa, pasa! No te quedes ahí parado.

Félix entró en el apartamento, sin decir nada. Se fue directo al sofá, se tumbó boca arriba y se quedó con los ojos en blanco viendo las aspas del ventilador.

—El portero me ha dicho que estuviste aquí esta mañana. Pero yo

no sabía dónde te alojabas y no podía buscarte. ¿Tan grave es la cosa? ¿Qué te pasa? ¡Vamos, cuéntame!

—Rachid... —dijo Félix, pero no pudo continuar.

—Está bien, de acuerdo —dijo Manolo, comprensivo—. Puedo imaginarme cualquier cosa. Vale. Relájate y descansa.

—Gracias —dijo Félix, al cabo de un rato, con un hilo de voz.

—Tranquilo. No te preocupes por nada y descansa. Después, vamos a por tus cosas al hotel y te las traes aquí.

—No, no. Hoy regreso a España.

—¿Cómo? Bueno, vale. Luego hablamos. Ahora descansa.

Pero Félix no necesitaba descansar en absoluto. ¡Qué tontería era ésa de descansar! Sólo tenía un cuchillo clavado en el alma y no sabía cómo arrancárselo. Se incorporó trastabillando y se dirigió hacia el frigorífico a por una cerveza.

—¡Ah, muy bien! —dijo Manolo—. También tengo whisky. ¿No prefieres un vaso de whisky con hielo?

—No, gracias —dijo Félix, recuperando de pronto la voz y la visión —. Me basta con una cerveza.

Le contó, en síntesis, lo que le había pasado con Rachid. Manolo no quiso hacerle más sangre y omitió cualquier comentario hiriente. A su modo, también él sabía ser delicado y amable. Entonces llamaron a la puerta y la abrió de par en par para que Félix viera a los dos chicos que pedían un vaso de agua...

—Que me perdone mi madre, que en paz descanse —dijo Manolo —. Pero, por una vez y sin que sirva de precedente, estoy dispuesto a concederte el favor, en vista de tu situación, y a permitir que te consueles en mi casa con uno de esos chicos, o con los dos.

—¡Qué dices! —exclamó Félix, sin mirar a los chicos—. ¡Tú estas loco! ¡Yo no quiero hacer nada con nadie! ¡Que se vaya, que se vayan!

Manolo les cerró la puerta en las narices, sin molestarse siquiera en traerles el vaso de agua.

—Ha sido un gesto de grandeza por tu parte y te lo agradezco —dijo Félix al cabo de un rato, después de darle varios sorbos a su cerveza—. Pero yo no puedo hacer el amor más que con la persona que amo. Y esa persona, en este momento, es Rachid. Yo soy así. Ya lo sabes. Odio la promiscuidad. El sexo por sí solo no me interesa. Me gusta amar a una persona sola. Me gusta la fidelidad. No puedes imaginarte lo grande y lo hermoso que es amar a una persona sola, desear a una persona sola, entregar tu vida a una persona sola. ¡Es lo más grande y lo más hermoso que existe en este mundo! ¡No hay sensación comparable a ésa!

—Sí, y ya veo cómo te va.

—De acuerdo. Si te deja la persona que amas, si te es infiel, tu mundo se derrumba, pero mientras la amas y te ama, no hay mayor felicidad.

Después de una segunda cerveza, Félix comenzó a sentirse un poco mejor.

Se habían quedado callados un momento cuando volvieron a oírse unos golpes tímidos en la puerta. Manolo la abrió otra vez de par en par y le mostró a Félix, irónico, los dos muchachos que ahora pedían cigarrillos, en lugar de los habituales vasos de agua. Eran un poco mayores que los anteriores. Dos hombrecitos ya, de diecisiete o dieciocho años. Uno de ellos llevaba una camiseta roja y una gorrita de algún equipo de baloncesto americano. Félix lo reconoció al instante. Era el chico que había visto el primer día enfrente del edificio, debajo de las palmeras.

—Y estos tampoco te interesan, por supuesto —dijo Manolo en tono de burla.

—Te equivocas —dijo Félix—. Creo que sí.

—¿Cómo? —exclamó Manolo, incrédulo—. ¿No habías dicho no sé qué sobre la fidelidad?

—¿Qué fidelidad? ¿De qué demonios me hablas? ¡Acabo de romper con Rachid! ¡O, mejor dicho, él ha roto conmigo! ¡Así que ahora mismo soy libre, libre para amar! ¡Por favor, dile a ése que pase!

Manolo no daba crédito a sus oídos. ¿Se habría emborrachado su antiguo amante con sólo dos cervezas? Desde luego, el jodido nunca acababa de sorprenderle.

—Está bien. Pasad —les dijo Manolo a los muchachos.

—No. Los dos, no. Sólo ése.

—¿Cuál?

—El de la gorrita. ¿Cuál va a ser?

—De acuerdo. Tú, no —le dijo al chico excluido. No obstante, fue amable con él y le dio cigarrillos antes de cerrar la puerta.

El chico de la gorrita miró a Félix con una sonrisa de gratitud por haber sido elegido y se introdujo en el salón con gracia felina. Era morenito, tenía los labios gruesos y los ojos verdes. Llevaba el pantalón del chándal muy ancho. Parecía un rapero americano.

—¡Me encanta! —dijo Félix.

—Sí, pero no te enamores de él, por favor. Sólo haz el amor y que se largue. Ah, y no le des más de cincuenta dirhams. Que conste que te hago un favor muy especial. ¡Ay, y que me perdone mi madre! ¡Ya sabes que no soporto la corrupción de menores!

—¡Por favor, este chico no es un menor! ¡Y es él el que me va a corromper a mí! ¡Él es el corruptor de mayores!

—Considéralo un tratamiento o algo así. Lo hago por tu bien, para que te cures, como te he visto tan mal...

—De acuerdo —dijo Félix metiéndose con el chico en el baño—. Pues si él es mi medicina, ahora mismo voy a tomar la primera dosis.

# CAPÍTULO XVII

Félix se dirigía en un *petit taxi* al hotel de la Place para recoger sus cosas y llevarlas al apartamento de su amigo Manolo, en Guéliz. Éste le había convencido de que así lo hiciera, aunque su propósito había sido regresar aquel mismo día a España. Pues ¿qué sentido tenía para él quedarse más tiempo en Marrakech? Si se quedaba, tarde o temprano, volvería a ver a Rachid y él no quería volver a verlo de ningún modo. Ahora podía tomar el tren de las siete, ya que sólo eran las seis y cuarto, pero la experiencia con Driss, el chico de la gorrita, le hizo dudar. ¡Aquel chico le había dejado obnubilado, sencillamente obnubilado! ¡Qué besos, que pasión, qué dulzura y qué encanto! Era lo que se dice un juguete erótico. ¿Pero cómo podían besar así los chicos marroquíes?, se preguntaba Félix. ¿Cómo podían ser tan buenos en el amor? Además, practicaban el sexo con verdadero gusto, sin ningún tipo de disimulo profesional. Aquel chico, en todo caso, no tenía nada que envidiar a Rachid en cuanto a belleza física, en cuanto a atributos, y era todavía mejor en otros aspectos, ya que no planteaba ningún problema personal. No tenía deseos de salir de su país y, en todos los sentidos, era un chico sencillo y corriente, sin pretensiones ni complicaciones de ningún tipo, sin *glamour*, tal vez, pero también sin malicia.

—*Veux tu répéter?* —le preguntó a Félix, con candor, nada más terminar.

No, dijo éste, gracias, era más que suficiente, era demasiado. Con una sola dosis de amor casi creía haberse curado de sus males.

Aquel chico era increíble. Disfrutaba haciendo el amor. Si le daban dinero, muy bien; pero lo importante para él era hacer el amor y, además, hacerlo bien. No veían cuándo dejar de besarse y de acariciarse. ¡Qué chico, qué chico!, pensaba Félix, camino del hotel, en el taxi. Le dio cien dirhams, que era el doble de lo que solían dar los demás a los chicos que iban de puerta en puerta. ¡Y casi estuvo tentado de darle los quinientos que tenía reservados para Rachid, pues se los merecía de sobra! Driss supo agradecer su generosidad con un beso especialmente dulce.

Salieron al salón y Manolo empezó entonces a estropearlo todo. Se puso nervioso, como siempre. Ya estaba arrepentido de que el chico hubiera entrado en su casa. ¡Su pobre madre, ay! —decía, mirando la fotografía que tenía de ella encima de la nevera—. ¿Podría perdonarle algún día por lo que había hecho? No le dejó al muchacho siquiera que se fumara un cigarrillo tranquilo. No le dejó sentarse a charlar un rato, como le hubiera gustado a Félix, para conocerle un poco. Aún así, le pidió su número de teléfono y el chico anotó rápidamente, en un papel, no sólo su número de teléfono, sino también su nombre completo y su dirección. No tenía nada que ocultar, ya que era un chico honesto, pensó Félix, no como Rachid, quien aún no le había dado ningún dato personal.

—¿No es maravilloso? —le dijo Félix a Manolo, mostrándole el papel—. Este chico me da seguridad y confianza. Y, además, no te imaginas cómo hace el amor.

—¡Ay, por Dios! —exclamó Manolo—. ¿No te habrás enamorado de él? ¡Así empezó todo con el otro! ¡Pero a este no lo vas a traer aquí nunca más! ¡Te tendrás que buscar otro sitio! ¡Yo no quiero menores en mi casa!

—¡Pero si no es ningún menor, joder! Me ha dicho que tiene dieciocho años. Y con dieciocho años ya son hombres en Marruecos. Este chico debe de tener más experiencia que yo.

Lo acompañó hasta la puerta y acordaron verse al día siguiente a la misma hora.

—¡Otra vez te has vuelto a poner histérico, joder! —le regañó Félix a Manolo—. El chico habrá pensado que somos amantes o algo así y que estabas celoso.

—Lo siento. Pero yo...

—De acuerdo. Le diré que no venga. ¿Vale? ¡Y gracias de todos modos! Ha sido un gesto de grandeza por tu parte que le permitieras entrar, que tú mismo me lo ofrecieras. Pero no vendrá nunca más. ¿Vale? Tranquilo. Me ha hecho mucho bien. Casi me ha curado. Pues es un chico maravilloso. Pero todo tratamiento precisa de varias dosis y yo no puedo curarme con una sola. Aún necesitaría unas cuantas más para curarme del todo, ¿comprendes? Ese chico me pondría nuevo en unos cuantos días. Se me quitarían todas las tonterías y gilipolleces de la cabeza. Tal vez acabaría pensando más con la polla que con la cabeza, pero, joder, habría conseguido olvidarme de Rachid. Y ese cabrón no merece que yo piense más en él. Me la ha jugado. Se ha burlado de mí y todavía no sé por qué. Si me quedo aquí, volveré a verle y no quiero, ¿comprendes? Me vendrá con cualquier disculpa, me convencerá y tendré que perdonarle. Y eso

significará que volvería a enamorarme de él.

—Está bien. Vale. Que venga ese chico. Sigue con el tratamiento.

—Eres muy amable, pero no quiero forzar las cosas. Para ti eso es un trauma. Después te arrepentirás y... No, no. Gracias.

—Bueno, si dices que tiene dieciocho años...

Así que acabó convenciéndole de que se quedara. Evidentemente, era una oferta tentadora. Aunque sólo fuera por hacer el amor con Driss, merecía la pena quedarse. Además, la posibilidad de ver a Rachid le seducía de algún modo. Deseaba a Driss, pero seguía amando a Rachid. Ésa era la pura verdad. Félix se dirigía al hotel de la Place con el propósito de recoger allí sus cosas y trasladarlas al apartamento de Manolo. De acuerdo, se quedaría con él tres o cuatro noches. Procuraría terminar lo mejor posible sus vacaciones, pasarlo bien y no comerse el coco. Pero justo entonces, antes de girar hacia la plaza Djemaa el Fna, cerca de la Kutubía, vio venir de frente un coche poco habitual por allí, un BMW, conducido por un señor calvo, un europeo, a cuyo lado iba sentado un joven marroquí muy bien vestido, con gafas oscuras... ¿Rachid? ¡No, no podía ser! Félix volvió la cabeza para mirarle, pero el coche se alejaba y no pudo verle bien la cara. ¡Sí, sí que lo era! ¡Era Rachid! ¡Pero qué extraña casualidad! El coche desapareció enseguida por la avenida de Mohamed V, mientras que el *petit taxi* giró de pronto hacia la izquierda, y Félix comenzó entonces a dudar. ¿Era realmente Rachid o no lo era? ¡Sí que lo era!, se dijo. ¡Seguro que lo era! ¿Le habría visto Rachid a él? Félix estaba seguro de que sí, a juzgar por la mueca que había observado en sus labios. O tal vez no le había visto. Tal vez todo era pura sugestión suya. Con las gafas negras tapándole el rostro no era fácil reconocerle. En todo caso, si era Rachid el que iba en el coche, ¿qué más pruebas necesitaba de que tenía otro amante? ¿Pero cómo podía haberle hecho eso a él, cuando sabía que le estaba arreglando los papeles para llevarle a España? ¿Cuál era su error? ¿En qué había fallado? Aunque tal vez no había querido burlarse de él, se dijo para consolarse, tal vez no le había dejado plantado adrede, sino que habría tenido algún compromiso ineludible con el otro tipo y... Aún así, lo cierto era que le había dejado tirado sin ninguna consideración, sin tener en cuenta sus sentimientos ni el largo viaje que había hecho exclusivamente para verle. ¡Y luego decía que a él no le importaba el dinero, que nadie podía comprarle con dinero, que el dinero que le metía en el bolsillo, después de acostarse con él, no era por el amor! Félix se sintió de pronto herido y humillado. Se sintió avergonzado de sí mismo por su

ingenuidad. Nadie, ni siquiera Driss, podría ya curarle el dolor que se había enquistado en sus entrañas, se dijo. No, al menos, en Marrakech. Allí era imposible. La sensualidad y el exotismo de aquella ciudad, su vago romanticismo, su lejanía, aquella especie de atemporalidad en que parecía anclada, el color rojo de sus casas... todo ello incrementaban, aún más, su sufrimiento. Éste sólo podría curarlo, algún día, con la ausencia, en cualquier otro lugar. Decidió volver inmediatamente a España.

Ya en el tren, con destino a Tánger (lo cogió con tiempo suficiente, incluso pudo llamar a Manolo para decirle adiós), Félix comenzó a dudar muy seriamente de que hubiera visto a Rachid. Desde luego, hubiera preferido no verlo, ahorrarse el mal trago, así que se convenció a sí mismo de que no lo había visto en realidad. No obstante, tenía curiosidad por saber qué le diría Rachid en su siguiente correo electrónico, si es que le escribía, pues algo tendría que decirle, alguna explicación tendría que darle de por qué no había acudido a su cita en el hotel de la Place.

No, Rachid no había ido a la estación a pedirle perdón. ¡Qué ocurrencia! Y, sin embargo, Félix había confiado, había temido incluso, que apareciera por allí en el último momento para reconciliarse con él, como en las películas, para impedirle que partiera o, al menos, para que ambos quedaran como amigos. Le había dicho al recepcionista, con toda intención, que regresaba a España para que se lo dijera a Rachid, si éste le preguntaba por él. Pero Rachid no habría ido todavía al hotel y, si había ido y no lo había visto, tampoco habría preguntado por él al recepcionista. Tal vez intentaría dar con él mañana o pasado mañana en el apartamento de Manolo, tal vez le buscaría allí, pero se iba a encontrar con la puerta cerrada a cal y canto, ya que Manolo también se iba de viaje, según le había dicho, a ver a su amigo de Essauira. ¡Ay, y lo mismo le iba a ocurrir al pobre Driss, cuando fuera a visitarle, tal como habían acordado!

*"Mañana te haré muy feliz. Ya lo verás".* ¡Valiente hipócrita! ¡Sí que le había hecho feliz! Aquel día, a pesar de la experiencia con Driss, había sido uno de los peores de su vida, si no el peor. ¿Volvería a ver a Rachid? ¿Cuándo y en qué circunstancia? No podía creer que aquel único y breve encuentro en el malhadado hotel de la Place había sido su último encuentro. No, no podía creer que su historia con Rachid hubiera terminado para siempre. No podía creer que no volvería a ver nunca más a su *pequeño Rachid.*

Félix había buscado un compartimento de primera donde estar solo, pues no soportaba la presencia de nadie, pero eso no fue tan fácil en el viaje de vuelta. Nada más ponerse en marcha el tren, apareció una mujer marroquí, joven y simpática, acompañada de una niña, y luego un argelino de unos sesenta años. Los tres iban a Casablanca, donde Félix tenía que hacer transbordo esta vez. La señora vestía a la europea y hablaba muy bien el francés. Era culta y tenía ideas liberales. Realizaba tareas administrativas en la televisión estatal. El argelino se incorporó a la conversación cuando les oyó hablar de política. Su tema favorito era Francia. Había luchado en la revolución y sentía un odio muy particular por ese país. Un odio que tanto Félix como la mujer marroquí intentaban moderar. Después, apareció por allí un joven australiano con una tabla de windsurf y la colocó como pudo entre el equipaje. Tendría unos veinticinco años. Era rubio, casi imberbe, y ostentaba el particular desaliño de todos esos windsurfistas que salen en los anuncios de televisión. Al oírles hablar, quiso participar en la conversación, pero no dominaba bien el francés. Los otros viajeros no hablaban inglés y sentían curiosidad por aquel chico, así que Félix, que dominaba un poco su idioma, se vio implicado en una especie de traducción simultánea a dos bandas: del francés al inglés y del inglés al francés, que a veces resolvía en español, sin darse cuenta, para confusión de todos.

En la estación de Casablanca, Félix y el chico australiano estuvieron más de dos horas aguardando a que llegara el tren de Tánger. Tomaron café varias veces en vasos de plástico y charlaron de un montón de cosas. Cuidaban del equipaje común cuando el otro tenía que ir al baño y todo ese tipo de cosas. Después de cinco o seis horas juntos, habían llegado a confraternizar, como lo hicieran él y Kevin en el viaje de ida. Fue por ello por lo que Félix acabó sincerándose con el chico y le contó, brevemente, su fracaso sentimental con Rachid. No pudo evitarlo. Sólo encontraba un poco de consuelo hablando de ello con alguien. Un chico joven, que viaja por ahí de un lado para otro, no puede escandalizarse de nada, pensó Félix. Y, por supuesto, el chico australiano le escuchó civilizadamente. Pero, cuando llegó el tren de Tánger, improvisó una disculpa poco convincente y se metió en otro vagón. Félix no comprendió el significado de tal comportamiento hasta un rato después. Lo mismo había pensado que, de seguir juntos en el mismo compartimento, le haría alguna insinuación sexual. ¡Como si él estuviera loco por hacer el amor con cualquiera! Aquel chico, por lo demás, no le gustaba en absoluto. No era su tipo. Pero, en fin, ¡qué se le iba a hacer! ¡Ni siquiera los jóvenes surfistas habían perdido del todo los prejuicios!

El resto del viaje a Tánger se prolongó hasta las diez de la mañana del día siguiente (el convoy permaneció cuatro horas detenido en medio del campo por culpa de unas obras que realizaba una empresa española) y llegó a adquirir un carácter onírico. Gente que iba y venía, personas a las que oía hablar entre sí en francés, en alemán, en español o en árabe, tipos que se le insinuaban con la mirada o que le rozaban con los genitales al cruzarse con él en el pasillo. Lecturas inconexas e ininteligibles de algún libro aburrido, entradas y salidas del compartimento de los eventuales compañeros de viaje, a quienes, por estar la luz apagada, no podía ver bien las caras. Y hambre y sed y cansancio y sueño. Y dolor de cuello. Y dolor de espalda. Y una cierta sensación de náusea.

En Tánger cogió el primer *petit taxi* que vio, nada más bajarse del tren, sin demorarse ni un segundo, antes de que llegaran los demás viajeros, quienes venían, como él, ávidos de taxis. El vehículo al que subió ya estaba ocupado por dos pasajeros, pero en Marruecos los taxis se comparten. Igual que un autobús, fue haciendo paradas aquí y allá, a lo largo de un pintoresco recorrido por la ciudad, dejando o recogiendo gente, hasta que finalmente le depositó a él en el puerto. Diez dirhams era lo que habían acordado y eso fue lo que Félix le pagó al taxista.

Sacó enseguida, sin necesidad de guardar cola, el pasaje del ferry, después de eludir con pericia a algún que otro embaucador, ayudador o timador (se los conocía ya de lejos y no les daba ninguna opción), aunque luego tuvo que esperar más de dos horas dentro del barco (espera que llegó a hacerse insoportable) a que éste iniciara su periplo hacia España.

Y, cuando el ferry se alejaba de Tánger, Félix se dirigió a la popa a cumplir un ritual. Se sacó la foto de Rachid que tenía en su cartera (una copia reducida de la que éste le había mandado por Internet), la contempló un instante con lágrimas en los ojos y luego la partió en varios trozos.

—*Adieu, mon petit Rachid!* —dijo con estudiada elegancia, arrojando los trozos al agua—. *Adieu!*

Félix daba vueltas de un lado para otro por las cubiertas, sin saber exactamente dónde quedarse. Pedía un té en la cafetería, cogía el vaso

de plástico y seguía para otro sitio. Volvía de nuevo a la cafetería, tomaba ahora un café y se iba a dar otra vuelta por el lado contrario. A veces subía a la cubierta de arriba, se sentaba en algún banco y contemplaba, distraído, el horizonte. Miraba hacia Marruecos, miraba hacia España, pero ya no se veía tierra; sólo agua. Agua y soledad.

Esta vez había pocos viajeros en el ferry y los que había no parecían deseosos de comunicarse con nadie. La mayoría de la gente dormitaba, tumbada en cualquier sitio. En una de sus idas y venidas, Félix se tropezó de pronto con un chico marroquí y le dirigió una sonrisa de cortesía, a modo de saludo. Era una sonrisa sin intención, como hubiera podido dirigírsela a un anciano o a una mujer madura. El chico, sin embargo, entendió que el gesto estaba cargado de toda intención y se apartó de él haciendo aspavientos, como si hubiera visto al mismísimo diablo. "¿Qué se habrá creído?", pensó Félix, sonriendo para sí. Estuvo un rato tomando el sol, apoyado en la regala, observando, nostálgico, la larga estela que el barco dejaba en el agua y, más tarde, volvió de nuevo a la cafetería. Allí se encontró con el mismo chico, rodeado ahora de toda su familia: padres, abuelos, tíos, hermanos..., el cual, al verle venir, les dijo algo en voz baja (algo como: "Este es el maricón que intentó ligarme antes") y todos volvieron la cabeza hacia él para mirarle con reprobación, tal como se mira a un violador o a un asesino en serie. Félix contuvo la respiración, procuró mantener el tipo y pasó de largo hacia el otro extremo del salón. "¡Joder con el crío! —se dijo, dando un hondo suspiro—. ¡Pero si ni siquiera me gustaba! ¡Si ni siquiera se me ocurrió pensar en...!" Sin embargo, alguien, alguna vez, había intentado ligar con él y estaba resabiado.

Definitivamente, éste no estaba siendo un viaje agradable. Todo eran malos rollos y malentendidos. ¿Qué otras sorpresas le tendría reservadas el día, antes de llegar a Madrid?

Se sentó en un rincón y procuró no mirar ni sonreír a nadie.

El ferry atracó en el puerto de Algeciras a la una menos cuarto de la tarde. Las tres menos cuarto en España. Félix cruzó la pasarela sin prisas, con cierto alivio. Aquello era España, se dijo. Podía estar tranquilo de que no le iba a dar la lata ningún ayudador, ningún embaucador. Su prioridad máxima era ir a un bar a tomarse una cerveza. No obstante, vio abierta una agencia de viajes y entró para preguntar si había algún autobús para Madrid aquella tarde. En caso contrario, intentaría tomar el tren.

—Ahora mismo sale el autobús de las tres —le dijo el empleado.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo? ¿Cree que llegaré a tiempo?

—Supongo que sí, si se da prisa.

Pero no tenía dinero español. De modo que se dirigió a una oficina de cambio próxima y reconvirtió todos sus dirhams, que eran bastantes, en pesetas. Regresó de nuevo a la agencia de viajes. Ya tenían preparado el billete. Lo pagó, se echó la bolsa al hombro y se marchó de allí corriendo. El autobús estaba estacionado junto a la salida. El conductor se disponía a cerrar las puertas cuando lo vio llegar.

—¡Vamos —dijo—, que nos vamos!

La aventura había terminado. En los viajes por España nunca pasa nada. Nunca ocurre nada interesante. Ya sea en un autobús o en un tren, nadie intenta nunca hablar contigo, nadie te mira con deseo ni te provoca sexualmente. En las estaciones o en las paradas nadie se acerca a ti para engañarte o para ayudarte. Vayas por donde vayas, hagas lo que hagas, tu presencia pasa siempre desapercibida a todo el mundo. Nadie simpatizará contigo hasta el punto de darte su dirección y su número de teléfono, ya sea de la clase alta o de la clase baja, ya sea español o extranjero. Incluso los marroquíes son diferentes en España. Se muestran serios y distantes. Nunca miran o sonríen a los desconocidos, y mucho menos a los homosexuales. Los viajeros, en los autobuses, tan cómodos y confortables, van sólo pendientes de sus auriculares, a través de los cuales escuchan música o la película de vídeo. Leen libros, revistas o periódicos, dormitan a veces y, en las paradas, comen o beben, pero nunca hablan con nadie. Además de eso, en España, actualmente, los autobuses y los trenes son muy puntuales. Siguen un horario rígido y, salvo accidente, nunca se quedan parados, sin justificación, cuatro o cinco horas en medio del campo. Un viaje de once horas, pues, en España, ya sea en tren o en autobús, ya sea de día o de noche, jamás se convertirá en una aventura. Será más largo y más aburrido que otro viaje de tres o cuatro horas, pero nada más.

Ahora eran las tres de la tarde, así que llegaría a Madrid a las dos de la mañana, se dijo Félix, arrellanándose en su asiento. Con un poco de suerte, estaría en la cama a las tres.

¡Veintinueve horas de viaje desde Marrakech! Esta vez había batido su propio récord. Había cogido el tren de Tánger a las siete de la tarde del día anterior y estaba a punto de llegar a Madrid a las dos de la madrugada (las doce en Marruecos). Veintiocho horas de viaje de ida —calculó—, veintidós horas de estancia en Marrakech y

veintinueve horas de vuelta. Eso hacían en total... ¡setenta y nueve horas! ¡Más de tres días de locura, cansancio y decepción!, se dijo admirado de sí mismo y de su odisea. Una aventura que probablemente no repetiría jamás.

No le había avisado a Enrique de que venía. Con tanto ajetreo, ni siquiera se había acordado de llamarle desde Marrakech para decirle que ya había llegado ni tampoco que precipitaba su regreso. Aunque a Enrique no le preocupaba mucho lo que él hiciera o dejara de hacer. Tenía otras cosas en qué pensar. Tal vez le sorprendería durmiendo. Estupendo. Mañana improvisaría alguna explicación convincente sobre su inesperado regreso. O, mejor, le diría la verdad. ¿Para qué mentir? Le diría exactamente la verdad. Y que se burlara de él, si quería. Seguro que diría: "¡Moros! ¿Qué esperabas?" Claro. Enrique era tan previsible. A Ángela y a Yolanda también les diría la verdad. Toda la verdad. Perder en el amor no es ninguna deshonra. Todo el mundo pierde, más tarde o más temprano. Lo importante es saber llevarlo con dignidad. Y él era un gran perdedor. Tenía un gran estilo como perdedor, y no sólo en el amor, sino en tantas y tantas cosas. Su vida había sido una terrible sucesión de derrotas. Se había aplicado a sí mismo un refrán de su abuelo, que a veces repetía su padre: "Estoy tan acostumbrado a perder, que ganar me enfada". Y es que no había nada como el dulce sabor de la derrota, nada como apiadarse de sí mismo y todo ese tipo de cosas. No es que necesitara que los demás se compadecieran de él y lo consolaran, sino todo lo contrario. Odiaba a los blandengues y a los lloricas. Si él exhibía sus derrotas era para demostrar con qué valentía sabía arrostrarlas y hacerles frente, con qué entereza sabía sobreponerse a las adversidades. Además, la derrota era romántica. La derrota era bella. La derrota bien asumida era casi una victoria. Despreciaba a la gente que no sabía perder, a la gente vengativa y rencorosa, más que nada por su vulgaridad, pero también por su debilidad e inseguridad de carácter.

Ya estaban en Madrid. Por fin estaban en Madrid (se veían las luces de los primeros barrios). Ahora sólo tenía que olvidarse de todo, olvidarse de la pesadilla que había vivido durante los últimos tres días y hacer su vida como si no hubiera pasado nada, como si jamás hubiera estado en Marruecos.

*Adieu, mon petit Rachid!*

Manolo le había contado un proverbio árabe muy común: "Siéntate a la puerta de tu casa y verás el cadáver de tu enemigo pasar". Más tarde o más temprano, aquel tipo calvo del BMW se cansaría de él y lo abandonaría por otro. Más tarde o más temprano, Rachid comprendería su error e intentaría reconciliarse con él. No es que

tuviera el propósito de esperarle, no es que creyera que su relación con el chico marroquí tenía ya algún sentido, pero al menos pensar en eso le consolaba. Era esa clase de asideros a los que uno se aferra en las derrotas.

Abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido. Entró en el zaguán y cerró también con mucho cuidado. No quería despertar a Enrique, si estaba durmiendo, ya que tendría que madrugar al día siguiente. Eran poco más de las dos y media. Había cogido un taxi en la estación y le había traído en unos pocos minutos. Las calles, en agosto, estaban vacías, muy tranquilas y silenciosas, y la ciudad le había parecido a Félix más hermosa que nunca. Por fin en casa. ¡Hogar, dulce hogar! Dejó la bolsa en medio del salón. Mañana sacaría la ropa y la metería en la lavadora. De momento, sólo se limpiaría los dientes, antes de ir a la cama. Estaba tan cansado. Entonces creyó oír algún ruido dentro de la alcoba. Risas y voces. No. ¡Jadeos y suspiros! ¿Estaría Enrique montándoselo con otro hombre en su propia casa? ¡No, por favor! Era la última humillación que le faltaba por sufrir. Se dirigió hacia la puerta y la abrió, con furia, de par en par. ¡Vaya, no! ¡Eran Enrique y su amiga, acostados en su propia cama! Después de todo, no era tan grave la cosa. Sólo un chico y una chica heterosexuales haciendo el amor.

—¡Hola! —les dijo Félix, con naturalidad—. ¿Os lo estáis pasando bien? —los dos jóvenes se quedaron tan sorprendidos con su presencia, que no fueron capaces de hablar ni de taparse—. Vengo un poco cansado y me gustaría acostarme —añadió con una sonrisa que a él mismo le pareció hipócrita—. Si no os importa...

Se dirigió a continuación al cuarto de baño. “¡Menuda sorpresa! ¡Joder, joder! —se reprendió—. Por eso a veces es mejor llamar y prevenir a la gente”. No iba a ser nada agradable meterse ahora en aquella cama, que todavía estaría caliente, aun cuando cambiara las sábanas.

Después de lavarse un poco, se dirigió a la cocina a prepararse un té. Pero entonces se lo pensó mejor y se sirvió un vaso de whisky, sin hielo ni agua. Un poco de alcohol le vendría bien. ¡Así que aquélla era la última sorpresa que le tenía reservada el día! ¿Pero cómo no había sido capaz de imaginar algo así? Era lógico, ¿no? Procuró quedarse rezagado en la cocina, mientras oía a los dos jóvenes vestirse y luego salir de la casa. Enrique, tal vez, habría ido a acompañar a la chica. ¡Joder! Se sentó en su sillón y bebió varios sorbos de whisky. Así era como a él le gustaba el whisky. Solo, sin hielo ni agua, ni mucho

menos con Coca-Cola, tan asquerosamente dulce. Lo mismo que el coñac. Le gustaban las bebidas de sabor recio y fuerte, ya que él también era fuerte. Se sentía orgulloso de serlo. A pesar de su aparente fragilidad, en realidad era fuerte. Aguantaba el dolor mucho más que otras personas. Resistía el alcohol puro mejor que nadie. Y soportaba los palos de la vida mejor que la mayoría, sin quejarse. Bebió con despecho un buen trago de whisky. Entonces se levantó del sillón y, con el vaso en la mano, se dirigió a su estudio y encendió el ordenador. ¿Le habría mandado Rachid algún mensaje? ¡Imposible! Ni siquiera podía saber que había regresado a España. Rachid le creería todavía en Marrakech. Pero ¿y si se lo había dicho el recepcionista? Sea como fuere, encendió el ordenador y, a continuación, se conectó a Internet. Tenía el vaso vacío, así que, mientras se producía la conexión, se dirigió a por un poco más de whisky.

En la bandeja de entradas de Outlook había un sólo mensaje y era de Rachid. "¡Joder! —se dijo Félix, emocionado, sin poder controlar ya sus nervios—. ¡No puede ser! ¿Qué disculpa se habrá inventado? ¿Qué me habrá escrito ese cabrón?"

"*Soyez le bienvenu à Marrakech* —decía el mensaje—. *Je vais t´attendre avec impatience.* Tú serás muy feliz. Ya verás. Tú muy feliz conmigo en Marrakech".

# CAPÍTULO XVIII

Septiembre. Viernes por la tarde. Ha empezado a llover y, aunque no hace frío, casi parece invierno. Algunas personas llevan ya prendas de abrigo y cazadoras. Félix contempla la primera lluvia del otoño fascinado, sentado en la mecedora de la terraza, con un libro en la mano que dejó de leer hace un rato.

—Un tal Chufán o Rufián —dice Enrique, entregándole el teléfono inalámbrico—. Tu amigo ése, el moro —añade con gesto despectivo, alejándose hacia el interior.

—¡Ah, Soufiane! Pero... ¿por qué no dices marroquí, en vez de moro?

Félix piensa: "Este chico se está poniendo insoportable. Se ha vuelto racista y xenófobo y cada vez que me habla parece como si me estuviera perdonando la vida. Tendré que aclarar unas cuantas cosas con él".

—Hola, Félix. ¿Es mal momento para hablar?

—No, no. Es buen momento, Soufiane —dice Félix, simplificando al máximo sus frases para que el marroquí le entienda—. Yo muy contento por tu llamada.

Es la segunda o tercera vez que Soufiane le llama. Pero nunca han vuelto a verse desde aquel día en el autobús. El joven marroquí sólo le cuenta penas de su mujer, que está enferma y nadie sabe lo que le pasa. Los niños viven con su hermano. Están ya al cuidado de su cuñada, le dijo la última vez. Soufiane se desahoga contándole sus males y Félix se siente contento de saber que alguien le necesita, aunque sólo sea para eso. Enrique ya no le necesita en absoluto desde que tiene novia. Nunca come en casa. Llega del trabajo con prisa, se ducha, se cambia de ropa, se va y no vuelve hasta las dos o las tres de la madrugada. Para colmo, el otro día le llamó la atención porque volvió a sorprenderlos y Enrique le amenazó con marcharse de casa. De hecho, ya están buscando un piso de alquiler para irse a vivir juntos, le dijo. "¡Pues muy bien! —exclamó Félix, despechado—. ¡Cuanto antes, mejor!"

—Yo aquí, en Madrid, Félix. ¿Te puede ver ahora?

—¿Ahora?

—Hoy, mi tarde libre. Hoy viernes. Tú sabes...

—Bueno, pues... Está lloviendo, ¿sabes?, pero...

—Muy importante para mí hablar contigo, Félix.

—De acuerdo. De acuerdo. ¿Dónde estás, Soufiane?

—Estación Chamartín.

—Está bien. Espérame allí. En la cafetería. Hay varias, pero no importa. Ya te encontraré.

—Yo espero en cafetería. Gracias.

—Estaré allí en... cuarenta minutos. ¿Vale? No podré llegar antes.

—Vale. Yo espero aquí.

Después de darse una ducha y afeitarse, Félix cogió el metro y se dirigió hacia la estación de Chamartín. Reconoció a Soufiane desde lejos, aunque estaba muy cambiado y había otros marroquíes con los que podría haberlo confundido. Iba muy elegante. Casi parecía un modelo italiano, vestido con un traje azul de Massimo Dutti.

—¿Y ese traje? —le preguntó Félix, asombrado, mientras le estrechaba la mano.

—Regalo de mi jefe —dijo Soufiane con una sonrisa.

Era usado, pero parecía nuevo. Por lo visto, se lo había regalado cuando le dijo que se quería ir.

—Pues te sienta muy bien. ¡Estás realmente guapo!

—Sí, pero yo, aún, cara de gitano —hizo un gesto de resignación, palpándose la mejilla—. Mi jefe dice que yo, cara de gitano.

—¿Y los zapatos? ¡También son nuevos!

—Los zapatos son míos.

—Muy bien. ¿Tienes mucho tiempo?

Le dijo que podía quedarse hasta las once y media, cuando salía el último tren.

—Estupendo —dijo Félix—. Tenemos tres o cuatro horas. Vayamos a algún sitio tranquilo para hablar. ¿Podrás beber algo de alcohol? ¿Te apetece una cerveza?

—¡Sí!

—Entonces vamos a un sitio que conozco, un local donde hay buena cerveza alemana. También podríamos cenar algo.

Salieron de la estación y, mientras esperaban un taxi, Soufiane le contó que había muerto su mujer la semana anterior.

—¡Vaya, no! —exclamó Félix, compadeciéndose sinceramente de él—. ¡Cuánto lo siento, de verdad! —le palmeó la espalda con afecto y el marroquí se abrazó a él. No pudo contener una lágrima. Se la secó

torpemente con los dedos.

—No pude ir a entierro —dijo con un suspiro—. Ellos me dicen muy tarde y yo...

—¡Cuánto lo siento! ¿Cómo no me has llamado antes?

—Ella morir de pena, sabes, Félix. Nadie comprende por qué muere, pero yo sí.

—Lo siento muchísimo, Soufiane. ¡No sabes cuánto lo siento!

Ya dentro del taxi, permanecieron callados largo rato, aunque Félix le apretó la mano a Soufiane una vez para manifestarle su estima y su solidaridad.

—Tú me prometes trabajo en otro sitio —dijo Soufiane, sentados ya ambos en el pub, con sendas jarras de cerveza en la mano—. Yo no quiero trabajar más en *castilio.*

—Está bien. Yo te buscar... yo te buscaré algo.

—No me gusta mi jefe. Ya no quiero más *castilio*. Ni siquiera con traje.

—Te entiendo muy bien. Has aguantado allí demasiado tiempo.

Ambos estaban sentados el uno enfrente del otro. Bebían cerveza y se miraban con la confianza de los viejos amigos. El pub era un local amplio y acogedor. No había demasiada gente aún a aquella hora de la tarde, aunque la música era un tanto estridente.

—Y los niños, ¿están bien?

—Sí. Ellos vivir bien con mi hermano. En Marruecos familia siempre junta. Todos ayudar. Yo mando dinero a mi hermano.

—Tal vez algún día los puedas traer a España contigo.

—Sí, pero ahora ellos mejor allí. Son pequeños y yo tengo que trabajar. No puedo cuidar niños si voy a trabajar.

—Es verdad. Tienes razón.

—Félix, por favor, tú me ayudas, tú me buscas un trabajo mejor en Madrid, por favor. Yo no quiero estar más en *castilio.* Desde que morir mi mujer, yo no quiero estar más ahí.

—De acuerdo. ¿De qué puedes trabajar? De conductor, ¿tú crees que...?

—Tengo permiso en Marruecos, pero no vale en España.

—¿No vale? Entonces, tal vez de camarero o cocinero. ¿Qué tal se te da la cocina?

—Félix, yo hacer cualquier cosa. Trabajar cualquier cosa. Nada difícil para mí.

—No te imagino de camarero. Bueno, sí, pero no me gusta que tengas que servir a nadie. Ya has servido bastante, ¿no te parece?

Quizá sea mejor de cocinero. De cocinero estarás bien. En invierno no se pasa frío. Puedes comer todo lo que quieras y no tendrás que cocinar luego en casa. Es una ventaja, ¿no? Un ahorro de tiempo y de dinero. Preguntaré en algún restaurante de mi barrio. Conozco al dueño de uno donde siempre falta personal.

—Gracias —dijo Soufiane—. Tú eres un buen amigo. Mi mejor amigo en España.

—Veremos qué se puede hacer. Vuelve a Madrid el viernes siguiente y daremos una vuelta por ahí.

—Viernes siguiente. De acuerdo.

—Sí, pero ven un poco antes para que podamos ver al dueño de ese restaurante, ¿vale? —Soufiane asintió con la cabeza—. Aún nos queda tiempo, ¿no?

—Sí. Bastante tiempo.

—Muy bien. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo? —dijo Félix, echando un vistazo a la carta. Sólo había hamburguesas, pizzas, sándwiches y salchichas alemanas.

—No, no. No tengo hambre.

—Sí. Tienes que comer algo. Mira a ver qué te gusta.

—No, no tengo hambre. Félix, yo...

—Por favor. Te lo ruego. Come algo. Quiero que me acompañes. No me gusta comer solo.

—Está bien —dijo Soufiane, mirando la carta—. ¿La hamburguesa es de ternera? Yo no puede comer cerdo.

—Se lo preguntaremos al camarero. ¿Quieres otra cerveza?

—Bueno, yo... No, no quiero más...

El camarero era una chica rubia, con el pelo recogido en dos trenzas y el atuendo típico del Tirol.

—¿La hamburguesa es de ternera? —le preguntó Félix.

—Sí, naturalmente.

—¿Está segura? Es que él no puede comer cerdo. *Ni yo tampoco* —añadió pensando en su dieta.

Ya habían pasado más de tres semanas y Rachid seguía sin dar señales de vida. Ni siquiera había mandado un mensaje de disculpas o una explicación sobre su comportamiento en Marrakech. Félix tampoco se atrevía a escribirle, aunque lo deseaba a veces, y, cuando se conectaba a Internet, tenía que reprimir el impulso de hacerlo. Sin embargo, los hechos hablaban por sí solos. ¿Qué más quería saber? Mejor, olvidarse de aquel tipo, se decía. Pero le había humillado, se había burlado de él, y eso le dolía más que cualquier otra cosa. Así

que un día llegó a un principio de acuerdo consigo mismo para salvar su dignidad: le escribiría a Rachid, pero no le contestaría cuando recibiera su respuesta. Ésa sería su pequeña venganza. El eterno silencio a cambio de sus mentirosas explicaciones, ya que éstas serían mentirosas, sin lugar a dudas.

Tardó varios días en escribir un correo, cuyo tema era *Pourquoi?*, en el que le preguntaba al chico marroquí por qué había actuado de aquel modo con él cuando sabía que le quería de verdad y que estaba arreglándole los papeles para traerle a España, cuando él mismo le había dicho que le apreciaba por su fidelidad, tan rara hoy en día, y le había prometido que le haría tan feliz con su compañía, *etc.* Corrigió y reescribió varias veces el mensaje hasta quedar satisfecho. Lo analizó y lo estudió desde todos los puntos de vista, calculando el posible impacto de sus palabras. Suavizó algunos términos para no resultar demasiado recriminatorio, para no aburrir con sus reproches, para dar la sensación, más bien, de que lo perdonaba, de que buscaba la reconciliación, y luego, cuando por fin estuvo satisfecho del resultado, se lo envió. Pero Rachid no respondió y su silencio, después de una semana, resultaba doloroso.

Félix llamó a Manolo poco después y éste le sugirió que tal vez el muchacho tenía mucho amor propio y se había querido vengar de él por su forma de marcharse de Marrakech, por haberle dejado plantado el último día y despedirse por teléfono cuando ya estaban en el autobús de Fez. Y también, quizá, por el desplante que le hizo cuando suspendió su segundo viaje o por las insinuaciones sobre su supuesto amante. Lo mismo Rachid había tenido un compromiso real con su novia y aquellas insinuaciones le habían sentado mal. Quién podía saber lo que había pasado en realidad. Tal vez aquel chico era un tanto susceptible, un tanto rencoroso. Los árabes no eran nada simples. Podían ser ladinos y astutos, pero nunca burdos y toscos. Y si te querían hacer daño, te lo hacían sin que te dieras cuenta, de un modo indirecto, cuando estabas más confiado. Había que tener mucha sutileza con ellos, evitar no herir sus sentimientos. Su venganza (si es que aquello era una venganza) la habría estudiado con mucho cuidado para confundirle de tal modo que incluso pudiera justificarse si se veía obligado a dar explicaciones. Félix casi sintió admiración por Rachid al oír aquel razonamiento. Así que aquella cabecita deliciosa había cavilado un plan diabólico para hacerle sufrir. ¡Pues lo había conseguido y de qué modo! Félix no podía olvidar la mirada tierna de Rachid, aquella noche en el hotel de la Place, ni su voz tan dulce cuando le dijo: *"Mañana te haré muy feliz. Ya lo verás"*. Pero es que incluso, pensó, había tenido la osadía de advertírselo antes de iniciar

su viaje. ¡Qué elegancia, qué perfidia, qué extraño refinamiento! ¿No era por eso más adorable?

—Y no se te ocurra escribirle —le advirtió Manolo.

—¿Por qué?

—Te consideraría un tonto. Olvídalo. Ya has hecho bastante el primo, ¿no te parece?

—Pues le he escrito.

—Sin comentarios.

—Y el cabrón ni siquiera me ha respondido.

—Sin comentarios.

—Por cierto, ¿has visto a Driss?

—Sí. ¡Y menudo compromiso! Ese chico no paraba de venir por aquí a dar la lata preguntando por ti todas las tardes. Hasta que me enfadé un día y le dije que no se le ocurriera volver a llamar a mi puerta. Los vecinos lo mismo pensaban que yo me lo estaba montando con él.

—¡Por favor! ¡Pobre chico! Haberle dicho simplemente que regresé a Madrid. ¿Tanto te cuesta ser un poco amable? Lo que daría yo por tenerle ahora aquí. Aún no estoy curado y me vendría muy bien seguir con el tratamiento...

—Búscate otro chico ahí.

—No. No es tan fácil. Por cierto, ¿sabes que tengo un amigo marroquí, uno que conocí en el autobús? El tipo está bastante bien. Tiene treinta y cinco o treinta y seis años. Parece muy buena persona.

—¿Y por qué no te lo montas con él?

—No. No me gusta. Como amigo, sí. Pero nada más. No es mi tipo. Ya sabes que me gustan más jóvenes. Si tuviera quince años menos... Además, me da mucha pena. Se le ha muerto la mujer, le están explotando en el trabajo y todo eso. Es demasiado bueno y me da pena, pero no lo deseo. No puedo remediarlo. Ya lo he pensado, pero no.

—Sí, me había olvidado de que a ti te gustan un poco cabrones. Cuanto más chulos y cabrones, mejor.

—No, joder, no es eso. Es que...

—Pero es pobre, ¿no?

—Sí. ¿Y qué?

—Que te gustan pobres. ¿No es eso lo que me dijiste? Ya es una ventaja. Y también te gustan huérfanos, ¿no? Pues si se ha muerto su mujer y no tiene familia en España... En cierto modo...

—Sí, bueno, no sé...

—Oye, esta llamada te va a costar un huevo. A un móvil, en el extranjero y por la mañana...

—Oficialmente es una llamada de trabajo.

—¡Ah, ya veo! Bueno, tengo que dejarte. Llámame otro día. Estoy sentado en el parque y un tipo me acaba de mostrar la polla. No te imaginas qué instrumento. Bueno, adiós... Ahora estoy muy ocupado... Lo siento... Tengo que dejarte...

No, Soufiane no le gustaba. Y no comprendía por qué, ya que estaba muy bien físicamente y era tan buena persona. Además, le mostraba tanto aprecio. Pero tal vez no le gustaba por eso. Manolo tenía razón. A él le gustaban un poco cabrones o, al menos, un poco traviesos, que le hicieran dudar de sus intenciones, que le pusieran nervioso. Y Soufiane le respetaba tanto. Le admiraba tanto. Escuchaba embobado todo lo que decía. Soufiane, el pobre, tenía alma de esclavo, por eso había aguantado tanto tiempo un trabajo de esclavos. Era humilde y sencillo. Estaba acostumbrado a sufrir miseria, pobreza y humillaciones con resignación. Su carácter no tenía nada que ver con el de Rachid. Soufiane pertenecía a la generación anterior, cuando aún no había Internet ni teléfonos móviles y el pueblo marroquí estaba sumido en la ignorancia. Pero la última generación, la generación de Rachid, había despertado de pronto con los nuevos avances tecnológicos, con la cultura y la información, y era mucho más orgullosa, mucho más ambiciosa, a pesar de que siguiera siendo igualmente pobre. Soufiane tenía nobleza de espíritu, pero no dignidad. Tenía capacidad de sacrificio, pero no amor propio. Era listo, pues ningún tonto sobrevive jamás en un ambiente tan difícil, pero no astuto, ladino o calculador. No se le hubiera ocurrido nunca planear una venganza tan sutil ni tan bien urgida como la de Rachid, ya que, en primer lugar, no era capaz de odiar.

Cuando se encontraron en Madrid, el viernes siguiente por la tarde, Soufiane le confirmó enseguida todas estas teorías a Félix. No iba a abandonar el castillo, le dijo, ya que su jefe, cuando le insinuó de nuevo que quería marcharse, le había prometido subirle el sueldo hasta las cien mil pesetas y, además, darle de alta en la Seguridad Social.

—¿No te lo dije? —exclamó Félix—. Incluso hubieras podido conseguir que te diera ciento veinticinco.

Por lo visto, tanto él como su mujer le habían rogado que se quedara en el castillo, le habían hecho ver lo bien que estaba allí, le habían dicho que aquélla era su casa y todo lo demás, le habían convencido de las ventajas de su situación y ya no se quería marchar.

—Pero no te merece la pena seguir ahí —dijo Félix—. A pesar de

todo, vas a trabajar once horas diarias y no tendrás ningún día libre, ¿no es así?

—No. Ahora viernes libre todo el día.

—Bueno, algo es algo. Vale, entonces no iremos a ver a ese amigo mío del restaurante. Te hubiera dado trabajo. Le hablé de ti y estaba interesado. Era un buen sitio. Hubieras ganado unas ciento cincuenta mil pesetas al mes, además de las pagas y las vacaciones...

—Lo siento —dijo Soufiane, agachando la cabeza.

Félix estaba decepcionado. Pensó que a veces la gente tiene exactamente lo que se merece.

Pasearon, sin rumbo, por la Castellana. Hoy la tarde era soleada. Soufiane llevaba el mismo traje azul, con soltura. Parecía un italiano. Su rostro oscuro tenía ciertos rasgos italianos, aunque en sus ojos había demasiada tristeza marroquí, pensó Félix con ternura. Pero no era ya la tristeza de la pobreza, sino la tristeza de la resignación, la tristeza antigua de su raza.

Entraron en una cafetería y Soufiane se empeñó en pagar las consumiciones. Félix lo permitió para no desairarle, aunque no le dejó pagar más a lo largo de la tarde.

Salieron de nuevo a la calle y, de pronto, al verse ambos reflejados en un escaparate, se le ocurrió que hacían buena pareja y que armonizaban bien físicamente. También Félix se había puesto traje, un traje claro de verano, y los dos parecían ejecutivos o algo así, pensó. No desentonaban el uno al lado del otro, aunque fueran distintos en muchos aspectos. Y, además, Félix se sentía tan seguro y tan cómodo al lado de Soufiane, que consideró una suerte (ahora que empezaba a perder a Enrique) haber hecho aquel nuevo amigo.

# CAPÍTULO XIX

El primer viernes de octubre, de nuevo con lluvia, Félix y Soufiane volvieron a reunirse en Madrid. El marroquí estaba un tanto decaído, ya que su jefe no le había pagado lo que le había prometido y aún no le había dado de alta en la Seguridad Social. Quería saber si seguía disponible el puesto del restaurante.

—Por supuesto que no —dijo Félix, enfadado—. Las oportunidades, se aprovechan en el momento o se pierden. ¿Qué pensabas, que iban a estar esperándote hasta que tú quisieras ir a trabajar allí? —Sin embargo, al ver su cara de decepción, se apiadó enseguida de él—. De acuerdo —dijo—. Echaré un vistazo por ahí, pero tendrás que dejar el castillo y coger el trabajo que encuentre.

Dieron una vuelta, esta vez por la Gran Vía y la plaza de España, y cuando iban a tomar el metro de regreso, en la calle de la Princesa, vieron casualmente un cartel donde se solicitaba personal en un establecimiento de comida rápida. Entraron a preguntar y les condujeron hasta el encargado. Éste les dijo que necesitaban alguien para la cocina, aparte de uno o dos camareros. El sueldo no era muy alto, ciento veintisiete mil pesetas. Trabajaría ocho horas, con turnos de mañana o de tarde, y tendría dos días libres a la semana. La labor consistía en hacer bocadillos, pizzas y ensaladas. Las condiciones eran mucho mejores que las del castillo. Si sus papeles estaban en regla, podía empezar a trabajar el lunes. Soufiane se comprometió a estar allí a primera hora de la mañana para firmar el contrato y empezar a trabajar por la tarde.

—¿Ves qué fácil? —le dijo Félix cuando salieron a la calle. Los dos sonreían satisfechos. Había sido una gran suerte que se tropezaran con el cartel—. Esto tenemos que celebrarlo. Tu vida va a cambiar a partir de ahora.

Entraron en un bar próximo y pidieron dos cervezas.

—Ahora problema, Felix, es dejar *castilio* —dijo Soufiane. No sabía cómo iba a explicar que se marchaba definitivamente y tenía miedo de que volvieran a convencerle sus jefes.

—Entonces, debes irte sin avisarles —le dijo Félix—. Ya has

cobrado el mes de septiembre, ¿no? Da igual que pierdas estos dos o tres días de octubre. Total, para lo que te pagan... Déjales una nota en la cama y, cuando la lean, tú ya estarás lejos de allí.

—Tú, Félix, por favor, escribe nota —le rogó Soufiane.

—De acuerdo.

Félix le pidió papel y bolígrafo al camarero y escribió una nota un tanto irónica en la que le daba las gracias a su jefe por el honor que le había concedido de alojarle durante tanto tiempo en su magnífico castillo. Félix le explicó el contenido de la nota a Soufiane omitiendo su intencionalidad irónica.

—Lunes por la mañana, ¿tú puedes esperar en Chamartín?

—Sí, allí estaré. Te acompañaré para arreglarlo todo hasta que estés trabajando —dijo Félix. Tendría que llamar con alguna excusa a su trabajo. Una visita urgente a su dentista resultaría convincente.

Félix acompañó a Soufiane, como siempre, hasta la estación de Chamartín. Le resultaba emotivo despedirse de él a pie de tren. Lástima que a partir de ahora eso no pudiera ocurrir nunca más.

Cuando Soufiane llegó a la estación el lunes, Félix llevaba esperando allí un buen rato. En una bolsa grande y pesada, el marroquí traía metidas todas sus pertenencias, que no debían de ser muchas, después de todo. Félix le sugirió que dejara la bolsa en consigna y la recogiera más tarde para no ir cargado con ella de un lado para otro. Y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que Soufiane iba a necesitar ahora un nuevo alojamiento, algo que no había previsto con anterioridad. ¿Cómo podía haberse olvidado de una cuestión tan importante?, se dijo aterrorizado. ¿Y qué necesidad tenía él de complicarse la vida? ¡Ya podía haber dejado que aquel tipo siguiera viviendo eternamente en el castillo, si quería! ¿Quién le mandaba a él manipular y organizar la vida de nadie?

Soufiane le contó su odisea después de huir del castillo. Al parecer, había tenido que ir cargado con aquella bolsa durante dos kilómetros por un camino rural hasta llegar a la carretera del pueblo, donde había una parada de autobús. Los perros de una finca próxima le habían ladrado al verle pasar a aquella hora tan temprana y habían armado un gran alboroto, despertando a dueños y sirvientes. Por otro lado, había pisado un charco, sin querer, y se había manchado los zapatos de barro. Al dejar la bolsa en el suelo, para descansar alguna vez, el polvo que recogía del suelo se lo pegaba en la espalda y, cuando subió al autobús, la gente lo miraba como si fuese un ladrón o un vagabundo. Luego había perdido el tren por escasos minutos y

había tenido que esperar una hora en la estación, temiendo que su jefe se dejara caer por allí o que le detuviera la policía al creer que había cometido algún delito.

Después de tomar un café rápido, se metió en el cuarto de baño para lavarse la cara y limpiarse un poco. Cogieron el metro y fueron al establecimiento de comida rápida de la calle de la Princesa. Allí les dieron una hoja y los mandaron a las oficinas centrales de la empresa, que estaban en Goya. Al cabo de una larga espera, una empleada le tomó los datos a Soufiane y le hizo firmar varios papeles. Le explicó que necesitaba el número de una cuenta bancaria para hacerle el pago de la nómina por transferencia, así que tuvieron que ir a un banco a abrir una cuenta, lo que les llevó más de una hora. Cuando regresaron, le mandaron a Asepeyo a hacerse un chequeo general de su estado físico, y de paso le dieron otra dirección para que fuera a sacarse el carnet de manipulador de alimentos (allí le convocaron otro día para hacerse un examen). Una vez cumplidas todas estas diligencias, volvieron al lugar de trabajo, donde le dieron a probar varias prendas. Pero ninguna era de su talla, por lo que tuvieron que comprarlas en una tienda. También hubo que comprar unos zapatos. Soufiane no llevaba dinero y Félix lo pagaba todo, aunque el marroquí no paraba de darle las gracias y de prometerle que le devolvería hasta el último céntimo. Entre unas cosas y otras, terminaron casi a las dos. La hora de entrada era a las cuatro, de modo que les quedaba poco tiempo ¡y aún no habían ido a recoger la bolsa a la consigna ni habían resuelto el problema del alojamiento! Entraron en un bar y se sentaron a una mesa. Félix no podía disimular ya su nerviosismo.

—Tenemos un problema —dijo mirando seriamente a Soufiane—. Necesitas un alojamiento y yo no puedo meterte en mi casa. No puedo, ya que no estoy solo... Vive un chico conmigo... ¿Comprendes? —Soufiane hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Esto era algo en lo que no habíamos pensado —se disculpó Félix—. Pero no te preocupes. No te quedarás tirado. Aunque sea en un hotel, ya te buscaré un sitio esta noche. El problema es mañana y los demás días. Pero ya pensaré en algo —dijo bebiendo un trago de cerveza—. No te preocupes.

Sin embargo, por más que lo pensaba, no era capaz de dar con ninguna solución.

—¿No tienes amigos marroquíes en Madrid con los que puedas compartir un piso? —le preguntó.

No, no tenía amigos marroquíes. Al vivir tanto tiempo en el castillo se había desconectado de todo el mundo. Y los pocos teléfonos y direcciones que le dieron algún día ahora estaban perdidos o

inactualizados.

—Déjame pensar, déjame pensar —decía Félix, con la mirada ausente. Estuvo así un buen rato, dándole pequeños sorbos a su cerveza. Y entonces, de pronto, se le ocurrió una idea genial—: ¡Yolanda!

—¿Yolanda?

—¡Sí, Yolanda! ¡Cómo no se me habrá ocurrido antes!

—Pero, ¿qué es Yolanda?

—¡Yolanda, mi amiga Yolanda! —Soufiane le miró desconcertado —. ¡Tú eres perfecto para Yolanda!

Le explicó brevemente la historia de su amiga Yolanda. Estaba viuda y sin hijos. Tenía unos cincuenta años, pero aparentaba treinta y cinco o cuarenta y, cuando se arreglaba, se ponía siempre muy guapa. La pobre estaba sola y aburrida. No tenía mayor ocupación en la vida que cuidar de su perrito. Era rica y no sabía en qué gastar su dinero. Le había prometido buscarle un novio exótico y moreno, un cubano tal vez, pero tampoco le disgustaría un marroquí.

—¿A ti te importaría hacerle el amor? —le preguntó Félix con cautela—. Hablaré con ella para que te deje dormir en su casa, sólo dormir de momento, y, a cambio, tú le haces el amor. ¿Vale? ¡Lo necesita tanto! ¡Necesita tanto sentirse querida y deseada! ¿Podrías hacerle el amor una vez al día?

A Soufiane comenzaron a brillarle los ojos. La idea le entusiasmó. Dijo que no tenía ningún problema en ese sentido.

—Pero no la conoces —le advirtió Félix—. ¿Crees que te gustará? ¿Cómo sabes que podrás responder? Yo no sería capaz de acostarme con cualquiera.

—Félix —dijo Soufiane con decisión—, nosotros, los marroquíes, muy calientes. Siempre muy calientes. Siempre dispuestos para sexo. Yo le hago el amor muy bien a tu amiga sin problema.

—¡Genial, genial! —gritó Félix—. Entonces hablaré con ella esta tarde a ver si puedes dormir en su casa. Dejemos, de momento, la bolsa en la consigna. Vendré a buscarte a la salida del trabajo y ya te explicaré cómo ha ido la cosa. ¿Vale?

Se despidieron con un fuerte apretón de manos.

Ángela comenzó a reírse cuando Félix le comentó su plan.

—No, no aceptará —dijo mientras colgaba un trajecito de niño en una percha—. Ya lo verás.

—Pero ¿por qué? Ella está loca por encontrar un novio y yo le he conseguido el tipo ideal. Es guapo, alto, fuerte, moreno y exótico.

Tiene la edad que a ella le gusta y, además, es muy correcto y educado, una buena persona, no un chulo o un gigoló, sino un pobre chico que también necesita algo de cariño.

—Sí, todo eso está muy bien, pero no aceptará —Ángela sacó un jersey pequeño de una caja y lo colgó en otra percha—. Ya lo verás. La conozco demasiado bien.

—Pero si es tan liberal. Y me dijo que le buscara un novio. No creo que pueda encontrar en la vida otro como éste. La haría muy feliz y el chico también sería muy feliz al lado de ella.

—¿Y por qué no te lo quedas tú? Si dices que Enrique se va... —cogió dos o tres cajas vacías y las llevó a la trastienda.

—No. No me gusta —dijo Félix cuando la vio regresar—. No es mi tipo. Prefiero casi vivir solo. Me cae bien, pero nada más. La verdad es que me gusta en cierto sentido, pero...

—Bueno —dijo Ángela mirando a través de la puerta cristalera—, ahí viene Yolanda. A ver si eres capaz de convencerla. Me voy a divertir de lo lindo viendo su cara cuando se lo cuentes.

—Por favor, no seas mala y échame un cable. Tengo que encontrarle un alojamiento a ese chico esta noche y mi única solución es ella.

—¡Ah, no! Yo no quiero implicarme en tus asuntos. Es cosa tuya por meterte en esos líos. ¡Quién te mandará! Pero ahí la tienes. Vamos, habla con ella. A ver qué te dice.

—¡Félix! —exclamó Yolanda al entrar en la tienda. Venía, como siempre, con la cesta del perrito en la mano—. ¡Qué alegría verte!

—Sí. Yolanda, yo también me alegro mucho de verte. Precisamente... precisamente he venido a verte. ¿Sabes? Y es que tengo algo que... tengo algo que decirte.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Qué será? ¡Seguro que es interesante! ¿Te lo ha contado ya a ti? —le preguntó a Ángela, al ver que ésta sonreía.

—Sí. Ya me lo ha contado, pero mejor que te lo diga él.

—Bueno, pues verás, Yolanda —dijo Félix perdiendo el miedo de pronto—. La verdad es que tengo una buena noticia para ti. Te he encontrado un novio.

—¿Cómo?

—Sí, un novio. ¿Recuerdas que te prometí que te encontraría un novio, un cubano o alguien así...?

—Bueno, sí, pero...

—Es un chico marroquí de treinta y cinco años. Un tipo estupendo, ya lo verás. Moreno, guapo... No sabes cómo le sientan los trajes. Tú sólo tienes que darle alojamiento en tu casa, dejarle dormir tan solo, y él te hará el amor cada noche. Le he hablado de ti y lo está deseando.

¿No es maravilloso?

—¡Tú estás loco! —exclamó Yolanda—. ¡Meter yo un marroquí en mi casa!

—Por favor, ese chico es diferente, es especial. No es la clase de marroquí que te imaginas. No es un machista ni nada de eso. Si lo vieras...

—¡Estás loco! Yo no quiero nada con marroquíes. Además, ¿de qué lo conoces tú? ¿Qué sabes de él?

—Lo conocí en el autobús. Pero...

—¿En el autobús? ¿Y cuántas veces lo has visto?

—Tres o cuatro. No lo sé. Pero tú no eres racista...

—¿Y qué puedes saber de una persona a la que has visto sólo tres o cuatro veces? ¿Cómo puedes fiarte de él?

—Por su cara. Nada más mirarle, te das cuenta de que es una buena persona. A mí me inspira total confianza y si tú lo vieras...

—¡Por favor! Conocí muchos marroquíes en Holanda, cuando viví allí con mi marido, y sólo traían problemas. Todo eran problemas con los marroquíes.

—Pero este es diferente. Te lo prometo. Se siente ya muy español y no tiene trato con otros marroquíes.

—No, gracias. Además, a mí no me gustan tan jóvenes. A mí me gustan de cincuenta o cincuenta y cinco. Algo mayores que yo. ¿Adónde voy a ir yo con un crío de treinta y cinco años?

—¡Sólo te pido que lo veas! ¡Por favor! ¡No te arrepentirás! —rogó Félix.

—No, gracias. Y ya tengo un novio. Aquel calvo de cincuenta. Vino a disculparse varios días después por haber dicho “coño” y “picha”. Le perdoné y ahora es muy correcto conmigo. Me visita de vez en cuando.

—Bueno, en ese caso... —dijo Félix, dando por perdida la batalla.

—Ya te lo dije, ¿no? —intervino Ángela con una mirada de disculpa—. Sabía que no aceptaría.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Yolanda, ofendida—. ¿Por quién me has tomado?

—De acuerdo. Lo siento. Pero ¿qué voy a hacer yo ahora? ¿Dónde meto al marroquí esta noche? ¡Y tiene que dormir en algún sitio!

# CAPÍTULO XX

Las cosas complicadas a veces tienen soluciones sencillas, inesperadas o, cuando menos, distintas de las que habíamos imaginado. Aquella noche Soufiane tuvo que dormir en un hotel, pero al día siguiente conoció a otro marroquí que trabajaba como camarero en el mismo establecimiento, el cual le dio la posibilidad de compartir el piso en el que vivía con otros compatriotas suyos. Luego Soufiane tuvo que dejar el piso, ya que estaba saturado o alguien se oponía a que se quedara, y fue a parar a una tienda de todo a cien, traspasada por un chino a un marroquí (o viceversa), al fondo de la cual dormían apilados, después de cerrarla al público, varios hombres en condiciones lamentables. Soufiane, sin embargo, no perdía el buen ánimo. Parecía adaptarse a las dificultades de la vida con bastante desenvoltura. Siempre que se presentaba ante Félix iba limpio, sin una arruga en la ropa y bien afeitado. Cómo conseguía mantener la pulcritud en medio de tanta precariedad era algo que Félix no lograba entender.

No obstante y a pesar de todo, lo cierto era que Soufiane no tenía dónde ducharse ni tampoco dónde lavar su ropa. Félix, cuando lo supo, no pudo mantenerse mucho tiempo indiferente y un día le ofreció ir a su casa (aprovechando la ausencia de Enrique) para cumplir allí con tales menesteres.

El joven marroquí quedó sorprendido y maravillado nada más entrar en la casa. Era ésta un apartamento sencillo de dos habitaciones, situado enfrente de una avenida, sin ningún tipo de lujos, pero amplio y luminoso. Su estilo informal, con un toque de antigua bohemia, le hacía parecer aún más acogedor. La terraza amplia y llena de plantas (nadie las había regado en los últimos días) producía la impresión al visitante de que se hallaba junto a un jardín o un invernadero.

Félix había conseguido pagar aquel apartamento con bastantes sacrificios. Era su única propiedad, pero también su único refugio, el único lugar donde de verdad le apetecía estar, y ahora que había liquidado sus deudas y su situación era más desahogada que nunca, no

tenía con quién compartirlo, ya que estaba solo la mayor parte del tiempo. Agradeció, pues, los elogios que Soufiane le dirigió al apartamento casi tanto como si se los hubiera dirigido a su propia persona.

Después de una breve ojeada por el salón, Soufiane se detuvo, de pronto, ante la estantería y contempló una pequeña fotografía en color. En ella se hallaban sentados dos ancianos en lo que parecía el banco de un parque, mirando con naturalidad hacia la cámara.

—Son mis padres —dijo Félix. Recordaba el momento exacto en que les había hecho la foto. Su padre ya sabía entonces que tenía cáncer—. Murieron hace unos cinco años con unos meses de diferencia.

—Pero tú puedes verlos... —dijo Soufiane con los ojos húmedos, después de contemplar la foto durante un rato.

Félix no supo qué decir. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Se ausentó de allí con la disculpa de ir a poner la lavadora.

Cuando regresó, Soufiane estaba en la terraza echando un vistazo a las plantas. Afirmó que algunas iban a secarse, si no las regaba inmediatamente, y se ofreció a hacerlo él mismo.

—No, por favor. Déjalo. Ya lo haré yo —intentó disuadirle Félix.

—Yo siempre riega jardín en *castilio*. A mí me gustar mucho las plantas —dijo Soufiane.

—Pues yo no sé cuidarlas. Unas veces se mueren porque las riego mucho y otras porque las riego poco. En eso soy muy torpe. Enrique, se encargaba de ellas hasta hace poco, pero ahora, como se va a ir, se ha olvidado completamente y yo...

Soufiane siguió regando las plantas y Félix se limitó a contemplarle desde cierta distancia, haciendo como que se ocupaba de otras cosas. Después, cuando las plantas estuvieron regadas, Félix acompañó a Soufiane al cuarto de baño y le dio una toalla limpia.

—Cuánto lo siento —dijo—. Tenía que haber esperado para meter en la lavadora esa ropa que llevas puesta.

No obstante, le pidió que la dejara para lavarla otro día. Fue a buscar algunas prendas limpias y, cuando volvió, Soufiane ya estaba desnudo. Félix intentó no fijarse demasiado, pero, aún así, descubrió de refilón que el marroquí tenía un bonito cuerpo, delgado aunque fibroso, y sin apenas vello.

Cuando salió de la ducha, tímido y sonriente, vestido con la ropa de Félix (cosa que a éste le resultaba extraña), se acercó al sofá y se sentó a su lado con cuidado, como si temiera romper algo. No paró de agradecerle todo lo que había hecho por él. Decía que le llevaba en su corazón y que para él ya no era un amigo, sino un hermano. Prometió

pagarle con creces todos los favores recibidos e incluso hacerle algún regalo. Había pensado comprarse un coche cuando tuviera algún dinero ahorrado y esperaba que quisiera acompañarle en su siguiente viaje a Marruecos. Una vez había hecho una gira con unos alemanes por el sur del país, cuando sólo era un chiquillo, y deseaba volver a hacer aquel mismo viaje conduciendo su propio coche. Félix le dijo que estaría encantado de acompañarle.

Varios días después, Félix dejó de tener noticias de Soufiane, lo que le extrañó un poco, ya que, desde que se trasladó a Madrid, no había pasado ni un sólo día sin que le llamara para contarle cómo le iba en el trabajo o para que acordaran una cita. Para Félix la presencia y la compañía de Soufiane se habían convertido en una motivación y en una costumbre. Ahora las tardes, sin el aliciente de verle, se hacían más largas y aburridas. Comenzó a echarle de menos, comprendió que lo necesitaba de algún modo y, finalmente, preocupado por su ausencia y alarmado ante sus propios sentimientos, se dirigió al establecimiento de comida rápida, donde trabajaba, para que, una vez enfrente de él, pudiera aclararse consigo mismo y decidir si lo que sentía por él era sólo amistad o tal vez... Lo esperó en la puerta del trabajo a las doce de la noche y, al no verle salir junto a los demás, le preguntó por él, nervioso y compungido, a uno de sus compañeros.

—¿Soufiane? —dijo éste—. ¿El marroquí que trabajaba en la cocina? No, ya no está aquí. Dejó el trabajo hace varios días.

—¿Que lo dejó? ¿Y sabes por qué?

No, no sabía por qué. Prácticamente no había tenido trato con él. Le recomendó que hablara con el encargado. ¿Había tenido algún problema con él?

—No, no —dijo Félix desmoralizado—. ¿Por qué habría de tener ningún problema con él?

Regresó a su casa y por el camino no paraba de preguntarse: “¿Qué habrá pasado? ¿Habrá vuelto, quizá, al castillo? ¿Y por qué no me ha dicho nada?”

Al día siguiente se dirigió de nuevo al establecimiento de comida rápida. Tenía la intención de hablar con el encargado, pero se tropezó casualmente con el camarero marroquí y le preguntó por él. El marroquí, cauto como todos los de su raza, se mostró reservado y no quería hablar.

—¡Por favor! —exclamó Félix, desesperado—. Soy su amigo. ¿Sabes dónde está? ¿Trabaja en otro sitio? —el marroquí permanecía callado—. De acuerdo. No me cuentes nada. Pero si lo ves, dile que

me llame.

—¿Tiene tu teléfono?

—Lo tiene, lo tiene.

—Puede que lo haya perdido. Le robaron el otro día...

—¿Qué le robaron? Vale —anotó el teléfono de su casa y el de la oficina, junto con su nombre, en una servilleta, y se la dio—. ¡Por favor, dile que me llame! No sé nada de él desde hace varios días y estoy muy preocupado. ¿Dices que le han robado?

—Mejor qué te lo cuente él, ¿vale? —dijo el marroquí, quien hablaba perfectamente español—. Y tampoco sé si lo veré. No sé dónde vive. Yo...

—De acuerdo. Pues si lo ves, dale la nota y que me llame, por favor. ¡Que me llame!

Pasaron dos días hasta que Soufiane se puso en contacto con Félix. Para entonces, éste había caído en una de sus depresiones habituales y ya no comía, no dormía e incluso no hablaba con nadie, sólo lo imprescindible en el trabajo, y esto con gran dificultad.

Estaba tumbado en el sofá de su casa, con la televisión puesta, sin sonido, y cuando oyó la voz de Soufiane a través del teléfono, fue como si despertara de un prolongado letargo.

—Félix —decía Soufiane con la voz un poco apagada—, lo siento. Yo no te puede llamar antes. Muchos problemas, ¿sabes? Y no te quiere molestar.

—¡Por favor! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estas ahora mismo? ¿Estás en Madrid?

—Sí.

—¿Te puedo ver ahora mismo?

—Sí. Pero...

—Dime la calle donde te encuentras. Dime el nombre del bar más próximo y me presentaré allí en unos minutos. Estoy muy preocupado por ti, Soufiane —dijo Félix con un suspiro. Casi estuvo a punto de decir: “Te quiero, Soufiane”.

—Gracias, Félix. Yo... Estoy cerca de metro Moncloa. No sé nombre de esta calle.

—Vale. ¿Moncloa? Te acuerdas del bar aquél donde nos vimos las últimas veces, en la misma calle de la Princesa?

—Sí.

—Pues espérame allí, por favor. Voy ahora mismo. ¡Soufiane, Soufiane! ¡No sabes lo preocupado que me tenías! ¿Por qué no me has llamado antes?

—Yo no puede llamar antes... Lo siento... No quiere molestar... —hubo un momento de silencio y luego continuó—: Gracias, Félix. Eres mi mejor amigo. Perdóname... Ya te contaré todo en el bar.

Félix cogió un taxi y se presentó inmediatamente en el bar, pero Soufiane todavía no había llegado. Había una mesa libre junto a la puerta y se sentó allí a esperar. Pidió una jarra grande de cerveza. ¡Tenía que calmar sus nervios, tenía que animarse un poco después de tantos días de indolencia, tenía que celebrar su encuentro con Soufiane! "¡Dios mío —se dijo temblando, con las mejillas ardientes—, estoy enamorado! ¡Ahora sí que estoy enamorado! *¡Por fin me he enamorado de Soufiane!"*

Un mendigo se acercó hasta su mesa. Félix se buscó, por inercia, unas monedas en el bolsillo. Entonces levantó la cabeza y vio el rostro de Soufiane.

—¡Soufiane! —exclamó, incrédulo—. ¡Soufiane! ¿Eres tú, Soufiane?

Soufiane se sentó enfrente de él con dificultad. Daba la sensación de tener la espalda rígida, envarada. Le miró y le sonrió avergonzado. No se había afeitado en una semana y tenía la ropa arrugada y sucia, los labios exangües, los ojos hundidos y las mejillas demacradas. Parecía enfermo. Parecía hambriento. Parecía uno de esos seres que vemos tirados por las esquinas completamente desahuciados. ¿Qué podía haberle pasado?, se preguntaba Félix, asustado, incapaz de asimilar lo que veía. ¿Qué desgracia tan tremenda podía haberle ocurrido para llegar a una situación así?

—Café, por favor, Félix —dijo Soufiane.

—Sí. Claro. Perdona. ¿Quieres también algo de comer? —Soufiane hizo un gesto afirmativo con la mirada—. De acuerdo. Yo te lo traeré.

Se dirigió a la barra y pidió un café con leche bien caliente y un trozo de tortilla española. Sabía que ésta le gustaba. Lo llevó todo hasta la mesa y se sentó de nuevo enfrente de él. Lo observó en silencio tomarse el café y luego pelear con el tenedor hasta conseguir comerse la mitad de la tortilla. No tenía fuerzas para partir el pan ni para masticar. Félix sentía una piedad infinita por él. Estaba seguro de que era inocente de cualquier cosa que le hubiera ocurrido.

—No te preocupes por nada —le dijo con ternura—. Confía en mí. Todo se arreglará.

—Gracias, Félix. Eres mi mejor amigo. Mi único amigo... Yo no quiere molestar...

—Pero, por favor, ¿qué te ha pasado? Cuéntamelo. ¿O no puedes

hablar?

—Sí. Sí puede hablar...

—Entonces, cuéntamelo todo desde el principio, por favor.

Félix se quedó asombrado de la simpleza misma de los hechos y de cómo estos, en un juego de azar implacable, habían podido poner en jaque a un individuo inocente e inerme, situándole de forma absurda al borde de la muerte. Todo comenzó en la cocina de aquel establecimiento de comida rápida, en la que había un cuarto frío, un lugar donde la temperatura era un poco más baja, dispuesto adrede para preparar allí las ensaladas y en el que Soufiane había sido destinado. Había, además, un frigorífico en un cuarto anexo, donde se guardaba el género: grandes cajas de lechugas, tomates, champiñones y cebollas, grandes bandejas con pollos asados, embutidos, jamones, quesos y todo tipo de postres preparados. Soufiane tenía que entrar constantemente en el frigorífico para meter o sacar género. A veces sudaba metiendo o sacando cajas y luego ese sudor se enfriaba... Soufiane suponía que en las cocinas se pasaba calor. Siempre había creído que en una cocina se pasaba calor, incluso mucho calor, pero no frío. Él, sin embargo, comenzó a pasar frío en aquella cocina, un frío intenso que le calaba los huesos, la espalda, los riñones y el pecho. Aguantó, no obstante, sin decir nada a nadie hasta que una mañana no pudo levantarse a causa de un dolor agudo en la espalda. Pero en la tienda de todo a cien, donde dormía por las noches, le dijeron que tenía que levantarse de todos modos, pudiera o no pudiera andar. Le levantaron del suelo (pues había dormido en el suelo, con un pedazo de manta como único jergón) y, como quién dice, lo arrojaron a la calle. Soufiane sabía que no iba a poder trabajar en los próximos días. Estaba demasiado enfermo. Se notaba rígido y carente de movilidad. Así que llamó al establecimiento de comida rápida para decir que no iría a trabajar y que pusieran a otro en su lugar. “Muy bien —le dijo el encargado—. Pásate a por tu liquidación la semana que viene”. Y fue a partir de ahí cuando comenzó la fatal sucesión de desgracias que le condujeron al estado en que le había encontrado Félix.

Aunque parezca increíble, Soufiane desconocía los mecanismos básicos de la Seguridad Social, desconocía los beneficios y ventajas más corrientes de cualquier ciudadano en el estado del bienestar. Desconocía, por ejemplo, que un trabajador tiene derecho a la baja por enfermedad y que pude seguir cobrando su sueldo, aunque se quede tumbado en la cama (en el caso de que tenga una cama), desconocía que uno no pierde su empleo si falta al trabajo por ese

motivo y que la empresa te lo guarda hasta que el médico te considera apto para el trabajo. Desconocía, en fin, que uno tiene derecho incluso a ser atendido gratuitamente por un médico. Soufiane tenía un concepto muy elemental y muy primitivo de las cosas, el concepto más común y habitual en los países subdesarrollados. Pensaba que si no estás útil para trabajar, entonces pierdes tu empleo, y si pierdes tu empleo, pierdes el sueldo y todo lo demás. Así, pues, no es que él se hubiera despedido de la empresa, sino que se consideró despedido por la empresa en el momento en que supo que era incapaz de trabajar.

Aquel día se le hizo muy largo a Soufiane. Se sentía muy mal físicamente. Peor que nunca en su vida. Tenía escalofríos, no podía andar y, aunque estaba en la calle, no sabía hacia dónde ir. Entró en un café a desayunar. Allí al menos hacía algo de calor, pero al cabo de media hora supo que tenía que irse a otra parte. Ocupaba un espacio que reclamaban los demás y los camareros le miraban con suspicacia. Caminó por la calle y, al cabo de un buen rato, se metió en otro bar. Pero media hora después también tuvo que irse de allí por los mismos motivos. Tenía la sensación de estorbar en todas partes. Por primera vez supo que le miraban con mala cara por ser *moro*, que ser *moro* no era algo bien considerado en España. Acabó sentándose en el banco de un jardín, en un rincón soleado, pero aún así, seguía haciendo frío y notó cómo la humedad penetraba en sus huesos y agravaba su malestar. Aguantó hasta la noche dando vueltas de un lado para otro por las calles, sin saber cómo, pasando frío, sentándose en cualquier parte, y cuando regresó por fin a la tienda de todo a cien, el dueño, el arrendador o quienquiera que fuese, un español que no había visto antes, le dijo con malos modos que allí no iba a volver a dormir ningún moro, que se buscara la vida o regresara a su país. Aquel tipo estaba muy furioso. Por lo visto, los marroquíes habían estado durmiendo en la tienda sin que él lo supiera. Le arrojó la bolsa a los pies y le advirtió que no se le ocurriera volver a pasar por allí nunca más, ¡y que le dijera lo mismo a los demás! A pesar de que no podía andar, a pesar de que había perdido la fuerza en las manos, inexplicablemente, consiguió arrastrar la bolsa, consiguió desplazarse hasta el local de comida rápida para hablar con su compatriota, el camarero marroquí. Él era su única posibilidad. Pero aquel chico le dijo que no podía hacer nada por él. Él vivía en un piso normal de alquiler. Ya eran demasiados y no podían admitir a otro inquilino. La casera les había amenazado varias veces con echarles a la calle. No obstante, le dio la dirección de una casa de okupas. Conocía a algunos que dormían en el metro o en los coches, así que, si conseguía que le dejaran entrar en aquella casa, incluso tendría suerte. La casa de

okupas resultó ser un agujero inmundo, sucio, húmedo, sin luz ni agua, donde había más peligro y hacía más frío que en la calle. Soufiane pasó la noche tiritando en un rincón, oyendo voces extrañas, sintiendo pies que le pasaban por encima, gente que discutía en alguna habitación, tipos que se inyectaba droga o que fornicaba cerca de él y, a la mañana siguiente, cuando salió a la calle, se prometió a sí mismo no volver jamás a aquel lugar. Luego, alguien le robó la bolsa. No supo exactamente dónde ni cómo. En su memoria los hechos comenzaban a confundirse y a mezclarse. Tal vez había sido mientras tomaba un vaso de agua en un bar (ya se le había acabado el dinero para café). Pero, en cierto modo, se sintió aliviado cuando le robaron la bolsa, pues fue como si hubiera soltado lastre. Sin el equipaje a cuestas, se sentía más ligero, más libre. Menos mal que aún llevaba en el bolsillo la documentación y el permiso de residencia. No pensó durante aquellos momentos en llamar a Félix. No se le ocurrió que a él o a nadie pudiera preocuparle o interesarle nada de lo que le ocurría. Sus desgracias eran suyas y sólo a él le correspondía sufrirlas. Confiaba en salir de aquello, aunque no sabía cómo. La segunda noche durmió en un portal interior, arropado con unos cartones y, curiosamente, cuando se despertó y echó a andar, su estado físico había mejorado. Ya no tiritaba y sus miembros tenían mayor movilidad, aunque su espalda seguía envarada. El cuerpo es sabio y, a mayores males, mayores recursos de defensa. Sólo que, cuando se vio por casualidad en un espejo, descubrió que su aspecto externo había empeorado. Le había crecido la barba y su ropa estaba un poco más sucia. Y así fueron pasando los días. Dormía una noche aquí y la otra allá. Hablaba con mucha gente en los parques, sobre todo con otros marroquíes, pero nadie le aportaba ninguna idea, ninguna solución para mejorar su situación. Incluso notó que muchos le rehuían. Y no sólo los españoles, sino también los marroquíes, cualquier persona de cualquier país o raza a la que se acercara. Entonces empezó a asumir su destino con resignación. Pensaba en su mujer muerta y quería reunirse con ella. Llevaba varios días sin comer y ni siquiera sentía hambre. La vida era una cosa estúpida y amorfa, un raro objeto diseñado para sufrir o sentir dolor. Pero él ya ni siquiera sufría o sentía dolor. Sólo un poco de incomodidad. Era mejor así: dejar de ser, dejar de pensar, caminar tan sólo de un lado para otro hasta que las piernas o el cuerpo lo permitieran.

Soufiane nunca recibió la nota que Félix le había dado al camarero marroquí, ya que no volvió a verle. Fue por pura casualidad que se acordara de Félix y decidiera llamarle dos días después. Tenía aún su tarjeta en la cartera. Pero no la necesitaba, ya que recordaba su

número. Soufiane no pensaba que vería a Félix en aquel mismo momento. Le llamó para tranquilizarle, para darle noticias suyas, pues sabía que, de algún modo, estaría preocupado por él. Esperaba que su vida mejorara un poco, antes de volver a encontrarse con él. No quería que Félix le viera con aquel aspecto. Por eso se sentía ahora un tanto avergonzado de sí mismo. Avergonzado por haberse abandonado tanto. Él siempre había sido un luchador y esta vez se había rendido demasiado pronto. ¿Qué le había pasado? La culpa la había tenido el cambio brusco de hábitat, se dijo con la sabiduría innata de los supervivientes. No puedes soltar en medio de la selva a un pájaro que ha permanecido varios años encerrado en una jaula y esperar que sobreviva. Pues Madrid era una selva, una selva brutal e inhóspita. Su jaula, sin lugar a dudas, había sido el castillo. Y Félix (lo supo en aquel momento), su única posibilidad.

—No te preocupes por nada —oyó que le decía Félix con una extraña sonrisa y un temblor en la voz—. Confía en mí. Todo se arreglará.

—Gracias, Félix. Eres mi mejor amigo. Mi único amigo... Yo no quiere molestar...

Le introdujo en un cuarto donde había una mesa y un ordenador.

—Te habilitaré aquí una cama. Aquí estarás tranquilo y podrás dormir y reposar hasta que te recuperes. En la habitación de al lado dormimos Enrique y yo. No te preocupes por nada. Mañana llamaré a un médico para que venga a verte.

—Gracias, Félix —dijo Soufiane—. Yo no quiere molestar. Yo...

—¡Por favor! No molestas. Tranquilo. Acuéstate y descansa.

—Sí, pero primero duchar y afeitar.

—Está bien. De acuerdo.

Le dio una toalla grande, unos calzoncillos y una camiseta y el marroquí se metió en el cuarto de baño. Félix le aguardó sentado en el salón. Aún no había vuelto Enrique y no sabía cómo iba a explicarle la situación. No formaba parte de sus planes meter a nadie en la casa hasta que él se fuera.

Soufiane salió tan cambiado, tan delgado y esquelético, después de afeitarse la barba, que Félix, al verle, se quedó impresionado. Ya había preparado la cama y le condujo hasta ella con cuidado, cogiéndole de un brazo, como si fuera un inválido. Soufiane se dejó caer con alivio en la cama y Félix se sentó a su lado, después de bajar un poco la persiana y correr las cortinas.

—¿Estás mejor? —le preguntó—. ¿Quieres tomar algo?

—No. Gracias, Félix. Estoy bien. Yo nunca puede olvidar esto que tú haces por mí.

—¡Dios mío! —dijo Félix acariciándole el pelo y la frente—. ¡Hay tanta tristeza en tu rostro! ¡Has debido sufrir tanto! —no pudo contenerse y se acercó a besarle la frente y los párpados. Soufiane sacó un brazo de entre las sábanas y lo atrajo hacia sí. Se dieron un cálido y tierno abrazo—. ¡Tú necesitas que alguien te quiera y ese alguien voy a ser yo! —dijo Félix de pronto, sin darse cuenta de sus palabras, y al momento casi se asustó. Pero el marroquí le apretó aún con más fuerza (Félix creyó notar incluso una erección) y le dio un beso suave en la boca—. ¡Soufiane, Soufiane! ¡No sabes lo que he sufrido por ti estos días! ¡Te echaba tanto de menos! ¡Pero ya nunca más te apartarás de mí! ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Yo siempre contigo. Yo muy feliz contigo.

—Está bien —dijo Félix incorporándose. Sí, allí había una erección, pero no era el momento de...—. Ahora duerme y descansa, por favor. Mañana hablaremos.

Apagó la luz y salió de la habitación.

# EPÍLOGO

—Sabes que soy toda tu familia y que siempre me tendrás aquí —le dijo Félix a Enrique cuando se despedían, con un abrazo, la tarde en que éste fue a recoger las últimas cosas que le quedaban—. Pero tú tienes que hacer tu vida y yo la mía. Seguro que serás muy feliz con esa chica. Me alegro tanto de que al fin tengas tu propia casa, tu propio hogar. Y cuando te cases, ya sabes que quiero ser el padrino.

—De acuerdo —dijo Enrique, apartándose de Félix, con la cabeza gacha. No se le daban nada bien las escenas sentimentales y se notaba que estaba especialmente incómodo y tenso—. Cuando tengamos todo arreglado en el piso, ya sabes... ¿querrás venir un día a comer? Con *él*... quiero decir.

—Por supuesto. Gracias.

—Bueno. Tengo que irme.

—Considérame a partir de ahora tu padre, ¿vale? —dijo Félix reteniéndole un instante más. Tenía la sensación de no haber dicho todo lo que quería decir—. Pues para mí eres como mi hijo. Y si algún día tienes algún problema y deseas volver...

—Vale, vale —dijo Enrique en tono de broma—. Y si tú tienes algún problema con *ése*... ya sabes. Me llamas y lo tiro en dos minutos.

—¡Por favor! ¿Qué problema voy a tener? Debes perder los prejuicios con su raza. Es un buen chico y me hace mucha compañía. Después de todo, he tenido una gran suerte al conocerle.

—¿Dónde está ahora? ¿Ha empezado a trabajar?

—Sí. Hablé con el encargado de su antigua empresa y le volvieron a readmitir. Pero con la condición de que no lo pusieran en el cuarto frío, claro.

Se dirigieron hacia la puerta y se miraron en silencio un momento, antes de abrirla.

—Parece mentira —dijo Félix—. Aún recuerdo aquel día en que viniste a vivir aquí. Eras sólo un chiquillo y ahora... Ahora eres todo un hombre y estás irreconocible. Ya sabes que hubiera seguido contigo toda la vida, si tú no... ¡No he querido a nadie como a ti!

—Bueno, vale, papá —dijo Enrique, irónico, intentando romper el

hielo, mientras abría la puerta—. Te llamaré de vez en cuando. ¿Vale, papá?

—Eso espero —dijo Félix esforzándose por sonreír.

Se dieron otro abrazo. Esperó a que Enrique saliera de la casa y entonces se dirigió a la cocina a por un vaso de whisky. Era su remedio contra las emociones fuertes. Casi estuvo a punto de llorar, pero se contuvo. Deambuló por el salón, inquieto, sin saber qué hacer, ya que no le apetecía sentarse. Echó un vistazo a las plantas, ordenó algunas cosas aquí y allá y de nuevo regresó al salón. La puerta de su estudio estaba abierta y vio el ordenador. Hacía tanto tiempo que no se conectaba a Internet. ¿Le habría mandado algún mensaje Rachid? ¡Y qué le importaba ya! Nada, pero, aunque sólo fuera por curiosidad...

En la carpeta de entradas de Outlook había varios mensajes, cinco o seis, *¡entre ellos, uno de Rachid!* Félix se puso a temblar. Se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la casa como un enajenado. Bebió varios tragos seguidos de whisky. "¡Joder! —se dijo—. ¿Por qué? ¿Por qué me escribe ahora que ya lo tengo olvidado, ahora que ya no me importa nada? ¡Maldita sea! ¡Joder! ¿O es que me importa aún? ¿Por qué estoy, entonces, tan nervioso? ¡No, no me importa nada!", decidió. Bebió otro trago de whisky y regresó junto al ordenador. Tenía muy claro lo que debía hacer y lo iba a hacer sin dudarlo ni un segundo. Dirigió el puntero del ratón hacia el mensaje de Rachid (ni siquiera quería leer el texto del asunto, había algo con una admiración), pulsó al botón de la derecha, hizo clic en la palabra "Eliminar" y el mensaje desapareció. Pero eso no era todo. El mensaje de Rachid aún pervivía en la carpeta de mensajes eliminados. Así que entró en dicha carpeta y de nuevo hizo clic en la palabra "Eliminar". "¿Está seguro de que desea eliminar permanentemente este mensaje?", le preguntó el ordenador. "¡Por supuesto!", exclamó Félix con una sonrisa sardónica. Hizo clic en la palabra "Sí" y el mensaje desapareció definitivamente. "¡Adiós, mi pequeño Rachid, adiós!"

Bebió un buen trago de whisky, desconectó Internet y apagó el ordenador.

"Bueno —se dijo a sí mismo con un suspiro—. ¡Ya está hecho! ¡Después de todo, no ha sido tan difícil!"

Benidorm, 3 de agosto de 2001
[2ª edición impresa corregida en 2003.
Última corrección: junio de 2011]
Versión audio de este libro en www.audiomol.com

[1] En realidad, como he sabido después, la verdadera estación de Tánger estaba en obras y aquello era un simple apeadero provisional. (N. del A.)

# Y no vuelvas más por aquí

PEDRO MENCHÉN

# Y no vuelvas más por aquí

Pedro Menchén

# EL AUTOR Y SU OBRA

Pedro Menchén es un escritor español, nacido en 1952. Entre sus obras más importantes se encuentran las novelas de la *Trilogía del amor oscuro*: *Una playa muy lejana* (1999), *Te espero en Casablanca* (2001) e *Y no vuelvas más por aquí* (2005). También ha publicado dos libros de relatos: *¿Alguien es capaz de escuchar a un hombre completamente desnudo que entra a medianoche por una ventana de su casa?* (1988), con el que obtuvo el premio ciudad de Alcalá, y *Labios ensangrentados* (2002), además de una novela corta: *Buen viaje, muchacho* (1989), premio Ciudad de Barbastro, y una autobiografía: *Escrito en el agua* (2011), en la que relata su infancia en un pueblo manchego en los años cincuenta del siglo XX y su juventud en el Madrid de los setenta, durante la Transición de la dictadura franquista a la democracia, convertida ya en un testimonio "dolorido y sentimental" tanto de su travesía personal, como de su época.

Además de las ediciones impresas de sus obras, hay versiones de las mismas en audiolibro (www.audiomol.com) y en eBook (www.amazon.es).

En este momento están disponibles en inglés las novelas *A Distant Beach* y *See you in Casablanca*. Otros libros suyos se hallan en proceso de traducción y serán editados próximamente.

Desde hace muchos años, Pedro Menchén vive alejado voluntariamente de los círculos literarios y de los ambientes mediáticos en Benidorm, una ciudad turística española de la Costa del Mediterráneo.

Visita su website: www.pedromenchen.com

# NOTA DEL AUTOR

Esta novela, publicada por primera vez en 2005 por Odisea Editorial (Madrid), es la tercera entrega de la *Trilogía del amor oscuro,* que inicié en 1999 con *Una playa muy lejana* y continué en 2001 con *Te espero en Casablanca*. Independientes argumentalmente (pueden leerse en el orden que se prefiera), he tratado de estudiar en cada una de ellas un aspecto distinto de la naturaleza del amor.

P.M.

A vosotros,
que fuisteis compañeros de mi vida.
A vosotros,
que nunca fuisteis compañeros de mi vida.
A vosotros,
que no seréis nunca compañeros de mi vida.

PRIMERA PARTE

# LATIN LOVER

“Quienquiera que sea usted... yo siempre he confiado en la bondad de los desconocidos”.
Blanche du Bois, en
*Un tranvía llamado Deseo,*
TENNESSEE WILLIAMS

# CAPITULO PRIMERO

Esta historia podría ser un cuento de Navidad si hubiera tenido un final feliz. Pues no hay cuento de Navidad sin un final feliz. Un principio triste, tristísimo; frío, mucho frío; nieve quizá, soledad, desolación, abetos cubiertos de regalos dibujando su reverberante perfil a través de las ventanas de las casas, luces de colores iluminando las calles, ramitos de acebo con bayas rojas en los escaparates y todo ese tipo de cosas y, por supuesto, un final feliz en torno a una bonita mesa con velas, un mantel blanco con cenefa de encajes, un inmenso pavo asado con salsa de arándanos en una bandeja y los protagonistas elegantemente vestidos, disponiéndose a tomar asiento para la cena... Sin embargo, esta historia no tiene un final feliz. Acaba justo ahora mismo de forma atípica y vulgar, junto a una carretera, al borde de un barranco. Es lo que me imaginaba. Le he visto coger la pistola de la bolsa que había en el asiento trasero del coche, se dirige hacia mí cabizbajo (no le gusta tener que hacerlo, lo sé, pero no puede evitarlo: soy un tipo molesto, conozco demasiadas cosas de su vida) y me va a disparar, me matará sin ninguna clase de remordimientos (lo sé, él es así, no soy la primera persona que mata) y luego me dejará ahí tirado, al fondo del barranco, con medio cuerpo sumergido en el arroyo y la sangre borbotando de mi boca, tiñendo ésta, a ráfagas, de color escarlata, el agua fría que remolinea ya sobre mis hombros y mi cabeza, mientras él se aleja de aquí en el coche, en ese mismo coche que yo alquilé para él, sin dejar ninguna huella, con una leve sonrisa en los labios y esa expresión de inocencia y de dulzura, tan insoportablemente hermoso, como aquel día en el autobús, cuando me miró con esos ojos suyos de apátrida y esa candidez amoral de las personas que jamás se han sentido culpables de nada, aunque hayan cometido los actos más nefandos. De modo que esta historia no es un cuento de Navidad. No, no lo es. Aunque podría serlo, ya que tuvo un comienzo triste, muy triste, y hacía frío, mucho frío. De hecho, había nevado por la mañana y parte de la nieve aún no se había derretido; permanecía adherida a las marquesinas de las boutiques, a los alféizares de las ventanas y a las gárgolas de las iglesias, a los evónimos de los jardines y a las ramas desnudas de los

plátanos, y también había luces, muchas luces por toda la ciudad: en los escaparates de las tiendas y de los grandes almacenes, en los balcones de las casas, en las fachadas de los hoteles y de los edificios oficiales, en los árboles de las avenidas y de los bulevares. Estábamos a primeros de diciembre, pero ya se notaba la Navidad en el ambiente y yo me sentía muy triste, tan triste y patético como se sienten siempre, inevitablemente, las personas que están solas por estas fechas, aunque sonrían e intenten disimularlo o den a entender que a ellas las fiestas de Navidad no les importan nada. Estaba triste porque me acababa de dejar mi amigo. Algo tan simple como eso. Unos días antes me había entregado las llaves del apartamento, después de recoger todas sus cosas, y se había marchado definitivamente a vivir con otro tipo. A decir verdad, hacía ya algunas semanas que estábamos separados, que él no dormía en casa. Iba sólo a dejar la ropa sucia y a ducharse, casi siempre cuando yo no estaba. A veces se quedaba un rato viendo la televisión, tumbado en el sofá, y yo notaba sus huellas, el cojín donde había apoyado la cabeza, la colilla de un cigarrillo rubio en el cenicero o alguna nota manuscrita donde me decía que me había llamado alguien por teléfono. Todavía, en algunas ocasiones, Pedro venía a dormir a casa, pero llegaba tan tarde y se levantaba tan temprano, o hacía tan poco ruido quizá, que yo ni me enteraba de su presencia. Me daba cuenta al día siguiente, por la mañana, cuando veía su cama deshecha y alguna prenda suya tirada por el suelo. La nuestra era una situación irreal, muy molesta y desagradable para mí. Yo ya había dejado de quererle. Aunque tampoco deseaba odiarle. Pero, de algún modo, fui alimentando cierto resentimiento contra él. No podía perdonarle que me hubiera dicho la verdad desde el principio, que hubiera sido tan honesto conmigo ni que me hubiera tratado con tanto respeto y tanta consideración. Hubiera preferido una pelea, una escena violenta, con insultos y todo ese tipo de cosas, para echar fuera la rabia y la impotencia. Hubiera preferido que se hubiera ido enseguida, enfadado, y que no nos hubiéramos hablado nunca más. Pero no. Pedro fue correcto conmigo hasta el final. Incluso me presentó a su nuevo amigo. Nos llevó juntos a comer un par de veces y pretendió que simpatizáramos el uno con el otro. Yo creo que ni siquiera era consciente del daño que me hacía. Así que me alegré cuando por fin me entregó las llaves y se marchó. Pero fue a partir de entonces cuando comencé a darme cuenta de cuánto le quería aún, de cuánto le necesitaba. O tal vez era sólo la inercia del amor. Ya no veía más toallas mojadas en el baño ni más colillas en los ceniceros, ya no me tropezaba con ninguna prenda tirada por ahí ni con ninguna nota en la que me decía que me había

llamado alguien por teléfono. Y, sin embargo, durante muchos días seguí buscando, nada más entrar en la casa, las toallas mojadas, las colillas en los ceniceros y las notas sobre la mesa con mensajes telefónicos. Mi jornada de trabajo era de ocho a tres en unas oficinas del Ayuntamiento. Tenía demasiado tiempo libre y cuando acababa de trabajar me iba directamente a casa, como había hecho siempre. Sin embargo, la casa ahora se me caía encima y los días se me hacían interminables. El silencio, la oscuridad que iba adueñándose de todos los rincones y la seguridad de que él ya no vendría a visitarme me aterrorizaban. Pero no llamaba a mis amigos y no ponía música ni veía la televisión o escuchaba la radio. Caí en una profunda indolencia. Abandoné mis obligaciones de tipo doméstico y dejé de comer en casa. Sólo comía una vez al día en un bar próximo a la oficina y los fines de semana ni siquiera eso: me llevaba una magdalena a la boca o abría una lata de sardinas, que a duras penas engullía restregando en el aceite un trozo de pan reseco. No quería compadecerme de mí mismo y me negaba a creer que estuviera desesperado o que hubiera caído en ningún tipo de crisis. Por eso, cuando mi amigo Pruden acudió aquel domingo a media tarde a mi casa y me dijo, nada más verme: "¡Joder, Ramón, estás hecho un asco! ¿Qué te ha pasado?", yo ni siquiera supe al momento a qué se refería ni entendí de qué me estaba hablando. "Ya sé, ya sé", continuó. "Pedro se ha ido con el otro..." —yo le miré inexpresivo, parado en medio del salón, incapaz de responder o de reaccionar—. "Pero, joder, tampoco es el fin del mundo, ¿no? ¿O crees que eres el único al que le ha dejado su pareja? También le dejarán a él algún día. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiocho, veintinueve...? Y, claro, piensas que eres demasiado viejo para reiniciar tu vida", añadió irónico. "¡Venga, dúchate, ponte ropa decente y vámonos!"

—Treinta y uno —dije—. Tengo treinta y uno.

—¡Ah!, ¿sí? Y yo cuarenta.

—Estaba leyendo… —continué, sin mucha convicción, mostrándole el tomo de Turguéniev que tenía en la mano.

—Conque leyendo, eh? ¡Joder, tío, no veas la pinta qué tienes! —Pruden me miró de arriba abajo con una sonrisa condescendiente—. ¡Esto parece una casa de ocupas! ¡Das verdadera pena! —yo seguía sin reaccionar—. ¡Vaya, no sabía que te hubiera afectado tanto! Bueno, deja el libro y vámonos de chaperos. Es justo lo que estás necesitando.

—¿Chaperos? —grité con horror—. ¡Yo no quiero ningún chapero! ¡A mí no me gustan los chaperos!

—Ese que yo conozco te va a gustar —dijo Pruden—. La tiene así... A ti te van los hombres, ¿verdad?, pues ese...

—No —dije yo, obstinado—, a mí no me gustan los chaperos. Yo quiero un chico que sienta lo mismo que yo, que me desee igual que yo a él, no un tipo que se lo monte por dinero.

—Bueno, vale, es igual —dijo Pruden, arrebatándome el libro de la mano y arrojándolo sobre una silla—. Cámbiate de ropa y vámonos.

Pruden era el habitual gay maduro que vive con su madre. Poco atractivo físicamente, pero con dinero. No tenía amante ni pretensiones de tenerlo. Poseía un negocio de corte y confección, un pequeño taller donde trabajaban seis o siete empleados. De lunes a viernes se dedicaba en exclusiva al negocio y a cuidar de su madre. Sin embargo, los fines de semana era su hermana quien se ocupaba de ella y él, liberado de tal obligación, salía a divertirse y a dar tumbos por la zona de Chueca. Pruden sentía una especial predilección por los camareros de los bares, preferentemente jóvenes y afeminados. Al ser él un buen cliente, los chicos no tenían más remedio que soportarle. Al principio con fastidio y desgana, después con resignación y al final casi con agrado. Pruden era tan persuasivo y tan paciente que acababa consiguiendo que le quisieran, aunque sólo fuera por la costumbre de verle. Esperaba a los camareros a la salida del trabajo y les llevaba a cenar a alguno de esos restaurantes que no cierran en toda la noche o a cualquier otro bar gay que cerrara más tarde. Era generoso. Pagaba siempre los taxis y las entradas de las discotecas. Los chicos se divertían con él hasta el amanecer y, cuando pretendía llevárselos al piso de soltero que tenía en Malasaña, sencillamente se esfumaban. El lugar al que acabábamos de llegar no podía ser más sórdido y deprimente: una pequeña barra atendida por un hombrecillo con gafas de más de sesenta años que no paraba de toser, tres o cuatro dibujos de Tom de Finlandia fotocopiados de alguna revista y colgados de cualquier forma en las húmedas y desconchadas paredes, una pequeña tarima en un rincón, donde supuse que debía actuar, de vez en cuando, algún travesti y en la que había ahora varios ejemplares atrasados de Shangay, oscuridad casi total, aire viciado, saturado de ese olor que deja siempre la frustración y el deseo sexual insatisfecho, unos cuantos chaperos, todos ellos extranjeros en situación ilegal, sucios y depauperados: marroquíes, rusos, ecuatorianos, rumanos... y, por supuesto, las inevitables canciones de Cher, Killy Minogue, Madonna o Mónica Naranjo. Al fondo de un largo y laberíntico pasillo, que conducía a los aseos, había un pequeño cuarto oscuro con un vídeo, donde pasaban películas porno, y dos o tres cabinas. Todos los chaperos parecían bastante tristes y patéticos. No paraban de lanzar

miradas implorantes a los no menos tristes y patéticos clientes. Evitaban acercarse por la barra ya que, probablemente, no tenían dinero suficiente para pagarse las consumiciones, y deambulaban por los pasillos, los aseos y el cuarto oscuro a la espera de que algún interesado solicitara sus servicios. Acababa de beber el último sorbo de mi cerveza cuando se abrió la puerta y entró un chico que despertó mi curiosidad.

—Ése, ése... —me dijo Pruden al oído, nada más verle, haciendo gestos muy expresivos.

El chico pasó por mi lado sin mirarme. Pidió una Coca-Cola al camarero, pagó con un billete de diez euros y metió las monedas del cambio en la máquina de azar que había junto a la barra. Todo el mundo le observaba furtivamente, pero él no se dignaba mirar a nadie. Un tipo muy gordo, tal vez un antiguo cliente, se le acercó y le susurró algunas palabras al oído, pero él chico siguió jugando, sin prestarle atención. Después, cuando acabó con las monedas, miró casualmente hacia donde yo estaba y nuestros ojos se encontraron. Entonces comprobé lo extraordinariamente guapo que era. Uno no se encuentra con un chico así todos los días. Desde luego que no. Vi que se dirigía por el pasillo de los aseos y Pruden, temeroso de que alguien se me adelantara, me animó a seguirle. No tuvo que rogarme mucho. Dejé mi cerveza en la barra y avancé, tímido y nervioso, por el pasillo. Encontré al chico parado junto a una de las cabinas. Ambos nos miramos fijamente a los ojos. Dos tipos se acercaron por allí a merodear, pero al ver que no les hacíamos ningún caso, se perdieron en el cuarto oscuro.

—¿Qué? —me dijo el chico, sin duda español—. ¿Nos lo montamos?

—Vale —respondí—. ¿Cuánto...?

—Depende de lo que te guste hacer.

—Bueno, yo...

—Veinte euros por una mamada —dijo. Según tenía entendido, cuarenta o cincuenta euros era lo habitual en estos casos, pero tal vez el nivel del local no daba para más—. Treinta, si quieres que te la meta por el culo —añadió.

—No, gracias. No quiero que me la metas por el culo.

—¡Pues yo no dejo que me la metan a mí por el culo! —advirtió.

—Está bien. Yo no...

Vimos que venía alguien por el pasillo y nos callamos. El chico abrió entonces la puerta de la cabina y me hizo un gesto para que nos metiéramos dentro. Era la cabina un cubículo de un metro y medio de ancho por otro metro y medio de largo, con un pequeño poyo en la

pared del fondo que parecía servir de asiento, una luz roja en el techo, un rollo de papel higiénico y una papelera con una bolsa de plástico. El chico echó el cerrojo a la puerta de madera y nos quedamos los dos frente a frente.

—Eres muy guapo —le dije, acercando mi mano a su rostro. Me aproximé aún más y le besé el cuello, los ojos y la frente. Empezaba a abrazarle, cuando me apartó un momento para quitarse la chaqueta, que colgó de una percha. Yo hice lo mismo con la mía. Volví a abrazarle con todas mis fuerzas. Metí mis manos frías debajo de su jersey y le acaricié la cintura y la espalda. Tenía la piel tersa y suave. Entonces acerqué mis labios a los suyos, pero me rechazó bruscamente.

—Ni el culo ni la boca —dijo irritado.

Yo me aparté de él, sin saber qué hacer. Vi que se desabrochaba la bragueta y se sacaba el pene. Sin embargo, no se lo toqué. Me acerqué de nuevo a él y seguí acariciándole la cabeza y la espalda, besándole el cuello, los ojos y la frente.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Javi —dijo secamente.

—¿Es ése tu verdadero nombre?

—...

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Seguro? Pareces más joven. ¿Desde cuándo te dedicas a esto?

—Oye, tío, ¿por qué me haces tantas preguntas? ¿Tardas mucho en correrte?

—Bueno, yo... —dije, apartándome de él decepcionado.

—Si quieres que te la meta, treinta euros —insistió.

—Pero ¿puedes meterle eso a alguien?

—Sí.

—¡Joder!

Volví a acariciarle, casi sin deseo. De pronto se separó de mí y se subió sobre el poyo. No entendía por qué hacía eso hasta que tuve su pene exactamente delante de mi boca. Así que esa era la función de aquel poyo, permitir la comodidad de los clientes a la hora de hacer felaciones.

—No, no —dije—. No quiero chupártela. Bájate, por favor —el chico me obedeció confuso y contrariado—. Yo quiero besarte.

—No, ya te he dicho que la boca no.

—Por favor —insistí—. Te pagaré más si me dejas besarte. ¿Qué te parecen cuarenta euros?

—No, a mí no me gusta que me besen los hombres.

—¡Y qué más da! ¡Cincuenta euros! —hizo un gesto de duda y supe que ya era mío—. Un beso es algo inofensivo. Además, la culpa es tuya por tener esa boca tan...

—¡Déjate de rollos! —dijo reprimiendo una sonrisa—. ¿Por qué no me comes la polla y ya está?

—No, yo quiero tu boca. ¡Sesenta euros!

—Pero... ¿me vas a dar la lengua y todo eso?

—¡Por supuesto!

Soltó un hondo suspiro, como de enojo o de impaciencia, apretó los puños y creí que me iba a pegar. Pero, para mi sorpresa, dijo:

—¡Está bien, bésame y acabemos de una vez!

—¡Gracias! Te prometo que no te arrepentirás.

—Eres el tío más raro que he visto.

Yo le miré embobado, incapaz todavía de creérmelo. Pensaba que no tenía ningún derecho a besar aquella boca, ni siquiera pagando sesenta euros.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Bésame!

—De acuerdo —dije.

Acerqué mi nariz a la suya y aspiré con deleite su cálido aliento (el aliento de un macho en celo, pensé), me hice a la idea de que éramos novios, de que los dos estábamos enamorados, y comencé a besarle suave, muy suavemente, buscando su lengua y sus dientes con mi lengua, impregnándome del sabor de su boca, de ese olor suyo tan íntimo y personal, mientras acariciaba con la mano su enorme y fláccido pene. Eyaculé en unos pocos minutos, sin importarme dónde caía mi esperma, si manchaba el suelo o las paredes. El chico, como buen profesional que era, me acercó el papel higiénico, aunque un poco tarde, y, cuando le di los sesenta euros, corrió enseguida a los lavabos a enjuagarse la boca para borrar las huellas de mi beso. Le oí escupir y gargajear.

—Vámonos enseguida de aquí —le dije a Pruden cuando regresé a la barra.

—¿Ya? ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, muy bien. Gracias.

—El chico ese es bueno, ¿verdad? ¿Volverás a verle alguna vez?

—¡Por supuesto que no!

—¡Vaya, así que no has quedado satisfecho! Pues si dicen que...

—¿Cómo era esa frase...? ¡Ah, sí!: “¡Una y no más, Santo Tomás!”

—Pero ¿qué... qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? ¡Ya te dije que no me gustan los chaperos!

Era diciembre, una gélida tarde de primeros de diciembre. Había nevado por la mañana y aún quedaban restos de nieve en las ramas desnudas de los árboles, en las marquesinas de las boutiques y en los alféizares de las ventanas. Toda la ciudad goteaba. Carámbanos afilados como cuchillos pendían de las gárgolas, los saledizos y los balcones, mientras que los cristales de los locales públicos y de los escaparates lentamente se iban velando y cubriendo de escarcha. No era aquélla una estampa habitual de Madrid. Y ahora, una vez caída la noche, una noche de domingo, sin apenas vehículos en circulación ni gente caminando por las calles, la ciudad entera enmudecía, se replegaba sobre sí misma, ceñuda, como un animal que se dispone a hibernar en su cueva de nieve. Estábamos en la parada del 27, en el Paseo del Prado, donde había un montón de gente esperando, la mayoría chicos y chicas que acababan de salir de alguna discoteca y regresaban a sus casas. Todos ellos gritaban, reían, bromeaban, saltaban... en su insolente afán por desairar al frío. Pruden y yo, sin embargo, permanecíamos serios y callados. Ambos nos conocíamos demasiado bien como para saber lo que podía estar pensando el otro, sin necesidad de hablar. Y él pensaba: “Bueno, vale, ya sé que estás atravesando una de esas crisis. Tal vez me he equivocado al llevarte a ese bar de chaperos, pero hago lo que puedo por ti y ni siquiera te pido que me lo agradezcas. Está bien. No voy a tomártelo en cuenta. Ya se te pasará”. Yo, por mi parte, no pensaba en nada y menos aún en él. El dolor, cuando se enquista en nuestros corazones, nos vuelve ingratos y egoístas. Yo sólo deseaba llegar a casa cuanto antes para tomar un café bien caliente, meterme en la cama y dormir de un tirón hasta el día siguiente. Aunque temía desvelarme a medianoche, como tantas veces, y descubrir con pavor que estaba solo, completamente solo en casa. El autobús llegó de repente y todos aquellos chicos y chicas subieron a él en avalancha, riendo, gritando, jugando... Pruden y yo subimos casi al final y para entonces ya no quedaban dos asientos libres juntos, así que nos sentamos separados. El autobús reinició la marcha y atravesamos la plaza de Neptuno. Recuerdo muy bien todos esos detalles. Yo estaba sentado junto a un tipo gordo, algo mayor que yo, que ocupaba no sólo su asiento, sino también parte del mío, obligándome a ir medio encogido y con un brazo doblado. No era culpa suya. No podía evitarlo. Pero, aún así, yo me sentía muy incómodo. Pruden y yo nos dirigíamos a la plaza de Castilla, lo que significaba que, si el tipo gordo iba también hasta allí, yo tendría que aguantar en esa posición casi media hora. No estaba seguro de poder soportarlo. Miré hacia adelante en busca de un asiento libre, pero no hallé ninguno. Comprobé incluso que había varios viajeros de pie, sin

poder sentarse. Mis ojos se cruzaron con los de Pruden y éste me hizo un gesto de burlona conmiseración. Ya comenzaba a resignarme, cuando volví la vista hacia atrás y vi un asiento libre, al lado de un chico delgado con una gorra de béisbol. Sin dudarlo ni un segundo, me levanté de allí y me senté junto a él. El chico estaba mirando en aquel momento, a través de la ventanilla, la Cibeles. Recuerdo muy bien todos esos detalles. Recuerdo cada uno de los fotogramas de aquella escena: Pruden volvió entonces la cabeza para mirarme, yo miraba a aquel chico y él, a su vez, miraba a la Cibeles. La piel de aquel chico era muy oscura, pero no negra, y recuerdo que pensé: "Es extranjero. Pero no marroquí ni tampoco guineano..." No era de una raza concreta, sino más bien el resultado de alguna mezcla de razas, con cierto componente latino. Vestía un pantalón vaquero y un jersey color melocotón, que hacía un bello contraste con su rostro oscuro. Encima del jersey llevaba una chaqueta de cuero marrón. La gorra le tapaba parte del rostro y yo aún no había visto sus ojos. "Puede ser jamaicano o cubano...", pensé. Detecté un par de pústulas pequeñas allí donde empezaba a salirle la barba. "Tiene cuerpo de hombre, pero en realidad es casi un adolescente", pensé. Recuerdo todos esos detalles. Sus manos, grandes y viriles, descansaban con sensualidad sobre sus ingles, una de ellas rozando casi su sexo por encima del pantalón y la otra agarrando un teléfono móvil. De repente volvió su rostro hacia mí y, antes de que yo pudiera evitarlo, sorprendió mi mirada indiscreta, escrutadora. Sus ojos y mis ojos se encontraron. Un escalofrío recorrió mi cuerpo nada más ver sus ojos, aquellos ojos oscuros, impenetrables, los cuales, sin embargo, me lanzaron una mirada tan dulce, y pensé: "Debe de sentirse muy solo, tal vez más solo que yo, así que estará deseando hablar con alguien. Mucha gente, quizá, desconfiará de él o le discriminará por ser de otro país y de otra raza. Tengo que hablar con él. No creo que se moleste o que me rechace, pero, si lo hace, tampoco pasará nada". Le dirigí una sonrisa de camaradería, una de esas sonrisas que sólo un desconocido puede dirigirle a otro desconocido en una situación semejante, y dije:

—¿Qué? ¿Todo bien?

Era una de esas frases hechas que no comprometen ni obligan a nada, ni siquiera a responder. No obstante, el chico moreno de la gorra de béisbol me sonrió con cierta efusividad, lo que me sorprendió gratamente.

—¡Okey! —dijo—. ¡Muy bien! ¡Gracias! —Era obvio que deseaba conversar conmigo, ya que continuó, señalando hacia el exterior—: ¡Hace un frío del carajo esta noche!

—Sí, ya lo creo —asentí. Callé unos instantes y luego proseguí—:

Acaso tú, en tu país... Tú nunca habías visto la nieve, ¿verdad?

—¡No! ¡Nunca! ¡Cómo lo sabe! —exclamó—. ¡Yo nunca había visto la nieve hasta que vine acá!

—Bueno, tampoco es muy habitual en Madrid —dije—. De hecho, hacía varios años que no nevaba —no quería agotar la conversación hablando sólo del clima y la desvié hacia temas más personales—: Déjame adivinar —continué—. ¿Eres... dominicano... mexicano? —movió negativamente la cabeza—. Caribeño, desde luego... ¿Cubano? No, no eres cubano. No tienes acento cubano. ¿Puertorriqueño?

—No.

—¿Ecuatoriano?

—Venezolano —dijo él con una amplia sonrisa y yo no pude evitar quedarme embelesado contemplando su boca.

—¡Vaya, conque venezolano! —exclamé—. Pues supongo que habrá muchos venezolanos en España, pero es la primera vez que yo hablo con uno. Encantado de conocerte. Mi nombre es Ramón.

—El mío, John Jairo —dijo él y nos dimos un fuerte apretón de manos.

Yo estaba fascinado por la facilidad con que había conseguido entablar conversación con aquel chico. No me acababa de creer lo que estaba ocurriendo. Le pregunté qué tiempo llevaba en España y me dijo que un año. ¿Le iba bien? Bueno, no se podía quejar. No tenía papeles, pero nunca le había faltado trabajo. Ahora estaba parado, aunque esperaba que le llamaran pronto de una obra en Torrelodones. Había sido albañil, jardinero, camarero, repartidor de propaganda...

—He hecho de todo menos de puto —dijo con naturalidad.

—¿De puto? ¿Quieres decir, acaso, que te han ofrecido trabajo de...?

—Sí, pero no me gusta y yo no hago lo que no me gusta.

—¡Vaya! ¡Eres un chico muy íntegro!

—No, no soy íntegro. Simplemente no hago lo que no me gusta.

Sonó su teléfono en aquel momento y giró la cabeza hacia la ventanilla para hablar. Yo también la giré hacia el pasillo y disimulé no prestar atención a lo que decía. Hablaba en voz muy baja, pero, aún así, no puede evitar oír algunas palabras: “Sí, sí”, “No”, “Cómo no”, “¿Qué?”, “Okey”, “Bien”, “¡Ah, sí!”, “De acuerdo”, “Ningún problema...”

Cuando acabó de hablar, soltó un hondo suspiro y dijo:

—Un amigo... Tiene problemas con su novia y lo está pasando muy mal.

No podía ver sus ojos, ya que los ocultaba la visera de su gorra.

—¡Ah!, ¿sí? —dije—. ¿Tú también tienes novia?

—Sí, bueno, más que novia, una amiguita... Sólo la quiero para follar.

“Este chico tiene las cosas muy claras”, pensé. “No se anda por las ramas”. Callamos durante unos instantes y luego oí que decía:

—Y tú, ¿eres soltero o estás casado?

—Soltero —respondí—. Soltero y sin compromiso.

Intenté esbozar una sonrisa, pero sólo conseguí dibujar una mueca rara en mis labios. John Jairo parecía estar estudiándome. Pensé: “Ya lo sabe, lo sabe... Pues mejor, mucho mejor. Que lo sepa. Además, tendría que estar ciego para no darse cuenta. Sólo por la forma en que lo miro...”

—He vivido un par de años con un chico... —dije—, un compañero de piso... Pero hace poco se mudó y... bueno, quiero decir que se ha cambiado de piso y que... —de pronto me di cuenta de que estaba diciendo cosas que no quería decir. Me sentía estúpido y torpe y no sabía cómo arreglar la situación.

—Y ahora vives solo... —dijo John Jairo. Fue como si acabara de desvelar un secreto celosamente guardado. Como si de pronto me hubiera quedado desnudo y estuviera mostrando públicamente una horrible cicatriz.

—Sí, eso es. Vivo solo —me sentía patético y ridículo, pero ya, ¿qué importaba?—. Pedro, el chico que vivía conmigo, era un buen compañero, un buen amigo. Yo...

Pero John Jairo ya no me escuchaba. Vi que miraba hacia uno y otro lado de la avenida, como buscando alguna señal en los edificios, tratando de ubicarse.

—Tengo que bajarme en la próxima parada —dijo—. Voy a Cuatro Caminos y es por aquí, creo.

No había pensado en la posibilidad de perderlo tan deprisa y me sentí aterrado. Quería retener a aquel chico más tiempo conmigo, pero ya era imposible y, además, no sabía cómo. Durante unos segundos fui incapaz de pensar. Luego, sin estar muy seguro del significado de mis palabras, dije:

—Si quieres... podemos quedar tú y yo... algún día... para tomar unas cervezas y charlar...

John Jairo Levantó la visera de su gorra y me miró con una chispa de ironía, como diciendo: “¿Qué se habrá creído este tipo?” Yo me arrepentí súbitamente de mi osadía. Pensé: “Va a rechazar mi propuesta con alguna disculpa para salir del paso”, de modo que no estaba seguro de haber oído bien cuando dijo:

—Okey. Me parece una buena idea. Anota mi número de teléfono. ¿Tienes un bolígrafo?

—No, creo que no. Lo siento —dije desolado.

Siempre pasan estas cosas. Por una tontería como es el hecho de no llevar un bolígrafo puedes echar a perder la oportunidad de tu vida.

—No importa —dijo él—. Dame el tuyo y lo anotaré en la memoria de mi móvil —le di mi número y él lo anotó rápidamente, ya que el autobús acababa de llegar a la parada—. Bueno —añadió levantándose de su asiento—. Yo me quedo aquí.

Me hice a un lado para dejarle salir y él se abrió paso entre la gente, sin volver siquiera la cabeza. Saltó del autobús un instante antes de que éste cerrara sus puertas. Yo estaba aún admirado y confuso, no sólo por la forma en que había hecho amistad con aquel desconocido sino también por la repentina separación.

Miré hacia la marquesina de la parada, entre la gente, pero no lo vi. El autobús reinició la marcha y durante unos segundos aún tuve la esperanza de volver a verle. Pero ya nos alejábamos y él había desaparecido. Hasta que, súbitamente, descubrí una gorra de béisbol en una mano haciéndome un gesto de despedida. Yo también levanté mi mano. Tuve entonces una visión completa de su rostro, de su pelo, de su cuerpo, de su persona. Amagué una punzada de dolor. Me hacía daño tanta belleza. Absolutamente angustiado, contemplando su figura desde lejos, le supliqué en un susurro: “¡Por favor, por favor, llámame!”, aunque sabía muy bien qué poco me convenía la amistad de aquel chico.

# CAPITULO II

Tanto tiempo deseando estar solo para hacer todo aquello que me apetecía, como oír mis discos de Brahms o de Chaikovski o ver mis viejas películas de vídeo, y ahora que podía hacerlo libremente, sin tener que consultar con Pedro (quien, por supuesto, tenía otros gustos y siempre me imponía los suyos), era incapaz de poner un solo disco o de encender la televisión. De modo que me pasaba las tardes enteras encerrado en casa, en completo silencio, mirando, a través de la ventana, más allá de las ramas sin hojas de los árboles y de los tejados cubiertos de antenas de las casas vecinas, la evolución de las nubes en el cielo, leyendo quizá (cuando era capaz de leer) o dormitando en el sofá. Y no es que me gustara el silencio. De hecho, lo odiaba. O, mejor dicho, me aterrorizaba. Pero estaba tan apático que no tenía fuerza de voluntad suficiente como para acercarme al estante de los discos y elegir uno de ellos, y menos aún tenía fuerza de voluntad para coger el mando a distancia, pulsar un botón y ver cualquier programa de televisión. El tiempo transcurría, por tanto, con una lentitud exasperante y yo agradecía que oscureciera, aunque fueran las seis de la tarde, para convencerme de que al fin se había acabado el día. Pero el día no se acababa nunca. Se eternizaba hasta el amanecer. Una y otra vez, yo abría los ojos para mirar en la oscuridad hacia el reloj digital de la mesilla de noche. Las tres, las tres y cuarto, las cuatro, las cuatro y media, las cinco... A veces me despertaba definitivamente a las tres o a las cuatro de la mañana y permanecía así, con los ojos abiertos en la oscuridad, esperando a que amaneciera. Entonces me decía a mí mismo que ya estaba bien, que debía tomar una decisión drástica sobre mi vida: buscar algún vagabundo de la calle y traerlo a vivir conmigo, abandonar mi trabajo y largarme a cualquier otra ciudad. Sin embargo, al día siguiente volvía a caer de nuevo en la desidia, me sumergía en las pantanosas aguas de la autocompasión y no hacía nada.

No. No estoy preparado para esto, me dije cuando oí que Pedro me llamaba desde la ventanilla de su Mondeo azul. No. Todavía no.

Además, no es mi mejor momento. Haré como que no le he visto y seguiré andando. Todavía no. Ya eran las tres y media de la madrugada y ahí estaba yo, buscando el último bar abierto por los callejones y las esquinas de Chueca, aterido de frío y borracho. Como era inevitable, había comenzado a beber. Al principio en casa y luego, cuando agoté allí las existencias de alcohol, en los bares. Descubrí que borracho dormía mucho mejor y que, además, me lo pasaba bien. En los bares siempre podía reencontrarme con viejos amigos o iniciar nuevas relaciones. No. Todavía no. No es un buen momento. Continuaré andando. Vamos, sube al coche. Ni caso. No. Todavía no. No estoy preparado. Te llevaré a casa. Vamos. Sube. No. Gracias. ¿Qué te hace suponer que quiero ir a casa? Sube. Vamos a nuestro bar habitual. Quiero hablar contigo. Quiero... ¿Qué bar habitual? Tú y yo no tenemos ningún bar habitual. Vamos. Sube. Lárgate por ahí y déjame en paz. Sube al coche. ¿Qué te pasa? Creía que éramos amigos. ¿Amigos? Está bien. Si te empeñas, llévame a casa.

Acababa de abrir la puerta del portal cuando Pedro se abrazó a mí y se puso a llorar. Lamentaba tanto haberme dejado, decía. Estaba seguro de que no iba a encontrar jamás un tipo como yo. ¡Y me quería, claro que me quería! Pero no me deseaba. Esa era la verdadera razón por la que me había dejado. Nunca se había atrevido a decírmelo claramente para no hacerme daño. Desear a tu pareja es imprescindible en toda relación. Lo comprendía, ¿no? Sin embargo, yo era perfecto en muchos otros sentidos. Era el tipo ideal, sólo que él no me deseaba y uno no puede forzarse a sí mismo a sentir lo que no siente, ¿verdad? Él lo había intentando, pero... Y se puso a llorar. Se puso a llorar a lágrima viva, el muy tonto, el muy imbécil, mientras me decía aquellas hirientes verdades. Y encima tuve que consolarle yo. Encima tuve que decirle que no se preocupara por mí, que no se sintiera culpable de nada. La vida es así. ¿Qué le vamos a hacer? Sin embargo, no me conmovieron sus lágrimas. Me estaba volviendo un poco duro. Tranquilo, le dije, podemos ser amigos. Siempre seremos amigos. Los amores pasan, pero los amigos permanecen. Él seguía llorando. Sin duda, estaba preocupado por algo. Tenía algún problema del que no se atrevía a hablar. “No llora por mí”, pensé. “Llora por otra cosa”. Y yo le contemplé con frialdad, casi con desprecio. Aquél no era el Pedro que yo había conocido. No era el Pedro que yo había amado. A mí no me gustan los tipos llorones. Ni siquiera yo había llorado. Tú y yo siempre seremos amigos, así que no te preocupes, insistí. No pasa nada porque no me desees. Yo tampoco te deseo a ti. ¡Ah!, ¿no? No. Ya no te deseo. ¿O qué esperabas? Yo soy incapaz de desear a quien no me desea. Y, de haber sabido antes eso que me has

dicho, de haber sabido que fue por eso por lo que me dejaste... te prometo que yo mismo te habría dejado a ti. Estás resentido. Eso es lo que te pasa. Pero te entiendo. No, no estoy resentido. Simplemente no me gustas. Ya no me gustas. Así que no te preocupes ni sufras tanto. Pero podemos ser amigos. Además, tú tienes otro amante, alguien que te quiere y a quien quieres. *Os deseáis el uno al otro*, ¿verdad? ¿O al final no ha funcionado esa relación? ¿Es por eso, quizá, por lo que lloras? ¿No irás a decirme que habéis roto? ¿No será eso...? ¡Joder! Así que es por eso por lo que lloras... Ya entiendo. ¡La vida es un poco cruel a veces! Pero deja ya de llorar. Que te gusten los hombres no quiere decir que no tengas que ser un hombre. Yo todavía no he llorado por ti. ¡No pienso llorar nunca por nadie! Estás resentido. Eso es lo que te pasa. Pero no importa. Te entiendo. Y te quiero. Sabes que te quiero. No, no me quieres. ¡Y no estoy resentido! Pero no me gusta verte llorar. ¡Vamos, vamos! ¡Y deja ya de abrazarme!

Cuando llegué a casa aquella noche había un mensaje en el contestador automático, aunque no lo descubrí hasta el día siguiente. Fue precisamente al salir de la ducha, mientras me bebía un café a toda prisa, con el tiempo justo para ir a trabajar. “Es Pedro”, pensé. “Me habrá llamado mientras dormía y ni siquiera me he enterado”. Sin embargo, era otra voz la que hablaba cuando pulsé el botón de lectura: “Hola, Ramón. Soy John Jairo, el venezolano que conociste el domingo pasado en el autobús... ¿Te acuerdas? Tengo la tarde libre y me gustaría tomar contigo aquellas cervezas que dijiste... Pero veo que no estás... Bueno, te llamaré otro día. Ciao”.

De modo que el chico moreno que había conocido en el autobús era real, a pesar de que yo, durante los últimos días de insomnios y borracheras, hubiera acabado metiéndolo en el agujero sin fondo de uno de mis sueños.

Hay siempre un antes y un después en nuestras vidas, un punto de inflexión a partir del cual encarrilamos para siempre y de forma irreversible nuestro destino. Y aquél fue mi punto de inflexión.

Pero no, esta historia no es un cuento de Navidad. No lo es, aunque podría serlo ya que tuvo un comienzo triste, muy triste, y hacía frío, mucho frío...

Pedro, sin embargo, se convirtió pronto en un ente irreal y pasó a formar parte, no ya de un sueño, sino de una pesadilla. No paraba de llamarme, de buscarme, de acosarme. Llegó a insinuarse sexualmente y sugirió, en su desesperación, que volviéramos a empezar de nuevo. ¡Pobre Pedro! ¡Estaba tan patético! Nunca pude imaginar que dejaría

de quererle y que las cosas tomarían ese cariz. Yo era cruel con él, lo rechazaba sin contemplaciones, y eso motivaba, por su parte, un mayor interés hacia mí. Como es de suponer, acabamos odiándonos y haciéndonos muchísimo daño el uno al otro. Es increíble cómo estas historias se repiten, una y mil veces, sin que nadie aprenda la lección. Todos hemos pasado por ellas y todos cometemos siempre los mismos errores.

John Jairo volvió a llamarme tres días más tarde, pero tampoco en esta ocasión me encontraba en casa, lo que lamenté muy de veras, ya que había procurado no salir apenas desde su primera llamada. Sin embargo, un compromiso ineludible me había obligado a ausentarme esa tarde y me maldije a mí mismo por mi mala suerte. El chico venezolano, no obstante, me dejó su número de teléfono en el contestador automático. Lo anoté en mi agenda con dedos temblorosos y, después de algunos momentos de dudas e indecisiones, me armé de valor y lo llamé.

Para mi sorpresa, sonó su contestador. Una voz susurrante, emitida como entre jadeos, decía: “Hola, soy J.J.... En este momento... ¡Uf...! estoy follando y no te puedo atender... Gracias por tu llamada y que pases un buen día. Ciao”.

Un tanto asombrado, temiendo haberme equivocado de número, colgué sin dejar ningún mensaje. No obstante, unos minutos después sonó mi teléfono y era el propio John Jairo en persona.

—Hola, ¿Ramón...? ¿Acabas de llamar?

—Sí, pero como estabas...

—¡Ah, no! —se rio—. Es sólo una broma. Ahora mismo estoy en el gimnasio. Acababa de levantar las pesas y...

—Pues tienes un contestador muy curioso.

—Sí. A la gente le sorprende —dijo con una carcajada.

—¿Y qué ocurre si te llama una señora respetable para hablarte de un trabajo?

—Bueno, todos los que me llaman ya me conocen. Saben que soy, como se dice por acá... ¡un cachondo!

Me parecía increíble que estuviéramos hablando con tanta naturalidad cuando éramos dos perfectos desconocidos que habían coincidido en un autobús unos pocos días antes. Dije:

—Cuando tú quieras, podemos tomarnos esas cervezas.

—Okey. ¿Esta misma tarde?

—Sí, sí. Pero si estás en el gimnasio...

—No importa. He hecho ya suficiente ejercicio. Podemos quedar.

Llevaba esperado casi una hora y me sentía verdaderamente ofendido, pero al ver la sonrisa y la expresión honesta del muchacho, recuperé enseguida el buen humor.

—Lo siento —dijo John Jairo, tendiéndome la mano—. Olvidé decirte que nosotros, los latinoamericanos, siempre llegamos tarde.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Y yo que pensaba que eso sólo era un tópico! Daba por hecho que ya no vendrías. Estaba a punto de marcharme —dije estrechando su mano.

No llevaba puesta la gorra de béisbol y, dado que vestía hoy de un modo distinto (pantalón negro, chaqueta vaquera y jersey beige), me había costado unos instantes reconocerlo. Su piel, como de cobre sucio, era más oscura por unas zonas que por otras, lo que le daba un extraño efecto cromático, como si de un retrato impresionista se tratara. Era más alto de lo que recordaba y, por la vibración contenida de sus piernas, parecía que estuviera en los prolegómenos de algún juego sexual. Varias pústulas (algunas más de las que descubrí el primer día) moteaban su rostro imberbe, pero en vez de afeárselo, le conferían cierto aire de adolescente tardío. Llevaba el pelo negro, muy corto y poblado, peinado hacia atrás y sus ojos eran tan oscuros y opacos que a duras penas se podía adivinar en ellos el rumbo de una mirada. Sea como fuere, la presencia de aquel chico atrajo hacia sí la atención de la gente nada más entrar en la cafetería. También yo comencé a atraerla por el hecho de estar con él, pero procuré que eso no me afectara lo más mínimo.

—Lo siento —insistió John Jairo—. No calculé bien el tiempo. Además, tuve que ir a cambiarme y...

—De acuerdo, no te preocupes. No pasa nada —dije yo, invitándole a sentarse a la mesa—. ¿Una cerveza?

—Bueno... no sé. Verás... Es que he dejado de tomar...

—¿Cómo? Pero yo creía que íbamos a beber unas cuantas cervezas.

—Sí. Bueno. Está bien. Tomaré una cerveza sin alcohol.

—¡Esta sí que es buena! —reí—. Yo pensé que tú... Yo pensé que realmente querías beber.

—He bebido mucho hasta hace un par de semanas. Antes el único ejercicio que yo hacía era éste —dijo John Jairo moviendo mecánicamente la mano de abajo arriba con un gesto simpático—. Así una y otra vez. Siempre con un vaso en la mano. Pero se me jodió el hígado y tuve que parar.

—Bueno, en ese caso...

—También he dejado de fumar. Hace dos semanas. Y ahora voy a un gimnasio. He empezado una nueva vida. Quiero estar en forma.

Fíjate, en sólo dos semanas, cómo tengo los brazos. Toca, toca. Antes estaba mucho más flojo.

—Puro hierro —dije después de tocarle un brazo.

Se acercó el camarero a la mesa y preguntó qué íbamos a tomar. Era un joven marroquí. Me había visto tocarle el brazo a John Jairo y me lanzó una mirada ambigua, no supe si de simpatía o de rechazo. Tomó nota del pedido y se marchó.

—Me ha sorprendido tu contestador —dije, por decir algo, después de que nos quedáramos callados durante unos segundos.

—Me gusta follar —dijo John Jairo sonriendo con sencillez.

—Como a todo el mundo, supongo.

—Sí, pero a mí más. Yo puedo estar todo el día follando. Nunca me harto de follar.

—Fascinante —dije, ruborizado. Creí entender entonces por qué aquel chico caminaba de un modo semejante, con aquella especie de ritmo en la cintura y en las piernas. Tal vez las pústulas de su rostro eran la consecuencia inevitable de su inmoderada adicción sexual—. ¿Y por qué bebías tanto, John Jairo, si puede saberse? —pregunté.

—No me llames John Jairo. No me gusta. Llámame J.J. Así es como me llaman mis amigos.

—Está bien, J.J., ¿y por qué...?

—Es una larga historia...

—... que tú me vas a contar.

—No sé... —dijo él con un suspiro—. No sé...

Llegó el camarero con las cervezas y los dos nos quedamos callados. El joven marroquí me dirigió, por fin, una sonrisa de entendimiento y yo le correspondí con otra sonrisa de circunstancias. Pensé: “Tendré que frecuentar más este bar”.

—Yo vine a España por amor —dijo J.J. cuando se marchó el camarero. Cogió su cerveza sin alcohol y la vertió con cuidado en el vaso—. Vine aquí en busca de una mujer y todavía no la he visto, aunque sé dónde está.

—Eso suena muy romántico.

—No, no es tan romántico. Hace más de un año que vine aquí y aún no he podido reunirme con ella. Para mí no es nada romántico —añadió, dándole un sorbo a su cerveza con un gesto amargo.

Tenía dieciocho años y estudiaba en una academia militar. Quería ser militar profesional, como su padre. En su familia había varios militares. También un tío suyo era militar. Desde niño, siempre quiso ser militar. Dos cursos más y se habría graduado como teniente. Ahora

mismo ya estaría a punto de serlo si se hubiera quedado en Venezuela. Le gustaba la vida militar. El espíritu de la vida militar. En el mundo, en la sociedad, según su padre, sólo hay jefes o vasallos. Unos mandan y otros obedecen. Es así de simple. Y a él le gustaba mandar, ser jefe más que vasallo. Aunque, en el ejército, siempre tienes alguien por encima de ti y debes obedecer las órdenes de otros. Antes de venir a España él era muy feliz. Su padre y él eran amigos. A veces iban juntos a pescar o jugaban a la pelota. Su mamaíta... Ay, cómo adoraba a su mamaíta. Y ella, cómo le mimaba y le cuidaba. Cómo le quería su mamaíta. La extrañaba tanto. Tenía una hermanita de doce años. Raquelita. Su única hermana. Ya era una mujercita, Raquelita. Tan tímida y tan huidiza, pero tan terca y obstinada. Tenía los ojos negros más bellos que él había visto en su vida. Era afortunado por tener aquella familia. Disponía de tantas cosas de las que carecía la mayoría de los chicos de su edad. Tal vez, le hubiera gustado tener un hermano. Otro chico en la familia con el que pelear y jugar. Era lo único que echaba en falta: un hermano. Pero, por lo demás, se consideraba afortunado. Hasta que conoció a Dora. Entonces cambió su vida por completo. Y ahora era un desgraciado. Por Dora, sólo por Dora... Él nunca supo lo que era el amor hasta que conoció a Dora. El amor le parecía una tontería. Siempre se había burlado del amor. Las mujeres sólo le interesaban sexualmente. Nunca se enamoró de ninguna hasta que conoció a Dora. Entonces empezó a hacer locuras. Empezó a escaparse de la academia por las noches, a mostrarse rebelde y a cometer algunas faltas. Dora era bonita. Muy bonita. Pero no por eso se había enamorado de ella, ya que había conocido mujeres aún más bonitas de las que no se había enamorado. Dora era morena, bajita, con los ojos rasgados... Tenía cuatro razas distintas. Era india, negra, española y china. También era pobre, muy pobre. En su casa vivía unas doce personas, incluidas dos abuelas y una tía. Eran tan pobres que no siempre tenían qué comer. Así que él la ayudaba. Le daba dinero y algunas cosas que sacaba a escondidas de la despensa de su casa. Dos hermanos de Dora vivían en España y ella soñaba también con ir a España. John Jairo nunca pudo quitarle aquella obsesión de la cabeza. Finalmente se marchó y él decidió seguirla. No fue fácil. Hubo que arreglar un montón de papeles y reunir el dinero del pasaje. Discutió con sus padres. Abandonó todas sus obligaciones, todos sus antiguos ideales. Ahora le importaba un carajo el ejército. Por Dora se volvió un loco y un borracho. Y, sin embargo, tenía que haberlo conocido cuando estaba en la academia. Si alguien había tenido alguna vez vocación de soldado, ése era él. Sencillamente estaba hecho para el ejército. Él era de esos a los que les gusta la

disciplina y el esfuerzo físico. De esos a los que les gusta medir su valor con el de otros hombres, probar su capacidad de resistencia, ganarse el respeto tanto de los mandos como de los soldados rasos. En el ejército él se sentía como en su casa. Y, sin embargo, cómo había cambiado desde entonces. Nadie que le hubiera conocido durante aquella época podría reconocerle ahora. Su viaje a España se retrasó más de la cuenta. Las cosas se liaron. No podía dejar la academia de la noche a la mañana. Tardó demasiado tiempo en arreglar los papeles y él y Dora quedaron desconectados. Cuando llegó a Madrid le había perdido el rastro. Un mes después averiguó que se había ido a Mallorca y, para entonces, había gastado todo su dinero. Sus padres, contrarios a aquel viaje, no le habían ayudado económicamente. Así que tuvo que ponerse a trabajar en cualquier cosa. Tuvo que realizar tareas humillantes y desagradables para sobrevivir. De jefe había pasado a ser vasallo. Peor que eso: se había convertido en un siervo. En un ciudadano de segunda. No obstante, con paciencia y resignación, comenzó a ahorrar algo de plata para poder pagar su viaje a Mallorca. No quería ir allí con las manos vacías. Sin embargo, no era fácil ahorrar. Al principio creía ganar mucho dinero. Los sueldos, comparados con los de allá, parecían altos, pero los gastos también eran tremendos y el dinero desaparecía con facilidad. Sí, de vez en cuando, hablaba con Dora por teléfono. Pero cada día la notaba más fría y distante y él no sabía qué le pasaba. O sí lo sabía y no quería saberlo. Ella cada día le contaba menos cosas. Incluso parecía que le molestara hablar con él. Comenzó a preocuparse y a ponerse nervioso. Tenía que ir a Mallorca cuanto antes. Suprimió casi todos sus gastos y en poco tiempo ahorró bastante dinero. El suficiente para el viaje. Ya sólo tenía que sacar el billete de avión. La llamó para decírselo. Pensó que se alegraría, pero, en vez de eso, le dijo que ya no lo quería y que estaba viviendo con otro hombre. Fue un golpe demasiado duro. Un golpe que le dejó noqueado durante varios días. Habían pasado diez meses desde que llegó a España, casi un año sin verla, y la seguía amando como el primer día. No podía resignarse a perderla. Y, sin embargo, la había perdido. Desesperado, comenzó a gastar dinero en juergas y borracheras y lo dilapidó todo en unos pocos días. Fue tal su locura autodestructiva que finalmente cayó enfermo y tuvieron que ingresarlo en un hospital con el hígado destrozado. Cuando salió del hospital dejó de beber y se puso a trabajar. Intentó encontrarle una razón a su vida, sentirse de nuevo humano. Una hermana de Dora, Gisela, quien también vivía en Mallorca, le había invitado a pasar unos días en su casa. Gisela siempre se había mostrado contraria a él. Decía que no le gustaban los

soldados porque de niña había tenido una mala experiencia con uno de ellos y pensaba que todos eran iguales. No obstante, al final había cambiado su parecer sobre él. Admiraba lo que había hecho por su hermana y le quería. Ambos se llamaban a menudo. Gisela le decía que no le caía bien el español con el que vivía Dora y que le preferiría a él como cuñado. Pero él ya no quería a Dora. No, no la odiaba tampoco. La había perdonado. No la quería, pero necesitaba verla. Tenía que verla, aunque fuera por última vez en su vida. Gisela había hablado con Dora y ésta estaba de acuerdo en que se reencontraran en su casa. Pero él antes tenía que curar su hígado y ponerse fuerte en el gimnasio. Siempre había sido delgado. Ella le había conocido delgado, de modo que, cuando le volviera a ver, se asombraría de su nuevo aspecto. Iría a Mallorca en verano. Llevaría puesta una camiseta estrecha para exhibir bien sus bíceps. No sólo estaba fortaleciendo sus brazos, sino también sus piernas. Toca, toca. Dura, ¿verdad?

—Sí, muy dura. Yo creo que ya estás bien. Muy bien. Voy a pedir otra cerveza. ¿Tú quieres otra sin alcohol? ¿Te da envidia verme a mí tomar cerveza con alcohol?

—Sí, pero me aguanto. Yo soy fuerte. Tengo una gran fuerza de voluntad. No me gusta estar esclavizado a ningún vicio. Sólo al sexo. Pero el sexo es bueno, ¿no? ¿Tú practicas mucho el sexo? Yo creo que es bueno el sexo. Voy a tener un cuerpo impresionante el próximo verano. Me lo dicen en el gimnasio. Cuidaré mi hígado, me pondré bien y, cuando se me quiten los granos... ¿Sabes?, he tenido varias novias, pero no he vuelto a enamorarme de ninguna como de ella. Me gustan muchas, pero sólo me he enamorado de ella. Follo con muchas. Con venezolanas, con colombianas, con cubanas, con ecuatorianas... Soy bueno follando. Yo nunca me canso. Puedo estar todo el día follando. Las dejo a todas muy contentas. ¿Españolas? No. No me gustan las españolas. Son frígidas. Muy frías. Les duele aquí o allá. No disfrutan, no sienten, no se mueven... Más adelante quiero regresar a mi país. Quiero volver, pero no así. Primero tengo que ahorrar algo de plata. Quiero comprar tierra en mi país o montar allí algún *business*. Ya no puedo volver al ejército. Ya no me gusta el ejército. Ya no soy un soldado.

—¡Todo eso que me cuentas es tan romántico! —dije con un suspiro.

—¿Romántico?

—Sí. Claro.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—¡Joder! Viniste aquí en busca de una chica a la que ni siquiera has visto después de un año... Lo dejaste todo por ella, pero ella te

dejó a ti y aún sigues queriéndola... Intentas impresionarla o reenamorarla, no sé....

—No. No quiero “reenamorarla”, como tú dices. Yo sólo quiero verla para estar seguro de que ya no siente por mí lo mismo que antes. Necesito verla por última vez. Aceptaré que ya no me quiere cuando me lo diga a la cara. Pero no voy a presentarme allí como un perdedor, ¿comprendes? No quiero darle lástima. Por eso tengo que ahorrar. Para invitarla y todo eso. Ya sabes. Vine a España por ella y tengo que verla más tarde o más temprano. “No dejes nunca las cosas a medias”, me dijo un día mi padre y ese es también mi lema.

# CAPÍTULO III

Íbamos por el paseo de Recoletos hacia la plaza de Colón. La noche era fría, pero no tanto como la del día en que nos habíamos conocido. Eran casi las doce, una hora poco propicia en esa época del año para pasear, y nos cruzábamos con muy pocos viandantes, la mayoría de los cuales nos lanzaban miradas de soslayo. John Jairo me había dicho que tenía problemas de alojamiento. Vivía en casa de unos colombianos, una familia muy amable. Entre todos ellos, eran unos seis o siete. Y el piso sólo tenía tres habitaciones, además de salón, que por las noches convertían en dormitorio. Le trataban bien, muy bien, pero no se sentía cómodo y hacía tiempo que quería marcharse. Alquilar un piso para él solo era imposible. Se conformaría, al menos, con tener una habitación propia. ¡Y suerte que disponía siquiera de una cama, ya que no había pagado nada a la familia colombiana durante los dos últimos meses! De momento, no tenía trabajo, pero las cosas se iban a arreglar muy pronto, cuando empezara a trabajar en una obra de Torrelodones. Le habían prometido que lo llamarían en una o dos semanas.

De pronto nos detuvimos en medio del paseo, junto a la boca del metro, aunque ninguno de los dos había manifestado la intención de tomar el metro. Estábamos allí, contemplándonos el uno al otro en silencio, aguardando a que cualquiera de los dos dijera la última frase de despedida. Observé su rostro de perfil y ya no me pareció tan guapo. Sin embargo, por ello mismo quizá, lo sentí más humanamente próximo y me provocó mayor ternura. Recuerdo el movimiento contenido de sus piernas, aquella sensualidad suya casi insoportable. Recuerdo también el calor que salía de la boca del metro y, al otro lado, en la plaza, más allá de las ramas sin hojas de los árboles, de las que colgaban bombillas de colores (pero no, esto no es un cuento de Navidad...), la pétrea serenidad de la estatua de Colón, iluminada por los focos. Un anciano venía caminando hacia nosotros, desde la plaza de La Cibeles, con el rostro tapado por una bufanda marrón. Esperé a que pasara y luego dije:

—Yo estoy solo y tengo sitio de sobra. ¿Por qué no te vienes

conmigo?

—Bueno, no sé... —dijo él, dubitativo, con la cabeza gacha—. De momento, no te podría pagar.

—No importa —dije yo con resolución—. La casa es mía y no tienes que pagar nada. Compartiremos sólo los gastos. Cuando trabajes, claro. Y tendrás una habitación para ti. Lo único que te pido es que no lleves nunca a nadie. No quiero llegar a casa y que haya por allí gente desconocida manoseando mis cosas, ¿entiendes?

—Sí, claro —dijo J.J.

—No es preciso que decidas ahora.

—Déjame pensarlo, ¿Okey?

—La verdad es que no te conozco apenas y que... —dije con una sonrisa nerviosa—, pero me inspiras confianza y...

—Gracias —dijo él evitando mirarme a los ojos—. Tú también me... Okey. Te daré mi respuesta cuando te vea la próxima vez.

Pasó una semana sin que volviera a tener noticias de John Jairo. ¿Habría perdido mi número de teléfono?, me preguntaba. ¿Habría empezado a trabajar y estaría demasiado ocupado o demasiado cansado para acordarse de mí? Finalmente, cedí a la tentación y yo mismo le llamé a él. Era media tarde, pero, al parecer, estaba dormido, ya que tardó unos instantes en reconocerme o en entender lo que le decía. Torpemente, le invité a cenar "en un restaurante chino o caribeño..."

—Mejor chino —dijo él desperezándose.

Propuse para nuestra cita el mismo bar donde habíamos tenido nuestro primer encuentro, pero argumentó que no le gustaba mucho y sugirió otro. Yo no tuve nada que objetar y acordamos reunirnos en el nuevo lugar una hora más tarde.

—No seas muy puntual —dijo, sardónico.

—De acuerdo. Tómate el tiempo que quieras —suspiré, recuperando en parte la confianza en mí mismo—. Mientras que haya cerveza en ese bar...

Me arreglé deprisa, aunque sabía que tenía tiempo de sobra. Por muy tarde que llegara yo, él siempre llegaría más tarde. Estaba dándole los últimos retoques a mi pelo engominado, cuando sonó el teléfono. Era él.

—Oye, parce —dijo—, ¿te importaría que lleve a un amigo conmigo?

—No, claro... —dije, sorprendido y alarmado—, pero...

—Respecto a la proposición que me hiciste el otro día...

—Prefiero que me des tu respuesta cuando nos veamos, más tarde —le corté secamente.

No tenía ninguna duda sobre cuál iba a ser su respuesta y prefería disfrutar de un rato más de incertidumbre. Además, la sugerencia de llevar a un amigo suyo a cenar con nosotros me había incomodado tanto que empecé a replanteármelo todo desde el principio. De momento, le pondría alguna excusa para no meterle en mi casa, me dije. La visita inesperada de algún familiar sería un argumento inapelable. También decidí ir yo acompañado de un amigo. Enseguida pensé en Dany. ¡Dany, claro! A él le gustaba este tipo de cosas. ¡Dany! ¡Claro, Dany! Le llamé inmediatamente y le expliqué la situación. Dany dijo que aceptaba encantado, aunque no podría quedarse a la cena, sólo al aperitivo, pues tenía un compromiso más tarde. Dany siempre tenía algún compromiso más tarde.

—De todas formas —le dije—, yo sólo quiero que le eches un vistazo y que me digas qué te parece. Es tan sospechoso que J.J. quiera venir ahora con ese amigo suyo... Si te gusta ese amigo, para ti. Pero que no se te ocurra hacerte ilusiones con J.J.

No había ninguna posibilidad de que ocurriera tal cosa, ya que Dany y yo teníamos gustos muy distintos. Jamás nos habían interesado los mismos chicos, así que nos reímos.

Dany era alto, rubio y con los ojos azules. Parecía sueco o danés, aunque, naturalmente, era español, de padres andaluces. Aparentaba unos veinticinco años, a pesar de tener más de treinta. Narcisista irredento, inmaduro y egocéntrico, Dany vivía sólo para cuidarse. Estaba obsesionado con su cuerpo y no se imaginaba a sí mismo —ni podía imaginarse en el futuro— con más de treinta años. Admiraba a Dorian Gray como a ningún otro personaje de la mitología moderna. Él mismo se consideraba a sí mismo una especie de Dorian Gray. Antes de conocerle se había operado ya la nariz y la barbilla y se había inyectado silicona en los pómulos, en los labios y en los glúteos. No había ni una sola arruga en su rostro y, sin embargo, ya estaba pensando en hacerse un lifting, otro lifting. Su pelo rubio teñido podía pasar por natural. En cuanto a sus ojos, nunca supe si el azul de sus pupilas era también natural. Dany se depilaba o se afeitaba regularmente el pelo del pecho y de los brazos. Le tenía declarada la guerra al pelo. Su rostro barbilampiño había sufrido duras sesiones de láser en una clínica de dermoestética. Aparte de eso, Dany tenía cierta clase aristocrática. Sabía vestir prendas amplias y juveniles de las mejores marcas, no de un modo rígido y atildado, sino con estudiado descuido, con encantadora naturalidad, mostrando a veces, incluso, algún descosido o desgarrón, como esos estudiantes bohemios de la

clase alta que hacen ostentación de una sencillez fingida y parecen despreciar todo aquello que la vida les ha dado de más.

Otras muchas dotes adornaban el carácter de Dany: sabía conversar, sabía escuchar, sabía sonreír, sabía sentarse en cualquier lugar (en el suelo mismo, en el brazo de un sillón o en el peldaño de una escalera) y ser el centro de atención. En cualquier reunión inevitablemente caía bien a todo el mundo. Impresionaba sobre todo su saber estar y su belleza andrógina. No era raro incluso que las mujeres le piropearan por la calle. Dany no tenía ninguna ocupación reconocida. Jamás había movido un solo dedo para ganarse la vida. Y ni siquiera había acabado la carrera de Derecho que iniciara en aquellos tiempos lejanos en que todavía era un muchacho corriente de nariz aguileña y pelo castaño. Vivía de la renta de sus padres, no demasiado ricos, por cierto, y se dedicaba únicamente a mostrar su encanto de reunión en reunión, de fiesta en fiesta, en las que se había hecho imprescindible. Dany podía presumir de tener un montón de amigos famosos: escritores, cantantes, actores, alguno de los cuales había sido eventualmente su amante. Sin embargo, ay, Dany no era feliz. No podía serlo, ya que no tenía éxito en el amor. Gustaba a las mujeres, pero no a los hombres, o no a los que le gustaban a él. De cualquier forma, Dany se había resignado y se conformaba con gustarse a sí mismo.

Cuando Dany se presentó en la cafetería, J.J. y su amigo todavía no habían llegado. Pero aquel tiempo de espera nos sirvió a los dos para actualizar nuestra amistad y ponernos al día en cotilleos y en cuestiones de interés mutuo.

Dany sabía que Pedro y yo habíamos roto nuestras relaciones, pero no que éste había intentado volver de nuevo conmigo. No pareció asombrarle el hecho en absoluto (demasiado bien conocía él la naturaleza humana). Lo que no entendía era por qué yo había dejado de querer a Pedro.

—Te veo un poco cambiado —dijo observándome con curiosidad—. Ya no pareces el mismo de antes.

—Sí, es cierto —admití—. Ni siquiera yo sé por qué no le quiero. De todas formas, no es mi culpa. Fue él quien me dejó.

—Sí, pero tú eres de esos a los que no les gusta cambiar. Siempre has dicho que odias la promiscuidad.

—No es que no le quiera —maticé—, simplemente no le deseo. Ya no le deseo. Sobre todo, después de conocer a J.J. Hasta a ti te gustará. Ya verás.

Dany me contó que últimamente se dedicaba a ligar por Internet, aunque no había encontrado aún al tipo de su gusto. Chateaba,

intercambiaba fotos y a veces concertaba un encuentro con algún chico. Lo citaba en alguna esquina muy transitada de Sol o de la Gran Vía, pasaba junto a él camuflado, sin ser visto, y seguía de largo, ya que el chico no le gustaba. ¡Nunca le gustaba ningún chico! Y si excepcionalmente le gustaba alguno, era él quien no gustaba, claro. No, definitivamente Dany no tenía suerte en el amor. No soportaba a los gays amanerados. Su tipo ideal era una especie de heterosexual que dejara de serlo nada más conocerlo a él. Algo casi imposible. Además, Dany no podía rebajarse ni humillarse hasta el punto de intentar seducir a alguien. Se suponía que eran los demás quienes debían esforzarse por seducirle o por conseguirle a él, incluso aquellos chicos heterosexuales que tanto le gustaban, los cuales dejaban de interesarle en el momento en que mostraban su heterosexualidad sin inhibiciones; por ejemplo, si miraban casualmente a alguna chica o si decían que tenían o habían tenido novia... Así que Dany no soportaba a los homosexuales que se sentían atraídos por los hombres, pero tampoco a los heterosexuales que se sentían atraídos por las mujeres (aun cuando se mostraran dispuestos, por morbo o por vicio, a tener relaciones eventuales con otros hombres). En teoría, el chico perfecto para Dany era un bisexual (él mismo lo decía a menudo), pero siempre y cuando tal bisexual hubiera dejado de sentir ya atracción por las mujeres, y no se hubiera convertido, además, en un homosexual/homosexual, sino en un heterosexual/homosexual/bisexual, un espécimen no descubierto aún por los antropólogos ni, por supuesto, por Dany.

A través de los cristales de la cafetería, vimos venir a J.J. con su amigo, un chico más bajito, más oscuro y más feo que él. J.J. vestía como el primer día y llevaba puesta la gorra de béisbol. Sus andares, la gracia de sus movimientos, provocaron enseguida la admiración de Dany, tan poco dado él a admirar a nadie.

—¡Vaya —exclamó—, ese chico es todo un *latin lover!*

—Sí, pero *le gustan las mujeres* —advertí yo con malicia.

—Pero tú te has insinuado y él lo sabe, ¿no? Sabe que estás interesado por él. Quiero decir que... ¿no será bisexual?

—No lo sé. Tal vez sí, pero si es bisexual, *le gustan las mujeres*. Está enamorado de una chica. Vino a España en busca de una chica. Me contó una historia muy romántica.

—Está bien. Está bien. Quédatelo todo para ti, ¿vale?

—No, querido, si te gusta, también es para ti. Podemos compartirlo. Sabes que por ti haría cualquier cosa.

—Olvídalo. No me interesa.

—Dice que no se harta nunca de follar, *con mujeres, claro* —insistí yo, regodeándome—. Dice que puede estar todo el día follando. Debe de ser un fenómeno. Sí, como tú dices, es un *latin lover*. Las tiene a todas locas detrás de él.

Dany lo observaba ya completamente decepcionado. Que un joven guapo deseara a una mujer o hiciera el amor con una mujer, habiendo hombres tan irresistibles como él, le parecía una dislate y un completo desperdicio. J.J. acababa de entrar en la cafetería cuando Dany me dijo:

—No tienes nada que temer.

—¿Tú crees? Pero... ¡si parecen dos delincuentes! —le susurré al oído.

—¡Tonterías! ¡Tan sólo son dos pobres chicos!

J.J. y su amigo se aproximaban a nuestra mesa. Dany se levantó para irse. No estaba dispuesto a perder su precioso tiempo hablando con vulgares heterosexuales que además presumían de serlo.

—¿Te vas ya? —le pregunté alarmado.

—Querías mi opinión y ya la tienes.

—Sí, pero...

En aquel momento J.J. y su amigo se detuvieron ante nosotros. Los cuatro nos quedamos en pie, mirándonos en silencio.

—Dany —dije—. Un amigo. Ya se iba...

Dany saludó cortésmente a los dos muchachos y se marchó enseguida, dejando una estela de ambigüedad en el ambiente. La estela habitual que Dany deja siempre a su paso. Nada permanece igual allá donde él ha estado antes.

—Harrison —dijo J.J.—, el amigo del que te hablé. Aquel que tenía problemas con la novia.

—¿Y se resolvieron ya los problemas? —pregunté, mientras nos sentábamos a la mesa.

—No —dijo J.J.—, la ha dejado embarazada. Y ella no quiere abortar... Prefiere casarse, ¿verdad, parce?

—¿Es española la chica?

—No. Colombiana. La conoció al poco de llegar, hace unos dos meses.

Harrison asentía con la cabeza y callaba. Ni siquiera se atrevía a mirarme, supuse que por timidez. Pequeño, moreno, feo... Sí, tal como había dicho Dany, parecía un pobre chico, uno de esos pobres chicos, sin dinero ni trabajo, que llegan a un país extraño y hostil, se sienten fuera de su hábitat natural y no consiguen adaptarse. J.J., sin embargo, no sólo se había adaptado sin necesidad de mimetizarse,

sino que había tomado posesión de un territorio y lo había acotado. Los jefes siempre son jefes y los vasallos siempre son vasallos, estén en su hábitat o fuera de él.

La cafetería estaba a rebosar de gente y el camarero no acudía a atendernos, por lo que pedimos en la barra nuestras consumiciones. Zumos de naranja para ellos y, para mí, cerveza. Ya en la mesa, sonó el teléfono de J.J. Éste se levantó sin prisas y salió al exterior para hablar. Realmente había demasiado ruido dentro. A través del cristal le observé gesticular y hablar un tanto irritado, mientras movía nerviosamente las piernas y daba patadas en el aire. Aproveché la ocasión para iniciar algún tipo de diálogo con Harrison.

—¿Os conocéis desde hace mucho tiempo? —le pregunté.

—Claro —dijo Harrison con menos timidez de la que le había supuesto—. Hemos vivido siempre en el mismo barrio de Medellín. Somos amigos de la infancia.

—¿Medellín? —dije con una falsa sonrisa—. ¿Pero eso no está en Colombia?

—Sí. Colombia. Claro.

—¿Eres colombiano?

—¡Sí!

—Pero, como él es venezolano...

—¿Venezolano? No, no. Los dos somos colombianos.

—Yo pensé que él era venezolano —dije, un tanto sorprendido.

—¿José Jefferson, venezolano? ¡Yo creo que él nunca ha estado en Venezuela! ¡Qué va! ¡Él es aún más colombiano que yo!

—José Jefferson... —repetí, incrédulo. ¿Medellín...? ¿No era de allí aquel famoso cártel de la droga? ¿No era aquélla la ciudad más violenta del mundo?— Pero... —en aquel momento vi que J.J. se guardaba el teléfono móvil en el bolsillo y entraba en la cafetería—. A él le gusta que le llamen J.J., ¿no?

—Sí —rio Harrison—. J.J.... ¡Pero eso es en España! Yo siempre le he llamado José Jefferson.

—Tenéis en Colombia nombres muy curiosos —dije mientras J.J. se acercaba a la mesa—. Muy americanos, ¿no?

—Es que nosotros somos americanos —puntualizó Harrison.

—Sí, bueno. Quería decir “norteamericanos”.

—Así que J.J.... —volvió a reírse Harrison. Pero J.J. le lanzó una mirada de soslayo, mientras se sentaba, y la expresión de Harrison se volvió de pronto más taciturna .

—Te llamará a ti dentro de un rato —dijo J.J., mientras se llevaba el vaso de zumo a los labios.

—¿A mí? —Harrison dejó escapar un suspiro. Casi estuvo a punto

de preguntar: “¿Por qué?”, pero se contuvo y tan solo dijo—: Okey.

Cogió su vaso de zumo y bebió un pequeño sorbo. Los tres permanecimos en silencio, sin mirarnos.

—Sobre aquello que me propusiste el otro día... —dijo, por fin, J.J.

—Tengo ahora un pequeño problema... —le interrumpí, sin saber muy bien cuál sería a partir de entonces el rumbo de mis palabras.

—...la respuesta es sí —dijo J.J.

—Gracias, pero yo... —balbuceé—. Un familiar... Va a venir un familiar, un primo.... Pasará unos días en mi casa y....

—No hay ningún problema conmigo, parce —dijo J.J., adivinando, sin duda, mis temores—. No tienes que preocuparte por nada.

—No, no. Si no hay ningún problema. Cuando se vaya él... —me justifiqué.

Entonces sonó el teléfono de Harrison y éste se levantó tan deprisa que estuvo a punto de derribar la silla.

—No tienes que preocuparte por nada —repitió J.J., cuando Harrison salió a la calle—. Yo no te molestaré mucho. Me iré cuando tú quieras, cuando te canses de mí.

—Bueno, yo... No es eso... —dije, cada vez más nervioso—. No creo que yo me canse nunca de ti. Es que... bueno, hay algo que tendrías que saber, antes de darme tu respuesta. No te lo dije el otro día, pero yo...

Harrison comenzó a hacerle gestos muy expresivos a J.J. con la mano y vi que éste ya no me escuchaba.

—Perdona —se disculpó, levantándose.

Se dirigió a la calle y, una vez allí, le arrebató el teléfono a su amigo. Habló durante unos minutos, moviéndose de un lado para otro y dando patadas en el aire, hasta que, inesperadamente, dejó de moverse y se quedó rígido, con el semblante muy serio. Harrison, mientras tanto, le observaba en silencio con la misma rigidez. Un hombre pasó entonces por la acera y volvió la cabeza para mirarles, sorprendido quizá por algo que había oído. Casi a continuación se detuvo un coche rojo en una esquina y pensé que alguien había ido a buscarles, pero fue una falsa impresión, ya que los dos ignoraron el coche. J.J. siguió hablando un rato más. Finalmente le devolvió el teléfono a Harrison y ambos regresaron en silencio a la cafetería.

—Tenemos que irnos —dijo J.J., sin mirarme—. Lo siento.

—De acuerdo —dije yo, incorporándome.

Estreché la mano de Harrison y luego la de J.J. Ambos las tenían muy frías. No recordaba haber tocado nunca unas manos tan frías. J.J. me miraba en silencio, como si quisiera decirme algo más, mientras Harrison se dirigía ya hacia la salida.

—Te llamaré más tarde —dijo finalmente—. Podemos cenar mañana, si quieres.

—Muy bien, pero la próxima vez procura venir tú solo, ¿vale?

—Okey.

—Tenemos que hablar.

—Acepto lo que me propusiste —dijo J.J.— Conmigo no tendrás ningún problema, parce. Ya lo verás.

“No. No son dos pobres chicos”, pensé cuando los vi cruzar la calle deprisa, sorteando algunos coches en medio de la calzada. “No son lo que se dice dos pobres chicos”.

Pedro me estaba esperando dentro del Mondeo azul que ya conocía tan bien, cerca del portal de mi casa. Vino corriendo hacia mí y me frenó el paso en medio de la acera. Estaba muy pálido y me miraba con los ojos desencajados.

—Te estás poniendo un poco pesado —dije con resignación—. ¿Qué ocurre ahora? ¿Por qué no me dejas en paz?

—¡Te quiero! —dijo Pedro con voz temblorosa. Parecía sucio y abandonado, pero no sentí por él ninguna pena.

—¡Sí, ya me lo dijiste el otro día! Pero no te creo. Y no te pongas ahora melodramático. No te pega. Tú nunca me has querido. ¿Por qué dices esa tontería?

—Nunca te lo he dicho hasta ahora, pero te quiero —insistió Pedro—. No me daba cuenta hasta ahora. Sé que no me porté demasiado bien contigo. Lo siento.

—Todo eso son tonterías. Tú no me quieres. Y, en cualquier caso, da la casualidad de que ya no me gustas. Y eso no se puede forzar, ¿verdad? Tú mismo me lo dijiste. Ya no te deseo. Así que, ¿qué puedo hacer?

—Estás resentido. Eso es lo que te pasa.

—¡No! ¡No estoy resentido!

—Y sé que me quieres.

—¡No! ¡No te quiero!

—Sé de dónde vienes y con quién sales ahora —dijo agarrándome de un brazo e impidiéndome entrar en el portal—. No sabes lo que haces. Estás cometiendo un error.

—¡Así que te dedicas ahora a espiarme! —grité ofendido.

—Es por tu bien. No sabes lo que haces.

—¡Ése es mi problema! ¡Y no vuelvas a vigilarme nunca más! ¿Me oyes? ¡No te lo permito!

—Te esperaré —dijo Pedro con obstinación, alejándose hacia su

coche—. No me importa esperar. Quiero que lo sepas.

—¡Tú estás loco!

—Más tarde o más temprano comprenderás tu error.

—¡Ah!, ¿sí? ¡El error lo estás cometiendo tú! ¡Ya no te quiero! ¿Me oyes? ¡Y no vuelvas más por aquí! ¡Deja de vigilarme o llamaré a la policía!

Entré en la casa furioso e irritado, sin saber muy bien por qué. Por Pedro, sí, pero también por J.J. (José Jefferson o John Jairo, como quiera que se llamara). No me había gustado lo que había visto ni lo que había oído. Ahora resultaba que no era venezolano, sino colombiano. ¿Por qué me había mentido? Y todas aquellas llamadas... Aquel chico estaba metido en algún lío y lo último que yo deseaba era que me metieran en líos. Además, le había ofrecido estúpidamente mi casa y él me había cogido la palabra. No había manera de hacerle desistir ahora, a pesar de todas mis evasivas. Menos mal que él no conocía aún mi dirección, me dije con alivio. Tal vez lo mejor sería no volver a ver nunca más a aquel chico. No llamarle o no hacer caso de sus llamadas. Sí, eso sería lo mejor.

Di varias vueltas de un lado para otro por el salón y la cocina, sin saber muy bien qué hacer ni dónde sentarme. No había cenado todavía y no encontré nada para comer en el frigorífico, en la despensa ni en ningún sitio. Sólo galletas caducadas y una lata de sardinas. ¡Pero ni siquiera quedaba un trozo de pan!

Tenía que hablar con alguien, necesitaba hablar con alguien, pero no sabía con quién. Pensé en Dany, pero no. Estaría en alguna reunión, ocupado en ser el centro de atención. Y, además, Dany era tan intrascendente. Sabía escuchar, sí, sabía entender los problemas, cierto, sus opiniones eran a veces bastante sensatas, pero ahora no era el mejor momento para hablar con él de mis problemas y menos aún por teléfono.

Tenía a Pruden, claro. Pruden nunca me fallaba. Pero tampoco era un buen momento para él. A esta hora estaría en el salón, viendo la televisión con su madre, y no tendría libertad para hablar. Lo mejor era esperar a mañana y llamarle cuando estuviera solo en su despacho o mandarle un *e-mail* y contárselo todo por escrito, como había hecho otras veces. Pero no me apetecía escribir. ¡Necesitaba oír otra voz!

Saqué una lata de cerveza del frigorífico (¡menos mal que aún quedaba cerveza!) y me senté en el sofá, al lado del teléfono. Marqué el número de Pruden. Puse las piernas sobre la mesa, abrí la lata de cerveza y le di un trago. Descubrí entonces que todas las luces de la

casa estaban encendidas. Sólo estaba apagada la televisión. Hacía siglos que no encendía la televisión.

—Hola, soy yo —dije—. ¿Podemos hablar?

—Sí. Mi madre se acostó hace un rato. No se encontraba muy bien esta noche y se acostó un poco antes.

—Lo siento —dije—. Entonces, ¿podemos hablar?

—Sí, aunque hablaré bajito. Dime.

—...

—¿Qué te pasa?

—Tengo problemas —dije—. Muchos problemas.

—¿Problemas?

—Bueno. No es nada. No pasa nada.

—¿Qué problemas?

Le di un trago largo a mi cerveza y me arrellané en el sofá.

—No lo sé... No lo sé.

—¿Es sobre aquel chico? ¿El que conociste en el autobús?

—No es nada. No pasa nada. Sí, puede ser... Y Pedro, que se está poniendo muy pesado.

—Yo creo que te quiere de verdad, ¿sabes?

—¿Que me quiere? ¿También ha hablado contigo? ¿No irás a decirme que te has puesto de su parte?

—Lo vi el otro día. Estaba hecho polvo.

—¡Ah!, ¿sí?

—Dice que antes no se daba cuenta...

—Sí, vale, vale. No sigas. Me conozco el rollo.

—Deberías darle otra oportunidad, escucharle. Si tanto lo querías...

—Mira. No estoy para sermones esta noche. Es lo último que esperaba de ti. ¡Así que perdona por las molestias y muchas gracias! —dije colgando el teléfono con violencia.

Me arrepentí enseguida de mi comportamiento, pero ya era tarde. “Ahora sí que la he jodido”, pensé. “El pobre Pruden, ¿qué culpa tendrá?” Le di un trago a mi cerveza y me quedé con los ojos en blanco, mirando al vacío.

Cinco minutos después sonó el teléfono.

—Lo siento, Pruden —dije—. Lo siento mucho. Yo...

—*Allô!* ¿Ramón? Soy J.J.

—¡Ah, no! —exclamé involuntariamente.

—Te dije que te llamaría. ¿Recuerdas?

—Sí, pero yo...

—Lamento haberte dejado plantado. Surgió un imprevisto. Un asunto sobre un trabajo, pero podemos quedar para cenar otra noche. Mañana mismo, si quieres.

—¿Cómo te llamas realmente?

—Tú llámame J.J.

—No. Quiero saber tu verdadero nombre.

—Es una larga historia. Llámame J.J.

—¿Eres de Venezuela o de Colombia?

—De Colombia. Pero...

—¿Y por qué me mentiste?

—Oye, parce, no tienes nada que temer de mí. ¿Es eso lo que te preocupa? Yo sólo quiero trabajar en este país. Yo no he venido aquí a buscar problemas.

—De acuerdo, de acuerdo —dije serenándome—. Pero lo que no entiendo es por qué...

—Tú mismo me ofreciste tu casa, ¿no? ¿Por qué has cambiado ahora de idea?

—Yo no he cambiado de idea. Pero tú tampoco me conoces a mí. Yo... yo soy gay, ¿sabes? Y si vives conmigo...

—¡Que eres gay! ¡Ya lo sabía! Yo he conocido a muchos gays en mi país. Yo mismo he vivido con un gay.

—¿Que has vivido con un gay?

—Sí. Pero hace mucho tiempo. Yo era casi un niño.

—Pero si me dijiste que tú... Bueno, que no querías ser un puto. Que te ofrecieron trabajo de puto o algo así y que...

—¡Claro que no quiero ser un puto! Yo hago las cosas por gusto o no las hago. Lo que no quiero es poner un precio a mi cuerpo. ¿Entiendes?

—Sí. Sí. Lo entiendo. Así que has vivido con un gay —dije, con un suspiro—. ¿Quieres decir que eres... bisexual?

—Prefiero a las mujeres, pero tampoco me molesta un hombre, si se lo hace bien.

—¿Te lo montarías entonces conmigo, si vienes aquí?

—¿Tú qué crees?

—¡Por favor! —exclamé, sin aliento.

—¿Quieres que vaya ahí esta noche? Estaríamos follando hasta el amanecer. ¡Yo no me harto nunca de follar!

—¡Calla, calla, por favor!

—Desde el principio me di cuenta de que te gustaba, ¿sabes? —dijo él con su acento más dulce.

—¡Estoy loco por ti! ¿Se me nota tanto?

—Un poco.

—Nos vemos mañana.

—De acuerdo. Cuando tú quieras.

—Mañana, en el mismo sitio que hoy.

—¿A la misma hora?
—Sí, pero ven solo. Tenemos que hablar.
—Okey, parce. Hasta mañana.

# CAPÍTULO IV

Veintidós de diciembre. Jueves. El veinticuatro es sábado. Todo el mundo hace ya las compras para la cena de Navidad. Tarjetas, llamadas. Algunos han reservado hoteles en Canarias, Benidorm o incluso el Caribe. Regalos por sorteo en la oficina. La costumbre idiota de entregar y recibir regalos cada año. Menos mal que no somos muchos en nuestro departamento, unos siete u ocho, y nos conocemos perfectamente. Sabemos cuáles son nuestros gustos. Sabemos de qué pie cojea cada cual. No simpatizamos los unos con los otros, pero funciona la solidaridad corporativa. Todo el mundo ha comprado ya su regalo y lo ha colgado de una rama del árbol o lo ha dejado en el suelo, si el paquete es voluminoso. Mañana, viernes, cada uno recogerá un regalo. Son como niños. Muchos se muestran ya curiosos e impacientes. ¿Por qué odio estas fiestas? Sí, claro, no hay aquí eso que se entiende por un ambiente navideño. No, nada navideño. Pero, aún así, estoy ilusionado. ¡Vamos! ¡A moverse! Todo esto tiene que estar limpio para cuando venga J.J. Debo poner la lavadora, quitar el polvo, fregar ese montón de vasos y platos. Todo debe quedar inmaculado y perfecto para cuando venga J.J. ¿Dónde se sentará? ¿Qué luz hará mejor efecto? No, así no. Desde aquí se ve un poco raído y desgastado. Ya estoy harto de ese sofá. Pedro siempre se tumbaba en ese sofá y... Más íntimo así. No. Yo aquí y él ahí. Estoy harto del sofá. ¡Pero si todavía tengo que ir al supermercado! ¡Tantas Marujas! Un montón de chucherías. Alcohol. Sobre todo, alcohol. Pero también algo de comer. No hay aquí nada para... Quesos franceses, paté, jamón serrano, fruta, yogures, salmón ahumado... ¡Sí! ¡Y huevas de atún! ¡Y mazapán! ¡Y turrón!

Ah, ahí está. Menos mal. Llevo aquí media hora esperando. Pero viene un poco serio. ¡Joder, así que vivió con un gay! Le pasa algo. ¿O no? No sé qué, pero... Esa sonrisa me parece un poco forzada. Ya empiezo a conocerle. Tengo un gran olfato para esas cosas y éste a mí no me la pega. La gorra, cómo le sienta la gorra. ¡No, por favor, no te

la quites! Y cómo mueve las piernas. Sin duda, le pica. Pura sensualidad. Un zarpazo ahí y le arrancaría... le desgarraría... Ahí, le rompería el pantalón y le… Cabrón. Ah, cómo restregaría mi boca y mi lengua por ahí.

—Hola.

—Ah, mira. Ahí está el camarero. ¿Qué quieres tomar?

—No. Vámonos. Quiero presentarte a unos amigos.

—¿Cómo?

—Están ahí, en un carro.

—Pero...

—Llevamos un rato esperando.

—Yo también llevo un rato esperando —pero habíamos quedado en que hoy vendrías solo, ¿no?—. ¿Por qué no vienen ellos aquí?

—No. No quieren venir. Ven tú y te los presentaré.

—Espera. Tengo que pagar esto.

No voy a salir a la calle. Estoy decidido. Yo me quedo aquí. Mucho más seguro. De momento, dispongo de algunos minutos. Veré cómo resuelvo esto. Espero que el camarero tarde en llegar, como es su costumbre. ¡Pero no, qué va! ¡Ya está aquí! ¡Y ni siquiera tiene que devolverme el cambio. ¡Mierda! Estas cosas pasan. Ya se sabe. La puta fatalidad. Me levantaré, de acuerdo. Iremos adonde él diga. Saldremos a la calle y... Pero no. No, no quiero ir. Que vengan ellos aquí. O, mejor dicho: ¡que no vengan! ¡Que se vayan! Yo no quiero conocerlos. ¿Por qué habría de conocer a quien no me interesa? Quedamos en que vendrías solo y otra vez te presentas acompañado. ¿Qué es esto? ¿Por qué me tomas el pelo? ¿No íbamos a cenar tú y yo solos?

—Es aquel carro blanco de allá, el de la esquina.

—Ah, sí.

Debo de estar atento a todos los detalles por si acaso... Parece un buen coche. Los mafiosos siempre tienen buenos coches. ¡Pero si dentro hay dos mujeres! Ah, y un hombre. Entre veinticinco y treinta. Los tres son colombianos, parecen colombianos. Morenos, pequeños. Pero el tipo es fuerte. Pequeño pero fuerte. Seguro que va a un gimnasio. Y no es nada feo.

—Fermina, Marcela, Benito —dice J.J.

A través de la ventanilla se asoman varias manos morenas y yo las estrecho torpemente.

—Sube —dice J.J., abriéndome la puerta del copiloto.

—Sube —insiste el tipo del volante, con una untuosa sonrisa.

—¿Para qué? —pregunto yo, receloso.

—Vamos a tomar algo por ahí —dice el tipo del volante.

—¿Adónde?

—A cualquier sito. Sube.

—¡No!

La rotundidad de mi negación deja a todos sorprendidos y paralizados. Nadie se atreve a hablar durante unos instantes.

—¿Por qué no bajáis vosotros y tomamos algo aquí? —argumento—. Ese bar está muy bien. Incluso podéis comer algo, si os apetece.

—Okey. Bajemos, pues —dice Benito—. Nos da igual un sitio que otro, ¿no?

Yo suspiro con alivio. Las dos mujeres salen del coche riendo y cuchicheando. Ya en la acera, camino del bar, noto que me miran de arriba abajo. Les gusto como les puede gustar cualquier hombre. Pero qué hacen aquí estas dos putas. Son las que se follan estos. O no. No son putas. Si acaso, ninfómanas.

—Pero aquí no hay música, parce —dice Benito, nada más entrar en el bar.

—Ya te lo advertí —se disculpa J.J.

—¿Es que queríais un bar con música? —pregunto yo con falsa ingenuidad.

—¡Claro! ¡Algo de merengue o de salsa! ¡Estas están locas por bailar! —dice Benito.

—¿Y por qué no me lo dijisteis? Me temo que aquí sólo hay Hilo Musical. De hecho, no se oye nada con tanto ruido. Si queréis que nos vayamos...

—No, no. No importa. Ya da igual.

El bar al que entramos es una de esas cafeterías que pretenden imitar a los pubs ingleses, aunque sin chimenea, sin moqueta ni, por supuesto, la rancia decoración de casona antigua de Yorkshire. Tiene, eso sí, grandes ventanales con cristales ahumados y está lleno de un público heterogéneo y estridente que, en vez de cerveza, toma cubalibres o gin-tonics. ¿Por qué J.J. vendrá a este local? ¿Por qué éste y no el que yo sugerí? Ah, claro, por los cristales. Tiene los cristales ahumados y desde aquí se puede ver el exterior sin ser visto. Puede que sea eso. Junto a la entrada. De acuerdo. Cabemos los cinco. ¿Qué es? Una aspidistra. Sí, como aquella que tenía mi madre. Le han sacado brillo a las hojas. J.J., a mi izquierda y Benito a mi derecha. Vale. Marcela, la más joven y guapa, enfrente de mí, al lado de J.J. Pero, ¿por qué me miras a mí? Mírale a él. Eres su amante, ¿no? Fermina es mayor de lo que pensé al principio. Cuarenta o más, aunque puede aparentar treinta y cinco. Es la que se folla Benito. Vamos, mírale a él. No a mí. ¡Joder! ¿Por qué? ¡Y Benito! ¡Todos me

están mirando a mí en este momento! Todos, excepto J.J., quien sólo tiene ojos para la hermosa Marcela.

—Ellos son toda mi familia en España —dice J.J., mientras se quita la gorra y la pone sobre la mesa.

¡Ah, pues no sabía que tenías familia en España! Eso no me lo habías dicho.

—Vivimos en Leganés —añade Benito—. Hemos venido a Madrid a hacer algunas compras...

—Benito es mi primo hermano y Marcela, mi prima segunda —continúa J.J.— Fermina es de la misma barriada donde yo nací en Medellín y ya nos conocíamos allá, ¿verdad, Fermina? —dice, sin mirarla, mientras le da un achuchón cariñoso a Marcela.

—Así es —dice Benito.

Vaya, aquí está el camarero. Ahora no tiene prisa. No, señor. Ninguna prisa.

—¿Y qué tal os va en España? ¿Habéis tenido muchas dificultades para encontrar trabajo? ¿Tenéis permiso de residencia y todo eso? ¿Habéis hecho muchos amigos españoles?

—No, no hemos hecho apenas amigos españoles —dice Marcela, sin duda, la más expresiva de los cuatro—. La gente desconfía de los colombianos. ¿Papeles...? No. Sólo Benito tiene permiso de residencia.

—Así es —dice él—. Me lo dieron después de un encierro en una iglesia. Estuvimos varios días en huelga de hambre. Se habló de ello en los periódicos.

—Ah, sí. Creo que leí algo sobre eso.

Marcela y Fermina, no. Ellas no tienen papeles ni trabajo. Benito trabaja en un taller mecánico. Es soltero. Cobra buen sueldo y se acababa de comprar el coche. Fermina y Marcela trabajaron en el servicio doméstico y cuidando ancianos, pero ahora están paradas. No obstante, sonríen confiadas. Todo se arreglará. La vida no es fácil. Ya lo saben. Nadie les prometió un camino de rosas.

—Si te enteras de algo... —me dice Fermina, dándole una calada voluptuosa a su cigarrillo—. Te agradeceríamos mucho que nos avisaras.

—De momento no sé nada, pero si me entero...

Pero ahora resulta que alguien le avisó a Fermina de un trabajo y que no fue. De eso hace varios días. ¿Por qué no fue

—Era demasiado lejos —argumenta Fermina— y, cuando quise darme cuenta, se me había hecho tarde. Iré mañana.

El camarero trae, por fin, las consumiciones y las deja sobre la mesa. Benito no me permite pagar y tengo que guardar mi billete. Licores para Marcela y Fermina. Para los hombres, cerveza.

—¿Sabéis lo que nos ocurrió a mí y a una amiga nada más llegar a España? —dice Marcela, después de darle un sorbo a su licor—. ¡Vaya, pues si es para morirse de risa! Acabábamos de bajar del avión, muy temprano, sobre las seis y media de la mañana o así, y estábamos tan cansadas que lo primero que hicimos fue ir a la cafetería del aeropuerto a tomar café. “Dos tintos dobles, por favor”, le dije al camarero. “¿Dos tintos?”, me preguntó él, asombrado. “Sí”, dije yo. “*Dobles*. Dos tintos dobles”. “De acuerdo”, dijo el camarero. “Ningún problema”. Colocó dos vasos de tubo sobre la barra, cogió de un estante una botella de vino, le sacó el corcho y a continuación llenó los vasos hasta arriba. Nosotras lo contemplábamos horrorizadas, sin atrevernos a decir nada. En Colombia le llamamos tinto al café solo. Pero ustedes, en España, le llaman tinto al vino. ¡Y nosotras no lo sabíamos! ¡Qué clase de mujeres serán estas que toman vino por la mañana!, pensaría el camarero. No quisimos ser problemáticas nada más llegar a España, así que cogimos los vasos con resignación y, entre arcadas y risas, mi amiga y yo nos bebimos hasta la última gota de vino. Como no estábamos acostumbradas a tomar tan temprano, salimos del aeropuerto medio borrachas. Las dos nos moríamos de risa. Y aún me río cada vez que lo recuerdo.

Marcela y Fermina me hacen preguntas de tipo personal. Quieren saber cosas sobre mi vida. Yo creo que sospechan algo o que se interesan por mí en algún sentido poco claro. Benito también me mira y me sonríe. Me ha tocado la pierna un par de veces y yo creo que no ha sido casual. No es guapo, pero tiene algo. Tiene.... J.J. me ignora. Vaya, pues tontearé con él para darle celos.

Eran más de las once cuando salimos de la cafetería y nos dirigimos hacia el coche blanco que había aparcado en la esquina. Marcela, Fermina y J.J. se acomodaron en el asiento trasero, éste en medio de las dos, con el brazo izquierdo apoyado en el hombro de Marcela. Yo ocupé el asiento del copiloto, al lado de Benito, quien parecía muy orgulloso de llevarnos a todos en su coche.

—Es hora de regresar —dijo—. Si quieren que los lleve a algún sitio....

J.J. permaneció en silencio. Era obvio que no tenía ya el menor propósito de cenar conmigo, tal como habíamos planeado.

—Bueno. Si no te importa, acercarme a mi casa —dije un tanto despechado—. Sigue todo recto y ya te indicaré. —“Al menos, tengo comida en casa”, pensé—. Bonito coche —añadí, arrellanándome en mi asiento—, y muy cómodo.

—Sí —asintió Benito, mientras seleccionaba un C.D.— No está mal.

Comenzó a sonar entonces una de esas melodías almibaradas que tanto gustan a los latinos, interpretada por un cantante desconocido en España, pero presumiblemente famoso en Colombia. Poco a poco se fueron uniendo en un improvisado coro y cantaban con cierta solemnidad, cual si fuera un himno patriótico o una romanza popular.

—Yo he manejado coches desde los catorce o quince años en mi país —dijo Benito, gritando para hacerse oír en medio de las voces, cuando nos detuvimos delante de un semáforo—, pero ésta es la primera vez que manejo un coche nuevo y, además, propio. En Medellín yo trabajaba como taxista.

—¡Ah!, ¿sí? —dije—. Yo no tengo coche. No conduzco. Ni siquiera tengo el permiso de conducir.

—¡Ah!, ¿no? Pero si manejar es muy fácil.

—Sí, puede ser —las voces del asiento trasero nos impedían oír casi lo que decíamos y esperé a que acabara una estrofa—. Te parecerá raro, ¿verdad?

—No, no. En absoluto —dijo Benito, deferente. Después se unió a las otras voces y cantó parte del estribillo, mirándome de soslayo con una sonrisa—. Si deseas alguna vez... Ya sabes... si deseas ir a algún sitio de excursión... yo te puedo llevar con mucho gusto. Cualquier fin de semana, cuando te apetezca.

—Muchas gracias —dije—. Lo tendré en cuenta. Eres muy amable.

De nuevo la voz de Benito se unió a las otras voces y todos juntos continuaron cantando hasta llegar a la apoteosis final, todo un monumento a la sensiblería barata y a la cursilería, pensé, desaprensivo. A través del espejo retrovisor noté los esfuerzos de Fermina por contener las lágrimas. Incluso J.J. parecía emocionado.

“¡Ay, los latinos!”, pensé. “¡Son tan sentimentales! ¿Y por qué no me emociono yo? ¿Acaso no soy también latino?”

—Aquí. Déjanos aquí —gritó de repente J.J.—. Ramón vive en esa calle de atrás.

—Pero yo... —objeté sorprendido, ya que la afirmación no era cierta. Sin embargo, algo me decía en mi interior que era mejor callarse.

—Puedo acercaros hasta la puerta —dijo Benito, solícito.

—No, no es necesario —contestó J.J.—. Es ahí mismo y no merece la pena.

—De acuerdo. Como tú quieras, parce.

El coche blanco se detuvo en una esquina y J.J. saltó a la acera con

una bolsa deportiva en la mano.

—Espero que nos veamos pronto —dije estrechando la mano de Benito.

—Okey. Que él te dé mi número de teléfono.

Ya desde fuera del coche, me despedí de las dos mujeres con sendos besos a través de la ventanilla. En tan poco tiempo, nos habíamos tomado cariño y sonreíamos con ojos tristes.

—Que tengan suerte y encuentren pronto un buen trabajo —dije.

No tuve tiempo de oír lo que respondían, ya que J.J. me agarró de un brazo y me apartó de ellas de un tirón.

SEGUNDA PARTE

# EL SICARIO

“No contamos con punto alguno al que retroceder para volver a empezar..., no tenemos adónde regresar. El pasado nunca está donde uno cree que lo dejó”.

KATHERINE ANNE PORTER

# CAPÍTULO V

—Pero ¿qué te pasa? —dije desasiéndome de su mano y mirándole con indignación cuando dimos la vuelta a la esquina—. No necesito que me empujes y, además, yo no vivo aquí. ¿Qué es lo que está pasando? ¿Adónde me llevas?

—¡Luego te lo explicaré! ¡Vamos! ¡No te detengas!

—Pero ¿por qué corres?

—¡No te detengas! ¡Vamos, vamos!

—Quedamos para cenar tú y yo solos y te presentas acompañado... —dije, casi sin aliento, mientras nos abríamos paso entre un grupo de personas que había junto a unos minicines. El resto de la acera parecía despejado.

—Son mi familia. Pensé que te habían caído bien.

—¡Que son tu familia! Entonces, ¿de qué huyes? ¿Por qué les mientes y les dices que vivo aquí? Y ahora, ¿adónde vamos? ¿Qué... qué está pasando?

—¡Deja de hablar y corre! ¡Gira por ahí, a la derecha! ¡Alguien nos sigue! ¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿Cómo que alguien nos sigue?

—Les mentí para protegerlos. Ellos no tienen culpa de nada.

—¡Y yo tampoco tengo culpa de nada! ¿Por qué me metes a mí en este lío?

J.J. se detuvo ante un portal y me dijo:

—¡Vamos! ¡Entra ahí! ¡Ocúltate!

—No está abierto —dije yo con impotencia, viendo cómo se marchaba—. ¡Eh, espera!

—¡Ocúltate en algún sitio! ¡Aléjate de mí!

—Pero ¿qué vas a hacer tú? ¡Eh!, ¿por qué no entramos ahí? —grité, señalando un cartel luminoso que había un poco más abajo.

Echamos un vistazo rápido a nuestro alrededor y no vimos ninguna persona o ningún coche sospechoso. J.J. asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo.

Era una especie de mesón o restaurante vasco con mucho humo, mucha gente, mucho ruido y buen olor a comida casera. Un camarero

mayor, un tanto desaliñado, nos condujo hacia la mesa libre que había en un rincón, debajo de una ristra de ajos y de una calabaza gigante que amenazaba con desplomarse directamente sobre mi cabeza.

—Justo el lugar donde yo quería traerte —dije con una sonrisa sardónica—. Habíamos quedado para cenar, ¿no? ¡Vamos! ¡No dirás que no te alegras! ¡Ya hemos escapado del peligro! ¿O crees que vendrá alguien todavía a atacarnos?

J.J. me lanzó una mirada fría, soltó un suspiro de desaliento y no dijo nada.

—¡Vamos, vamos! ¡No te preocupes! —continué yo, muy seguro de mí mismo—. ¡Sé quién nos ha seguido!

—¿Cómo? ¿Qué sabes tú?

—Mi antiguo novio, tonto. Ése es el que nos ha seguido.

—¿Cómo tu antiguo novio?

—Sí, hombre. Aquel del que te hablé. Está celoso. Me dejó. Me abandonó por otro, pero no le fue bien y ahora quiere volver. Cree que yo puedo estar disponible cuando él lo quiera. No sabe que yo también...

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—¡Que no es eso!

—¿Cómo que no es eso?

—¡No, joder! ¿Es que no lo entiendes? ¡No es él el que nos ha seguido!

—Bueno, vale. Luego me lo cuentas. De momento, vamos a cenar. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre. ¿Has echado ya un vistazo a la carta? ¿Qué es lo que te apetece? ¡Ay, J.J., te sienta tan bien esa gorra...! Pero, no sé... Date cuenta de que estamos en un restaurante...

—Yo no tengo hambre —dijo J.J., quitándose la gorra de malhumor—. Y no me apetece comer nada.

—Pero algo hay que pedir.

—Pídelo para ti. Tú tienes hambre, ¿no?

—Sí, pero no quiero comer solo. No me gusta comer solo. Y tampoco estoy seguro ya de tener hambre. No sé qué está pasando. No sé por qué hemos salido así del coche. Dices que quieres proteger a tu familia, ¡que alguien nos sigue! Yo creía que era Pedro, pero si no es él, ¿quién es entonces y por qué...?

—Está bien. Pide algo de comer. Algo para los dos.

—De acuerdo. Lo pediré, pero sigo sin saber nada. La comida no va a resolver mis dudas.

—No es este el momento ni el lugar...

—Está bien —dije haciéndole una señal al camarero para que

acudiera a nuestra mesa.

—Hablaremos más tarde en tu casa —concluyó J.J. con una mirada melosa. Y era como si hubiese dicho: “Haremos más tarde el amor en tu casa”.

La cena fue aburrida y frugal. Muy distinta de la que había imaginado. No tomamos postre, té o café y, después de pagar la cuenta, pedí al camarero que nos consiguiera un taxi. Éste acudió a los diez minutos y, a pesar de nuestros temores de ser vistos por el supuesto perseguidor, lo cierto es que no detectamos nada raro en la puerta del restaurante, cuando cogimos el taxi, ni tampoco en las proximidades de mi casa, cuando bajamos de él.

—¿Lo ves? —le dije a J.J., después de abrir la puerta y entrar en el salón—. No nos ha seguido nadie. Si acaso, habrá sido mi ex novio, pero como me enfadé con él por vigilarme el otro día, se habrá retirado al ver que nos percatábamos de su presencia. Sin duda, es él.

J.J. echó un vistazo sin mucho interés al interior de la casa, luego dejó caer su bolsa sobre el suelo, se quitó la gorra y se sentó en un sillón. Fue entonces cuando me di cuenta realmente de lo preocupado que estaba y acerqué mi mano hasta su cabeza para acariciar su pelo.

—¡Déjame! —dijo él con brusquedad—. ¡No me toques!

—Lo siento. Lo siento.

—Necesito pensar —dijo J.J.— Tengo que pensar. Tengo que tomar una decisión esta misma noche.

—Lo siento —insistí, confuso y desairado—. Yo sólo quería...

—Tengo un problema muy serio, parce, y no estoy ahora para...

—Lo entiendo. Lo entiendo —dije dejándome caer sobre una silla.

—¡No! ¡Tú no entiendes nada! ¡Tú te lo tomas todo a broma! ¡Los españoles sois todos...!

—Pues cuéntame, entonces, qué te pasa —dije, furioso—. ¿No estoy acaso intentando saber todo el tiempo qué te pasa? Pero si tú no me dices nada...

—Alguien quiere matarme. Alguien me está buscando para matarme. ¡Eso es lo que pasa! ¿Lo entiendes ya? —dijo J.J., presionándose ambas sienes con los dedos, como si intentara aliviar así un agudo dolor de cabeza.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Quise decir algo, pero no fui capaz de hablar. Me levanté de la silla y me senté en el sofá, cerca de él. Nunca le había visto tan hermoso como cuando levantó su rostro, me miró a los ojos y dijo:

—Tengo que matar a alguien. Tenía que haberlo hecho ya hace

algunos días. Si no lo mato yo, lo matará otro y a mí también me matarán. ¿Lo entiendes, parce? ¿Lo entiendes ya? Yo soy un sicario, un jodido sicario, un asesino a sueldo. Tengo un trato que cumplir y, si no mato, me matan.

Casi hacía tanto frío dentro de la casa como fuera. Así que puse la calefacción y aguardamos a que subiera la temperatura para quitarnos las cazadoras. Preparé café, lo llevé a la mesa del salón y, después de tomar la primera taza, ambos empezamos a charlar de un modo distendido.

—Pero aquella historia del soldado... Tú me dijiste que...

—No. Yo no fui nunca soldado. Yo no soy hijo de un militar. Soy un niño de la calle. Me crié en la calle. Mi vida siempre ha estado en la calle. Ni siquiera conozco a mis papás.

—Pero entonces, ¿qué hay de verdad en aquella historia que me contaste y por qué me la contaste?

—No hay mucha verdad. Te conté lo que tú querías oír, parce. ¡Parecías tan cándido! Me di cuenta de que podía contarte cualquier cosa. En realidad, te conté una historia que me contaron. La historia de un tipo que conocí.

—¿Y en qué se parecía su vida a la tuya?

—En nada. Pero vino como yo, a España, detrás de una mujer. Al tipo ese lo mataron aquí, en Madrid.

—¿En Madrid? Y lo mató otro colombiano, supongo.

—Sí. Otro colombiano. Yo lo conozco. O, mejor dicho, lo conocí. Ya que a él también lo mataron.

—¡Dios mío! ¿Y la historia de Dora? ¿Qué hay de cierto en esa historia?

—Todo lo que te conté de Dora es cierto. Yo vine a España por ella. Vine aquí por amor, pero ella me dejó y ahora está prostituyéndose en Mallorca. No está casada, como te dije, como yo mismo pensaba. Es puta. Trabaja de puta. Un tipo se la llevó o la engañó. No sé... no sé muy bien qué pasó. Su hermana tampoco me dice toda la verdad. Por eso tengo que ir a verla. Quiero ir a verla lo antes posible. Necesito hablar con ella, aunque sea lo último que haga en mi vida. No quiero morirme sin volver a verla. ¿Lo entiendes, parce? ¡Necesito verla!

—¡Sí! ¡Lo entiendo! ¡Te entiendo! —dije, conmovido, palmeando brevemente su hombro—. Te entiendo muy bien. Créeme. Y tienes razón: no es una historia romántica. Para nada. Es una historia triste. Muy triste.

Seguimos bebiendo nuestro café en silencio. Poco después, dejé mi taza sobre la mesa, miré distraídamente hacia la televisión apagada y dije:

—No puedo creer que tú seas realmente un asesino a sueldo.

Serví dos vasos de *Four Roses* sin hielo. El de J.J., con un poco de agua. El mío, solo. J.J. bebió un trago pequeño de su vaso, lo saboreó y bebió otro trago.

—¡Al carajo con el hígado! —dijo.

Yo me senté enfrente de él, con mi vaso en la mano.

—Tú fuiste un niño de la calle, pero entonces... ¿qué pasa con el chico ese del coche y la otra chica...? Son tu familia, ¿no? Yo creía que los chicos de la calle carecían de familia.

J.J. me miró durante unos instantes con ojos inexpresivos. Suspiró. Supuse que aquél no era un tema agradable para él.

—Supongo que he dicho una tontería. Lo siento —me disculpé—. No hables de ello si no te apetece.

—Mis papás murieron cuando yo era muy pequeño —dijo por fin J.J. con la vista clavada en su vaso—. A mi papá lo mataron por error un día al volver del trabajo. Lo confundieron con otro. Y mi mamá murió poco después en una avalancha de barro. Hubo una inundación o algo así. Sólo sé lo que me contaron. Yo tenía tres o cuatro años y no me acuerdo de ellos. Un poco de mi mamá, tal vez. Me recogió mi abuelita y estuve con ella hasta que murió de cáncer. Para mí, mi abuelita fue mi verdadera mamá. Cuando ella murió yo tenía once años. Tengo tíos y tías, claro, como todo el mundo. Tengo primos y primas... Pero no los conozco a todos y a la mayoría de los que conozco, tampoco los trato. ¿Para qué? En las casas de mis primos había mucha gente y yo estorbaba, sabía que estorbaba, que estaba de más. Me lo decían ellos mismos. Así que empecé a vagabundear. Empecé a buscarme la vida por mi cuenta. Me quedaba en la calle. Hacía la vida en la calle...

Hasta que conoció a un viejo homosexual, que lo recogió y lo alojó durante casi tres años en su casa. No sólo le alimentó y le cuidó, sino que le educó, le enseñó a hablar, a pensar, a saber comportarse. Lo presentó como el hijo huérfano de una prima pobre y lo trató como tal. En tres años aprendió muchas cosas con él. J.J. incluso le tomó cariño. Ya se había acostumbrado a aquella vida cómoda y agradable cuando de pronto se vio de nuevo en la calle.

—¿También a él lo mataron?

—No. Vive todavía, el viejo cabrón.

—¿Qué pasó?

—Se cansó de mí y me botó. Eso es lo que pasó. Le gustaban los niños pequeños y yo me hice mayor... Se buscó una excusa. Dijo que yo le había robado dinero para comprarme una moto. Pero no se lo robé yo. La moto era prestada. Me la dejó un amigo durante una semana a cambio de un favor que yo le hice. Siempre me han gustado las motos, ¿sabes, parce? Me vuelve loco la velocidad. ¿Ves esta cicatriz? ¿La ves? —se levantó el jersey y me mostró una línea recta blanquecina, que descendía por su abdomen hasta el borde del pantalón—. ¿Y ves esta otra cicatriz? Era un agujero. Por aquí me entró un fierro que me perforó el intestino. También me entró otro fierro por la pierna. Tuvieron que abrirme en canal para coserme el intestino. Me salvaron de milagro. Ocurrió el verano pasado en Madrid. Eran las cinco de la mañana. Yo iba a toda velocidad. Salí de la M-30, giré demasiado deprisa al tomar un puente y me estrellé contra la barandilla. Me quedé tirado en el suelo, inconsciente, y me desperté varias horas después en un hospital. Tenía todo el cuerpo lleno de tubos y de cables. Me preguntaron cómo me llamaba, pero no lo sabía. No llevaba la documentación encima y nadie pudo averiguar quién era yo. Me gustan las motos, ¿sabes, parce?, y sé que, cuando tenga otra oportunidad, volveré a correr. Pero aquella moto me la prestó un amigo. Yo no la compré. Fue otro quien le robó el dinero. A veces llevaba niños a la casa. Quería que yo mismo se los consiguiera en la calle. O tal vez no le robó nada nadie. Me hice mayor y empezó a darme de lado. Se inventó esa excusa para botarme a la calle, el viejo hipócrita, el viejo cabrón.

Después vino un breve período de delincuencia y de bandas callejeras. Un período duro de supervivencia, hambre y miseria. Hasta que conoció a Dora y ella le salvó, le devolvió la conciencia, le hizo sentirse de nuevo humano. No, no fue él quien la ayudó a ella. Fue al revés. Ella a él. No le gustaba mentir, pero... La historia del otro tipo era parecida. También él había venido a España en busca de una mujer. Había muchos casos parecidos. La suya no era una situación especial. Casi todas las chicas abandonaban a sus novios nada más llegar a España. La mujer quiere posición, estabilidad económica, y sabe que eso no lo conseguirá con un novio sin papeles. Para que le den el permiso de residencia o la nacionalidad tiene que casarse con un español. Y Dora era ambiciosa. Sabía muy bien lo que quería. A pesar de todo, estaba seguro de que lo seguía queriendo. En Colombia le había ayudado muchas veces a escondidas de su madre, le había buscado incluso alojamiento, cuando no tenía dónde dormir, como una vez en casa de una vecina viuda, con la que, por cierto, se acostó

la primera noche... Al principio, él no quería a Dora. Se acostaban juntos y se dejaba querer. Muy curioso. El amor vino más tarde, casi sin darse cuenta, después de una pelea y de varios días sin hablarse. El amor le pilló por sorpresa. Le dejó ciego y anonadado. Nunca hubiera imaginado que el amor fuera aquello, una sensación semejante. Algo tan terrible y tan maravilloso. Algo tan dulce y a la vez tan doloroso. Era la primera vez que se enamoraba y no quería volver a enamorarse nunca más. Para él el amor sólo tenía un nombre: Dora. Ninguna otra mujer había sido capaz de despertar en él una pasión semejante. Estaba seguro de que ella aún lo quería. Algo le había pasado para que desapareciera así, de repente, sin dejar huellas, para que no quisiera volver a verle. Se la había llevado un tipo. La tenía retenida por la fuerza, seguro, un tipo que la obligaba a prostituirse.

—Tu vida ha sido muy dura —dije—. Ya lo veo. Pero ¿por qué te quieren matar? ¿Y por qué tienes tú que matar a alguien? ¿Cómo conseguiste llegar a España? ¿Estás metido en algún cártel de la droga o en alguna mafia?

J.J. bebió un sorbo de su vaso y permaneció callado durante algunos segundos, sin mirarme.

—Demasiadas preguntas, parce —dijo finalmente.

—Está bien. Olvídalo. ¿Y esa cicatriz que tienes en la frente? ¿Cómo te la hiciste? Eso sí podrás contármelo, ¿no?

—¿Qué cicatriz? No tengo una. Tengo varias.

—¡Es cierto! —exclamé inspeccionando su frente, en la que detecté varias marcas sonrosadas junto al nacimiento del pelo—. ¿Qué pasó?

—¡No te lo vas a creer! —dijo sonriendo—. Un amigo mío solía partirse vasos en la cabeza de un solo golpe. Lo hacía muy bien, como esos chinos que parten ladrillos con la mano y ni siquiera se hacen daño. Entonces yo quise intentarlo un día y me estampé un vaso en la cabeza. Rompí el vaso, sí, pero casi me rompo también la cabeza.

—¡Joder! ¿Cómo pudiste hacer eso? ¡Y te clavaste los cristales! —dije besándole la frente—. ¿Estabas loco, o qué?

—Son ese tipo de cosas que hacen los chicos de la calle.

# CAPÍTULO VI

Habíamos apagado hacía un buen rato las luces del salón y J.J. trataba de atisbar desde las ventanas, escondido entre las cortinas, los movimientos de la calle.

—Ya me gustaría creer que fue tu amigo quien nos siguió —dijo—. Ojalá hubiera sido él, pero estoy seguro de que no lo era. ¿Qué coche tiene tu amigo? ¿De qué color?

—Quién sabe —dije yo, intentando disimular un bostezo—. El suyo es azul, pero puede haber cogido el de su hermana, que es rojo, o el de su padre, que es gris. Sabe que distinguiría enseguida su Mondeo azul y que...

—Yo no voy a dormir esta noche. Duerme tú, si quieres, parce —dijo J.J., sentándose a mi lado, en el sofá—. Son casi las cuatro de la madrugada. Vamos, duerme. Duerme aquí mismo, en el sofá, si quieres.

—De acuerdo —dije con los ojos cerrados, arrellanándome y alargando una mano hacia él—. Pero quédate cerca, por favor. Muy cerca.

—Tengo que pensar qué voy a hacer mañana —dijo como para sí.

—J.J. —susurré, cogiendo una de sus manos—, tú no has matado a nadie, ¿verdad? —comencé a acariciarle la mano. Era su mano derecha, la misma con la que tendría que agarrar la pistola y disparar, pensé. Ahí estaba el dedo índice, el mismo dedo con el que apretaría el gatillo—. Una persona como tú, capaz de amar tanto, no puede matar a nadie. Yo sé, J.J., que tú eres bueno.

—A veces se puede matar por tonterías —dijo J.J., con un suspiro —. A un amigo mío lo mataron por...

—¿Otro amigo tuyo muerto? ¿A cuánta gente has visto morir, J.J.?

—He visto morir a mucha gente. Gente que estaba a mi lado y que caía fulminada de un balazo cuando menos lo esperaba. La vida humana en Colombia no vale nada.

—¿Qué le pasó a tu amigo? ¿Por qué lo mataron? ¿Es una historia triste o romántica?

—Ni triste ni romántica. Es una historia corriente, como tantas

otras. Todo fue muy rápido, como ocurre siempre. Cuando quieres darte cuenta de que te van a matar, ya estás muerto. Al menos, no sufres... Y al tipo ese lo van a matar de todas formas, ¿entiendes? Si no lo mato yo, lo matará otro. Está sentenciado. No tiene escapatoria. Con ellos, no. Y yo también estoy sentenciado. Ellos me pagaron el pasaje. Yo no tenía medios y me lo arreglaron todo, ¿entiendes?, pero con una condición... ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí, creo que sí.

—Por verla a ella, por venir a España, acepté cualquier condición, y ahora ellos me ordenan que cumpla mi parte del trato. Aunque quisiera, ya no puedo hacer nada. Es irónico, ¿verdad? Estoy fuera. Ahora mismo estoy en el otro lado. Más tarde o más temprano, vendrán también a por mí. Si no es hoy, será mañana. Yo lo sé. Por eso los estoy esperando. Pero te aseguro que no les saldrá gratis mi muerte.

—Tú no vas a morir, J.J. —dije yo, entrelazando sus dedos con los míos—. Tú eres fuerte y valiente. Debes vivir para hacer grandes cosas. Tú no eres como los demás. Perteneces a la casta de los jefes...

—¡Bah! Yo soy como cualquier otro. Tú estás borracho y no sabes lo que dices. Te gusto. Eso es todo. Estás deseando chuparme la polla y por eso me ves así. De todas formas, a menudo mueren los valientes, los fuertes, y sobreviven los débiles, los estúpidos, los cobardes. El mundo es así y tú lo sabes. En las guerras siempre mueren los mejores. Y en la vida pasa igual. Vamos, duerme, duerme... Yo me quedaré aquí. Necesito pensar.

—No, no quiero dormir —dije, dejándome caer definitivamente sobre el sofá, pero sin soltar aún su mano—. ¿Por qué quieren que mates a ese hombre? ¿Qué es lo que ha hecho?

—No lo sé. ¡Vete a saber!

—¿Es español o colombiano?

—Colombiano, creo.

—Entonces, ¿no lo conoces?

—No personalmente. Pero tengo una foto suya y sé dónde vive. Bueno, le vi un día desde lejos. Conozco lo suficiente de él para no confundirle con otro.

—¿Tienes una foto suya? ¡Por favor, déjame verla!

—¡No! ¡Y basta ya! ¡No quiero hablar más de ese asunto!

—¿Cómo se puede matar a alguien así, sin tener un motivo? No lo entiendo.

—Si no lo mato yo, lo matará otro. Ya te lo he dicho. ¡Y a mí también me matarán! De modo que seremos dos personas muertas. Pero si lo mato yo, sólo habrá una persona muerta. Y tú no quieres

que muera, ¿verdad?

—No, pero tampoco que mates.

—¡Déjame! —dijo J.J., desprendiéndose de mi mano y levantándose súbitamente del sofá. Comenzó a dar vueltas por el salón. Yo apenas podía ver el bulto de su cuerpo moverse de un lado para otro—. ¡No sé qué me pasa! ¡Estoy loco por hablar contigo de todas estas cosas! Tú sabes ya demasiado y eso es peligroso. ¿Me conoces acaso? ¿Te imaginas lo que soy capaz de hacer? ¡No! ¡Sólo sabes que te gusto! Y porque eres gay y te gusto te sientes muy seguro conmigo, ¿verdad?

—Existe eso que se llama *factor humano*. Y tú eres humano. Con eso me basta.

—¡Tonterías! Cuando la gente mata, ¿dónde está el factor humano? ¿Quién tiene piedad de quién?

—Mucha gente tiene piedad de otras personas —dije yo, incorporándome—. Hay asesinos a sueldo, de acuerdo, gente que hace el mal por dinero, pero también hay personas que ayudan a salvar vidas a cambio de nada, sólo por el deseo de hacer el bien. ¿Has oído hablar de las ONG? Ese hombre puede salvar su vida si tú le adviertes del peligro que corre —de pronto me sentí fascinado con mi propia idea y me acerqué a él—. ¡En vez de matarle, podrías ayudarle a huir! ¡Y tú huirías después a cualquier sitio! ¡Así, en vez de uno o dos muertos, no habría ninguno! ¿No sería maravilloso?

—¡Sí, maravilloso! ¡Tú no sabes lo que dices! ¿Crees que esto es un juego? ¡Más tarde o más temprano nos matarían a los dos! Esa gente no perdona. ¡No perdona jamás! ¿Estás loco? ¡Advertirle yo del peligro! A saber lo que haya hecho ese tipo, la de gente que se habrá cargado él. Las cosas no son tan sencillas. ¡Dios mío! —exclamó, agarrándose con ambas manos la cabeza—. ¿Cómo soy tan estúpido? ¿Cómo puedo estar hablando de todas estas cosas con...?

—¡Eh, eh! ¡No lamentes haberme conocido! ¡Agradece la suerte que tienes! En este momento soy la voz de tu conciencia. Lo que pasa es que te niegas a oír la voz de tu conciencia. Y también soy tu única posibilidad. Además, no mezclemos las cosas, ¿vale? ¿Qué tiene que ver en todo esto que yo sea gay? ¿Tres años acostándote con el viejo pederasta y aún tienes prejuicios? ¡No me jodas!

—¡No me jodas tú a mí! Además, eso quisieras tú, ¡que te joda!

Ambos nos quedamos de pronto callados, el uno enfrente del otro, contemplando en la oscuridad el brillo de nuestros ojos (un leve viso enfermizo detecté en los suyos), oyendo la respiración agitada de nuestros pechos y sintiendo incluso los latidos acelerados de nuestros corazones. Entonces caí en la cuenta de que éramos dos completos

desconocidos, de que estábamos solos en mi casa y de que él tenía una pistola en aquella bolsa. Sus ojos me seguían mirando, inclementes, en medio de la oscuridad, y yo me dije: “¿Qué estoy haciendo? ¿Qué es todo esto? ¿En qué lío me he metido?”

Famosa por su belleza. La India. Ya entiendo. Me está hablando de una mujer. ¿La India? Supongo que allí habrá muchas indias. Es como llamar la Negra a una mujer de África. Pues sí, la India. No, no todas las mujeres son indias. Donde yo te digo muchas son blancas. O cholas. Pero la india era pura india. Vivía en un extremo de la barriada, allá a las afueras, casi en el campo, en una casucha de mala muerte. Estaba casada con un vagabundo, con un tipo extraño y solitario. Se habían conocido en las montañas, donde ella vivía con su familia, cuidando cabras. ¿Cabras o vicuñas? No, cabras. Allá también hay cabras. Un día el vagabundo bajó a la ciudad con ella y empezó a trabajar en una panadería. Ya te he dicho que era un tipo muy extraño y solitario. Casi nunca hablaba con nadie. Iba de acá para allá siempre solo y la gente decía que era brujo. Freddy era mi amigo, un buen tipo Freddy. ¿Pero Freddy era el vagabundo? No, el vagabundo era otro. No sé cómo se llamaba el vagabundo. No escuchas. No entiendes lo que te digo. Mejor, duérmete. Olvídalo. No, no, por favor, cuéntame. Es que a veces no te entiendo. Será por tu acento o por tu forma de hablar. Lo siento. Acércate. No. Estoy bien aquí. Acércate para que te oiga mejor. Déjame. Olvídate de mi mano. Está bien. ¿Qué pasó con Freddy? Freddy era muy alegre. Muy cachondo, como decís por acá. Tenía veinticinco años. Sí, casado y con dos hijos, dos niños de seis o siete años. Quería mucho a su mujer y era muy feliz. Tenía un taller mecánico propio y, a veces, después de comer, cuando no estaba muy ocupado, nos sentábamos con él, otros muchachos y yo, y jugábamos una partida de póker. Freddy, buen tipo Freddy. Pero luego conoció a la India y su vida se jodió. Ya no era la misma persona. ¿Entiendes, parce? ¿Entiendes lo que te quiero decir? Si lo entenderé bien. Lo mismo de siempre. El mismo rollo de siempre. Él también cambió cuando conoció a Dora. ¡Y yo! ¡Yo cambié cuando le conocí a él! Es el amor, ¿sabes? El amor cambia a las personas. Tiene mucho poder el amor. El amor es la energía que mueve el mundo. Tú no estarías aquí, si no fuera por amor. No estarías metido en este lío si no fuera por amor. Tú mismo me lo dijiste. Sí, te lo dije... Y nacemos por amor. Pero mucha gente muere por culpa del odio (ese odio estúpido y gratuito que también mueve el mundo). ¿De qué hablas? La muerte. ¿Qué sabrás tú de la muerte? No tiene nada que ver con el amor. ¿A

cuántas personas has visto morir? Yo he visto morir a mucha gente. Bueno, sigue. ¿Qué pasó con Freddy? ¿Qué pasó con la India y el vagabundo? La vio pasar por la calle. La vio un día y se volvió loco por ella. A todos nos gustaba la India, claro, pero a Freddy le dio más fuerte. Perdió la razón por aquella mujer. La India era una de esas mujeres raras y misteriosas. Te miraba y... ya sabes. Temblabas. Se te caían los calzoncillos. Qué se yo. Freddy se volvió loco por ella. Le echó un hechizo. Seguro. Ella también debía de ser bruja. Se volvió distante, introvertido. Se ausentaba de casa y regresaba bastante tarde. Ya no se ocupaba de su mujer y de sus hijos. Tenía abandonado el taller. Desaparecía a veces. Y su mujer empezó a ponerse celosa. Gritaba y maldecía. A veces iba por la calle hablando sola. Freddy y la India se encontraban en algún sitio. Todo el barrio lo sabía, aunque nadie los había visto juntos. Su marido tenía que ir a trabajar por las noches a la panadería y ella se quedaba sola. Decían que él no sabía nada, que no sospechaba nada. Un día estábamos sentados en la puerta del taller, sentados a una mesa de madera. Éramos cuatro jugando a las cartas y Freddy rondaba por allí de vez en cuando. No paraba de tontear conmigo, de gastarme bromas pesadas. Me daba manotazos en el hombro y todo eso, me movía la silla y apenas me dejaba jugar. Estaba muy contento ese día por algo. Freddy, joder, basta. Seguro que tenía una cita por la noche con la India y por eso estaba tan contento. ¡Freddy! No paraba de bromear. Me impedía casi concentrarme en el juego. ¡Freddy, basta, Freddy! Por eso me alegré cuando oí que se acercaba una moto al taller. Ahora estará ocupado y me dejará en paz durante un rato, pensé. ¿Freddy Álvarez, el mecánico?, oí que preguntaba un chico. Nosotros seguíamos jugando, estábamos tan entusiasmados con el juego que ni siquiera miramos a los recién llegados. Freddy levantó la vista al oír su nombre y entonces sonó el disparo. Fue algo tan súbito que, cuando quisimos darnos cuenta, la moto se alejaba calle arriba y Freddy yacía en el suelo con un agujero en la frente. Un segundo antes, Freddy zarandeaba mi silla bromeando conmigo y ahora estaba ahí tirado, con un charco de sangre en torno a su cabeza. Una mujer salió a la calle y, al ver a Freddy en el suelo, se puso a gritar. La gente de las casas próximas salió también a ver qué pasaba. Los niños y las mujeres comenzaron a gritar y a llorar. Cómo hubiéramos podido pensar que a Freddy... Todo el mundo le quería. Los sicarios matan así. Suelen ir dos en una moto. Uno maneja y el otro dispara el arma. Preguntan por el tipo que buscan y, antes incluso de que éste responda, sólo con que les mire a los ojos, ya saben quién es y le disparan.

—Y ¿nadie los detiene? ¿Nadie investiga el caso?

—¿Qué caso? Tú no sabes lo que dices. Aquello es Colombia.

—Entonces, ¿todos esos crímenes quedan impunes para siempre?

—Por supuesto.

—¡Joder! ¿Y cómo pueden matar así y quedarse tan tranquilos? ¿Qué clase de personas son esos sicarios?

—Son chicos de la calle. Viven a salto de mata y les da igual todo. Cuando van a matar, lo hacen drogados o borrachos. Nadie podría hacer algo así sin tomar algo. Y esos chicos toman algo.

—¿Qué pasó con la India y el Brujo? ¿Contrató él a los sicarios?

—Nadie sabía por qué habían matado a Freddy. Todo el mundo le quería en el barrio. Nadie tenía nada contra él.

—Pero si todos sabían que era el amante de la India... ¿O fue su mujer la qué...?

—Su mujer le lloró durante mucho tiempo.

—Cuando se quiere de verdad...

—La India no volvió a ser la misma de antes. Cuando salió a la calle, al cabo de una semana, ya era completamente vieja y fea.

—¡Venga ya! ¡Parece un relato de García Márquez! ¡Si era joven y guapa antes de morir Freddy, seguiría siéndolo durante mucho tiempo, digo yo!

—¡No! ¡Nada de eso! Se volvió vieja y fea en una semana. Todo el mundo pudo verlo. Decían que el Brujo le había echado una maldición.

—Ah, ya entiendo. Siendo vieja y fea, ningún otro hombre querría acostarse con ella, ¿no es eso? Nadie, salvo él, por supuesto. Pero, ¿por qué no le echó esa maldición antes de matar a Freddy? De haber sido vieja y fea, él mismo se habría cansado de ella y la habría abandonado.

5.40 de la mañana. J.J. se ha tumbado en el sofá y también a él empiezan a cerrársele los ojos de sueño o de cansancio, pero no quiere dormirse y trata de distraerse conversando conmigo. La experiencia con el chapero le hace gracia y se ríe a carcajadas.

—¡Sesenta euros por un beso! —dice—. ¿Cuánto me darías a mí entonces por un beso?

—Nada. Un beso tuyo lo quiero gratis.

Silencio. Es el momento. ¿A qué espero?

—Si deseas comer algo... —Pero ¿por qué hablo ahora de comida? ¿Soy tonto o qué?— ¿Un sándwich de salmón ahumado o de jamón y queso?

—No. No tengo hambre. Los españoles siempre estáis comiendo.

Yo como muy poco. A veces he estado varios días sin comer y no me ha pasado nada.

—¡Vaya! ¡Me olvidé de que eres un tipo duro! ¡Perdona! Por cierto, a ti no te gustan nada los españoles, ¿verdad? ¿Por qué has venido a España, entonces?

—Por Dora. Ya te lo dije.

—¡Ah, sí, es verdad!

—¿Qué haces ahí? —dice J.J., al cabo de un rato, como desperezándose de un sueño—. ¿Qué te pasa?

Es el momento. Ahora, ahora.

—Hace un poco de frío. ¿Subo más la calefacción? —Pero ¿por qué me muestro evasivo?— Parece que hace frío aquí, ¿verdad? ¿O quieres una manta?

—No. No quiero ninguna manta. Ya sabes que soy un tipo duro.

Ahora. Es el momento. Ahora. Si me acerco a él, no me rechazará. Sí, lo noto desde aquí. Lo está deseando. Joder, sólo tengo que acercarme a él y... ¿A qué estoy esperando? ¿Por qué soy tan idiota y no voy?

—¿Quieres más café?

—Okey. ¿Tú, también?

—No. Gracias. No me apetece. Ahí tienes el termo. Sírvete tú mismo —y ahora me pongo antipático. ¿Por qué soy así? ¿Por qué?

—¿Qué haces ahí? —dice J.J.— ¿Qué te pasa? —me quiere provocar.

—Duérmete, por favor. Dime a qué hora quieres levantarte y te llamaré. ¿De qué sirve estar toda la noche en vela?

—No. No quiero dormir. Tengo que pensar —dice J.J.

—Pensar, pensar... —digo cogiéndole la mano.

—Y ese amigo tuyo, ese ex novio o lo que sea... ¿por qué te sigue? ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros para que...?

—¡Bah! ¡Es un pesado! No me preocupa en absoluto que me siga o que me vigile. Dice que es por mi bien. Cree que va a conmoverme o algo así. Ahora dice que me quiere. Pero no me quiere, me necesita, que es algo muy distinto. Se ha acostumbrado a mí o, mejor dicho, no tiene adónde ir. No puede volver a su casa con su padre, ya que, aparte de que no lo soporta, significaría un fracaso y una derrota para él. Tiene que vivir solo, pues su otro novio le ha dejado, pero Pedro no es de los que saben vivir solos. Le conozco muy bien. Necesita apoyarse en alguien. Si al menos viviera su madre... Yo la conocí y era una buena mujer. Muy cariñosa y amable. Nos caímos bien desde el principio. Su padre, sin embargo, es un homófobo y no me puede ni ver. Cree que yo pervertí a su hijo. Ya sé que todo eso es ridículo,

anacrónico, pero aún hay padres así. La madre de Pedro, como cualquier otra madre, aceptó enseguida la homosexualidad de su hijo, pero su padre... Él, ¡qué va! "¡Un maricón en mi casa!", creo que dijo. "¡De eso, nada! ¡Si es maricón, no es mi hijo!" Y lo tiró a la calle. Conocí a Pedro casualmente la misma noche en que su padre lo echó de casa. Me lo presentó un amigo mío que lo acababa de conocer en un pub un rato antes y al que le había contado todas sus penas. Pruden recordó que yo estaba solo y pensó que tal vez podría interesarme. Pedro tenía veintidós años y yo casi treinta. "Oye", me dijo Pruden por teléfono, "que he conocido a un chico de tu tipo. Su padre lo ha tirado de casa. Ha salido con lo puesto y no tiene adónde ir. Me inspira total confianza. Si no fuera así, no te lo recomendaría. ¿Por qué no lo ves y decides después? Sólo tendrías que alojarlo durante dos o tres días hasta que el chico arregle su situación. Ya sabes que yo no puedo llevármelo a mi casa". Acudí al pub enseguida, guiado por la curiosidad, pero nada más ver a Pedro me sentí decepcionado. No me gustaba en absoluto. Creo incluso que me desagradaba. No me atraía físicamente. No era mi tipo. Tenía el pelo largo y a mí me gustan con el pelo corto. Era pálido y apocado y a mí me gustan morenos y un poco chulos, ya sabes. Tampoco me gustaba su frente saltona ni su nariz ligeramente torcida. "¡Menudo compromiso tener que cargar con este tipo!", pensé, y maldije a Pruden por haberme metido en semejante lío. Sin embargo, Pedro parecía un buen chico, muy serio y formal, y me dio un poco de pena, así que lo llevé a casa. Sólo por educación, le dirigí la palabra cuando bajábamos las escalerillas del metro. Dije: "¡Qué noche más calurosa" o algo así, aunque sin mirarle siquiera a la cara, ya que me desagradaba tanto que no soportaba mirarle a la cara, y él hizo un comentario que me sorprendió. Fue algo divertido, algo con sentido común. No una frase hecha, sino uno de esos comentarios que denotan sensibilidad e inteligencia, y al momento algo se removió dentro de mí y cambié de actitud hacia él. Tenía una voz tan agradable y sus palabras eran tan sensatas y coherentes, que empecé a escucharle cada vez con mayor atención y a valorarle, si no como objeto de deseo, al menos como persona. Ya en casa, durante la cena, Pedro estuvo verdaderamente encantador. Comía muy poco e increíblemente despacio (llegué a la conclusión, más adelante, de que tiene un ritmo biológico distinto al de las demás personas) y, mientras tanto, me miraba con sus ojos dulces, llenos de agradecimiento. Era un chico tan sencillo y tan amable, que no tuve más remedio que tomarle cariño. Durante aquellos primeros días que estuvo conmigo, se comportó excelentemente. Me ayudaba en todo e incluso evitó darme la lata con

sus problemas personales. Sólo si yo le preguntaba, me contaba alguna anécdota simpática de su padre o de su madre y los dos nos reíamos. Dormíamos en la misma alcoba y recuerdo que, durante aquellos días, yo me sentí mucho más feliz y tranquilo teniéndole a mi lado. Seguía sin gustarme su pelo largo, la verdad. Tampoco me gustaban su nariz o su frente. No lo deseaba sexualmente, pero me agradaba de algún modo en muchos otros aspectos. Y así pasaron varios días, hasta que volvió a su casa gracias a la intervención de su madre, quien lo reconcilió con su padre. Reconozco que me sentí aliviado cuando se fue. Aquél no era el chico con el que yo había soñado para formar pareja, me dije, así que seguiría buscando. Pedro era un buen chico, un buen compañero, pero yo no quería un buen compañero, sino alguien que me volviera loco de deseo. Y, sin embargo, ocurrió algo paradójico. Después de irse, comencé a pensar en él. Le echaba de menos cada día más. Al principio, como compañero y como amigo, pero después de otra forma. Comencé a recordar sus gestos, sus sonrisas, su manera de hablar… hasta que me di cuenta de que también lo deseaba físicamente. Cada día su ausencia se me hacía más insoportable. Llegué a idealizarlo y hasta pensé que no era feo, sino guapo. Me dije que tenía que volver a verlo para resolver mis dudas y saber definitivamente si me gustaba o no, si me atraía físicamente o no. Pasaron unos diez días hasta que me atreví a llamarle por teléfono y, cuando por fin oí su voz, sentí tal conmoción, que me dije: “¡Dios mío, estoy enamorado!” Y lo estaba. Lo estaba. Ahora ya no tenía la menor duda de que me había enamorado de él. De pronto me parecía un chico maravilloso. El chico más guapo y encantador que había visto en mi vida. Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo podía pensar eso de alguien por quien había sentido tanto rechazo físico? No es habitual que el gusto cambie hasta ese punto. El caso es que le dije que quería verle y él prometió hacerme una visita, aunque no me dio una fecha concreta. Pasé una semana angustiosa, terrible, esperando que viniera. Y un día, por fin, tocaron el timbre de la puerta y era él. Casi no lo reconocí. Se había cortado el pelo y estaba guapísimo. ¡Supe que, efectivamente, estaba enamorado de él! Aquél era el chico de mis sueños, me dije, el chico que yo había estado buscando toda mi vida. Le invité a cenar, pasamos una velada deliciosa y, cuando terminamos, le propuse ya sin ambages que se viniera a vivir conmigo. No fue muy difícil convencerle, ya que él también lo estaba deseando. No sé yo si le gustaba o si solamente le caía bien, pero lo cierto es que pasamos dos años muy felices, ¡realmente felices!, hasta que conoció al otro y me dejó... Ahora sé que nunca sintió verdadero deseo por mí. Tal vez yo no era su tipo, aunque le agradaba en algún otro sentido. Pero dice

que me quiere. ¡Quién sabe! Cuando me dejó, me hundí en la desolación más profunda. Creí que me iba a morir y todo eso. No le encontraba sentido a nada, ya sabes... Lo de siempre... Me abandoné físicamente. No comía, no dormía. Hasta aquel día en que Pruden vino a buscarme y me llevó al bar de chaperos, aquel día en que tú y yo coincidimos en el autobús... Ahora Pedro dice que me quiere. Dice que no se había dado cuenta de ello hasta que se fue. Quizá es verdad. No lo sé. Tal vez le ha pasado lo mismo que a mí, pero con dos años de retraso. Aunque ahora yo no estoy seguro de quererle. Los sentimientos sufren este tipo de cambios. No podemos gobernar los impulsos de nuestro corazón y queremos a veces a quien menos se lo merece... Pero Pedro es de esas personas que sí merecen que uno las quiera. Si le conoces, no puedes evitar quererle. ¡Y yo le quise tanto, ay, J.J.! ¡Si casi me estremezco de pensarlo! ¡Y eso que llegué a sentir rechazo por él cuando le conocí, que ni siquiera podía mirarle a la cara de tanto como me desagradaba! Pero ¿cómo es posible? ¡Creía que era feo y luego me parecía tan hermoso! A veces no dejo de preguntarme cómo es posible que le quisiera así, hasta ese grado de locura. ¡Si respiraba por él, si adoraba cada uno de sus gestos y movimientos, cada una de sus palabras, la forma en que dormía, su modo de caminar, el olor que dejaba en su ropa...! ¡Ay, J.J., no puedes imaginarte cuánto le quise!

—Le quisiste y le quieres, parce.

—No. Yo ya no le quiero. ¡Te quiero a ti, J.J!

—Le quieres. Aún le quieres...

# CAPTÍTULO VII

7.45 de la mañana. Ya ha empezado a amanecer. J.J. y yo estamos desayunando en la cocina huevos con jamón, pan tostado con mantequilla y café.

—Un carro. Eso es todo lo que necesito —dice J.J., dejando caer el cuchillo y el tenedor sobre el plato—. Un carro y me largaré de aquí. ¿Puedes prestarme tú un carro?

—¡Come! ¡Acaba con el desayuno! Vas a necesitar las energías para el resto del día. Quién sabe cuándo volverás a comer.

—No me apetece comer más. Gracias. ¿Puedes prestarme tú un...?

—¡No! Yo no tengo coche.

—Pues tienes que conseguirme uno, parce. No puedo arriesgarme a coger el autobús o el metro, ¿entiendes? Y no quiero robarlo. ¿Entiendes lo que te digo?

—No. No sé cómo voy a conseguir un choche. No puedo pedírselo prestado a nadie. No obstante... —digo pensativo—, podría... podría alquilarlo. ¿Te sirve un coche alquilado?

—Sí, claro. A eso me refiero. Tú alquilas un coche y lo traes hasta la puerta, o que lo traigan ellos hasta la puerta. Yo bajaré entonces y, si no hay nadie esperándome, me largaré de aquí. Me iré lejos. Tú ganas, parce. No mataré a ese tipo. Yo me voy de aquí y que ellos se arreglen.

—¿Y qué pasa si están esperándote?

—Pues mala suerte. Sacarán las armas y...

—Y tú también sacarás la tuya, ¿no? Pero no puedo creer que estén esperándote. Nadie nos siguió. ¿Cómo van a saber que estás aquí?

—Puede que te vigilen a ti desde hace días. ¿No has visto nada raro? Saben que me conoces, que nos traemos algo entre manos, y tal vez te controlan a ti también. Pero tranquilo. No te harán ningún daño. Sólo van a por mí.

—Yo no he detectado nada. No puedo creer que...

—Esos tipos están ahí, parce, te lo digo. Alguien nos vio subir juntos anoche. Yo sé que están ahí. Por eso necesito un coche. Con un poco de suerte, conseguiré escapar y me largaré de aquí.

—¿Y después?

—No te preocupes por el coche. Lo dejaré cerca de alguna estación, en Barcelona o en Valencia. Todavía no sé dónde. Allí podrá recogerlo la empresa de alquiler.

—No me refiero al coche. ¿Qué harás tú después? ¿Cómo vas a sobrevivir?

—Yo soy un superviviente, parce. Sobreviviré. No te preocupes por mí.

—De acuerdo. Iré a por el coche.

—Hazlo bien para que no te sigan. Nadie debe saber que has alquilado el coche. Que lo traigan ellos hasta la misma puerta y que dejen las llaves en el buzón. Explícaselo todo bien.

—Espera un momento —digo de pronto reflexionando—. Si lo alquilo por Internet, ni siquiera tendré que salir de casa, ¿no?

—¡Bien! ¡Muy bien! —exclama J.J.— Hazlo como sea, pero consígueme el coche.

—De acuerdo, te conseguiré el puto coche, pero con una condición.

—¿Qué condición? No es mi mejor momento para... No creo que ahora mismo podamos follar.

—Ahórrate eso, ¿vale? ¿Qué clase de persona crees que soy? ¿Te imaginas que sólo pienso en el sexo? No, nada de sexo. Gracias. Sólo quiero que avises a ese tipo para que no le maten. Esa es mi condición.

—¿Otra vez con eso? ¡Tú estás loco! —masculla J.J., de malhumor —. Yo no voy a hacer nada. ¡Me matarán con él, si no lo han matado ya!

—Iré yo mismo a avisarle, entonces. No te preocupes. Tú sólo tienes que darme su foto y decirme dónde vive —J.J. se pone a dar vueltas por la cocina, muy nervioso y alterado. “Casi no lo conozco”, me digo. “No sé nada de este tipo y estoy jugando con fuego. ¿Por qué no lo dejo estar?”— Dame la foto —insisto—. ¡Vamos, dame la foto!

—¡Plomo, eso es lo que te voy a dar! —dice él en voz baja, como hablando para sí.

—¡Por favor!

—¡Plomo! —grita rechazándome de un manotazo.

—¡Dame la jodida foto!

J.J. no entiende o no escucha lo que le digo. Me mira con ojos extraviados, ausentes. Tengo la sensación de que va a lanzarme un plato a la cabeza o de que sacará la pistola de la bolsa y me pegará un par de tiros. Sin embargo, parece que se controla. Se dirige al salón y vuelve después con una hoja medio doblada, donde hay impresa una foto de mala calidad. Casi no me atrevo a mirarla. Es demasiado

obsceno, me digo, ver el rostro de alguien que va a morir cuando ni él mismo lo sabe. Aún así, miro la foto un poco de soslayo.

—¡Eh! ¡Pero si aquí hay tres personas! —digo, sorprendido. Luego observo la imagen detenidamente y comprendo. En el centro hay un hombre moreno, sin duda latinoamericano, no muy alto, de unos cuarenta años; a su izquierda, una mujer de su misma edad, seguramente su esposa, y a su derecha, un niño de unos diez o doce años—. ¿Es él? ¡Pero si es un padre de familia! ¿Ibas a dejar a una mujer viuda y a un niño huérfano?

—¡Vete ya! —dice J.J., impaciente—. ¡Pero no sabes lo que haces! ¡Y vuelve pronto! ¡Necesito un coche para largarme de aquí!

El hombre, la verdad, no tiene muy buen aspecto. Su cara provoca cierta antipatía. Tal vez estaba enfadado por algo cuando le hicieron la foto, una foto para la que no posó, sino que se la tomaron por sorpresa, al entrar o al salir de su casa, quizá. La mujer y el niño parecen asustados. “Desde luego”, me digo, “tiene pinta de mafioso. Pero, aún así, ese tipo merece vivir como todo el mundo”.

—Necesito la dirección —digo—. Tengo que ir a avisarle cuanto antes.

—¿Y qué vas a decirle?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo por el camino.

—No entres en su casa. Háblale en la puerta cuando te abra. Dile lo que sea y sal de allí corriendo. Que no te retenga. Ni respondas a sus preguntas. ¿Me oyes? Si no es tonto, comprenderá enseguida.

—Dame la dirección.

—Está bien —dice J.J., resignado, mientras rebusca en su cartera. Saca un papelito arrugado y me lo entrega—. ¡Toma la jodida dirección!

Yo le echo un vistazo rápido al papelito.

—Aluche —digo—. Tardaré un buen rato. Eso queda en la otra punta de Madrid.

—Tarda lo menos posible. Necesito el coche para largarme.

—J.J. —digo, mientras me pongo la chaqueta, dirigiéndome ya hacia la puerta—. No te muevas de aquí. Deja bien cerrada la puerta y no abras a nadie. ¡Ni contestes al teléfono! Cuando vuelva, tocaré tres veces al timbre antes de abrir. No me vayas a confundir con otro y me dispares.

Casi es de noche todavía cuando salgo a la calle. El frío es lacerante y camino rápido hacia el metro. Estoy cansado y destemplado por la larga noche en vela. No sé cómo voy a aguantar.

Intento no mirar hacia ningún sitio para no despertar sospechas. Me gustaría volver la cabeza y mirar hacia la otra esquina, hacia el interior de aquel coche, pero sigo andando de frente, disimulando naturalidad. Creerán que voy al trabajo. De hecho, hoy debería ir al trabajo. Y a esta misma hora, más o menos. Pero no voy a ir al trabajo. Tendré que llamar para justificar mi ausencia. Viernes. Hoy es viernes, veintitrés de diciembre. No acaba de llegar y ya se va. Una sola noche y ya se va. Ni siquiera... ¡Que no pienso en el sexo! ¡Pero si no paro de pensar en el sexo! Y ahora voy a salvarle la vida a un tipo que no conozco ni me importa. ¿Quién me mandará meterme en semejante lío? Supongo que quería impresionarle. Eso es. Quería conmoverle con mi actitud romántica, con mi sentido ético. ¡Bastante le importará! Los chicos como él no son románticos. La ética les importa un bledo. Sólo entienden de supervivencia. Soy un superviviente. No te preocupes por mí. ¡Y a saber la de gente que se habrá cargado ese tipo! Por la pinta que tenía, no podía haber hecho nada bueno. Se habrá quedado con un dinero que no es suyo o algo así. Habrá engañado a alguien. Asuntos de drogas o trata de blancas. ¡Ay, J.J., y ni siquiera una mamada! ¡Qué menos que una mamada! Instintivamente, cojo la misma línea de metro de cada día. Por inercia, me dirijo al trabajo. Pero no. Yo voy a Aluche. Tengo que ir a Aluche. Lamentablemente, ya estoy dentro del tren y éste se pone en marcha. Cambiaré de sentido en la siguiente parada. Pero no. ¡Qué va! Iré al trabajo. Iré a la oficina, como de costumbre, y, si me siguen, verán que hago la vida normal de siempre y se desentenderán de mí. Aunque no creo que me sigan. ¡Qué tontería! ¡Es absurdo! ¡Ojalá! ¡Sería tan emocionante! Pero no. ¿Qué tengo yo que ver en los asuntos de J.J.? ¿A quién le importo? Bueno, saludaré un momento a los compañeros y luego me iré con alguna excusa. Saldré del edificio por la puerta de atrás y entonces, sí, entonces iré hasta Aluche. Voy a retrasarme demasiado y J.J. está solo allí, encerrado. Siento terror por lo que voy a hacer. Me temo que las cosas no van a salir bien. Mi intuición me dice que algo fallará, claro, y que yo pagaré las consecuencias. ¿Quién me mandará meterme en lo que no me importa? ¿Quién...? ¿Quién me mandará?

Es demasiado temprano aún cuando llego a la oficina y no veo a ninguno de mis compañeros. Sólo a un tal Fidel, del departamento administrativo, uno de esos tipos aburridos que llegan siempre antes que los demás y se van también después que los demás, uno de esos tipos incompetentes, acríticos y sin iniciativa, que aprecian tanto las

empresas. Pensaba darle un mensaje oral para mi jefe de sección, pero me lo pienso mejor y dejo una nota en un post-it pegado en la pantalla de su ordenador:

*Tengo que ir al médico. No me encuentro muy bien. Lo siento,*

*Ramón.*

*¡Ah, y ¡feliz Navidad!*

Salgo por el garaje a la calle de atrás. Nadie me espera y nadie me sigue. ¡Qué tontería! ¿Quién querría seguirme a mí y por qué? Tomaré el metro en la plaza de España. Desde allí tengo combinación con Aluche.

El número 132 corresponde a un edificio de ladrillo amarillo de cuatro o cinco plantas, con vistas a la Casa de Campo. No es mal sitio. Popular pero decente. Sin ruidos, sin tráfico ni polución. A ver. Sí. En el papelito ponía "3º, A". Ya son las nueve y veinte. Un poco temprano, quizá, para ir aporreando puertas de casas extrañas.

No hay portero y la entrada del edificio está abierta. Una mujer madura restriega cansinamente un mocho por el suelo y refunfuña al ver mis huellas en las baldosas mojadas.

—Lo siento —digo, mientras pulso el botón del ascensor. La mujer vuelve a pasar el mocho por mis huellas y ni siquiera me contesta.

El ascensor se detiene en la tercera planta con un gruñido angustioso de animal herido. Eso me produce malas vibraciones. Antes de salir, me observo en el espejo. Con ojeras, sin peinar ni afeitar, tengo un aspecto deplorable. O sea, que parezco un sicario. Al tipo ese le costará creer que yo vengo a salvarle, en vez de a matarle. Y entonces caigo en la cuenta: *El tipo ya lo sabe*. Esas cosas se saben. Se avisan con antelación. Nada es totalmente gratuito. Siempre te dan una oportunidad para que repares tu error. La muerte es la última solución, incluso para los mafiosos y los narcotraficantes. *Luego él lo sabe*, me digo, intentando convencerme a mí mismo de ello. Sabe que van a por él. Por eso miraba así en la foto, por eso tenía esa expresión de desconfianza. De algún modo, intuía cerca a su asesino y parecía decirle: "Conmigo no te vale". La mujer y el niño también lo saben. Temen algo, aunque no sepan exactamente qué, sólo lo que les haya dicho ese tipo. Su mirada en la fotografía los delata. Se les nota demasiado la inseguridad y la impotencia. *Ellos lo saben, lo saben*. Luego ¿qué hago yo aquí? ¿Por qué no se van? ¿A qué esperan? Las cosas se saben, siempre se saben. J.J. ya lo sabe. Es listo y lo sabe: no ha cumplido con su parte del trato y está en la cuerda floja. Él lo sabe. Pero va a escapar. Yo le ayudaré. Aún está a tiempo. El tipo ese, sin

embargo, debe de ser muy estúpido o muy orgulloso y piensa que a él no le pasará nada. Confía en que a él no, claro. Siempre es lo mismo. Somos tan narcisistas que creemos que a nosotros no puede pasarnos nunca ninguna de esas cosas malas que les pasan a los otros. A mí no, qué va, pensará el tipo, conmigo no se atreverán. La cosa no es para tanto. Saben que arreglaré mis cuentas con ellos más adelante, tal como les dije. Deben creer en mi palabra. A mí, no. Qué va.

Pulso el timbre de la puerta y espero unos segundos. Espero y espero. No se oye nada dentro. Silencio. Silencio absoluto. Sigo esperando. Ya pasan dos... tres minutos. Vuelvo a llamar. Nada. Tengo que irme de aquí, me digo. Lo que estoy haciendo es estúpido. *Ellos lo saben*. J.J. tiene razón. No soy un romántico o un sentimental, sino un jodido idiota. Que cada cual se ayude a sí mismo. *Ellos lo saben, lo saben*. Pero me he propuesto llegar hasta el final y vuelvo a tocar el timbre. Soy idiota. ¿Qué hago aquí? Silencio. Silencio absoluto. Tal vez se han ido. Ojalá. Tal vez han sido inteligentes y han huido a tiempo. O tal vez los han matado ya a los tres. A los sicarios les da igual uno que tres. No tienen piedad de mujeres ni de niños. Además, les molestan los testigos, más aún si gritan o lloran. Uno o dos balazos más y silencio. Silencio absoluto. Quién sabe. Lo mismo están ahí muertos los tres. O tal vez los han matado en la calle. Tenía que haber visto las noticias anoche. Tenía que haber escuchado la radio esta mañana. “Tres colombianos asesinados dentro de su propio coche. Dos adultos y un niño. La policía investiga los hechos. Al parecer, se trata de un ajuste de cuentas”. Siempre el ajuste de cuentas. Y siempre, o casi siempre, son colombianos.

Pulso de nuevo el timbre. No se oye nada, pero noto un pequeño parpadeo en la mirilla. Antes había claridad ahí y ahora parece que el botón de cristal se ha oscurecido. Y es un ojo. Noto un ojo que me mira. Lo noto y lo miro. Noto el miedo en ese ojo. En ese ojo que no veo, pero que está ahí, sin duda. Lo noto. Como noto también el terror y la inseguridad detrás de la puerta. ¡Y soy yo quien provoca el terror y la inseguridad!, me digo, con el mismo terror y la misma inseguridad.

—Por favor —susurro—, ábrame. Tengo algo que decirle.

Silencio. Silencio absoluto.

—Sé que hay alguien ahí. Por favor —insisto, después de un minuto—, ábrame. Soy español. Soy un amigo.

Esta vez oigo ya algún ruido dentro. Noto que algo se mueve dentro. Y, por fin, después de un leve chasquido metálico, veo que la puerta se abre. Se abre lentamente y aparece en el umbral una mujer morena, bajita, con aspecto desaliñado. No parece la mujer de la foto.

O tal vez sí, no lo sé. Creí que la otra era más joven o más guapa. Me mira con ojos tristes y cansados y me obsequia con una engañosa sonrisa.

—Su marido —digo, casi con un susurro—. ¿Puedo ver un momento a su marido?

—No está. No está en casa —dice ella, apartándose a un lado, como invitándome a entrar, aunque sin abrir del todo la puerta. Yo me quedo quieto e indeciso, esperando a ver qué pasa—. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—No importa —digo yo—. Él no me conoce. Pero tengo que hablarle de un asunto.

—¿Qué asunto? —dice ella acentuando su sonrisa, una sonrisa que cada vez me parece más falsa.

—Un asunto personal. Quiero darle un mensaje. Pero es igual. Yo...

—¿Quiere darle un mensaje? ¿De parte de quién? —pregunta la mujer, invitándome ya a entrar con un gesto.

—Bueno —digo yo—. Él ya sabe de quién. Mejor dicho, ya sabe sobre qué. Pero no... no importa. Yo...

Debo largarme de aquí, me digo. El juego ya ha durado demasiado tiempo. No me gustan nada los ojos de esta mujer. Además, sé que él está ahí, tal vez detrás de la puerta, escuchando lo que hablamos. Todo esto no me gusta nada. Tengo malas vibraciones. Casi sin darme cuenta, empiezo a retroceder. Ellos lo saben. *Lo saben*. Definitivamente, me largaré de aquí. Esto ya ha durado demasiado. Retrocedo. Doy un paso hacia atrás y busco en la semioscuridad la puerta del ascensor. Ya, ya está... Pero no. Es tarde. Un par de manos me agarran violentamente por el cuello, mientras que otra mano inmoviliza mi brazo derecho por la espalda con una llave certera. Esas manos, ay, si aprietan un poco más, acabarán por estrangularme. Rápidamente me arrastran al interior de la casa y cierran la puerta. Han echado algo sobre mi cabeza. Un saco o una bolsa de plástico. ¡Han metido mi cabeza en una bolsa de plástico! ¡No puedo respirar! Todo es extrañamente irreal y confuso. No quiero que esto sea el final. Pero sé que no podré aguantar mucho tiempo sin respirar, con mi cabeza metida dentro de la bolsa de plástico o lo que sea.

Una fuerza irracional, un impuso ciego, una energía incontrolable, dormida en mis genes durante generaciones, se desata de pronto dentro de mí movida por el deseo de vivir. Sorprendidos, mis captores se apartan de mí durante unos instantes, incapaces de sujetarme, y empiezo a dar patadas y puñetazos a diestra y siniestra. A oscuras,

golpeo sin saber dónde ni qué todo aquello que me rodea. Doy palos de ciego y a veces yerro el golpe, pero otras acierto y noto mi puño sobre un rostro, un brazo o un pecho. Oigo caer sillas, cuadros, mesas... oigo romperse algo de cristal, oigo el estrépito de algún objeto metálico rodando por el suelo. Creía haberme liberado de todas esas manos que con tanta saña me agarraban antes por las diversas partes de mi cuerpo, cuatro manos como mínimo, pero no. De nuevo caen sobre mí. Son seis. Creo que son seis. Las que vuelven a engancharme como garfios por los pies son más delgadas y pequeñas, aunque también más audaces y obstinadas que las otras. Intento desasirme de ellas forcejeando y casi lo consigo, cuando unos dientes afilados como los de una rata se incrustan en la carne de mi pantorrilla. ¡Jodido niño, aprendiz de sicario! Algo tapa mi boca, una mano o un trapo. Estoy a punto de desmayarme de dolor. Ya. Ahora. Creo que conseguiré soltar la otra pierna. Ahora. Ya. Es el momento. Lo aplastaré como a una cucaracha. Levantaré el pie y le golpearé con el talón. Voy a descargar el pie con todas mis fuerzas sobre esa masa informe que se ha adherido a mí como un extraño parásito cuando algo me golpea el rostro, algo romo y pesado, que me hace tambalear y me libera inesperadamente del dolor.

Esto ya ha ocurrido antes, me digo. No a mí, pero ha ocurrido antes. Yo lo he visto. ¿Acabo de despertar? Así que no he muerto. Pero ¿qué va a pasar ahora? Estoy sentado en un silla con las manos atadas a la espalda y una media amordazándome la boca. Tengo la lengua hinchada. Tengo un agudo dolor en el cuello. Percibo el sabor de la sangre en mis labios y en mis encías. Parece que he sangrado por la nariz. También ésta me duele horriblemente. Ah, sí, es el golpe. Mi pierna. Joder. Tengo una herida ahí. El aprendiz de sicario me clavó los dientes ahí. Tengo la nariz obstruida por la sangre y no puedo respirar. Trataré de tragar un poco de aire por la boca. Asqueroso el sabor de la media. Quizá pueda desatar mis brazos. Lo intentaré. No. Qué va. Estoy bien sujeto con la cuerda. No, no hay ninguna posibilidad. Esto ya ha ocurrido antes. Yo lo he visto en algún sitio. ¡Y qué desorden! Más que el hogar de una familia, esto parece un laboratorio o un centro de operaciones. ¿Los habré sorprendido en el momento de la huida? ¿Se habrán ido ya o aún seguirán aquí? A ver. Ah, sí. Creo que siguen aquí. Sí. Se oyen ruidos, hablan en voz baja. Están cerca de aquí, muy cerca. No, de nada sirven las palabras. No me creerán. No podrían creer algo tan sencillo. Y ahora, ¿qué? ¿Me irán a torturar? Soy estúpido. No tuve que venir. J.J. tenía razón. Pero

cómo demostrarles... ¿Quién haría algo así? Yo soy el malo. Sin duda, para ellos, yo soy el malo. Pues, los buenos... ¡Los buenos son ellos, por supuesto! Desde su punto de vista, la cosa es así de simple. Y si yo soy el malo, ¿por qué iban a tener piedad de mí? Por más que les explique, no me creerán. No querrán escucharme. ¡No pareceré convincente! ¡Pero si ni yo mismo me creo lo que está pasando! ¡Es tan absurdo! ¡Es tan ridículo! Y, claro, habrán visto la fotografía que traía en el bolsillo y la notita con la dirección... Me toman, si no por el sicario, por un cómplice del mismo. ¡Vete a saber! Está bien. Quizá... quizá una mentira sea más eficaz que la verdad. ¿Pero qué mentira podría inventarme que sea más convincente que la verdad?

El tipo de la foto ha entrado en la habitación acompañado por la mujer. Ambos me miran fríamente y en silencio, como el matarife al cerdo antes de degollarlo. Yo hago intentos desesperados por quitarme la mordaza. Les indico con muecas expresivas que me la quiten, pero ellos permanecen indiferentes, observándome durante un rato. Después, les oigo cuchichear en voz baja. La mujer sale de la habitación y vuelve al cabo de un rato con un cuchillo en la mano. Se acerca a mí y me mira con una mueca de desprecio. No. No irá a matarme a sangre fría. La creo capaz, pero no va a hacerlo. Contengo la respiración. ¿Qué va a hacer? La nariz, no, por favor. ¡No me cortes la nariz! ¿Irá a sacarme un ojo? No debo manifestar miedo. No debo mirar al cuchillo. Pero tengo la sensación de que me voy a desmayar. Se que me voy a desmayar. Siempre me han impresionado las armas blancas y ahora... ahora estoy al límite. No sé si podré aguantarlo por mucho tiempo. No. Si me van a matar, prefiero no ser testigo de ello. Pero no. Todavía no. ¿Irá a clavármelo en el pecho? ¿En la boca? ¡Ah, no! ¡En el cuello! ¡En la yugular! Contemplo a la mujer despavorido, mientras ella me observa sin el menor atisbo de piedad. Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que les pasa? ¿Qué es lo que he hecho para que me traten así? ¡No me han dado ni una maldita oportunidad!, me digo a mí mismo y me oigo decir de pronto cuando la mujer me corta la mordaza:

—¿Están locos o qué? ¿Por qué no me escuchan? ¿Qué es lo que he hecho para que me traten así? ¡Desátenme ahora mismo! ¡Vamos! ¡Desátenme o...! ¡Están cometiendo un error!

El tipo se acerca a mí y vuelve a taparme la boca, no con la mordaza sino con un brutal puñetazo que me deja sin ganas de hablar durante un rato. Gimoteo. Lloro. Y finalmente consigo articular algunas palabras en voz baja:

—¡Ustedes se han equivocado! —digo con un tono implorante—. ¡Yo no sé en qué líos están metidos ni me importa! ¡Ya les he dicho que sólo vine a traerles un mensaje!

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cuál es ese mensaje?

Esto ya ha pasado antes. Yo lo he visto en algún sitio, aunque no sé dónde. El hombre se aleja, cabizbajo, hacia el otro extremo de la habitación, mientras la mujer me observa con cautela, todavía con el cuchillo en la mano. Se parece demasiado al personaje secundario de una película de serie B, me digo.

—¡Por favor! —suplico. Y yo también tengo la sensación de parecerme cada vez más al personaje secundario de una película de serie B—. El mensaje que les traigo es que... es que alguien quiere matarlos. El sicario que tenía que matarlos en realidad no quiere hacerlo. Bueno, es a usted a quien tenía que matar. A ella y al niño no. Pero ese chico no es un sicario de verdad. Se comprometió... Vino a España en busca de una chica y se comprometió... Es una historia muy larga. Yo mismo no la entiendo. Pero el caso es que no quiere matarle y que... Ya sé que resulta difícil de creer, pero...

El hombre coge algo del suelo, una especie de cable eléctrico, lo tensa con sus manos y se acerca a mí contemplándome con una expresión taimada.

—¿Qué mensaje? —dice con suavidad y un rictus en los labios que casi parece una sonrisa.

—El mensaje que le di antes... Pero si no me cree...

—Así que ése es el mensaje. Ya veo, ya... Pues mi respuesta es que no hay trato. Esa es mi respuesta. Cuando encuentren su cuerpo mañana flotando en el Manzanares sabrán cuál es mi respuesta. ¡Conmigo no se juega y ellos lo saben! ¿Qué amenazas son esas? A mí, con amenazas... ¡Mis socios no aceptan esa clase de tratos y ellos lo saben!

Así que mi cuerpo será la respuesta. No. Qué va. De eso, nada. Este sería el momento de demostrar mi capacidad dialéctica, me digo, pero sólo un tonto del culo recurriría a las palabras cuando lo único eficaz en estos casos es el uso de la fuerza. Y yo puedo ser confiado e iluso, pero no un tonto del culo. Este tipo me va a matar, pero yo no... Qué va. Este tipo no comprende. Pretende darle una lección a no sé quien y que yo sea la cabeza de turco, el chivo expiatorio. Pero no. Qué va. No me da la gana. Sencillamente no me da la gana morir. Sin pensarlo ni un segundo más, me pongo en pie de un salto, me lanzo sobre él y le doy un fuerte cabezazo. El tipo se queda desorientado durante unos instantes. Los suficientes para quitarle de en medio. La mujer, por su

parte, intenta frenarme el paso, agrediéndome con el cuchillo, pero yo le doy una patada en el brazo y se le desprende de la mano. A continuación, echo a correr por el pasillo, en busca de la salida. Ya he llegado al final. Ahora sólo tengo que agarrar la manija, abrir la puerta y salir a la calle. Pero con las manos atadas no puedo hacerlo de frente, así que me doy la vuelta y es entonces cuando veo venir al hombre por el pasillo apuntándome con una pistola.

—¡No! ¡Aquí no! —grita la mujer.

Claro. Los vecinos podrían oír los disparos. Pero, aparte de eso, es ella la que al final tendría que limpiar la sangre. No sería la primera vez, ¿verdad?, y no es un trabajo muy agradable. Eso me salva de momento. El niño aparece entonces y se agarra a las faldas de su madre. Aún me duele el mordisco que me dio en la pantorrilla. Pero sólo es un niño y pienso: "Aunque seas un aprendiz de sicario, no deberías presenciar esta escena. Es sólo para mayores de dieciocho años".

Es el momento de la elocuencia. Ahora sí. Digo:

—No soy quien se imagina. Ya se lo he dicho. Tan sólo vine a avisarle. Alguien ha pagado a un sicario para que le mate, pero él... No sé. El caso es que me pidió que viniera a avisarle. No es preciso que me lo agradezca, pero acabo de arriesgar mi vida sólo por salvar la suya y encima... ¡mire cómo me tratan!

—Dígale a sus amigos que no hay trato. Yo ya arreglaré mis asuntos con quien tengo que arreglarlos. Y que no me amenacen.

—¿Qué amigos? ¡No ha oído lo que le he dicho! ¡No entiende nada! Yo no sé en qué negocios está metido ni me importa! ¡Lo único que sé es que alguien ha pagado para que le maten!

El hombre y la mujer se miran dubitativos y yo me digo a mí mismo: "¿Será posible que aún no lo sepan? ¿Será posible que no hayan sospechado nada?"

—Bueno —digo recuperando de pronto la confianza en mí mismo—. Aparte esa estúpida pistola y déjeme salir. Si quiere esperar aquí a que le maten... Al menos desáteme las cuerdas y...

—No. Usted se quedará aquí hasta que nos vayamos —dice él—. ¿Qué mejor garantía?

—¡Yo no soy garantía de nada! —exclamo con un suspiro de desaliento.

El tipo agacha un instante la cabeza, eludiendo mi mirada, y luego dice:

—Está bien. Siéntese ahí y no se mueva.

—¿Cuándo se irán?

—Siéntese ahí y no haga preguntas.

—¡Váyanse enseguida! ¡Vamos, lárguense! ¡No recojan sus cosas! ¿Qué importan las cosas? ¡No pierdan ni un segundo y márchense!

—Okey, compadre —dice el tipo con una expresión sombría y por primera vez me parece humano—. Ya se las arreglará luego para quitarse las ligaduras.

—Espero que nos disculpe... —dice la mujer—. No todos los colombianos somos...

—¡Cállate! —le grita el hombre.

—¡Por favor! —digo, dejándome caer con resignación sobre la silla —. ¿A qué esperan? ¡Váyanse de una vez!

# CAPÍTULO VIII

No fue tan fácil como me había dicho aquel tipo quitarme las ligaduras. Lleno de impotencia y furioso conmigo mismo, perdí un montón de tiempo intentando cortar la cuerda con el borde afilado de la cerradura. Cosas así se ven en las películas y funcionan. Pero la realidad es distinta. Había cuchillos en la cocina, aunque no me atreví a utilizarlos por temor a cortarme las venas y quedar para siempre varado y desangrado en aquel lugar inmundo. Desesperado, estudié todas mis opciones y al final decidí salir de la casa con las manos atadas. Pediría ayuda a cualquier persona que encontrara por la calle, me dije. Era ridículo, pero allí estaba yo, en el descansillo de la tercera planta, esperando el ascensor con las manos atadas. No, me dije. Tendré problemas para pulsar el botón. Mejor, me bajo andando. Y eso fue lo que hice. No había nadie en el portal. Las once de la mañana, más o menos, supuse. Ya en la calle, me sentí aún más ridículo. Vi venir una mujer con una bolsa de supermercado. Intenté explicarle mi situación, intenté decirle que había sido secuestrado y la pobre mujer huyó despavorida. Un anciano. Éste ni siquiera se detuvo cuando intenté hablarle. Ningún tipo de mi edad. A esta hora por la calle sólo se encuentra uno con mujeres maduras o ancianos. Pero ¿qué había en mi aspecto? ¿Por qué huían de mí? No eran sólo las manos atadas a mi espalda. No. No era de eso de lo que huían. Había algo más. ¡Pero si tengo el rostro y el jersey manchados de sangre!, me dije. ¡Claro, es eso! Entré en un bar pequeño y cutre, atendido por un camarero calvo, el cual me lanzó enseguida una mirada recelosa. Los tres o cuatro clientes que había en la barra se volvieron enseguida para contemplarme.

—Por favor —dije—, ¿podrían cortarme la cuerda? He sido secuestrado y... me acaban de liberar.

Todos los clientes abandonaron inmediatamente sus desayunos: sus croissants a la plancha, sus tostadas con mantequilla y mermelada, sus chocolates y sus churros, sus cafés y sus zumos de naranja, y empezaron a rodearme en silencio.

—Hay que llamar a la policía —dijo, al fin, uno de ellos.

—Sí, claro, pero antes córtenme la cuerda, por favor... —supliqué.

Todo el mundo permaneció callado. Poco después se acercó el camarero empuñando un cuchillo pequeño manchado de grasa. Me di la vuelta y le tendí las manos atadas.

—Por favor... —insistí al ver que no reaccionaba.

—Hay que llamar a la policía —volvió a decir el tipo de antes.

—¿No se habrá escapado de algún sitio...? —cuchicheó otro en voz baja.

—¡No estoy loco, si eso es lo que piensan! —grité furioso—. ¡He sido secuestrado y me acaban de liberar! Si no me ayudan, les denunciaré por falta de... ¡por lo que sea! Estoy seguro de que hay una ley que condena a quienes no prestan auxilio. ¿A qué espera para cortar la maldita cuerda?

—No se ponga nervioso, amigo —dijo el camarero—. Tranquilo. Tranquilo. A ver, déme las manos.

Noté entonces el pequeño cuchillo grasiento abriéndose camino entre mis muñecas y, de pronto, un pinchazo.

—¡Cuidado, por favor! —exclamé—. ¡Tenga mucho cuidado! ¡Me va a cortar las venas!

—No se ponga nervioso, amigo —dijo el camarero, aunque era él quien estaba nervioso—. No ha pasado nada. A ver. Ya está.

Noté un par de tirones algo flojos, luego uno más fuerte y la cuerda se soltó. Casi con incredulidad, pude mover mis manos doloridas, amoratadas. Las contemplé con alivio y las froté con suavidad, borrando una pequeña gota de sangre junto al dedo pulgar.

—Gracias —dije—. ¡Muchas gracias!

—No parece que le hayan tratado muy bien —dijo el camarero.

—No, desde luego —asentí—. Me han amordazado y me han pegado... Debo de tener un aspecto lamentable, ¿verdad? ¿Podría ir al baño? ¿Dónde...?

—Al fondo —me indicó el camarero.

—Hay que llamar a la policía —dijo uno de los clientes.

—¡Por supuesto! —dije yo, y fue entonces cuando decidí poner pies en polvorosa.

—El baño está allí —señaló el cliente al ver que me dirigía en sentido contrario.

—Bueno, no importa —dije—. Me lavaré en mi casa. Voy a buscar un taxi.

—Podemos pedirle un taxi por teléfono —dijo alguien frenándome el paso, mientras me lanzaba una mirada astuta.

—¿Quiere tomar algo? ¿Le apetece un café? —me ofreció otro cliente.

—¿No estará herido? Deberíamos pedir una ambulancia.

—La policía no tardará en llegar. Vuelva aquí y siéntese.

—Sí. Tómese un café.

—¡No! —grité—. ¡Muchas gracias!—. Buscaré un taxi en la calle. No necesito nada más. ¡Gracias!

Nada tan odioso como un grupo de gente amable, imbuida de solidaridad, intentando ofrecerte ayuda que no necesitas. Más que el deseo de ayudar, lo que mueve a esa gente es el morbo y la curiosidad. Y al final lo único que hacen es molestar, agobiar, incordiar. Y, por si fuera poco, yo no era la víctima prototipo: no lloraba, no intentaba conmover a nadie, no me lamentaba ni parecía apreciar sus muestras de generosidad.

—¿Quién le ha secuestrado? —preguntó un tipo pequeño y achaparrado de mirada maliciosa, cogiéndome ya por la manga de la chaqueta

—ETA, por supuesto —dije yo con una sonrisa sardónica, desasiéndome de su mano.

—¿ETA? No han dicho en la televisión que ETA haya secuestrado a nadie. Espere. Espere un momento —volvió a agarrarme por la manga, pero yo me solté con un fuerte tirón—. ¿Cuánto tiempo ha sido retenido?

—¿Y le han soltado sin pagar el rescate? —preguntó el camarero, todavía con el cuchillo en la mano, en una actitud de clara desconfianza—. ¡Qué raro!

—Sí, muy raro —dijo una señora gorda con gafas, intentando cogerme ella también por la otra manga—. ¿Le han retenido en Madrid o en el País Vasco?

—¿Y qué cojones les importa todo eso? —dije yo, abriéndome paso a empellones y dirigiéndome hacia la puerta—. ¿Por qué no vuelven a sus malditas tostadas o a sus asquerosos croissants a la plancha y me dejan en paz de una puñetera vez? J.J. me espera —añadí con una expresión beatífica—. ¿Es que no lo comprenden? ¡J.J. me espera!

Todas las bocas se abrieron de par en par, mostrando sus horripilantes lenguas y dientes. Un espectáculo poco agradable de ver. No obstante, decidí ser civilizado y dije, con un gesto de reverencia:

—¡Gracias, muchas gracias! Han sido ustedes muy amables, pero ahora hagan el favor de dejarme en paz y de olvidarse de mí. ¡Ciao y hasta nunca!

Acto seguido, salí a la calle y eché a correr hacia ninguna parte.

Soy de esas personas afortunadas que siempre encuentran taxis.

Incluso esta vez conseguí uno nada más volver la primera esquina. Sin embargo, cuando el taxista se percató de la sangre y demás, ya era demasiado tarde. Movía, azorado, la palanca de cambios y el volante.

—Me han querido robar y... —dije para tranquilizarle—. Sé que no tengo muy buen aspecto, pero...

—¿Quiere que lo lleve a un hospital?

—No. Gracias. No es nada grave. Tan sólo tengo que lavarme la cara y cambiarme de ropa. No estoy herido, pero mi nariz... Al menor golpe, siempre me sangra.

Mi explicación no convenció al taxista en absoluto. "Un yonqui", parecía pensar. "He cogido a un asqueroso yonqui. ¿Qué puede esperar uno por estos barrios? Habrá pasado la noche en la Casa de Campo peleándose con otros yonquis. ¿Cuándo aprenderé? A ver si con un poco de suerte me lo quito de encima sin problemas".

—¿Cree que tendrá cambio? —pregunté sacando de mi cartera un billete de cincuenta euros.

—No sé... Creo que sí.

—¡Ah!, pero no importa. Mire. Creo que tengo aquí otro billete de veinte euros. ¡Y me parece que también tengo uno de diez!

"Pues no, no es un jodido yonqui", parecían decir ahora los ojos del taxista, que yo observaba divertido a través del espejo retrovisor. "Lo mismo es verdad que a este pobre muchacho le acaban de zurrar. No... no parece mala gente, a pesar de todo. ¡Y vaya si le han zurrado bien! De todas formas, ¿cómo es que tiene tanto dinero si le acaban de robar? ¿No será él el ladrón? Cuanto antes me lo quite de encima...."

—¡J.J., no dispares! ¡Que soy yo, J.J! ¿Qué te pasa? ¡Joder! Te dije que tocaría el timbre tres veces antes de abrir. ¡Baja ya esa puta arma! ¿Okey? Esto no es una película de serie B. ¡Hostias! ¡Joder! ¡J.J., basta ya! ¡Soy yo!

—¿Y quién eres tú, si puede saberse? ¡No te conozco! ¡Al suelo, vamos! ¡Al suelo o eres muñeco en dos segundos!

—¡No, joder, J.J! ¿Qué te pasa ahora? ¿Cómo que quién soy? ¡Pues Ramón! ¡Tu amigo Ramón! ¡El dueño de esta casa! ¡Vaya forma de recibirme! Pero ¿qué... qué coño te ha pasado? ¡Estás un poco pálido! ¡No me sorprende, sin dormir en toda la noche...! ¿Se te ha ido la olla? ¿Has perdido la memoria o qué?

—¿Que qué me ha pasado? —dijo J.J. bajando el arma—. ¿Qué es lo que te ha pasado a ti? ¿Te has visto la cara? ¿Qué te han hecho? ¿Qué es lo que te han hecho esos cabrones?

—¿Tan mal estoy? —grité alarmado—. Te aseguro que...

—¿Y por qué has tardado tanto? ¿Sabes qué hora es?

—¡Vaya! ¡No irás a decirme que me has echado de menos!

—¿Dónde está el carro? ¿Has traído el carro?

—Ya está. Ya está encargado el puto carro —dije yo, sin mirar a J.J., quien se encontraba a mi lado, junto a la mesa, mientras me desconectaba de Internet—. Lo tienes pagado por una semana. Puedes ir muy lejos durante una semana. Estará aquí dentro de media hora. Tocarán el timbre para que abramos la puerta del portal y dejarán las llaves en el buzón. ¿Estás contento?

—Gracias —dijo J.J., poniendo su mano sobre mi hombro.

—De nada —dije yo levantándome bruscamente. "Ni siquiera una mamada. ¿Qué menos que una mamada! ¡Si seré gilipollas!", pensé.

—Trataré de compensarte algún día —dijo J.J., como adivinando mis pensamientos—. No... no es un buen momento para el sexo, ¿comprendes? Yo...

—¿Y quién está pensando en el sexo?

Soñolientos y agotados, nos sentamos en el sofá, cada uno en un extremo, sin mirarnos ni hablarnos, y permanecimos así un buen rato.

—Si me pasara algo... —dijo, por fin, J.J. levantando la cabeza y mirándome de soslayo.

—¿Qué te va a pasar?

—Esos tipos pueden estar ahí... Y si me pasa algo... Ya sabes... Quiero que te pongas en contacto con Dora y que... Mira, anota su número de teléfono. El teléfono de su hermana. Vive en Mallorca. Quiero que la llames o que vayas a verla y que le digas...

—La verás tú mismo. No te preocupes.

—Anota su número de teléfono, parce.

—Está bien.

Me levanté para ir a buscar papel y bolígrafo. Puse ambas cosas sobre la mesa y le observé mientras anotaba el número de teléfono. Después, cortó un trozo de papel, me lo dio y yo lo guardé en mi cartera sin mirarlo.

—¿Sabes, parce...? Yo... yo no he sido bueno... —dijo J.J., levantándose y echando un vistazo a la calle, a través de las cortinas —. Si tú supieras algunas cosas sobre mí, seguro que... Yo... yo...

—¡Pero no! ¡Yo no quiero saber nada de ti! ¡Si te vas a ir, no quiero que me cuentes nada! —exclamé—. ¡Preferiría no saber nada! ¡Ya sé demasiadas cosas de ti!

—Exacto —asintió J.J.— Ya sabes demasiadas cosas de mí. Pero hay muchas más que no conoces y son las peores. Tú ni siquiera te

imaginas... Tú no sabes quién soy yo.

—¡Ah, no, claro! ¡Ni tú sabes tampoco quién soy yo! —dije desdeñoso, y mis palabras sonaron tan grotescas que J.J. esbozó una sonrisa condescendiente—. ¿Qué pretendes ahora? ¿Vas a contarme, acaso, que has matado a muchas personas y que no te arrepientes de nada? ¿Vas a contarme cuánto dinero te dieron y lo poco que tardaste en gastarlo? ¿Quieres asustarme o conmoverme? ¿O vas a decirme, quizá, que mataste por amor, que estabas drogado o borracho, que no sabías lo que hacías y que te viste involucrado, sin querer, en una de esas tramas mafiosas, en un cártel de no sé qué? ¡Pero no! ¡Vas a contarme una historia terrible, marcada por la fatalidad y la superstición, una de esas historias baratas del realismo mágico, donde ocurren cosas fantásticas; o una de esas historias con asesinos tristes y románticos, con perdedores patéticos y sentimentales, estilo Hammett o Chandler, a los que siempre, ay, acaban traicionando y abandonando sus amantes...! ¿Es eso lo que vas a contarme?

—¡No! ¡No voy a contarte eso! ¡No voy a contarte nada! —estalló J.J., con una mirada de resentimiento—. Tú te crees muy listo, ¿verdad? Te crees superior. Piensas que puedes juzgarme. ¡Pero no voy a contarte nada de eso! ¡No voy a contarte nada! ¡No te interesa nada de mi vida! ¡Lo único que quiero es que traigan pronto el puto coche para largarme de aquí y perderte de vista cuanto antes!

Vaya, te has enfadado. ¿No es eso? ¡Bésame! Así que te has enfadado. Pero si era justo lo contrario de lo que yo... Un poco melodramático, ¿no? ¡Cabrón, bésame! ¿Qué dices? ¿De qué hablas? Se pondrá violento. No te hagas el tonto —con osadía—. Bésame o te besaré. No vas a poder eludir ni un segundo más mis besos. No vas a dejarme así como así. No es un buen momento para... Todo eso son excusas, J.J. No vas a poder evitar que te bese. Ya me estoy cansando —con osadía—: ¡Vamos, bésame! Tú ni siquiera te imaginas... Tú no sabes quién soy yo. Me está mirando. ¿Qué...? Sí, también él... Puedo estar todo el día follando. Sólo tenemos media hora. Dijeron que traerían el coche en media hora, aunque ya ha pasado casi una hora. ¡Eh, mírame! El deseo. Siempre el deseo. El puto deseo. Ya. Ya está. ¡Joder! Voy a poner mi mano ahí... Voy a... y él no me apartará. No. No. Ya. ¿Lo ves? No. ¿Ves qué fácil? Ahora, ahora sí, ahora. No, joder, no, no puede ser... Pero si... ¡Ay, ay! ¡Y qué cintura! ¡Qué... qué olor, su olor! No, no puedo creerlo. Él... él... También él... Casi no puedo creerlo. Esto no es verdad. ¡Y con qué fuerza me aprieta! Esto no está sucediendo. Y ahora voy a... Ahora, tengo que... Ahora, ahora. ¡Joder!

Ah, sí, ya. ¡Joder! Ya, ya eres mío. Te tenía ganas, cabrón. Ah, su lengua. Qué lengua. Ahí está. Hacia dentro, muy hacia dentro. Oh, sí, sí, el cinturón. Deprisa. El cinturón. ¡Dios! ¿Podré soportarlo? ¿Qué es todo eso? No, no es posible. ¡Ah, ya, cabrón! Ya te tengo, cabrón. No... no. Pero ¿qué...? No, por favor. ¿Qué...? No, por favor, ahora no. Sólo un momento, por favor. No, ahora no. Es sólo un momento. Ahora no, no...

—¿No lo oyes? Está sonando el timbre de la puerta, parce.

—¡No, joder, no! ¡Ahora no!

—He dejado el coche aparcado en la esquina —dijo con voz meliflua el tipo de la empresa de coches de alquiler a través del interfono.

—¿Y por qué no lo ha dejado en la misma puerta?

—No había sitio.

—Ya lo sé. Pero, aún así, dije que tenían que dejarlo enfrente de la puerta. Aunque fuera en doble fila. ¿Es que no leyó las observaciones? Lo escribí muy claro, ¡en negrita y con mayúsculas! ¡Creía que eran profesionales! ¡Debo llevar a una persona inválida y no puede desplazarse hasta la esquina!

—Lo siento —dijo la voz meliflua.

"¡Menudo idiota!", pensé. "¿Cómo existirán personas así? ¡El ser humano está degenerando hasta extremos inimaginables!" No podía perdonarle que me hubiera frustrado el beso de mi vida.

—Pues tráigalo hasta la puerta.

—No... no puedo —dijo la voz meliflua, ahora casi patética—. Verá... Es que... ya he metido las llaves en el buzón. Dijeron que metiera las llaves en el buzón, ¿no?

—Sí, pero espere un momento. Ahora bajo. No salga del portal. Quédese ahí dentro.

—Déjalo estar. Iré hasta la esquina —me dijo J.J. al oído.

—¿Seguro?

J.J. asintió con la cabeza.

—Mire —dije a través del interfono—. Ya no es necesario que mueva el coche. Puede irse. Está bien así. Gracias.

—Es que... hay un problema... ¿sabe? —dijo la voz—. Creo que me he equivocado de buzón.

—¿Cómo? ¿En qué buzón ha metido las llaves?

—Espere que mire... A ver... ¿Se llama usted... Antonio Martínez?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Pues en el buzón donde he metido las llaves está escrito ese

nombre. Yo... Yo...

—¡Es el nombre de mi vecino y puede que ni siquiera esté en casa! ¿Cómo es posible que haya metido las llaves ahí?

—No lo sé.

—¿Cómo es posible tanta torpeza?

—Lo siento.

—Espere un momento. Ahora mismo bajo.

—¡No! —susurró J.J.— ¡Puede ser una trampa!

—¿Qué trampa? Ese tipo es de la empresa de coches de alquiler —no obstante, la cosa comenzó a parecerme a mí también un tanto sospechosa—. ¿Cómo ha ocurrido? —pregunté a través del interfono.

—No lo sé. De verdad. Me equivoqué.

—¡Es usted idiota! —dije sin poder contener mi rabia.

—Lo siento.

—¿Le ha dicho alguien, alguna vez, que es usted idiota?

—Sí.

—Bueno, está bien —dije tranquilizándome—. No se preocupe. Qué se le va a hacer. Nadie es perfecto.

—Yo, desde luego, no. Soy nuevo en este trabajo. Por favor, no se lo diga a mi jefe o me despedirá.

—Vale, vale. No se preocupe. Pero habrá que arreglar eso. Espere un momento. Voy abajo ahora mismo a ver qué podemos hacer. Espéreme ahí.

—Iré contigo —dijo J.J.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—Bueno. Haz lo que quieras.

El tipo de la voz meliflua era alto y fuerte como un jugador de béisbol. Nada que ver con el alfeñique que me había imaginado. No estaba seguro de que fuese él, hasta que volví a oír de nuevo su voz meliflua.

—Lo siento —dijo, nada más verme—. Las llaves están ahí, en ese buzón.

—Sí. Es del vecino —dije—. Pero ahora no está en su casa. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé —respondió el tipo y se quedó tan tranquilo, esperando a ver qué decidíamos los demás. No era de los que aportan soluciones a nada, pero sí de los que complican las cosas a la menor oportunidad.

—Puede irse —dije, despectivo—. No se preocupe. Ya nos arreglaremos —y, como el tipo se quedó quieto, como un bobo, en

medio del portal, añadí enfurecido—: ¡Váyase! ¡Vamos, váyase!

—Bueno. Si insiste... —dijo el tipo. Pero no se movió.

—Déjame echar un vistazo —dijo J.J., acercándose al buzón. Llevaba su bolsa deportiva en la mano y comprendí que el momento de la separación había llegado.

—¿Crees que con un clip o algo así podrías abrir la cerradura? ¿Te bajo un clip?

—¿Un clip? —dijo J.J., dando un tirón y arrancando de golpe la puerta del buzón—. ¡Ya no es necesario ningún clip!

—¡No, desde luego que no! —exclamé con admiración. ¡Así me gustan a mí los hombres!

—¡Qué bestia! —dijo el tipo de la voz meliflua—. ¡Se ha cargado el buzón!

—¡Por tu culpa! —dije yo, y casi estuve a punto de añadir: "¡Maldito idiota!"

J.J. hurgó entre los sobres y las hojas de publicidad que había dentro del buzón y sacó enseguida las llaves. Sin despedirse siquiera, se dirigió a la calle.

—¡Qué ingratitud! ¡No me ha dicho ni adiós! —exclamé, decepcionado—. Será rojo, supongo, como encargué, ¿o lo ha traído de otro color? —dije, por decir algo.

—Me temo que es azul. Pero no ha sido por culpa, créame. Yo... yo sólo he traído el coche que me han dado. Pero el modelo sí es el mismo que pidió: un Seat Toledo.

—¿Cómo? ¡Yo no pedí un Seat Toledo, sino un Ford Ibiza!

—Pues no ha sido por mi culpa. Créame. Se lo prometo. Esta vez no.

—¿Pero cómo puede ser? ¿Qué clase de empresa es esa? ¡Creí que eran profesionales!

—Quizá había algún icono indicándole que el coche que eligió ya estaba alquilado, pero usted no se dio cuenta. A mucha gente le pasa. En ese caso, cuando sale el icono, la empresa se toma la libertad de enviarle otro coche, salvo que el cliente indique lo contrario. ¿No vio el icono? Es una señal como esas de prohibido el paso, muy pequeña, y aparece en una casilla de la derech...

—¡No sé de qué puto icono me habla! Es la primera vez que alquilo un coche. La primera vez también que entro en su página web. ¿No lo entiende? ¡Yo no conduzco! ¡Joder! ¡Y se ha largado de aquí sin decirme ni una sola palabra de despedida!

—¡Y qué más le da un coche que otro! —dijo el tipo de la voz meliflua, aunque ya sin voz meliflua, sino más bien con un tono cínico, sarcástico, del que no le hubiera creído capaz un momento

antes—. Todos tienen cuatro ruedas y todos se desplazan a algún sitio, ¿no? Además, no es usted quien va a conducirlo, ¿verdad? Y, por lo que veo, su *amiguito* no es de los que agradecen los favores... Por cierto, ¿dónde está esa persona inválida que iba a subir en el coche? El chico que destrozó el buzón no tenía precisamente pinta de inválido.

—¡Oh, cállese ya! —exclamé, atónito, sin poder aguantar más su insolencia—. De acuerdo. Vale. Usted gana. Da igual un coche que otro. De acuerdo. Vale. La verdad es que yo ni siquiera distingo un modelo de otro o una marca de otra. *Pero él sí* y lo que está buscando ahí fuera es un Ford Fiesta rojo, no un Seat Toledo azul ¿Entiende? *¿Entiende?*

—*¡Entiendo! ¡Claro que entiendo!* —dijo el tipo de la voz meliflua, ahora de nuevo con voz meliflua. Casi estuvo a punto de añadir: *cielito* —. Así que su amigo volverá cuando no sea capaz de encontrar el coche. Quién sabe, tal vez entonces se despida de usted...

Sin embargo, yo no estaba dispuesto a esperar a que J.J. regresara. Sabía que era capaz de encontrar por sí mismo el coche, aunque fuera de otro color o de otra marca. J.J. era así. Hay tipos torpes, limitados, estúpidos, a los que todo les sale mal, y tipos listos (normalmente, también guapos y simpáticos), despabilados, osados, intuitivos, a los que todo les sale bien. Están siempre en el sitio adecuado y en el momento oportuno. Suele decirse que tienen buena estrella. Dios ayuda a quien se ayuda y esos tipos se ayudan muy bien a sí mismos. J.J. era uno de esos tipos. Aunque, a veces, suelen estar tan ocupados en organizar su destino (y, sin ellos ser conscientes, el de los demás) que se olvidan de despedirse de los amigos. Pero eso es porque están acostumbrados a que la gente les perdone todo y a que los sigan siempre por donde van. Ellos son los líderes. Son los que marcan el ritmo de la vida. Y los demás, si no quieren estar fuera, si no quieren permanecer al margen, deben seguirlos. La cosa es así de sencilla. Supongo que fue por eso por lo que salí corriendo detrás de J.J. Pura vocación de satélite. Los tipos como J.J. crean adicción y, cuando se van, no hay consuelo metafísico que llene el vacío que dejan.

Por instinto, me dirigí hacia la esquina, en busca del Seat Toledo. J.J. no podía estar muy lejos, me dije. Fue entonces cuando percibí que volaban balas en derredor mío, algunas de ellas rozando casi mi cabeza. “¡Joder!”, me dije. “¡Estoy en medio de un tiroteo! Y ahora ¿qué?” ¡Eso! ¿Qué? ¿Qué se hace en una situación así? Normalmente uno no reacciona, uno se queda en medio, estorbando el natural ir y venir de las balas, hasta que alguna de ellas, claro, por puro azar, te atraviesa un órgano vital y te mata. Pero no. No era ése el tipo de

muerte que yo había imaginado para mí. Rápidamente, me arrojé al suelo para protegerme del fuego y casualmente entonces cesaron los disparos.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Alto o disparo! —oí que decía alguien en algún lugar próximo.

Permanecí quieto, expectante, pero la policía, en vez de acercarse a mí, se alejó hacia el otro extremo de la calle, así que comencé a arrastrarme en cuclillas hacia un coche azul que había en la esquina. Levanté un momento la cabeza y vi a J.J. intentando ponerlo en marcha. Yo me alegré mucho de verlo sano y salvo, pero no estoy muy seguro de que él se alegrara tanto de verme a mí.

—¿Qué haces aquí? —bisbiseó con gestos de rechazo, bajando el cristal de la ventanilla—. ¡Vamos, márchate!

—Este no es el Ford rojo que alquilé —dije yo con voz casi inaudible.

—Sí. Lo sé.

—Mandaron otro... Pensé que no lo encontrarías...

De pronto se oyeron dos disparos y algunos gritos al fondo de la calle. Alguien había sido alcanzado. A continuación todo se quedó en calma. J.J. abrió la portezuela del coche y me dijo:

—Bueno, sube al carro. No te quedes ahí.

Yo me deslicé sobre el asiento, convertido en un ovillo, con la cabeza entre las piernas. Poco a poco, el coche empezó a moverse, lenta, muy lentamente, como para no llamar la atención, y, cuando quise darme cuenta, nos habíamos alejado un buen trecho. Entonces me incorporé. Miré hacia el fondo de la calle y vi que nadie nos seguía.

—Esos tipos estaban ahí esperándome —dijo J.J., acelerando de pronto la velocidad—, pero también estaba la policía y, cuando sacaron sus armas, cargaron contra ellos. Me parece que uno de los colombianos ha muerto.

—Te fuiste sin despedirte —dije, arrellanándome en mi asiento—. Me gustaría saber por qué, J.J., si yo...

—Alguien ha avisado a la policía —continuó él, sin oírme—. ¿No habrás sido tú, verdad?

—¿Yo? ¡No! Yo pensaba que éramos amigos, ¿sabes? Ya sé que no me quieres, que tú no puedes quererme, pero al menos...

—Me pregunto quién habrá avisado a la policía —dijo J.J., girando bruscamente, en dirección a la M-30.

—Fue tan decepcionante verte ir así, de esa manera, sin despedirte... Yo pensaba que éramos amigos.

—¿Amigos? —J.J. me miró de pronto con una sonrisa siniestra—.

¡Tú no me conoces! ¡Intenté decírtelo antes, pero no quisiste escucharme! ¡Yo no soy amigo de nadie! ¡Yo no tengo amigos!

# CAPÍTULO IX

No sabía hacia dónde nos dirigíamos ni me importaba, aunque podía barruntar que íbamos por una carretera secundaria, por la provincia de Cuenca o de Guadalajara. J.J. conducía en silencio sin hablarme. Tampoco me miraba y hubo un momento en que llegué a pensar que se había olvidado de mí.

—¿Por qué... por qué estás aquí? —dijo, reparando de pronto en mi presencia—. ¿Por qué no te has quedado en Madrid?

—Tú mismo me pediste que subiera. ¿No lo recuerdas?

—Sí, pero... yo no puedo llevarte conmigo. Debes quedarte en alguna parte.

—Está bien —dije con desaliento—. Pero ¿dónde? —"¿Y qué voy a hacer yo solo, si regreso a Madrid? ¿Con quién voy a pasar la Navidad?", pensé.

—No lo sé.

—J.J. —dije, después de reflexionar un momento—, yo no tengo nada que hacer hasta el lunes y tú tampoco, supongo. ¿Por qué no buscamos un hotel en algún sitio y pasamos allí la Navidad? —J.J. no dijo nada y yo proseguí—: Además, te conviene ir conmigo de momento. Si te busca la policía, no vas a poder dar tu nombre en ningún sitio sin que te detengan, pero si voy contigo, nos registraremos con mi nombre y no pasará nada, ¿entiendes? Yo... yo me haré cargo de todos los gastos. No soy rico, ya lo sabes, pero puedo permitirme pagar unas pequeñas vacaciones...

—¿Vacaciones? ¡En lo último en lo que yo pienso ahora es en unas vacaciones! Tengo cosas más importantes que hacer.

—Está bien. Si no te gusta mi idea, déjame en cualquier sitio y ya me las arreglaré para regresar a Madrid —dije, desairado.

—Me confundieron con otro —dijo J.J., después de unos segundos de incómodo silencio, como hablando para sí—. Me confundieron con el otro...

—Pero ¿qué ocurrió realmente? Yo no me enteré de nada. Dices que la policía estaba allí... pero ¿no intentaron detenerte?

—No. Todo ocurrió muy deprisa. Yo tampoco sé bien lo que pasó.

La policía les estaba vigilando. Estaban sobre aviso. Además, casualmente pasaba alguien por allí cuando yo salía del portal. Sí, eso fue lo que pasó. La policía pensó que iban a por él. Rápidamente empezó el tiroteo. No sé si quedó herido algún policía, pero la peor parte se la llevaron los colombianos. Uno de ellos quedó tirado en medio del asfalto y para mí que estaba muerto. El otro se puso a correr y también le dieron. Me parece que eran sólo dos. Al tipo que pasaba por la calle creo que le alcanzó una bala. Yo corrí enseguida hacia la esquina, accioné varias veces el control remoto, se abrió la puerta de este coche y me metí dentro. La policía tenía demasiado que hacer ahí, con todos esos heridos, como para ocuparse de mí.

—¡Pues tuviste mucha suerte! —dije, con un suspiro—. ¿Seguro que no te han dado?

—Seguro.

—A mí, tampoco. Y eso que estuve en medio del tiroteo. Noté las balas silbando por encima de mi cabeza. ¡Joder! ¡Sentí la muerte tan de cerca! En cierto modo, fue emocionante. ¡Pero estoy vivo! ¡Estoy vivo de milagro! ¡Los dos estamos vivos de milagro, J.J.! ¡Deberíamos celebrarlo! ¡Menos mal que llegó la policía!

—Sí. Alguien la llamó. Estaba sobre aviso y los colombianos se vieron sorprendidos.

—Habrán creído que se trataba de una banda rival o algo así, ¿no? —dije yo, riendo—. ¿Los policías iban de paisano? Yo ni siquiera los he visto. De hecho, no he visto nada.

—Has llamado tú, ¿verdad? —dijo J.J. pisando un poco más el acelerador—. Has sido tú quien ha llamado a la policía. ¡Vamos, dímelo!

—No. No he sido yo.

—Entonces, ¿quién ha sido? Nadie más que tú sabía que me estaban esperando. No me va la policía. Ni la de aquí ni la de ningún sitio. Pero esta vez me ha salvado el pellejo. ¡Vamos, dímelo! Has llamado tú, ¿verdad?

—No. Lamento decepcionarte, pero no he sido yo.

—¿Quién ha podido ser, entonces?

—Se me ocurre alguien —dije yo, pensativo—, pero no...

—¿Quién?

—¡No! ¡Qué va! ¡Olvídalo! ¡Es absurdo! ¿Cómo iba a saber él que los sicarios estaban ahí esperando?

—Pero, ¿de quién hablas? Tu amigo no sabe nada de mi vida. A no ser que tú le hayas contado...

—¡No! ¡No le he contado nada! ¡Tú mismo has visto que ni siquiera he hablado con él por teléfono en toda la noche!

—Pero entonces... ¿quién ha llamado a la policía? ¡Tiene que haber sido alguien!

—Pues alguien que te quiere bien.

—A mí nadie me quiere bien.

—Hombre, tus amigos... Benito, Harrison...

—¿Harrison? No, no ha sido Harrison. A mí sólo me quieren bien las mujeres. Mientras les hago el amor. Después, también ellas acaban odiándome.

Qué extraño lugar. Tan grande y tan solitario. No hay nadie. Ah, sí, dos personas. Y el camarero. ¡Qué frío! Café. Hoy no estoy para té. "Voy a parar aquí, parce. Tengo que echar gasolina. ¿Podrás prestarme algún dinero...?" Sí, claro. Voy a ver cómo resuelvo esto. "No llevo apenas nada en efectivo. Yo... Pero podemos pagar con tarjeta. Aunque... Mira, creo que hay ahí un cajero automático. Y también un restaurante. ¿Te apetece tomar un café?" Qué sitio tan extraño. Él sí que parece cada vez más extraño. No me fío de él. Sus ojos no me... En realidad nunca me he fiado de él. No sé qué piensa ni qué es capaz de hacer. La tarjeta. El dinero. Eso es lo único que... "Voy al servicio, parce. Pídeme un café". Sí, claro, y luego yo. Yo también iré. Pero ¿cuánto? ¿Cuánto? Suficiente para la cena y la gasolina y el hotel. Pero ¿adónde vamos? No en todas partes quieren cobrar con tarjeta, sobre todo en zonas apartadas como ésta. ¿O sí? No lo sé. Y ¿hasta dónde? O ¿por cuánto tiempo? Él no quiere que yo vaya con él. Está deseando dejarme tirado en algún sitio, pero no sabe cómo o... o... Necesita mi dinero. Ah, sí. No puede irse sin dinero. "¿Podrás prestarme algún dinero...?" Qué manía con el verbo prestar. ¡No me lo va a devolver! Pero qué importa. El dinero casi es lo de menos. Ay, tarda demasiado. ¿No se habrá ido? Desde aquí no veo el coche. ¿No habrá salido por algún sitio y se habrá largado? Peor para él. No creo. Sin dinero no se irá. Pero ¿quién sabe? J.J., aún no he acabado de... No te vayas. ¡Maldito idiota, nos jodió el beso! J.J., por favor. No, no puede ser. Se ha ido. Se ha ido ya. ¡Joder, no vuelve! "Dos cafés, por favor. Con leche". Supongo que lo querrá con leche. O tal vez lo quiere solo. *Tinto*. Ah, sí, tinto. *¡Dos tintos dobles!* ¡Joder! Pero ¿por qué tarda tanto? ¿Qué estará haciendo? Ay, Dios mío. Debería quedarme. Debería quedarme aquí. Pagarle la gasolina y ya está. Que se vaya. Pero no... No podría regresar a Madrid esta noche. No creo que haya combinación desde aquí. Esto no es un pueblo. Es sólo una estación de servicio. Una zona de descanso con un restaurante y todo eso. Pero muy grande. Y muy... ¿Dónde están los servicios? Se metió

por allí, por aquel pasillo, detrás de aquel biombo. Muy americano. Parece muy americano. Por favor, J.J., vuelve ya, ¿vale? ¿Qué coño...? ¡J.J., no me la juegues! “Ah, ya estás aquí. Te lo pedí con leche. Ahora voy yo”. Sí, voy yo. Me estoy meando. Joder, que me meo. ¿No me echará algo en el café? Alguna droga, algún... Porque es moreno y tiene los ojos así, no me fío de él. Todo eso son prejuicios. Todos los morenos... brujería, supersticiones. Prejuicios. Prejuicios de raza. Racista. Sí. No. No lo soy. Pero... Sí, allí es. Allí, al fondo de aquel pasillo. Ya no lo veo. Ni me ve. ¿Y si se va? ¿Y si ahora se va? Ha matado a más de uno. Y cuando has matado una vez, ya no te importa seguir matando. Eso dicen y yo lo creo. Matar es una costumbre como cualquier otra. Le daré el dinero. Le daré... Necesitará bastante. ¿300 euros serán bastantes? Ay, vaya, el cajero no me dará más. Suficiente para el hotel, la cena y demás. Le daré los... ¿Qué me importa el dinero? Y que se vaya. Quisiera estar arruinado. Así tendría algo de qué lamentarme. Siempre he querido ser pobre y al final voy a acabar siéndolo. Pobre. ¡Pero si ya soy pobre! ¿Adónde...? ¿Qué pretendo? Pero no puedo volver así a Madrid. No soportaría quedarme allí encerrado todo el fin de semana. ¡Navidad, puta Navidad! Y Pedro. ¡Qué se joda! Me dejó. ¡Que se joda! Ya no le quiero. No, ya no le... Le quise, pero ya no... No tuvo piedad de mí. ¡Que se joda! ¿Estará fichado? ¿Le buscará la policía? Pero si ese chico está loco por esa chica. No, no me gustan los chicos que están enamorados... No los quiero si no son libres para... Solo. Estoy solo. Ay, sí, aquí. Joder, qué alivio. Ya tenía ganas. Gilipollas. ¿Por qué...? ¿Por qué la gente se entretiene en escribir tantas tonterías en los urinarios? “Le como el culo a los...” “Le como el culo a los moros”. ¡Dios, qué fuerte! ¿Pero a cualquier moro? ¿Y por qué a los moros? ¡Joder, qué fuerte! ¿Habrá orinado él aquí? ¿Habrá leído eso? Debe de haber por esta zona muchos moros, muchos marroquíes o argelinos, trabajando en el campo, y quizá alguna loca maricona anda detrás de ellos. En alguna de esas obras. Suelen venir por aquí a... “Le como el culo a...” Son morenos los moros... los culos de los moros... Sí, morenos. Pero ¿qué tienen de especial los culos de los moros? Ay, ya, ¡qué alivio! Ya, ya está. “...los moros”. ¿Y si se ha ido? ¡Seguro, seguro que se ha ido! Ha aprovechado la ocasión y se ha largado. Tendría que quedarme aquí a pasar la noche. “Le como el culo a...” ¿Vendrá algún moro a que el tipo ese le coma el...? No. No se ha ido. No puede haberse ido. Sí. Se ha ido. No está. No está allí. ¡Se ha ido, se ha ido! No. No puede ser. Ah, no. ¡Está, está! “Se te enfría el café, parce”. Le ha echado algo al café. Seguro que le ha echado algo. Pero tendré que beberlo. Aun así, tendré que beberlo. Racista. Soy un jodido racista. No. Aún está

caliente. “¿Qué le debo?” Sabe a... “Ya está pagado”. ¡Ah!, ¿sí? Y ahora tendré que ir al cajero automático. “Pues gracias. Pero ¿por qué has pagado?” Pretende hacerse el bueno conmigo. Pretende confundirme con sus modales. Y ahora me acompañará, claro. Va a mirar el número que marco. ¿Y cómo decirle que se aleje? ¿Cómo...? Y si memoriza el número secreto de mi tarjeta... Ay, estoy perdido. Me matará, me dejará por ahí tirado. Y él, mientras tanto, gastando y gastando. Sabe que nadie denunciará mi desaparición. Sabe que estoy solo y que... Sabe que pasarían semanas hasta que alguien se pusiera a investigar y para entonces él habría acabado con todo mi dinero. Todo el puto dinero que he ido ahorrando desde que empecé a trabajar a los diecisiete años. ¡Idiota, si seré idiota! Seguro que ha matado a otros por mucho menos. “¿Nos vamos?” No, no puedo decirle que se aparte y no mire. No puedo decírselo. Sería una descortesía, una muestra de desconfianza o, peor aún, de inseguridad. Estoy acojonado y él lo sabe. “Sí, vámonos”. ¡Qué frío! Y ahora hay que ir al cajero. ¡Qué frío! Estoy tiritando. Y me tiemblan las manos. El miedo se me nota demasiado. “El cajero está ahí, parce”. No me llames parce. Yo no soy tu parce. Si vas a matarme, cabrón. Me lo dicen tus ojos. Para ti sólo soy un puto maricón, un jodido español de mierda al que vas a matar para robarle su dinero. Sólo te importa mi dinero, joder, no me vengas ahora con ese rollo de parce. “¿No tienes que echar gasolina?” A ver si se aleja de aquí. Tengo que conseguir que se aleje para poder sacar el dinero. ¿Está lloviendo o nevando? Parece aguanieve. ¿Es nieve eso que cae? “Sí, pero necesito el dinero”. Claro, joder, necesita el dinero, pero ¿no puede apartarse un poco más? Vamos, vete de aquí, vete y no mires, joder. La tarjeta. Es el momento de meter la tarjeta. Ya no puedo demorarlo más. ¡Y no se mueve! ¡Qué tío! ¡Sigue ahí! ¡Justo detrás de mí! Intentaré taparle la vista con el hombro o con la manga. Pero es igual. Mira por encima de mi hombro. Mira y no puedo decirle que... ¡Joder! No tiene ningún pudor. Y yo soy un idiota. Voy a ir al matadero sin hacer nada por... El número. Que lo vea. Sí, que lo vea. Que me mate. Ya todo me da igual. Pedro, por favor, Pedro. Yo tendría que estar ahora en algún sitio contigo, no con este tipo. Es a ti a quien quiero. Lo siento. Cuando encuentren mi cadáver... Ay, y ni siquiera te habré dicho que... Sí, me odiarás siempre, pues no te quise escuchar. Te rechacé. ¡Pero él lo sabe! Sí, sabe que le quiero. Pero no sé si me perdonará. Tú tenías razón. Me avisaste. Me advertiste del peligro. Eres tan inteligente y tan... Ay, mira que me lo advertiste, pero yo... “Ya, ya está. Vamos”. Sí, que vea bien dónde meto el dinero. ¡Ah, pero si tenía más dinero en la cartera! ¡Podría haber pagado con eso! Unos cien euros. Y creo que tengo algo más en algún bolsillo. Si

seré gilipollas. Y lo ha visto. Lo ha visto todo. Y además conoce el número secreto de mi tarjeta. Se ha fijado, no tengo ninguna duda. Si seré gilipollas. Es igual. No me importa. No quiero... No quiero vivir más. Estoy harto. Cada vez más feo. Más viejo y más solo. Más triste y más... Tarde o temprano, Pedro me abandonará. Sí, me abandonará de nuevo, y yo me quedaré solo y no podré encontrar a otro y yo no quiero andar como esos tipos asquerosos que van de urinario en urinario, escribiendo pintadas y comiéndole la polla o el culo a... a cualquier moro. Yo quiero vivir siempre con la misma persona. Yo quiero amar siempre a la misma persona. Estar tranquilo en casa y... Y no es fácil. No, no es fácil encontrar a otro que... Así que estoy harto. Que me mate, sí, que me mate. Me importa un bledo la vida. Me da todo lo mismo. No soportaría encerrarme ahora en casa y pasar allí solo estas fiestas. Estoy harto de sufrir y de sentirme tan patético! La vida no está hecha para mí. No me enseñaron a vivir, joder. ¿Por qué no me dijeron que la vida era tan...? De acuerdo, parce (¿se dice así, *parse?)*, acaba conmigo, parce. Vamos, parce, acaba de una puta vez conmigo, parce. Pero hazlo bien, parce. Ten un poco de elegancia al darme el toque de gracia, parce. Hazlo bien, por favor. Hazlo bien y rápido, como tú sabes.

—Parece que estamos en un parque natural o algo así. Creo que es por aquí por donde nace el río Búho. O el río Mundo. No sé...

—Ahí ponía "Río Cuervo", parce. Había un cartel al lado del puente.

—Sí. Cuervo. No Búho. Es que pensaba en *El puente sobre el río Búho*... He oído hablar muchas veces de estos sitios, pero nunca supe cómo venir hasta aquí. ¡Fíjate, hay nieve! ¡Qué hermoso lugar! ¡Tan solitario y tan triste!

—¿Por qué triste?

—La belleza siempre es triste, ¿no crees? Contemplarla produce una especie de desolación. No sé por qué. Temes perderla, que alguien la dañe, que no dure... No sé. Temes no poder aprehenderla, no poder valorarla en su justa medida... Es algo irracional, ¿no? La belleza te habla de eternidad, aunque sabes que eso es imposible, ya que nada es eterno. Además, al contemplar la belleza, notas como si algo se rompiera dentro de ti. Te sientes frágil, inútil, superfluo. Pierdes de pronto la conexión con la realidad. La belleza puede provocar incluso deseos urgentes de llorar. Yo he llorado una vez contemplando un valle...

Y estoy ahora mismo a punto de llorar contemplándote a ti. Por

favor, déjame contemplarte. Pero no me mires así, ¿vale? ¡Qué ojos tan oscuros e impenetrables! Nunca sé qué está pensando. ¿Y por qué detienes el coche? Ah, sí, hay una especie de atalaya y la vista debe de ser... Tú también eres triste. Eres hermoso y, por lo tanto, triste. Se me encoge el corazón cada vez que te miro. Me hace daño tu belleza. Casi me produce escalofríos del daño que me hace. Siento que podría abrazarme a ti y estar llorando durante horas y horas, durante días y días, sin que nada de este mundo lograra consolarme. ¡Nada! ¡Ni siquiera tus besos lograrían consolarme!

—Vamos a echar un vistazo, parce.

—Sí. Vamos.

Descubrimos de pronto que estamos al borde de un barranco o de un pequeño desfiladero, al fondo del cual transcurre un arroyo de aguas frías y revueltas. Es una visión sobrecogedora: la nieve que cubre parcialmente el suelo llano, algunas nubes cárdenas velando el último sol de la tarde, el viento que aúlla a nuestro alrededor y, de pronto, el profundo desnivel abierto en el terreno, descubierto por azar, aquí mismo, a mis pies. Siento un leve vahído. Casi estoy a punto de perder el equilibrio y caer. Rozo una piedra con el pie y ésta cae rodando por el despeñadero hasta estrellarse en una roca del fondo. J.J. se halla justo detrás de mí en este momento y me observa en silencio. Instintivamente, retrocedo un par de pasos y noto enseguida que él ha captado mi miedo.

Sin mirarle directamente, sé que ha vuelto al coche, ha metido la mano en la bolsa y ha cogido la pistola. Es lo que me imaginaba. Se dirige hacia mí cabizbajo (no le gusta tener que hacerlo, lo sé, pero no puede evitarlo) y me va a disparar, me matará sin ninguna clase de remordimientos (él es así, no soy la primera persona que mata) y luego me dejará ahí tirado, al fondo del barranco, con medio cuerpo sumergido en el arroyo y la sangre borbotando de mi boca, tiñendo ésta, a ráfagas, de color escarlata, el agua fría que remolinea ya sobre mis hombros y mi cabeza, mientras él se aleja de aquí en el coche, en ese mismo coche que yo alquilé para él, sin dejar ninguna huella, con una leve sonrisa en los labios y esa expresión de inocencia y de dulzura, tan insoportablemente hermoso, como aquel día en el autobús cuando me miró con esos ojos suyos de apátrida y esa candidez amoral de las personas que jamás se han sentido culpables de nada, aunque hayan cometido los actos más nefandos. Nadie descubriría aquí mi cadáver durante meses. Soy un tonto sentimental. Pensé que conmigo no... ¿Pero quién soy yo? Lo único que le importa

de mí es mi dinero. Debí quedarme en aquel restaurante. Parecía que había un pueblo cerca. Debí regresar entonces a Madrid. Pero subí al coche y ese fue mi error. Quería morir. Sabía a lo que me enfrentaba. ¿O es que ya no quiero morir? No. Quería saber si él era capaz... Eso es... Y claro que es capaz. Lo es. Qué estúpido fui. Pero no me importa. No. No me importa. Ya estoy cansado de sufrir y de sentirme patético. ¡Vamos, cabrón! ¿A qué esperas? ¡Acaba de una puta vez conmigo! ¡Dispárame! Pero hazlo bien, con un poco de elegancia. Con esa elegancia natural que tú tienes. ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Dispárame de una vez y lárgate!

—J.J. —dije cuando le vi venir con la pistola en la mano—, sé que me vas a matar, pero permíteme que te diga... —en realidad no tenía nada que decir o, mejor dicho, me parecía ridículo decirle que..., ya que eso era lo único que deseaba decir—. En fin, es igual... Dispárame de una vez. No tengo ningún miedo a la muerte. ¿Lo ves? —dije con una sonrisa nerviosa, tratando de disimular el castañeteo de mis dientes—. Soy más valiente de lo que creía. ¡Vamos! ¡Dispara! ¿A qué esperas? ¡Acabemos de una vez!

J.J. se detuvo delante de mí, inexpresivo, con los ojos fríos y ausentes. Yo pensé: “No va a dispararme. Me empujará para que caiga por el barranco y todo parezca un accidente”.

—Por favor —dije—. Dispárame. Dispárame al corazón o a la cabeza para que muera rápidamente. No me gustaría sufrir.

Sus labios dibujaron entonces una mueca de burla o de desdén. Levantó la pistola e hizo un movimiento raro con la mano: en vez de empuñarla, la palpaba una y otra vez, como si estuviera calculando su peso. Luego, inesperadamente, tomó impulso y la arrojó limpiamente sobre el arroyo.

—Se acabó —dijo—. Se acabó esta historia.

—¿Cómo? —pregunté confuso, sin entender.

—Hacía tiempo que quería desprenderme de esa arma —dijo J.J. mirando al fondo del arroyo. Después volvió sus ojos hacia mí y me observó detenidamente con una sonrisa—. Pero ¿de verdad has pensado en algún momento que yo quería matarte? —preguntó.

—Bueno, yo... Te veía tan extraño...

—¡Por favor! —dijo él con un suspiro—. ¿Cómo podría hacerte daño? ¿Cómo podría matar a la única persona que me ha querido de verdad, después de ella, la única persona a la que yo...?

Algo comenzó a moverse entonces debajo de mis pies. Dos o tres piedras pequeñas rodaron hasta el fondo del barranco. Sentí vértigo y no me atreví a mirar hacia abajo. No obstante, perdí el equilibrio. La tierra seguía cediendo debajo de mis pies y yo supe que iba a caer.

Aun así, no quise dejarme llevar por el pánico. Hice un vano intento por agarrarme a algo. Alargué las manos y tanteé en el aire...

—¡Eh, vamos, vamos! ¿Qué haces? —dijo J.J. atrapándome en el último instante y sujetándome con fuerza entre sus brazos—: Si te caes y te matas, ¿qué será de esas vacaciones que hemos proyectado juntos?

# CAPÍTULO X

—¡Fíjate —dije—, qué hotel tan pequeño! Es como una casa familiar donde alquilan habitaciones. ¡Y está abierto! ¡Sale humo de la chimenea! ¡Por favor, vamos a alojarnos ahí! —Era el refugio perfecto para pasar dos o tres días tranquilos, tal como había imaginado, un lugar agradable en medio de un valle apartado y recoleto, cubierto de bosques. J.J. no hizo ningún comentario y yo proseguí—: Parece uno de esos *hoteles con encanto* que recomienda El País. No debe de tener más de cinco o seis habitaciones. ¡Y qué vistas!

—Será un hotel para parejas —dijo J.J., reticente.

—¿Y qué somos nosotros, sino una pareja?

—Bueno... Quiero decir que... no me gustaría que se den cuenta de que...

—¿Con esta pinta de heterosexuales? Además, en Navidad la gente es tan tolerante y amable. ¿Quién va a pensar en eso? ¡Casi es de noche y ni siquiera sabemos dónde estamos! No creo que encontremos otro hotel muy fácilmente. No, al menos, uno así tan...

—Está bien. Vamos allá, si te complace.

—No. Sólo iremos si tú también lo deseas.

—Bueno, vamos allá.

—De momento, echaremos un vistazo al bar. ¡Seguro que hay un bar!

—¿Te apetece un café bien caliente?

—Mejor, una copa de brandy.

De gruesos muros enjalbegados, toscas ventanas y puertas de madera pintadas con barniz oscuro, recias baldosas de arcilla y altos techos abovedados, el hotel Mesana era tan acogedor por dentro como parecía por fuera. Algunos cuadros al óleo, no demasiado malos, con bodegones o motivos vegetales, y unos cuantos adminículos de la vida rural antigua colocados en rincones y pasillos, contribuían a matizar aún más, si cabe, la atmósfera rústica del lugar. En cuanto a los muebles, éstos eran de distintos estilos y épocas y parecían provenir,

como por azar, de diversas tiendas de antigüedades. Se trataba, obviamente, de una antigua casona de labranza o de un viejo molino en desuso, convertido en hotel después de las reformas adecuadas.

No había nadie detrás del pequeño mostrador de la recepción cuando llegamos. Sólo un gato blanco, sobre una silla, el cual aceptó mis caricias complacido con un suave ronroneo. Una niña de unos diez u once años pasó por el pequeño *hall* y, al vernos, nos dijo:

—Mi mamá está en el bar. ¿Quieren una habitación?

—Sí —dije.

—No queda ninguna. El hotel está completo. ¡Mamá, mamá! —comenzó a gritar.

—No es necesario que la llames —dije, horrorizado por sus gritos—. Ya nos acercamos nosotros al bar. Gracias.

El bar era un espacio mucho más grande de lo que cabía suponer. Una chimenea al fondo, en la que crepitaba el tocón retorcido de una vieja y nudosa vid, ocho o diez mesas con sillas de madera de distintos modelos y tamaños, cuatro ventanas con vistas al valle, por un lado, y, por el otro, al meandro de un arroyo remansado, una pequeña barra a la izquierda, junto a la puerta, donde atendía una mujer de cabello rubio, relativamente joven, y, en un extremo del salón, ¡una mesa de billar!

—¡Vaya! —exclamé con entusiasmo—. ¿Te apetece jugar una partida de billar?

—¿Por qué no? —dijo J.J.—. ¿Pero tú sabes jugar al billar?

—¡Naturalmente! —dije ofendido—. ¿Por quién me has tomado?

Había tres o cuatro clientes en la barra y otros tantos sentados a las mesas, la mayoría de ellos jóvenes. Vi que la mujer rubia nos sonreía y nos acercamos a ella.

—Buenas tardes —dije—. Queríamos una habitación, pero su hija nos ha dicho que ya no les quedan.

—Sí y no... La verdad es que está todo reservado —se lamentó la mujer—. Durante estas fechas nunca nos queda nada libre. Lo tenemos todo reservado desde octubre.

—¡Vaya, qué pena! ¿Y no sabrá de ningún otro hotel por aquí? Salimos de Madrid a mediodía, nos hemos entretenido demasiado haciendo paradas en diversos lugares y ahora, ya de noche...

—No. No hay ninguno. Tendrían que ir a la carretera nacional... Aunque lo cierto es que... Pero no sé si les interesará...

—¿Quiere decir que les queda una habitación?

—Sí y no. Verá, como le digo, estaba todo reservado, pero esta mañana llamó uno de nuestros antiguos clientes. Su mujer está enferma y...

—Así que han cancelado la reserva, ¿no es eso? Pero entonces, ¿cuál es el problema?

—Bueno, es que en esa habitación hay una sola cama. Una cama de matrimonio con dosel... Todos nuestros clientes son parejas y...

—Ya te lo dije, parce —suspiró J.J., agachando la cabeza.

—¡Ah, bueno! ¡Conque es eso! —exclamé—. Pero a mí no me importa. ¡Qué más da! ¿Te importa a ti? —J.J., ruborizado, evitó mirarme.

—No lo sé...

—Pues eso es lo que hay —concluyó la mujer—. Ya supuse que...

—Si la cama es bien ancha... —dejé caer, mirando a J.J. de reojo.

—Sí, sí que lo es —asintió la mujer y se le iluminó la cara con una sonrisa maternal—. Pero, ¿por qué no ven primero la habitación y luego deciden?

—Okey —aceptó J.J.

—Me parece una buena idea —dije yo—. Pero antes tomaremos algo, si no le importa. A mí me apetece una copa de brandy.

—Y a mí, un café bien caliente —dijo J.J.

—Muy bien. —La mujer, diligente, cogió una copa de un estante y luego se dirigió hacia donde estaban las botellas de brandy—. Hace una noche muy fría y estaréis cansados del viaje, ¿verdad?

—Así es —dije yo, guiñándole un ojo a J.J.

Cuando la mujer puso las consumiciones sobre la barra, pagué la cuenta y pedí cambio para el billar. Rápidamente metí una moneda en la ranura, saqué las bolas y comencé a colocarlas en el triángulo.

—¿Ves cómo nadie sospecha nada? —le susurré a J.J.—. Nadie nos mira de forma rara. No sabía que fueras tan tímido ni que tuvieras tantos prejuicios. Fíjate, ¿hay algo más heterosexual que jugar al billar? Pero es igual, aunque imaginaran algo, nadie se atrevería a decirnos nada. ¡Una cama de matrimonio! ¡Joder! ¡Espero que luego no vayas a quedarte dormido! ¡Y no me digas ahora que no es un buen momento para...!

—¿Qué les parece? —preguntó la mujer, ufana, nada más abrir la puerta de la habitación, en la primera planta, al final del pasillo. Efectivamente, había una gran cama con dosel. También había un aguamanil, un arcón y un espejo de marco barroco, muy antiguo, entre otros objetos curiosos, todos ellos dispuestos para el uso cotidiano y no como mero adorno. La vista del arroyo a punto casi de desbordarse, flanqueado de álamos y chopos, era magnífica.

—Ah, muy bien —dije yo—. ¡Pero esto es increíble! Más que hotel,

parece un museo de costumbres o algo así...

—Cada habitación es distinta —continuó la mujer—. Cada cama distinta. Cada silla distinta. No hay dos muebles iguales en todo el hotel. Y las sábanas, las cortinas, las toallas... Todo está hecho a mano. Todo lo hice y lo bordé yo... Mi marido restauró él solo la casa. Él enlució las paredes y las pintó, él puso los suelos, él instaló los cuartos de baño... Ahora se ocupa de la intendencia y de la cocina.

—Ustedes no son de aquí, ¿verdad? —dije, observando a la mujer cada vez con mayor atención—. Vinieron de alguna ciudad, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Eso se nota. Siempre se nota.

—Bueno —asintió la mujer con sencillez, apoyando sus manos en las caderas, y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba embarazada—. Dejamos la ciudad hace bastantes años. Los dos éramos universitarios y queríamos vivir en un sitio tranquilo...

—¿Qué eran? ¿Dos hippies o algo así?

—Más o menos —rio—. Como todos los chicos de aquella época. Vicente, mi marido, recibió una herencia de sus padres y por poco dinero compramos esta casa, que pertenecía a un tío suyo, ya mayor. Al principio pensábamos quedarnos a vivir aquí y subsistir con lo que diera la huerta... ¡Éramos ingenuos y románticos! Pero pronto vimos que vivir así era imposible, de modo que decidimos convertir la casa en un hotel. Trabajamos duro durante un par de años hasta que terminamos las obras y el hotel comenzó a funcionar... Hará unos quince años de eso. Éste es un hotel ecológico. ¿Han visto las placas? Toda la energía que consumimos aquí es de origen solar. Nos gustan las cosas naturales... Nada de alimentos transgénicos y cosas así.

—¡Vaya, qué interesante! —exclamé—. O sea, que son ustedes algo así como dos ecologistas radicales. Dejaron el mundanal ruido y se instalaron en este pequeño paraíso. ¡Cómo les envidio!

—¡Bueno —dijo la mujer con un gesto de cansancio—, el campo da mucho trabajo! ¡Y luego están los niños! ¡Tenemos tres! ¡Nos ayuda una mujer, pero, aún así...! ¡Es muy complicado darles educación y todo eso! ¡No, no existe el paraíso! Además, hay temporadas en que no viene ningún cliente al hotel y estamos muy solos. Cuando has nacido en la ciudad, te cuesta siempre acostumbrarte al campo.

—Lo entiendo.

—¿Qué les parece la habitación?

—Me gusta —dije—. ¿Y a ti? —J.J. asintió con la mirada—: De acuerdo. Nos la quedamos.

—Muy bien —dijo la mujer—. Entonces, aquí tienen la llave. Habitación número 5. La cena es a partir de las siete y media, dentro

de un cuarto de hora. Hoy hay sopa de calabaza. ¿Han probado la sopa de calabaza?

—¡Mmmnnn! No, pero seguro que es deliciosa. ¿También son ustedes vegetarianos?

—Sí. Pero comprendemos que no todo el mundo puede compartir nuestro estilo de vida, así que, si lo desean, pueden pedir carne o pescado como segunda opción. Tenemos un gran surtido de congelados.

—Gracias. Es usted muy amable —cerré la puerta por dentro y me quedé mirando a J.J. fijamente—. Y ahora... —dije, acercándome a él —. Ahora voy a besarte violentamente.

—Querrás decir “inmediatamente”.

—No. Quiero decir “violentamente”. Aunque también lo haré “inmediatamente”. Y es que creo que contigo el amor sólo se puede hacer violentamente. ¡Y no hay excusas que valgan! ¡No, J.J., ahora no!

—Follaremos durante toda la noche, si quieres —dijo J.J. cogiendo mi mano y poniéndola sobre su bragueta, mientras yo contemplaba su boca—. Pero ahora tengo que ir a por el equipaje. No me gusta que dejemos las cosas ahí fuera, en el coche.

—¿Qué cosas? —objeté, disimulando un espasmo—. ¡Yo no he traído nada! ¡Y lo único que podía comprometerte lo tiraste al arroyo!, ¿no?

—Sí, pero aún hay cosas ahí que preferiría tener conmigo. Voy a por la bolsa un momento. Ahora vuelv...

—¡No! —dije ahogando sus palabras con mis besos—. ¡No vayas ahora! ¡Luego!

En unos pocos minutos estábamos desnudos, haciendo el amor como locos. Tuve un rápido orgasmo nada más acariciar sus glúteos y sentir su pene rozándome las piernas. J.J. me mordía una oreja mientras me agarraba fuertemente por la cintura y yo lamía su cuello. Eso y el sabor de su piel es lo último que recuerdo, antes de quedarme profundamente dormido.

Me desperté sobresaltado a las dos y media de la mañana. Tanteé a ciegas con las manos por toda la cama y no encontré a J.J. Alarmado, encendí la luz. No. No estaba. Me levanté de un salto y corrí desnudo hasta el baño. No. Tampoco estaba allí. Me asomé a la ventana y vi en la penumbra las aguas del arroyo y los árboles. Volví a la cama y me arropé con las sábanas completamente aterido de frío. No podía creer que J.J. se hubiera marchado. No, todavía no. Un rato después, volví a

levantarme y me vestí. Abrí la puerta de la habitación y eché un vistazo al pasillo. Todo estaba silencioso y oscuro. Bajé con sigilo la escalera y llegué al *hall* de la recepción. No había nadie. Escruté a través de la cristalera el lugar donde habíamos dejado el coche ¡y no estaba! "Así que se ha ido", me dije con resignación. Pero no podía creerlo. ¡No, todavía no! Subí de nuevo a mi habitación. Me senté sobre la cama. Y entonces tuve un presentimiento. Metí la mano dentro del bolsillo y... ¡El dinero había desaparecido! No obstante, había algo dentro. Había un papel, una hoja de papel reciclado con el membrete del hotel, en la que estaba escrito, con letra clara y resuelta, el siguiente texto:

*Lamento tener que irme así, parce, pero yo no te quiero y no puedo ser tu novio. No soy como tú. Ya me entiendes. Sólo hay una persona en el mundo a la que quiero de verdad y tú sabes quién es. Considero prestado el dinero que me llevo. Algún día te lo devolveré. Cuídate mucho y que te vaya bien.*

*J.J.*

No pude dormir durante el resto de la noche y, al amanecer, ojeroso y destemplado, bajé a la recepción con el propósito de pagar la cuenta y largarme cuanto antes de allí. Aunque no sabía cómo, ya que no quería llamar la atención desvelando mi situación personal.

Había supuesto que aún estaría cerrada la cafetería, por lo que me llevé una grata sorpresa cuando vi no sólo que estaba abierta, sino que había ya varias personas desayunando. La gente, como es habitual en este tipo de establecimientos, se acuesta temprano y madruga mucho para hacer senderismo y todo ese tipo de cosas. Turismo ecológico. El mejor de todos. Pensé en lo hermoso que hubiera sido despertar al lado de J.J. aquella mañana, en aquella magnífica cama con dosel, hacer el amor una vez más, tomar una buena ducha y luego bajar a desayunar y a dar un paseo por los alrededores, bordeando el arroyo o remontando la falda de la montaña. Pero no. ¡Qué va! ¿Cómo pude ser tan idiota al imaginar que algo así podría suceder? Yo no soy como tú. Ya me entiendes. Yo no puedo ser tu novio. Sólo hay una persona a la que quiero de verdad y tú sabes quién es. Sí, claro. ¿Cómo pude estar tan ciego? Yo no veía o no quería ver que él no es como yo, que no me podía corresponder. Qué estúpido fui. Él vivió con un hombre, sí, pero era un niño y tal vez lo único que hacía era permitir que el otro le... ¡Pero eso no es homosexualidad! ¡Si te dejas tocar pero no tocas ni miras a quien te toca, si no deseas a quien te toca..., eso no es homosexualidad! Y ahora comprendo por qué... De algún modo, rehuía mi boca. ¡Y es que no me quería besar! Fue demasiado amable al permitirme que lo besara. No quería herir mis sentimientos. Él

puede acostarse con otros hombres. Sí. No lo dudo. Pero sólo para... Y lo que yo quería era algo más. Algo que él no podía darme. No sexo, sino amor. Amor verdadero. El amor de los camaradas. Y él... ¡él sólo quería follar! ¡No besar, ni acariciar! ¡Sólo follar! ¡Meter la polla en algún agujero! ¡Pero se la traen floja los hombres! Yo no soy como tú. No puedo ser tu novio. Está bien. De acuerdo. Lo entiendo. No pasa nada. Si tú puedes entender mi homosexualidad, yo puedo entender también tu heterosexualidad. Pero he sido un imbécil. Me dejé engañar por mis propios sentimientos. Ese chico ni siquiera es bisexual. Solo es sexual. ¡Joder! ¡Un sicario! ¡Un asesino! ¡Incluso he tenido suerte! ¡Suerte de que no me haya...! Está bien. Está bien. Fue bonito mientras duró. No voy a lamentar nada. Pero ahora... Ahora, ¿qué? Sí, eso, ¿qué? De momento, regresar. Debo regresar. Debo irme de aquí. Este sitio es estupendo. Me gusta. La mujer rubia también es... Me cae bien. Este sitio es increíble. Me gustaría quedarme, pero no puedo. El paisaje es... No, no voy a llorar por J.J. No. Qué va. Eso ya pasó. ¡Y desearía llorar con tantas ganas! Si me quedo aquí... No. Qué va. Ya he perdido las fuerzas para luchar. Y debo luchar. Debo enfrentarme a la realidad. La realidad de una vida absurda y sin alicientes. No porque yo sea así. Qué va. Esas cosas le pasan a cualquiera. Pero mi vida es absurda. Tengo treinta y un años y todavía no he aprendido a vivir. ¡Absurda, sí! No es fácil vivir, saber vivir. Yo no sé vivir. No me enseñaron a… He vivido siempre en una nube. Yo no... Voy a empezar de nuevo. Tengo que... ¡Joder, y hoy es 24 de diciembre! ¡Esta noche es Nochebuena! Tengo que volver a mi casa y quedarme allí encerrado solo toda la noche, todo el fin de semana... ¿Cómo no voy a tener ganas de llorar?

—¡Buenos días! —me dijo la mujer rubia, con una simpática sonrisa, después de dejar en una mesa dos platos con tostadas, por supuesto de pan integral—. ¿Ha dormido bien?

—¡Maravillosamente! —dije—. ¡Muchas gracias!

—¿Se quedarán aquí a pasar la Nochebuena o se van, por fin, a Mallorca?

—¿Cómo?

—Su amigo le preguntó anoche a mi marido dónde podía coger el barco para Mallorca, pero no sé si se van hoy o mañana. Pueden quedarse en la habitación hasta mediodía, pero necesito saber cuántos comensales tendremos para la cena.

—Nos vamos hoy —dije—. Precisamente he bajado para pagarle la cuenta. Anoche me quedé dormido enseguida. Lo siento. Me perdí la

sopa de calabaza. ¡Estaba tan cansado! ¡La noche anterior no había dormido nada! ¿Y dónde le dijo su marido que podíamos tomar el barco? ¿En Barcelona, en Valencia?

—No. En Denia. Está más cerca. Pueden llegar hasta allí en una o dos horas por la autovía.

—¡Ah, muy bien! Estupendo. Se lo diré a mi amigo.

—Ya se lo dijo mi marido —me dirigió una sonrisa pícara mientras echaba agua hirviendo en una tetera y añadió—: ¡Pues si no cenó anoche, debe de estar hambriento! ¿Va a desayunar ya o prefiere esperar a que baje su amigo?

—No, no. Desayunaré ya.

—De acuerdo.

—Ah, y prepáreme la cuenta, por favor... A propósito, ¿le puedo pagar con tarjeta?

# TERCERA PARTE

## CUENTO DE NAVIDAD

> “Una vez que Gabriel hubo terminado de comer, se llevó a la mesa el enorme pudin de Navidad. Empezó de nuevo el ruido de tenedores y cucharas. La mujer de Gabriel sirvió trozos del pudin y fue pasando los platos por la mesa. A medio camino, Mary Jane los detenía para completarlos con gelatina de frambuesas o de naranja, o con crema de vainilla y mermelada. El pudin lo había hecho tía Julia y todo el mundo se lo alabó. Pero ella dijo que no le había salido suficientemente oscuro”.

# JAMES JOYCE

# CAPÍTULO XI

Ya, ya se pone en marcha. Suerte que pude coger el tren a tiempo. Se dieron cuenta. Sí, yo creo que... Suerte que el chico ese me trajo hasta aquí. Pero... Sí, yo creo que se dieron cuenta. El periódico, enseguida. Tengo que mirar en el periódico a ver si... Simpático chico... Se dieron cuenta, sí. Muy amable. Y simpática furgoneta. Vaya, y qué vergüenza, dejarme así tirado... ¡Cabrón, cabrón! Pero es igual. Llegaré a Madrid a las... a la hora de comer. El titular... No, no hay ningún titular. No. Nada en la primera página. Así que se ha ido a Mallorca. Sí, claro, a encontrarse con esa chica. Con Dora, su querida Dora. No. Tampoco en estas páginas. Y en Navidad, con todo el aparato sentimental... Ni en las de sucesos. Nada. Seguro que ambos acababan reconciliándose. La dimisión del Secretario de Comercio... Todavía las especulaciones sobre sus motivos... poco convincentes para la oposición... Si ella está secuestrada o retenida de algún modo, la liberará. Y si se dedica a la prostitución voluntariamente (¿pero quién se dedica a la prostitución voluntariamente?), la perdonará. Aunque... cuando arrojó la pistola al arroyo... Fue como si quisiera pasar página, borrar su pasado. "Se acabó esta historia". Sí, eso es lo que dijo. Tampoco en el cuadernillo de la Comunidad de Madrid. Una historia muy romántica. Un año sin verla y al final... Liberado del yugo... sin ataduras... Pero sin mí. No. No es eso. Otra mujer asesinada. ¡Cabrón, cabrón! ¿Cuándo acabarán de...? Se perderán por ahí, sin dejar ninguna huella. Y si ella lo quiere... Pero ¿cómo no quererlo? ¿Quién podría no querer a un chico así? Se reconciliarán, se reenamorarán, se irán a vivir lejos, a cualquier parte, a otra isla quizá, a cualquier rincón perdido de las Baleares, donde no pueda encontrarlos nadie, nunca jamás, y donde serán muy... Pero, al menos, eso es lo que yo quiero pensar. No, no te preocupes por el dinero, J.J. Considéralo mi regalo de boda. *Cuídate mucho y que te vaya bien.* Ahá, aquí está el titular:

**TRES HERIDOS EN UN TIROTEO CON LA POLICÍA**

***Confuso tiroteo ayer en Madrid, en el que resultaron heridos de diversa gravedad dos colombianos y un ciudadano español. Al parecer, la policía intentó abortar el atentado contra P.T.M. por parte de dos sicarios colombianos, sobre los que pesaba una orden de busca y captura. Fue la víctima quien había avisado a la policía.***

¡Que la víctima llamó a la policía! No. J.J. no llamó a la policía. Aunque, en teoría, la víctima no era él, sino ese tal P.T.M. ¿Y quién es ese...? No. No entiendo nada. ¿Me habré equivocado de noticia? Volveré a empezar desde el principio. **TRES HERIDOS EN UN...** Y hubo otro asesinato la semana pasada... También colombianos. El auge de la delincuencia colombiana en España... ¿Qué...? Hace cuatro años sólo había 21.000 colombianos y hoy... hoy hay... unos 240.000. De ellos, 90.000 en Madrid. La mayoría... Sí, claro, buena gente. Vienen a trabajar... También delincuentes, secuestradores a sueldo, narcotraficantes, sicarios... De todos esos, unos 500. Es mucho el daño que hacen... Perjudican la imagen de la comunidad colombiana en España. En un año, entre 1999 y 2000, fueron asesinados en Madrid 14 colombianos... Un año después, 17. Las principales víctimas del cártel de Madrid... ¡El cártel de Madrid! ...sus propios compatriotas. No suelen atentar contra ciudadanos españoles. Pero hoy... Ajustes de cuentas. "Últimamente parece que estamos en cualquier ciudad de Colombia", dice un colombiano residente en España. Prefiere no dar su nombre. Como en Colombia... Sicarios adolescentes... La semana pasada dispararon desde una... como ocurrió la semana pasada en el último asesinato... motocicleta. En la puerta de su... a cara descubierta, a la vista de todos los vecinos. Los sicarios de hoy aguardaban dentro de un coche. Sí, lo sé. Lo sé. Sé que estaban allí. El frío... Esto no es Colombia. Hacía mucho frío esa mañana. ¿Por qué la delincuencia colombiana no ha ido a Alemania, Francia o Italia? Buena pregunta. Muy agudo el periodista. Allí también hay colonias colombianas importantes. A 1 de febrero de 2002 había 1954 colombianos en prisión, condenados o aguardando juicio. Los ecuatorianos, con una población residente de entre un 25% o un 40% mayor y parecido perfil humano y cultural... en la misma fecha... 162 presidiarios. Un porcentaje 12 veces más bajo. La delincuencia procedente de Colombia puede convertir Madrid en la capital del crimen en Europa... En un informe reciente de la policía se constata la instalación en la capital española de una auténtica mafia interdelictiva que algunos apodan el cártel de Madrid... ¡El cártel de Madrid! ...estructurado en múltiples bandas o clanes familiares independientes... La delincuencia colombiana es una de las más violentas del mundo... En Colombia mueren cada año unos 350

policías en enfrentamientos con delincuentes. 365 días al año... casi un policía por día. En España la cifra es de 2 policías muertos por año... ¿Ya? ¿Se acabó? No hay más.[1]

Atocha. Esto es Atocha. Ya estamos en Atocha. Las dos y media de la tarde. No, no voy a comer. No tengo hambre. ¿Un bocadillo? ¿Un pequeño bocadillo y una cerveza? ¡Sí, cerveza! Tengo sed de cerveza. Debería coger una buena borrachera. ¿O es que tengo miedo de volver a casa? No sé qué voy a encontrarme allí. Tal vez la policía ha precintado mi puerta. ¿Algún sicario habrá forzado la cerradura y habrá entrado? ¿Creerán que yo...? ¿Querrán liquidarme? Todo eso es absurdo. ¿O no? Pero me gusta pensarlo. Me gusta pensar que algún peligro terrible e inminente se cierne sobre mí. Pero mejor es estar en peligro que solo y aburrido. Siempre es un consuelo saber que alguien te vigila, que alguien piensa en ti, aunque sea para matarte. No. No me importa morir. ¡Venga, cabrón, dispárame! No, tú no. Que lo haga él. Vamos, acaba de una vez conmigo. ¡Dispárame! Pero hazlo con estilo y elegancia. Eso es, así, mirándome a los ojos. ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Qué tontería! Más que miedo a los sicarios, es la decepción... Además, esta noche es Nochebuena y mañana Navidad. Tengo que hacer algunas llamadas. Tengo que... Compromisos. Familiares, amigos... No me apetece ni me agrada. Al menos, debería responder a las llamadas del contestador (habrá más de una). Tampoco voy a encender el ordenador. No, no voy a entrar en Internet. No, hoy no. No quiero ir a casa. Es demasiado pronto. ¿Qué voy a hacer allí? No son los sicarios. Es la... Y si voy ahora, me quedaré encerrado allí todo el fin de semana y no saldré hasta el lunes, cuando tenga que ir a... Cruzaré la plaza de Atocha y seguiré andando por el Paseo del Prado hacia Cibeles. Después... ¡Ah, el 27! ¡El mismo autobús donde conocí a J.J.! ¡Y en la misma parada! No. No. Es morboso. Es... pero, ¿qué...? Si él no me quiere. Aunque diga que me quiere, ¡no me quiere! Nunca... nunca me quiso. ¡Una experiencia sexual, sólo una, y demasiado cara! ¡300 euros! ¡Vamos, ni un chapero de lujo! Demasiados problemas para... ¡Pero si he estado a punto de perder la vida por su culpa! ¡Joder, y cómo volaban las balas por encima de mi cabeza! No. No voy a echarle de menos ahora. ¡Ya no te quiero! ¿Me oyes? ¡Y no vuelvas más por aquí! No puedo ser tu novio. No soy como tú. ¡Que te jodan! ¡Ni falta que me hace! ¡Yo tampoco te quiero! ¿Qué te crees? Estás resentido. Fue bonito mientras duró. La vida es así. ¡Maldita sea! El Paseo del Prado. Subiré por la calle Huertas, hasta la plaza de Santa Ana. Me meteré en el cine Ideal, en una de sus salas. Sí, eso. Y allí

pasaré la tarde. Un par de latas de cerveza y un gran cubo de palomitas. Para tener ocupadas las manos. Para no pensar. Cuando salga del cine, será de noche, ya tarde, y entonces me iré directamente a casa, a la cama. Sin cenar, por supuesto. ¡Qué me importa a mí la cena de Nochebuena! ¡Un plan estupendo! Dos latas de cerveza, una película americana... Mala, de acción, con mucha violencia... y un gran cubo de palomitas... No, no voy a llamar a nadie. ¡Que se jodan! ¡A nadie! ¡Ni a mi hermana ni a nadie! ¡Harto ya de hipocresía! Yo siempre... No. Yo nunca... la Navidad. ¡Que se jodan! ¡No necesito el cariño de nadie! Además, soy ateo, ¿qué me importa a mí la Navidad?

Pasé de largo cuando llegué a los cines Ideal y continué andando hasta mi casa. Quedaba lejos, muy lejos, pero no me importaba. Podía ir en metro o en autobús, pero no. Cuanto más tiempo tardara en llegar allí, mejor. Mucho mejor.

Atravesé Sol, llegué a Callao por Preciados y continué por la Gran Vía hacia Argüelles. Giré desde allí hacia Cuatro Caminos y seguí andando por la Castellana hacia la plaza de Castilla... Caminar me entretenía. Tenía miedo de quedarme quieto. Aunque ya estaba rendido. Al menos, el ejercicio me hacía entrar en calor. Y me impedía pensar. Hice una breve parada en un bar para tomar una cerveza y seguí andando. Otra media hora andando. ¡Y lo que aún quedaba para la noche! Finalmente llegué a mi calle y me detuve en el bar de la esquina. ¡También aquí se podía observar el inevitable ambiente de Navidad! Las empalagosas sonrisitas, la simpatía exagerada y forzada, las tapas demasiado generosas, que yo no quería comer, pero que tampoco me atrevía a rechazar para no parecer descortés, los putos villancicos, el puto árbol de Navidad. ¡Joder, y encima tengo que sonreír a este camarero capullo que me cae tan mal y al que yo le caigo tan mal! Todo esto es patético. ¿Qué hago aquí? Debo irme a casa. ¿Qué hago bebiendo cerveza tras cerveza, cuando no me apetece beber más? Quiero emborracharme, claro, pero ¿voy a arreglar algo con eso? Me iré a casa enseguida, cuando me beba ésta. Me meteré en la cama y dormiré hasta mañana. No tardaré en dormirme. Estoy muy cansado. He hecho bien en andar tanto. Y, además, llevo dos noches sin apenas dormir. Pero desconectaré el teléfono para que nadie me moleste. Mañana temprano empezaré una nueva vida. Saldré a dar un paseo. ¿Una vuelta por el Retiro? Mejor, por la Casa de Campo. Un paseo ecológico. O por la calle. Si no destruyo nada, sigo siendo ecológico, incluso caminando por la calle... ¿Pero qué...? ¿Estoy tonto o qué? ¿Qué tendrá que ver la ecología con...? A partir del lunes,

iniciaré una nueva vida. El lunes. Mañana todavía estaré hecho polvo. Haré nuevos amigos. Saldré más a menudo. No voy a estar todo el día encerrado en casa. ¡Qué va! A partir de mañana todo será distinto. La vida... mucho más hermosa. Yo soy joven todavía... Tengo un buen trabajo... ¿De qué me quejo? ¿Por qué me siento un fracasado? Muchos envidiarían mi situación. ¡Joder, no, otra vez esa puta sonrisa, no! ¿Qué le pasa al puto camarero? ¿Está borracho o qué? Si le caigo mal. Yo sé que le caigo mal. Siempre le he caído mal. No, no voy a beber más. Otra cerveza, por favor. ¡No, joder, si ya me iba! Sí, en el mismo vaso. Le he tomado cariño al vaso. Y el tonto se ríe. Debe de estar borracho. Me cae mal. Este tipo siempre me ha caído mal. Aunque, mirándole bien, no es feo. Incluso yo creo que me gusta un poco. No. No está nada mal. Tiene algo, tiene... ¡Joder! ¡Pero si me gusta! ¡Yo creo que me gusta! ¡Me cae mal porque me gusta! ¡Esa es la puta verdad! ¡O tal vez porque no tengo nada que hacer con él! Es un poco borde. Se las da de... No. Nada. Pero ¿quién sabe? Quizá hoy. Está muy simpático conmigo hoy. Como con todo el mundo. Es su trabajo y se siente contento. Está contento porque hoy se irá un poco antes. Vale. Seguiré tomando cerveza. Si te empeñas. A tu salud. ¡Joder, pero si... si está bueno, el cabrón! Él sabe que yo... Sí, lo sabe. Pedro y yo solíamos venir a veces por aquí y él se dio cuenta. Quizá debería insinuarme. Voy a... Pero qué va. Otro día. Si me rechaza, será un corte volver luego por aquí. De todas formas, debería intentarlo. Pero hoy no. Otro día. Quién sabe. Lo mismo es más fácil de lo que pienso. Estos tipos así que se las dan de duros... Por favor, otra cerveza. Ni siquiera sé cómo se llama. Paco o Antonio, creo. Sí, Antonio. Vaya, ha seguido de largo. No me ha oído. Está muy ocupado o quizá he hablado muy bajo. De acuerdo. Voy a emborracharme. Dormiré mejor, aunque, como siempre, me pondré sentimental. Me conozco. Y acabaré llorando. Cada vez que miro a ese tipo me dan ganas de llorar. ¡El deseo! ¡Y eso que me caía tan mal! Como con Pedro. Lo mismo. Primero no me gustaba y luego... Pero, ¿por qué me caía tan mal? ¡Si me gusta, joder, me gusta! ¡Ah, ya viene, ahí viene! Por favor, ¿me das otra cerveza? ¿Y por qué lo he dicho con ese tono de maricona? No, no puedo evitarlo. ¡Y luego digo que no se me nota! Un hetero nunca diría “Por favor, ¿me das otra cerveza?” Diría: “¡Eh, una cerveza!” o quizá: “¡Otra!”, señalando el vaso con el dedo. Admiro esos gestos heterosexuales tan maleducados, pero yo soy incapaz de hablar así. No puedo. Ya viene. Me estoy colando por él. ¡Tiene un cuerpo! Debe de tener un cuerpo... ay, debajo de esa ropa. Y el cuello, qué beso le daría ahí, ahí... ¿Pero qué...? ¡Y qué brazos más...! Ésta la invita la casa. ¡Ah!, ¿sí? ¡Gracias! Entonces tómate tú también otra. Te

puedo invitar, ¿no? Sí, claro. Cerveza o lo que quieras. ¿Un whisky, quizá? No. Una cerveza. Me gusta la cerveza. Lo mismo que a mí. No hay nada como una buena cerveza fresca, ¿verdad? ¡Salud! ¡Salud! ¡Y feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! ¿A qué hora cerráis hoy? Ay, va a sospechar que... Te vas antes, cerráis antes, ¿verdad? Sí. Dentro de una hora, más o menos. Ah, mira, ¿la conoces? Mamen. Es mi novia. Ah, ¿tú novia? Yo me llamo Ramón. ¡Hola! Creo que te conozco. Te había visto antes por aquí. Sí. Yo también te conozco. Venías antes con un chico, ¿no? Sí. Vaya, no sabía que tú eras su novia. ¿Quieres beber algo? Ya estoy bebiendo. Gracias. ¡Ah, bueno! ¡Salud! ¡Salud! Hoy está esto increíble. ¡Cuánta gente! Sí. Yo he bebido ya demasiado. Discúlpame si digo alguna tontería. ¿Sabes qué hora es? Me olvidé de coger el reloj. Mejor dicho, no me gusta llevar reloj. Las cinco y cuarto. ¡No! ¡No puede ser! ¿Ya las cinco y cuarto? Pues tengo que irme, Mamen. Lo siento. Me están esperando. Cóbrame, por favor. ¡Menudo corte! ¡Así que tiene novia! Espero que ella no note mi decepción. Pero la odio. No quiero odiarla, pero la odio. Por tener ese novio. Invita la casa. ¿Cómo? Hoy es Nochebuena y... Sí, pero cóbrame las demás. Parece buena chica. Y ella no tiene culpa de que me guste su novio. Déjalo. Son fiestas... Estamos en Navidad. ¿Pero qué...? Todo esto es excesivo. Estas cosas sólo pasan en España. Joder, ¿cómo puede pretender que no pague las cervezas que me he tomado? No, no, por favor. Cóbrame. Bueno, no sé. ¿Cuántas tienes? No lo recuerdo. Es la Navidad. La gente se pone tan sentimental... Cinco o seis. ¿No lo sabes tú? Es igual, págame dos. Son más. No importa. Es Navidad. Tú eres un cliente habitual, ¿no? Hoy tengo carta blanca para invitar a los clientes. Págame dos. Las otras las invita la casa. Bueno, vale, gracias. Así que eres su novia. Pues encantado de conocerte, Mamen. ¿Mamen? ¿Dijiste Mamen? ¿Vais a cenar en su casa o en la tuya? En nuestra casa. Vivimos juntos. ¡Ah, muy bien! ¡Eso es estupendo! Y haréis algo especial. Pavo y todo eso, ¿no? ¡Qué va! Algo sencillito. Ni a él ni a mí nos gusta cocinar. Y luego ¿vais a salir? No creo. Vendrán a visitarnos unos amigos. Lo celebramos en casa. Estupendo. Yo también lo celebro en casa. ¿Con tu amigo? Sí, sí. Sabe que soy gay. Todo el mundo aquí sabe que soy gay. Él también y, a pesar de todo, es tan amable... Ahora, porque antes era un estúpido, y todo porque es Navidad. Me gusta. Ahora que tiene novia y no puedo pensar en él, me gusta. ¡Y no me ha cobrado ni la mitad de las cervezas! La gente es... No lo entiendo. Yo... Bueno, tengo que irme. ¡Casi las cinco y media! Me están esperando. Yo también tengo invitados y a mí me gusta cocinar, así que haré algo complicado. Encargué *Christmas pudding*. Debo ir a recogerlo a una pastelería. ¡Me

encanta el *Christmas pudding* desde que lo probé una vez en un hotel! Es difícil de conseguir en Madrid. Lo traen de importación en algunos sitios. ¡Qué jodido mentiroso soy! ¡Bastante me importará a mí el *Christmas pudding!* Bueno, encantado de conocerte, Mamen. Hasta pronto. Despídeme de él, por favor. Veo que está muy ocupado. Hasta otra vez. ¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!

# CAPÍTULO XII

¿Dónde tendré la jodida llave? Estoy borracho. Demasiado borracho. Me voy a ir directamente a la cama. Así que tiene novia. Ahora que me gusta, resulta que tiene novia. Qué suerte tienen algunas personas. Cabrona. Sabía que su novio me gusta y aún así... Claro que lo sabía. Ellas siempre lo saben. Pero las mujeres son tan tolerantes y cariñosas con los gays... Acabaría diciéndome: "Yo no te quiero y no puedo ser tu novio". Ya estoy harto de que todos los chicos que me... No, Pedro no. Pero Pedro... Pedro era... Y tiene tanta clase. Nada, nada de... Pero no es para mí. No, ya no. Yo ya no le quiero. No puedo perdonarle que me dejara por el otro, que dijera que nunca me había deseado. ¿Cómo va a desearme ahora? ¿Cómo va a quererme, si no me quiso durante dos años? Era amable y todo eso, pero no me quería. Me quería como un amigo, no como un amante. Ah, aquí está la llave. Menos mal. Ya pensé que la había perdido. Trescientos euros, ¡cincuenta mil pesetas! Caro polvo. ¡Y encima el alquiler del coche! ¿Lo recuperará la empresa de alquiler? Cuando acabe el plazo, tendré que llamar y decir que... ¿que me lo han robado? Supongo que tendrá un seguro y todo eso. Pues algo tengo que decir si no lo entrego. No voy a pagar el coche. ¡Qué locura! ¡Qué barbaridad! Soy imbécil. Ay, he sobrevivido de milagro. Después de todo, he tenido suerte. Ya lo creo que sí. Y realmente mereció la pena. ¡Qué ojos! ¡Qué cuerpo! ¡Qué piel! ¡No voy a poder olvidar el sabor de su piel! ¡Ni el de sus labios! Nunca sabías qué te podía pasar, si te iba a matar o qué. Pero el pobre, como todo el mundo, tenía también su corazoncito. Yo creo que hasta me tomó cariño. Quería hablarme de su vida. Quería contarme algo... algo más, pero yo no le dejé. ¿Por qué? ¿Por qué...? ¡Bah!, que había matado a alguien, que... Algo muy truculento. ¿Y para qué? ¿Para aborrecerle? Ese chico era un lujo. Demasiado para mí. Lo mismo vuelvo a verle algún día. No. No lo creo. Mejor, no. Tendrá que esconderse o lo... Esa gente no perdona. Espero que no vengan por aquí. Creerán que yo... y yo... El cártel de Madrid. ¡Joder! El buzón. El puto buzón. Parece que lo han arreglado. Sí, aunque se nota todavía por dónde se dobló la chapa. ¡Qué bestia! ¡Se ha cargado el buzón! ¡Por tu culpa, maldito idiota! ¡Así me gustan a mí los hombres! Ya no hace falta ningún clip. No, no es un inválido.

¡Valiente idiota! ¡Y eso que era más grande que un jugador de béisbol! ¿Quién podría...? ¿Quién se enamorará de un tipo así? ¡Vergüenza le tenía que dar! ¡Inútil! La puerta está intacta, pero ¿cómo estará la casa por dentro? No, no, no. No quiero pasar. No quiero ver los restos del desayuno y todo eso. No quiero ver el escenario de mi soledad y de mi frustración. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? P.T.M... Pero si no han entrado por la puerta, ¿por dónde...? P.T.M... ¿Quién es ese P.T.M? ¿Y qué tenía que ver con J.J.? ¡Ay, no! ¡P de Pedro... (¿no será Pedro?) ...y T de... Torres! ¡Pedro Torres Méndez! ¡No! ¡Pero si es Pedro! ¡Debí imaginarlo! ¿Cómo no habré caído antes en ello? ¿Y cómo él...? A ver, a ver. ¡Ah, sí! ¡Está claro! ¡Fue él quien llamó a la policía! ¡Él, el ciudadano español contra el que los sicarios iban a atentar! Eso es lo que dice el periódico, pero eso es absurdo. ¿Qué hacía él ahí, a esa hora de la mañana? ¿Estaría vigilándome? ¡Grave, se encuentra grave! ¡No, por favor! J.J. dijo que un tipo se cruzó con él y ese tipo era Pedro. ¡Claro! Iba hacia él. Tal vez quería hablarle. O quería decirle que me dejara en paz. Qué sé yo. Y fue entonces cuando recibió el balazo. Lo recibió él, en vez de J.J. ¡Así que P.T.M. es Pedro! ¡Pedro, claro! ¿Cómo no me habré dado cuenta antes? ¡Y está hospitalizado! El periódico decía: “heridos de diversa gravedad”. No de diversa consideración, sino “de diversa gravedad”. Pero ¿por qué dice el periódico que él era la víctima, el objetivo de los sicarios? Quizá lo dijo él mismo para confundir a la policía. O pudiera ser un malentendido, un error del periódico. ¡Pedro, sí, claro, Pedro! Conociéndole bien, no me extraña nada. Tímido, generoso, pero al mismo tiempo frío y calculador. ¡Y abnegado...! Tal vez fue él quien llamó a la policía. Si me estaba vigilando a mí, vería a los sicarios que también vigilaban la puerta. Esos tipos ya no se inhiben. O tal vez... Pero ¿dónde... dónde le habrán dado? ¡En el pecho, no, por favor! ¿En la cabeza? ¡Ay, no, por favor! No me importa esperar. Quiero que lo sepas. Sí, eso es lo que dijo. Y recuerdo muy bien lo que yo le dije. Le dije: “¡Ya no te quiero!, ¿me oyes? ¡Y no vuelvas más por aquí! ¡Deja de vigilarme o llamaré a la policía!” Pedro, Pedro.

El teléfono estaba sonando cuando entré en la casa. Sin cerrar la puerta siquiera, corrí hacia él y descolgué el auricular.

—¡Hola! —dijo una voz conocida—. ¡Feliz Navidad!

—¡Pruden! —exclamé—. ¡Cuánto me alegro de oírte! Y perdona... Soy yo quien debería haberte llamado hace tiempo. Lo siento. Siento mi reacción del otro día. Yo...

—Olvídalo. No tiene importancia.

—Gracias. Eres siempre tan amable. ¿Tu madre está bien?

—Sí. Gracias. Y tú, ¿estás bien?

—Sí. Bueno, pero... ¿Sabes lo de Pedro?

—¿A qué te refieres? ¿Os habéis reconciliado?

—¡Entonces, no lo sabes! ¡Ha sido herido en un tiroteo!

—¿Cómo? ¿Pedro herido en un tiroteo? ¿De qué me estás hablando?

—Sí. Viene en el periódico. He visto sus iniciales. Ya te lo contaré todo más despacio. Me temo que Pedro está herido grave, ¿sabes?, y yo... yo... ¡No sé qué hacer!

—¡Herido grave! ¿Tiene algo que ver en eso el colombiano?

—No. Bueno, sí, pero no... Ya se fue. Ya hemos terminado. No sé qué puedo hacer para localizar a Pedro.

—Llama a su padre o a su hermana. Tal vez ellos sepan algo.

—No. No creo. Estaba muy desconectado de ellos últimamente. Aún así, lo intentaré.

—Y después puedes llamar a los hospitales o a la policía... ¿Quieres que lo haga yo?

—No. No. Llamaré yo. Prefiero hacerlo yo. Gracias.

—Está bien, pero manténme informado, ¿vale?

—Sí. De acuerdo. Te llamaré más tarde. Gracias.

Cerré la puerta de la calle y deambulé un momento por la casa. Quería asegurarme de que no había entrado nadie en mi ausencia, de que todo estaba en orden. Y lo estaba, o eso parecía. Rápidamente recogí algunas cosas y las llevé a la cocina: el termo del café, un plato con restos de comida, vasos, tazas, la botella de Four Roses... De pronto recordé el contestador automático. Corrí de nuevo hacia el teléfono. Vi que parpadeaba la lucecita roja. ¡Sí, había mensajes! Pulsé el botón de “Lectura”. Una grabación sin palabras. Se oían ruidos de fondo. Quienquiera que fuese no había dejado ningún mensaje. A continuación, una llamada de Pruden, probablemente hecha a media mañana o a mediodía. Y luego otra de Dany felicitándome la Navidad y preguntando qué pasó con los colombianos. Muy amable Dany al acordarse de mí. Tendría que llamarle más tarde. Después, un mensaje de mi hermana Nuria desde Oviedo preguntándome qué me pasa, por qué no la llamo. Me dejó otro mensaje hace tiempo y no sabe nada de mí. Es verdad, nunca la llamé y tendría que llamarla ahora. Recuerdos para Pedro y bla, bla, bla. No sabe que estamos separados. De nuevo, otra grabación sin voz, ahora sin ruidos de fondo. ¿Pedro? Imposible. Está hospitalizado. Aunque me había parecido.... ¿El cártel de Madrid? Tal vez creen que yo sé el paradero de J.J. y... Pero no... No puede ser. La realidad es mucho más prosaica. ¿Cómo y por qué van a vigilarme

a mí? ¡Fantasías! Tal vez ni siquiera existe el cártel de Madrid.

El teléfono de la hermana de Pedro, un fijo, suena durante un momento, sin que nadie lo coja. Está casada y tiene hijos, pero no hay nadie en casa. De repente oigo el contestador. Pero no dejo ningún mensaje. Busco en el listín el número de su padre. ¿Estará? ¿No estará? Tampoco él lo coge. ¿Se habrá ido al hospital? Tal vez se han ido todos al hospital. ¿Llamo a La Paz? ¿Llamo al 12 de Octubre?

No me atrevo a llamar a la policía. Sólo a varios hospitales, pero no está en ninguno. ¿Y los tanatorios? ¡No, no puede ser! Hoy en día no dejan morir a nadie en un hospital después de un atentado. Es casi imposible. Pero si la bala le alcanzó en el corazón o en la cabeza... ¡No, por favor! ¡No puede ser! ¡Soy un tremendista! ¡Me estoy poniendo histérico! ¡Pedro no ha muerto! ¡No puede ser!

Incapaz de controlarme, me dejó caer sobre el sofá y me pongo a llorar. Ahora sé que le amo, me digo, ahora sé que nunca he amado a nadie en mi vida como le he amado a él, ¡y sé que nunca dejaré de amarle! Sencillamente no puedo imaginar mi vida sin él. Si ha muerto, yo también quiero morir, me digo. ¡Qué tontería!, jamás quise a J.J. Tan solo lo deseaba. Me ilusioné con él, puede ser, pero fue porque estaba solo y aburrido. Tal vez me gustaba, pero no lo amaba. El amor es una cosa muy distinta. J.J. tenía razón. “Aún le quieres”, me dijo y era verdad, ¡maldita sea! Pero yo no lo sabía. No quería darme cuenta de ello. Estaba resentido, es verdad, y en eso Pedro también tenía razón. El orgullo, el maldito orgullo. ¡Cuánto daño nos hace el orgullo! Sin embargo, a él no le importó humillarse. Por amor, claro, pues me quiere. ¡Me quiere! No me importa esperar. Quiero que lo sepas. Y yo, con mi estúpido orgullo: ¡Ya no te quiero!, ¿me oyes? ¡Y no vuelvas más por aquí! ¡Deja de vigilarme o llamaré a la policía! El orgullo, el maldito orgullo.

Cuando desperté, ya era completamente de noche. No habían pasado ni cuarenta minutos, pero tenía la sensación de haber dormido durante varias horas. Las ocho y cinco minutos de la tarde. La borrachera, el cansancio, la tristeza, sobre todo la tristeza, que agota muchísimo y te hunde en un extraño sopor. Creía haberme despertado por mí mismo, pero no. Tras un tenso silencio, en plena oscuridad, oí el timbre de la puerta. Tal vez llevaba sonando un buen rato. Los sicarios. El cártel de Madrid. Vienen a buscarme. Quieren saber dónde está J.J. No lo sé, pero no me van a creer.

A tientas, sin apenas ver nada, me dirigí de puntillas hacia la puerta. Golpeé levemente la esquina de la mesa con mi pierna y el ruido fue inevitable. Traté de amortiguarlo enseguida sujetando la mesa, pero ya era demasiado tarde. ¡Maldición! No, seguramente no se había oído nada fuera. Nadie tenía que saber que yo estaba en casa. Aunque, si me habían visto subir... Seguí avanzando por el salón, ahora con un poco más de cuidado para no tropezar con ningún mueble. Salí al pasillo y, justo cuando me acercaba a la puerta, volvió a sonar el timbre. Me estremecí involuntariamente y me quedé paralizado un momento, sin atreverme casi a respirar. Después, acerqué mi ojo derecho a la mirilla. Oscuridad. Oscuridad total. Quienquiera que fuese, no quería ser reconocido. Malo, muy malo. ¿Habría otro ojo en la parte opuesta de la mirilla? Intenté escrutar algo en el exterior. Nada. Oscuridad total. No obstante, oí un ruido en el rellano. La luz se encendió de pronto y vi un cuerpo de espaldas bajando la escalera. Un sicario. Tenía toda la pinta de un sicario. Algún amigo o algún enemigo de J.J. Pero ¿qué llevaba en el brazo? ¡Parecía un arma! ¿Sería un policía? Entonces creí reconocer ciertos detalles de su indumentaria, algo... algo muy propio de él. Su pelo, su nuca... ¡Pedro! ¿O no? ¡Sí, Pedro! ¡Es Pedro! Pero ya no lo veo. ¡Se va! ¿Qué digo arma? ¡Si lleva el brazo en cabestrillo! ¡Así que no está en el hospital! ¡Le han dado el alta! ¡Entonces sólo tiene alguna herida leve en el brazo! ¡Pedro! Abrí la puerta con desesperación, ante el temor de perderlo, y bajé corriendo detrás de él.

—¡Pedro! —grité. Pero Pedro no respondía—. ¡Pedro! —Seguí bajando los escalones de dos en dos hasta que le alcancé casi al final, justo cuando llegaba al portal—. ¡Pedro!

Pedro se volvió de pronto y me miró con una expresión de disculpa, como temiendo oír, una vez más, mis reproches. Yo estaba paralizado en el rellano y le contemplaba, emocionado e incrédulo, intentando disimular mi alegría.

—Me he quedado dormido —dije—. Sube, si quieres.

Subimos el uno al lado del otro sin hablar y sin mirarnos. Nada más entrar en la casa, Pedro me entregó una caja de cartón que tenía en su mano izquierda.

—Te he traído *Christmas pudding* —dijo ruborizándose—. Creo que te gusta, ¿no?

—¡Sí! —dije, ruborizándome yo también—. ¡Muchas gracias! —cogí la caja, pero no supe qué hacer con ella y, después de sopesarla un momento, la deposité sobre la mesa—. Has sido muy amable al acordarte de mí... ¡Claro que me gusta el *Christmas pudding!* —me quedé callado unos segundos y luego añadí—: Pero pasa, por favor,

pasa y siéntate. ¿Qué tienes en el brazo? ¡Estás un poco pálido! ¿Qué te ha pasado?

—No. Nada —dijo Pedro, sentándose en el sofá, receloso y con cierta inseguridad pero obviamente feliz al comprobar el cambio tan positivo que se había operado en mí, ¿feliz también de estar de nuevo en casa?—. No ha sido nada. Ya estoy bien. Gracias.

—¿De verdad?

—Sí, sí...

Yo intentaba devolverle la confianza con mis gestos y palabras, aunque al mismo tiempo me esforzaba por no ser demasiado efusivo.

—¿Entonces, te encuentras bien?

—Sí. De verdad.

—Me alegro.

Ambos nos quedamos callados unos instantes mirándonos tímidamente a los ojos. Sentí deseos de besarle, de acercar mis labios a aquella boca adorada, pero me contuve.

—Bueno —dije, levantándome—. Es la hora de cenar. No tengo gran cosa, pero supongo que podré preparar algo. Echaré un vistazo en la nevera. Tienes hambre, ¿verdad? ¿Qué te parece si, mientras yo preparo la cena, tú pones la mesa? Bueno, yo extenderé el mantel. No quiero que fuerces esa mano. Pero tú puedes llevar los cubiertos, el pan y las copas. ¿Crees que podrás?

—Sí, sí. Por supuesto.

—De acuerdo.

—¿Quieres antes tomar una copa? ¿Por qué no tomamos una copa?

—Bueno...

—Parece que hace un poco de frío aquí. Voy a poner la calefacción. ¿Quieres encender la televisión? Me gustaría escuchar el mensaje del Rey. Soy un tonto, quizá, pero me apetece oír todas esas cosas bonitas que dice siempre en Navidad. Por favor, ponte cómodo. ¿Te ayudo a quitarte la chaqueta?

—Sí. Si tú quieres...

—Bueno, todavía no, que hace un poco de frío. No quiero que te constipes.

Preparé dos vasos de whisky con cubitos de hielo y agua y acerqué uno de ellos a la mano izquierda de Pedro. A continuación, me senté a su lado, en el sofá, y golpeamos ambos vasos. “Ahora. Ahora es el momento de besarnos”, me dije, pero me contuve.

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

—¡Oye, aquí falta un árbol! —dijo Pedro, recuperando de pronto la confianza en sí mismo, después de beber algunos sorbos de su whisky

—. ¡Deberíamos poner un árbol! ¿Aún está en la caja aquél árbol de plástico que compramos el año pasado?

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué no lo instalamos?

—Si tú quieres...

Ambos nos quedamos callados inesperadamente, durante unos segundos, sin saber qué decir.

—Te he echado mucho de menos —dijo Pedro finalmente, con la vista clavada en su vaso.

—Y yo también a ti —dije, mirando igualmente hacia mi vaso—. ¿Me vas a contar qué es lo que te ha pasado?

—Puede ser. Pero luego... más tarde.

—De acuerdo.

De nuevo nos quedamos callados, mirando hacia nuestros vasos.

—¡Bueno, vamos a por el árbol! —exclamé, después de beber otro sorbo de whisky—. ¿Dónde guardaría yo aquella maldita caja? Creo que...

"Ahora. Nos vamos a besar ahora", pensé. "Es el momento de besarnos. Tendríamos que besarnos ahora".

—No te preocupes —dijo Pedro rozando intencionadamente su mano con la mía. Su boca se aproximaba también cada vez más a la mía—. Yo la buscaré. ¿Okey? Ocúpate tú de la cena. Mientras, yo prepararé el árbol de Navidad.

*Benidorm, 15 de abril-16 de septiembre de 2002*
*Versión audio de este libro en www.audiomol.com*
*www.pedromenchen.com*
*pedro@pedromenchen.com*

[1] Datos extraídos del diario El País, días 7 de abril y 18 de agosto de 2002 (N. del A.)